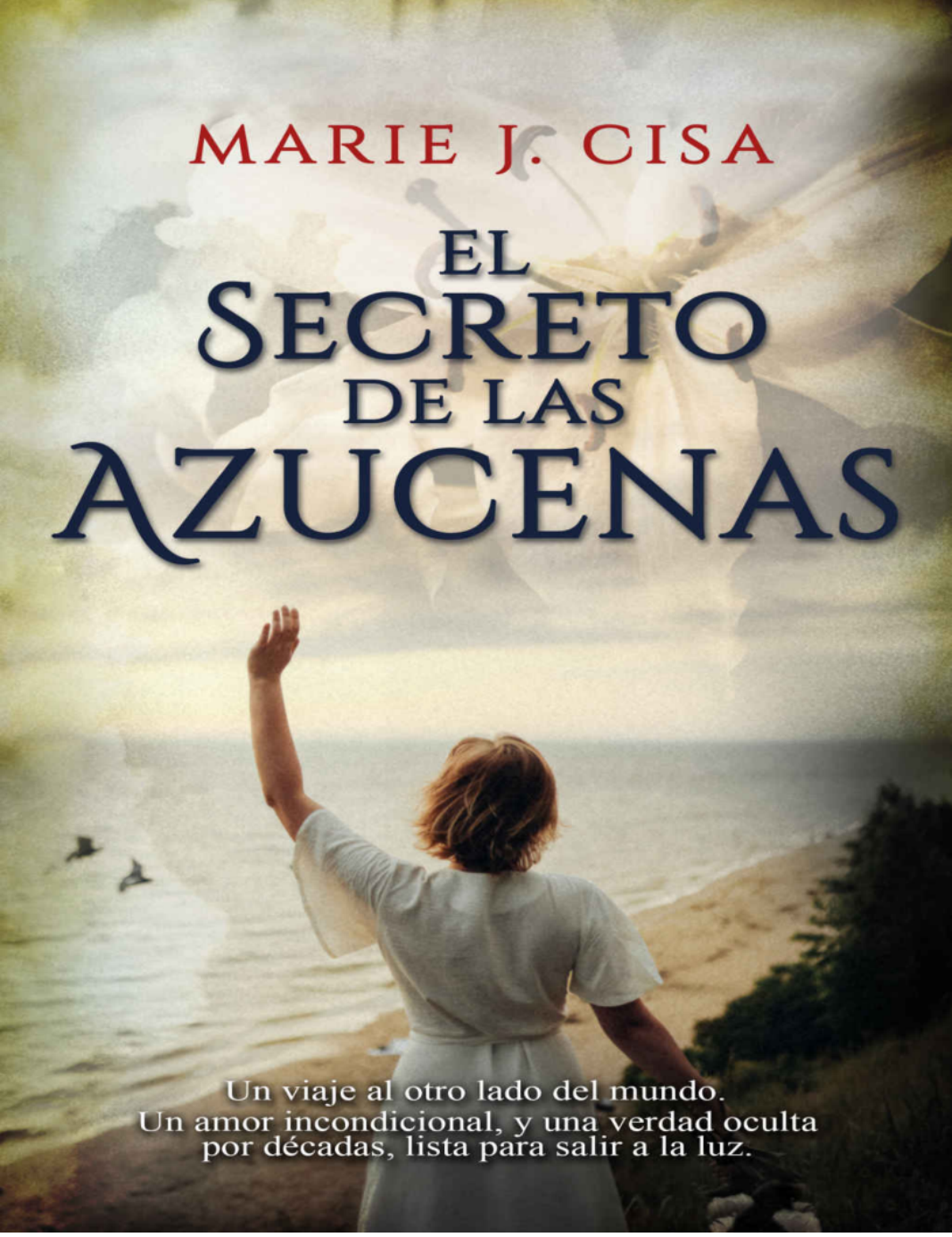
MARIE J. CISA
EL SECRETO DE LAS AZUCENAS
Un viaje al otro lado del mundo.
Un amor incondicional, y una verdad oculta
por décadas, lista para salir a la luz.

El Secreto de las Azucenas

Marie J. Cisa

Copyright © 2021 by Marie J. Cisa
© 2021 El secreto de las Azucenas

Todos los derechos reservados
Corrección: Juan Antonio Diaz
Diseño de cubierta: Somnis Design
Maquetación: Beehive Digital Books
Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, incluidos la reprografía el tratamiento informático, así como el alquiler, préstamo público o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con una persona, viva o muerta, es coincidencia.

Para ti papá, siempre orgulloso de mí, que nunca dudó que lograría todo lo que quisiera… para ti que hoy iluminas mi camino desde donde estés.
Para mi madre que me acompaña en cada paso que doy.
Para mi compañero y mis hijos que pueden ver mi luz incluso en los días nublados.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Valparaíso, 1999.
Capítulo 2
Mayo de 1925. Buque Wishper. Océano Atlántico.
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Valparaíso, 1999.
Capítulo 6
Mayo de 1925. Buque Whisper. Océano Atlántico
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Valparaíso, 1999
Capítulo 11
Capítulo 12
Junio de 1925. Puerto de Valparaíso. Chile.
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Valparaíso, 1999
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Valparaíso, 1999
Capítulo 30
Capítulo 31
Santiago, 1927.
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Valparaíso, 1999.
Capítulo 40
Capítulo 41
Santiago, 1928.
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Valparaíso, 1999.
Capítulo 47
Capítulo 48
Santiago, 1933
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Valparaíso, 1999.
Capítulo 58
Epílogo
Acerca del Autor

Prólogo

Son las siete de la tarde y el sol comienza a derretirse en el horizonte como una esfera de metal candente. Las primeras estrellas pueden verse al otro lado del firmamento, tímidas, esperando su momento. Esta noche brillarán con más fuerza que nunca.

Aprovecho los últimos instantes en la que fue la casa de mis abuelos, y posteriormente de mis padres, paseando por el florido jardín, oliendo los intensos aromas que desprenden las flores que han estado ahí siempre, como un lienzo de tallos y coloridos pétalos. La suave brisa acaricia mi piel, invitándome a postergar mi marcha. Giro hacia la casa y la observo con una última mirada de cariño pues, aunque vaya a permanecer unos cuantos años más en pie, nunca será la misma para mí.

Cojo aire y lleno mis pulmones, borrando el ligero agobio que me presiona el pecho. La fragancia me embriaga; un olor que siempre permanecerá dentro de mí. Azuzo los dedos y siento el tacto rugoso del diario que llevo en la mano. El paso del tiempo ha hecho mella en su cubierta de piel.

Sigo caminando y llego hasta la parte trasera del jardín, donde encuentro a Andreu observando su nueva adquisición con brillo de emoción en sus ojos. Tiene un futuro prometedor y es consciente de ello. Me mira y, con una sonrisa tierna en sus labios, me indica las azucenas que crecen en el extremo más alejado del jardín. Le devuelvo la sonrisa y contemplo las bellas flores bailar al son de la cálida brisa, pavoneándose en su esplendor.

—Son magníficas —dice Andreu. Yo asiento en silencio, llevándome al pecho el viejo diario y abrazándolo con fuerza. Me cuesta contener las lágrimas, pero lo consigo.

—Son únicas —digo a duras penas. Días antes su aroma colmaba toda la parte trasera del jardín, aunque hoy su olor se confunde con el de las demás plantas.

—¿Qué va a suceder? —dice Andreu metiéndose las manos en los bolsillos. Sin él nada habría sido posible. Está tranquilo y tenso al mismo tiempo.

—Espero que podamos saber si todo esto es verdad o no. Se lo merecen… todos ellos. —digo mirándolo a los ojos.

En ese momento suenan, a lo lejos, sirenas de policía. Están a punto de llegar.

—Hemos hecho lo correcto. —susurra Andreu acercándose a mí.

Asiento de nuevo en silencio, sin retirar la vista de las flores que me dieron nombre, las azucenas que mi madre nombraba con insistencia en el fragor de su enfermedad, como tantas otras palabras

que salían de su boca sin apenas fuerza para ser oídas.

Las sirenas suenan cada vez más cerca. Ha llegado el momento de afrontar la verdad de una vez por todas. Estrecho la mano de Andreu y la aprieto con fuerza.

—Tranquila. Todo irá bien —me dice con una sonrisa. Yo, simplemente le creo, porque sin él, nada habría sido posible.

Sin embargo, no puedo dejar de pensar en cómo voy a hacerlo, pero supongo que cualquier acto promovido por el corazón y la justicia encuentra su camino de manera irrefrenable. Es lo que algunos llaman esperanza.

Y aunque tengo la certeza de que el paso del tiempo todo lo corroe, hay dos cosas que nunca desaparecen: la verdad y la esperanza, y albergando ambas en mi corazón, estoy segura de que lo lograré.

Azucena Arias García.
Octubre de 1999. Valparaíso, Chile.

Valparaíso, 1999.

Todo empezó hace un par de años, tiempo después de la muerte de mi padre y bastante antes de que Andreu apareciese en mi vida. Lo recuerdo muy bien porque por esos días la enfermedad de mi madre comenzaba a dar pequeños embistes, me habían despedido y en mi cuenta corriente aparecieron los primeros números rojos. Creo que chocar de frente con esa realidad, hizo que mi vida tomara el rumbo necesario que hoy me tiene luchando por entender y aceptar.

Sin embargo, no fue hasta principios de este año que mi vida tomó un camino sin retorno, pues la enfermedad de mi madre se agravaba a cada minuto, y ya había recibido varias llamadas del director de la sucursal bancaria advirtiéndome que en pocos meses mi situación financiera podría resultar comprometedora.

—Señorita Arias, ahora más que nunca es vital que encuentre una fuente de ingresos estables para paliar su situación —me dijo el director, con ese tono de voz característico y propio de quienes se compadecen a la vez que están al acecho para recoger los despojos.

—Soy consciente, señor Ibarra. —respondí molesta.

—Es una situación complicada y dolorosa para nosotros. Nunca habíamos tenido ningún problema con su madre, a la que le deseo una pronta recuperación.

—Se lo agradezco, señor Ibarra. —murmuré con una voz apagada, impaciente de terminar esa conversación.

—Quiero ayudarla, señorita Arias. ¿Ha pensado en otras opciones si se complica el encontrar un nuevo trabajo? Sabía cuál eran sus intenciones, sin embargo, decidí seguirle la corriente.

Había pasado en vela las últimas noches, pensando cómo podía salir de la pésima situación en la que me encontraba y tenía claro que la opción más prometedora era la misma a la que estaba a punto de referirse el señor Ibarra.

—Si no me equivoco, la terrible enfermedad de su madre, y el hecho de no tener más hijos o herederos, y discúlpeme por tan delicadas pesquisas, ha originado que usted recibiera la herencia de facto. —señaló el director del banco, de una forma mas entusiasmada de lo normal—. Si bien la cuenta corriente de su madre apenas tiene capital, usted es ahora poseedora de todos sus bienes, entre ellos, una casa con una hermosa vista al mar en el Cerro Alegre de Valparaíso. Si la vendiera podría olvidarse de todos estos problemas y afrontar el futuro con más certezas. ¿Qué me dice?

Pese a lo mucho que detestaba que se entrometiera en mis asuntos,

y lo que es peor, que él creyera que tenía la potestad para ello, la verdad no podía negarse. Vender la casa que habían comprado mis abuelos hacía ya tantos años, y en la que habíamos vivido mis padres y yo, no era un plato de buen gusto.

Tan solo pensarlo me producía escalofríos, pero con ello podía obtener el dinero necesario para mantener a mi madre en la residencia. La balanza se inclinaba inevitablemente.

—Tendría que consultarlo con mi madre. Es su casa, pese a que yo pueda decidir sin preguntarle.

Continuó insistiendo en esa idea hasta que me excusé diciéndole que tenía que marcharme y colgué el teléfono.

De pronto, el silencio que había me invadió y sentí frío. Parecía que la casa hubiera escuchado la conversación y me echara en cara que me planteara deshacerme de ella. Es una locura, pensé, pero es lo que sentí en ese momento, quizás abrumada por todo lo que estaba ocurriendo.

Tenía que tomar una decisión, pero en vez de eso, opté por despejarme un rato y salí al jardín, que relucía bajo el sol de la mañana.

Me quité los zapatos y caminé sobre el césped para sentirlo en mis pies. Un truco que me enseñó mi madre para momentos en los que el mundo se pone en tu contra. Recordé la primera vez que mencionó su particular remedio para las penas.

—Vamos, Azucena. Camina conmigo —me dijo mi madre mientras se quitaba sus zapatos.

—¡No quiero! —le grité, enojada porque el chico que me gustaba le había pedido salir a mi mejor amiga; un intenso noviazgo que duró semana y media. Sin esperarlo, me cogió de la mano y me llevó en volandas hacia el césped.

—Quítate los zapatos. ¡Date prisa!

—Si me sueltas lo haré —dije con tal de que me dejara en paz—. ¿Y ahora qué?

—Camina. Es un césped mágico. Vamos, camina, corre y verás como te olvidas de ese muchacho.

—¡Mamá!

Fue entonces cuando ella comenzó a correr por el césped, jovial, riéndose a carcajadas y agitando los brazos como si pretendiera alzar el vuelo en cualquier momento. Su pelo, alborotado y plata bajo el sol, le caía sobre el rostro, dejando ver sólo su espléndida sonrisa.

—¡Alcánzame si puedes! —me gritó.

Comencé a correr tras ella, sin saber por qué, pues no me creí eso del *"césped mágico"*. Pero, antes de que pudiera pensarlo, me estaba riendo y chillando al igual que ella, resbalando por la humedad y levantándome lo más rápido que podía, sin importarme nada más que

lo que estaba viviendo en aquel momento.

—¿Qué ocurre? —gritó mi padre, que había salido corriendo de la casa al oírnos, con su décimo cigarrillo en los labios.

—Ven con nosotras, Marco —le dijo mi madre, que se reía más todavía al ver la expresión de mi padre.

—¿Estás muy mayor para correr papá? —lo desafié.

—Te vas a enterar, renacuaja —y así los tres corrimos como locos… quizás los estábamos, hasta caer rendidos frente a la azucena que crecía en el extremo trasero del jardín. Mi padre era el más exhausto. Su frente estaba repleta de sudor.

En los pocos minutos que estuvimos recuperando el aliento mi madre no retiró la mirada de las flores, a las que también les dedicaba una tierna sonrisa.

—¿Verdad que funciona?, —me dijo, sin dejar de mirarlas.

Claro que funcionó, y aunque dudaba del remedio, ahora volvía a confiar en el césped mágico, aunque esta vez sola, sin más ruido que los pájaros que revoloteaban alrededor.

A medida que caminaba descalza los problemas se desvanecieron de mi mente y del mundo, como si jamás hubiesen existido; como si el poco dinero que me quedaba en el banco se hubiera multiplicado por diez en ese preciso instante. Era una sensación muy satisfactoria y casi adictiva la que experimentaba en ese momento y puede que por ello, no me diese cuenta de a dónde me llevaban mis pasos.

Había salido al jardín por la puerta principal, donde dejé mis zapatos, para dirigirme después hacia uno de los laterales de la casa hasta llegar a la parte trasera, donde se encontraba la azucena que tanto nos gustaba a mi madre y a mí, y cuyas flores desprendían un suave aroma.

La observé durante unos minutos. Sus flores relucían y sus tallos se veían vigorosos y sanos. Una abeja revoloteaba zumbando alrededor, contribuyendo así al ciclo de la vida. Era hermoso.

En ese momento pensé que la posibilidad de vender la casa era la última opción a la que recurrir, confié en encontrar un trabajo pronto y dejar esa posibilidad para cuando no tuviera más remedio.

Había estudiado psicología y conseguí ejercer antes de que mi padre falleciese, y mi madre se sumiera en la profunda depresión que acabó desembocando en su enfermedad.

Mentiría si dijera que no me afectó a mí también. De la noche a la mañana perdí a mi padre y fui testigo de cómo mi madre, aquella mujer feliz y que derrochaba vida por doquier, palidecía y sus ojos comenzaban a extrañar para siempre. ¿Cómo iba a tratar a mis pacientes si yo no era capaz de aceptar que mi familia se había extinguido como la llama de una vela en medio de una tempestad?

Mi frustración y mi dolor se reflejó en mi trabajo, siendo cuestión

de tiempo que algún paciente se quejara. En la clínica fueron benévolos conmigo, pero supongo que hay ciertos límites. Primero me ofrecieron unas vacaciones obligadas, que no tuve más remedio que aceptar, pero mi regreso al trabajo no fue mucho mejor y finalmente decidieron prescindir de mis servicios.

A decir verdad, no me importó mucho perder mi trabajo, ya que así podía prestar toda la atención necesaria a mi madre, quien se precipitaba hacia un abismo infinito a causa del maldito Alzheimer.

Una parte de mí llegó incluso a rechazarla, no a la enfermedad, sino a ella por dejarse vencer de esa manera. Sé que fue algo absurdo y hasta egoísta de mi parte, pero la mujer que se consumía día tras día ante mis ojos no era la que yo había conocido, no era Marina García.

La muerte de mi padre la devastó de tal manera, le causó tanto dolor, que sacó a flote una versión completamente distinta de ella, pues a la pena por la pérdida se le sumó una desdicha constante, una dejadez por vivir y una melancolía que la arrastró hacía una actitud quejosa que me resultó incomprensible y totalmente desconocida hasta entonces.

Recuerdo una lluviosa tarde de agosto, cuando ya la enfermedad comenzaba a doblegarla sin remedio. Yo estaba preparando la cena en la cocina y ella estaba sentada junto a la mesa, entretenida con una revista cuyas hojas no dejaba de pasar una y otra vez, sin fijarse en imágenes o textos, aunque por su gesto concentrado parecía estar analizando cada párrafo.

La observaba de reojo mientras cortaba las verduras, la experiencia me había enseñado que no podía quitarle la vista de encima más de cinco segundos.

De repente, levantó la cabeza de la revista y se quedó mirando hacia la ventana que daba a la parte trasera del jardín, ensimismada. Parecía una niña que acababa de descubrir el mundo que se extendía más allá del cristal.

—¿Estás bien, mamá? —pregunté dejando el cuchillo sobre la encimera y sintiendo como mi corazón se encogía. Cada vez sus actos me resultaban más desconcertantes. Ella, lejos de contestar, se levantó con cierta dificultad—. ¿A dónde vas?

Su respuesta fue una mirada vacía y un largo suspiro mientras arrastraba sus pies hacia la ventana.

—Quiero una flor —me dijo.

—Las tienes en el salón, mamá —le dije, refiriéndome al jarrón con flores del jardín que le había preparado aquella misma mañana. Ella me miró con un gesto de lástima y se disculpó. Volvió sobre sus pasos y continuó ojeando la revista. Yo volví a las verduras mientras sendas lágrimas caían por mis mejillas.

—No quería molestarte —susurró. Yo me recompuse lo más rápido

que pude y me giré hacia ella.

—No te preocupes. A mí también se me olvidan las cosas de vez en cuando.

—¿Eres mi hija, verdad? —en ese momento apreté el mango del cuchillo con todas mis fuerzas y agaché la cabeza.

El Alzheimer era descarnado y cruel. Desde que le diagnosticaron la enfermedad había leído decenas de libros acerca del tema y había pedido consejo a otros compañeros, pero era inútil. Cuando la enfermedad hablaba, yo no podía soportarlo.

—Claro que lo soy, mamá —dije haciendo un esfuerzo por hablar.

—Eres igual que tu abuelo, tienes sus ojos y su carácter —dijo con una sonrisa en los labios.

—Me habría encantado conocer al abuelo Ferrán —dije aliviada por ser capaz de encauzar la conversación—. En las fotos parecía un hombre muy guapo.

—Increíblemente guapo y el mejor padre del mundo —dijo muy orgullosa, brillándole en los ojos un resquicio de su niñez—. Te habría llenado a caramelos.

La miré con una cálida sonrisa y regresé más aliviada a cortar las verduras.

—La abuela Esther también era muy guapa. —Dije sin sospechar lo que provocaría.

El golpe que le siguió a mis palabras me pilló desprevenida. Me sobresalté y perdí el control del cuchillo, que se deslizó sobre la zanahoria que cortaba y fue directo hacia mi dedo, hiriéndome con su filo

—¡Maldita sea! —grité. Mi madre había arrojado la revista contra la pared y había puesto sus dos manos sobre la mesa. Su rostro se había contraído y yo no sabía si la sangre le habría asustado.

—Odiaba a esa mujer —dijo levantándose—. ¡La odiaba!

Después salió corriendo, dejándome casi en shock por lo que acababa de escuchar, por su actitud y por la sangre que corría por mi mano.

Pasados unos segundos, los que tardé en ponerme un trapo alrededor de mi maltrecho dedo, salí corriendo tras ella. Mi madre había salido de la cocina y se había dirigido a la puerta trasera, pero al no poder abrirla, pues yo la había cerrado con llave, dio la vuelta y fue la puerta principal, la cual sí estaba abierta: error que ahora no volvería a cometer.

Quería evitar que saliera al jardín con el aguacero que estaba cayendo, pero me había sacado la distancia suficiente como para que no tuviese manera de evitarlo. Sentí como mi corazón se detenía cuando escuché la puerta abrirse seguido del abrumador ruido de la lluvia.

—¡Mamá!

Atravesé la puerta y salí al jardín con tanto ímpetu que no pude evitar resbalar y caer sobre la hierba, empapándome de agua y barro. Giré la cabeza y vi a mi madre desaparecer por la esquina del jardín. Me incorporé lo más rápido que pude y salí tras ella.

Por mi cabeza pasaban un millón de posibilidades de lo que podía ocurrir, y ninguna era tranquilizadora. Me pareció una eternidad el tiempo que transcurrió desde que me levanté del suelo hasta que por fin la vi, estaba de pie frente a las azucenas, mirándolas fijamente sin importarle la lluvia que arreciaba.

Esa misma noche, después de asegurarme que mi madre dormía profundamente y de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, reflexioné acerca de lo que había sucedido y de cómo ella había reaccionado al referirme a mi abuela.

Supongo que podría haberlo tomado como un simple desvarío producido por su enfermedad, pero mi corazón me decía que había algo más; quizás algo oculto que el paso de los años dilapidó en el olvido y que la enfermedad había sacado a la luz. Mi vena de psicóloga enseguida comenzó a conducir mis pensamientos, buscando patrones que se pudieran ajustar a un trastorno.

Mi especialidad es la psicogenealogía y que mi madre mostrara esa reacción tan visceral al mencionarle a mi abuela Esther, era como mínimo para tenerlo en cuenta.

Está demostrado que arrastramos la vida de nuestros antepasados y que sus desgracias y sus penas pueden afectarnos hasta límites que no somos capaces de imaginar. En ese momento no estaba segura, pese a que echando la vista atrás, recordé que en torno a mi abuela siempre existió un halo de misterio.

Mi abuela Esther siempre fue un tema tabú en casa, ya que desapareció un día sin dejar rastro cuando mi madre aún era una niña. Eso me contaba ella las pocas veces que hablamos de la abuela. Yo interpretaba esa apatía al hecho de que hubiera desaparecido muy joven de su vida, pero mi opinión al respecto cambió ese día de agosto, cuando tras nombrarla, mi madre corrió desesperada hasta la azucena.

Aquella fue la primera vez que intuí que algo en el pasado de mi madre distaba mucho de lo que ella me había contado.

Han tenido que pasar algunos meses hasta que pude llegar la verdad, la cual cogía polvo bajo un armario de la casa que ahora pertenece a Andreu Fort, un chef español de éxito que convertirá mi antiguo hogar en uno de los restaurantes más exclusivos de Valparaíso.

Sin embargo, no le guardo rencor pues ha sido gracias a él que he podido descubrir la verdad, la cual estoy poniendo por escrito en estas

líneas.

Hay mucho que contar, y como en todo lo mejor es comenzar por el principio, por lo que tengo que retroceder unos setenta años en el tiempo; cuando dos jóvenes, con sus familias y su diferente condición, se embarcaron en un viaje sin regreso hacia la tierra desde donde escribo estas líneas… Chile.

Capítulo 2

Mayo de 1925. Buque Wishper. Océano Atlántico.

Marcelina trataba de concentrarse. Pese a que ya llevaban dos días en alta mar, el mareo y las náuseas le impedían dar más de un par de pasos seguidos antes de desmayarse. El mar estaba en calma y el vaivén del barco era casi inexistente, sin embargo, ella tenía la sensación de que el suelo que pisaban sus pies era tan inestable como la cuerda de un acróbata.

—¿Estás bien? —dijo Ana, la joven que se encargaba del servicio doméstico en casa de los Losada, y que consideró el viaje como una fascinante oportunidad para empezar una nueva vida. Dejó a su humilde familia y aceptó la invitación de Federico, el padre de Marcelina, de acompañarlos en su aventura de ultramar. Federico, conocedor de los problemas económicos de la familia de Ana, les concedió una importante suma como compensación por llevarse a su hija mayor consigo.

—¿Falta mucho para que lleguemos? —preguntó Marcelina, a la que las últimas horas se le habían transformado en meses. Ana no pudo contener una sonrisilla juguetona.

—Algunas semanas, Nina.

La muchacha hizo el amago de vomitar y rompió en un ataque de tos.

—¿Estas mejor, Nina? —preguntó María, la madre de Marcelina, que había entrado en el camarote en ese momento. Ésta le respondió con un murmullo.

—Debería tomar el aire, señora —dijo Ana—. Le vendrá bien para adecuarse. Además, hay un día fabuloso.

—Tienes razón, Ana. Nina, cariño, ¿serás capaz de levantarte? Tu padre está en la cubierta con unos compatriotas que comparten destino con nosotros.

Esta torció el cuello hacia donde se encontraba su madre.

—¿Asturianos? —preguntó la muchacha.

—Catalanes; son de Barcelona. Dos empresarios que pretenden montar una fábrica textil en Santiago. A tu padre le ha faltado tiempo para empezar a hablar de negocios. Ya sabes como es.

Nina esbozó una sonrisa y su madre asintió confirmando lo evidente.

—Así es, hija. Tu padre haría negocios con el mismísimo diablo si se apareciera.

Las tres rieron a carcajadas y por fin, con mejor humor y olvidado de una vez la dichosa fatiga, Nina consintió a dar una vuelta por la

cubierta.

La observación de Ana fue certera, pues en cuanto Nina sintió la brisa marina en su rostro y pudo llenar sus pulmones de algo mejor que el aire viciado del camarote, su malestar fue desvaneciéndose hasta convertirse en un desafortunado recuerdo.

Su melena castaña ondeaba al viento, haciendo resaltar sus bellas facciones, que relucían espléndidas bajo el sol de la mañana. Sus ojos, debido a la claridad, lucían de un color ambarino suave. A sus diecisiete años, irradiaba una belleza que auguraba la esplendorosa mujer en la que se convertiría en los años venideros.

—¿A qué no te arrepientes de haber salido del camarote? —dijo María mientras acariciaba el cabello de su hija.

—Tenías razón. Estoy como nueva. Casi no puedo creerlo —contestó emocionada a la vez que miraba hacia un lado y a otro, como si en vez de agua infinita a su alrededor estuvieran navegando sobre un mundo fantástico. Ana tampoco ocultaba su curiosidad, pese a que ella ya había estado en la cubierta en un par de ocasiones.

—¡Mira la chimenea, Nina! —dijo Ana señalando hacia el enorme cilindro metálico que expulsaba un aire negruzco por su parte superior. Marcelina siguió sus indicaciones con la mirada y miró la gigantesca estructura metálica.

—Funciona con carbón —dijo María en aras de satisfacer la curiosidad de las jóvenes—, que unos hombres arrojan a una caldera justo debajo de la chimenea.

Ambas asintieron fascinadas a la explicación de María, pero una vez esta terminó su exposición sobre las chimeneas de los buques, se vio asaltada por un aluvión de preguntas para las que, desde luego, no estaba preparada.

—¿Y cómo se mueve el barco? —preguntó Nina.

—¿A qué profundidad están esos hombres que trabajan con el carbón? —preguntó Ana.

—¿Es el mismo carbón que ponemos en las estufas? Ambas mostraron gran interés en esta última pregunta, pero para suerte de María, Federico surgió tras un grupo que disfrutaba del sol de la mañana y acaparó toda la atención. Bajo su fino bigote lucía una espléndida sonrisa.

—Veo que estás más recuperada, Nina —dijo Federico.

—Así es, papá. Me ha sentado bien la brisa del océano.

—Estupendo —dijo tras arrojar su cigarrillo por la borda.

—¿Cómo te ha ido a ti con esos catalanes? —preguntó María.

—Nada mal. He conseguido incluso un contacto. Un importante comerciante cuyas mercancías se mueven por todo Chile; al parecer tiene a la venta un par de propiedades y esos caballeros actúan como intermediarios.

Los catalanes a los que se refería Federico pasaron en ese momento por el otro lado del pasaje, sumidos en una intensa conversación, sobre la que mantenían sus cinco sentidos. Nina los siguió con la mirada hasta que se perdieron en el gentío.

~

La familia Losada viajaba en primera clase, y por ello, no alargaron mucho el paseo para acudir a un banquete que el capitán del barco ofrecía en el salón principal, mientras eran observados por los curiosos de segunda y tercera clase, que pegados al cristal, quienes se imaginaban y aspiraban a ser ellos los observados algún día.

Nina no estaba segura de cómo le sentaría volver al interior y, sobre todo con tanta gente, aunque para su sorpresa el mareo quedó en el olvido. Disfrutó de un refrescante zumo de naranja y murmuró con Ana mientras iba de un lado a otro del salón.

La mayoría de los que se encontraban allí eran españoles, aunque también había una cantidad nada desdeñable de portugueses y franceses, los cuales se habían integrado a la perfección en la mayoría hispana y daban lugar a intensas conversaciones que derivaban en carcajadas, aplausos y apretones de manos. Las botellas de champán cruzaban la sala también con celeridad y el humo del tabaco pronto colmó el ambiente. Nina se fijó que su padre hablaba amistosamente con sus amigos catalanes, mientras su madre discutía con unas señoras algún tema que les causaba sonoras risas.

Por las ventanas superiores seguían asomándose los curiosos que tenían vetada la entrada. Entre ellos, un muchacho que, utilizando sus manos a forma de visera, observaba el interior de la sala con desdén.

—Míralos, Marta. Y nosotros tenemos que agradecer que nos den agua y pescado podrido.

—No está podrido, sino ahumado. Está así para no pudrirse precisamente —contestó ella.

—Lo que tu digas, hermanita. Pero es incomible —añadió Ferrán, que volvía a clavar sus ojos en el cristal.

—¿Y qué quieres que hagamos? No podemos gastarnos el poco dinero que tenemos en comida. Aún quedan bastantes días para llegar a América.

—Entrar —sentenció Ferrán, que se apartó del cristal y le sonrió con malicia.

—¿A qué te refieres? No serás capaz…

—Esos ricachones tienen de sobra, ni se darán cuenta —dijo Ferrán dirigiéndose hacia la escalera que conducía a los pisos inferiores.

—Vas a conseguir que nos echen por la borda. ¡Quédate quieto! —dijo ella agarrándole del brazo, aunque él se desprendió de sus manos de inmediato.

—Eso mismo me dijiste en ese bar en el puerto de Ferrol y bien que te comiste la empanada después —le recriminó su hermano.

—Eso fue diferente.

—Es lo mismo, hermanita. No somos ladrones ni delincuentes, solo tenemos hambre y vamos a coger algo de la sobra de esos ricachones.

—Así se habla —dijo un muchacho con acento extranjero que estaba junto a ellos y que había escuchado toda la conversación. Calzaba unas botas harapientas, ropa muy usada y llevaba una gorra que llevaba tendida hacia delante, aportándole una sombra misteriosa a sus ojos, que brillaban como perlas—. Tráele algo al bueno de Pascal, camarada.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Ferrán dando un paso hacia delante e interponiéndose entre el joven desconocido y su hermana. No le había gustado el tono arrogante con el que se había referido a él. Tras un primer vistazo intuyó que los tres serían de la misma edad; año arriba, año abajo. El desconocido, haciendo exageradas florituras con sus manos, se inclinó hasta casi llegar al suelo con la visera de la gorra. Marta no pudo evitar reírse.

—Mi nombre es Pascal Dubois, excelencias —dijo mientras mantenía su exagerada reverencia.

—¿Te estás burlando de nosotros? —dijo Ferrán encarando al recién presentado Pascal. Marta, por el contrario, no dejaba de tomarse a broma aquella situación.

—Tranquilo, tranquilo —dijo el muchacho retrocediendo un par de pasos y alzando sus manos—. No es para tomárselo de esa manera. Empecemos de nuevo, ¿qué me dicen? —para Pascal no había pasado inadvertida la sonrisa de la joven que acompañaba al muchacho, y clavó sus ojos en ella.

—Relájate, hermanito —dijo Marta, empujándolo hacia un lado y extendiendo su mano hacia el desconocido—. Me llamo Marta García y él es mi hermano Ferrán.

Este le ofreció la mano a disgusto, observando con desafío a ese tal Pascal.

—Un placer conocerlos, sin duda, pero a lo que nos ocupa. No he comido nada decente desde que dejé la madre patria hace ya más de una semana. Vayamos a buscar algo a esa fiesta.

Ferrán y Pascal estaban agazapados en torno a un recoveco que había en uno de los pasillos que llevaban hasta una de las puertas de acceso al salón. El primero de pie y el segundo agachado, al igual que si se trataran de un dúo cómico, acechaban la puerta por la que se accedía a la zona menos concurrida del salón, que era curiosamente donde había varias mesas repletas de manjares que ellos solo habían podido saborear en sus mejores sueños. Marta se había quedado en cubierta, asomada por una de las ventanas para hacerles indicaciones

en el caso de que fuera necesario, además de que su hermano le había insistido para que no se viera involucrada por si algo iba mal. El tal Pascal no le transmitía mucha confianza.

—¿Alguna sugerencia, Ferrán? —*Feján* en boca del francés, ya que no podía pronunciar la *r* correctamente.

—Está complicado —dijo el otro—. Se puede ver desde lejos que la fiesta no es el lugar en el que nos corresponde estar.

Ambos miraron las ropas que vestían.

—Tal vez podamos entrar agachados. No nos verán con la mesa.

Ferrán hizo un mohín que expresaba sus dudas respecto al plan de su compañero, aunque no se le ocurría nada mejor. Si eran rápidos quizás podían conseguirlo. Más allá de la puerta podía verse a los congregados en la fiesta con sus fabulosas sonrisas, sus espléndidos trajes y sus barrigas llenas. Desde luego no iban a echar en falta lo que él y el francés pudieran agenciarse.

—¿A la de tres?

—¡Tres!

Casi sin pensarlo corrieron hasta la puerta y unos metros antes se agacharon y confiaron en que no hubiera nadie entre la pared y la puerta. Marta, histérica, esperaba desde la cubierta sin retirar sus ojos de la ventana, esperando ver en cualquier momento a Ferrán y Pascal entrar en el salón.

Capítulo 3

El zumo de naranja había encontrado buen asiento en el estómago de Nina, y debido a que los últimos días subsistió a base de infusiones a causa de los mareos, se despertó en ella un apetito voraz que le hacía mirar a las mesas donde descansaban las bandejas de comida con auténtico deseo. Sin embargo, tanto ella como Ana estaban cautivas en una desesperante conversación con otras dos muchachas, que insistían una y otra vez en hacer públicos sus planes de futuro, o quizás los de sus padres, pues iban a contraer matrimonio con dos jóvenes y prometedores empresarios que, para mayor intriga, viajaban en el barco, pero les eran totalmente desconocidos. Resolución acordada por los padres para evitar que las pasiones juveniles adelantaran acontecimientos y también como prueba de fuego para sus futuros yernos, que no podían ser descubiertos ni revelar sus identidades a sus futuras esposas.

Mientras Nina escuchaba y hacía gestos como si estuviera entre las tertulianas más interesantes que podía encontrarse de entre los setecientos pasajeros del buque, su mirada rebasaba el hombro de una de las futuras casaderas y se perdía en la apetitosa comida que había en las mesas del fondo del salón. Ana respondía a las muchachas y ello permitía a Nina permanecer abstraída sin mayores problemas para recrearse en la comida que entraba por sus ojos. Tan concentrada estaba en la comida que, cuando vio a dos muchachos entrar a rastras por la puerta próxima a las mesas, se sobresaltó de tal manera que derramó el poco zumo que le quedaba en el vaso.

—Nina, ¿estás bien? —preguntó Ana mientras la rodeaba con los brazos, temiendo que hubiera vuelto a marearse y cayese al suelo. Ella permaneció con la mirada fija en la mesa, tras la cual se habían escondido los dos muchachos que había visto entrar instantes antes.

—Si, si —y en ese instante uno de ellos alzó la cabeza sobre la mesa y la miró fijamente. Durante un espacio de tiempo tan ínfimo que no recibe nombre alguno, Nina creyó que gritaría para alarmar la presencia de esos dos truhanes, pero, por el contrario, mantuvo la mirada al joven, a la vez que sentía su corazón desbocarse. Los ojos azules del muchacho destacaban en su piel morena como zafiros en la oscuridad. Estaba tan hechizada que no advirtió que había otro muchacho, con una gorra, metiéndose tanta comida como podía en los bolsillos.

—¡Sinvergüenzas! —gritó de repente un señor, que había decidido alimentar su prominente barriga en ese preciso momento, sorprendiendo a Pascal con los bolsillos repletos de delicias. Todos los allí presentes se giraron de inmediato hacia el lugar en cuestión.

—¡Corre, camarada! —dijo el francés con su peculiar acento.

Ferrán, que seguía mirando a la joven, tardó en reaccionar y perdió unos valiosos segundos que pudieron costarle muy caro, ya que el señor de barriga generosa había avanzado, en ese intervalo de tiempo, con el fin de encararse con ellos y estuvo a punto de echarse encima de Ferrán, que pudo escapar en el último momento.

Los dos jóvenes salieron corriendo a todo lo que daban sus piernas, desconociendo que en la fiesta no le dieron más importancia al asunto, contentándose con cerrar la puerta por la que habían entrado esos pequeños maleantes y volviendo a disfrutar del ambiente previo a tan desafortunado suceso. Sin embargo, Nina aún parecía afectada, acercándose su madre incluso, acompañada por un séquito de damas que mostraban una preocupación exagerada con gestos y movimientos de manos que reprendían en el aire.

—Tranquila, Nina. Han sido dos pobretones, nada más —dijo María—. Por saciar el hambre se es capaz de hacer cualquier cosa.

—Estoy bien —dijo Nina, aun con una leve abstracción en la mirada—. Me he asustado, pero estoy bien.

Su padre, Federico, apareció en ese instante, seguido de los dos catalanes: uno con las manos en los bolsillos y otro con un cigarro en los labios.

—Sinvergüenzas. Voy a hablar con el capitán de inmediato para que los encierre —dijo Federico estrellando su puño en la palma de la mano.

—No es necesario, papá. Solo tenían hambre —dijo Nina, cuya razón se diluía en torno a los ojos azules del muchacho.

—Tiene razón, Federico. No merece la pena, —dijo María ya más calmada.

Éste, que tampoco quería perder mucho tiempo en el asunto, se calmó de súbito y, siguiendo esta vez él a los dos catalanes, se retiraron a un rincón en el que siguieron disfrutando de copas de coñac, cigarros y una conversación que colmaba la total atención de los tres.

—Vamos a tomar el aire, Ana. Me vendrá bien —dijo Nina.

—¿Quieren que las acompañe? —preguntó su madre.

—No es necesario.

—No se preocupe, señora. No me separaré de ella.

Ferrán y Pascal corrieron hasta llegar a la cubierta, se quitaron las chaquetas, con lo que pretendían despistar a quienes los siguiese, y se dirigieron a la popa, donde tenía que estar Marta esperándolos para repartirse el sabroso botín. Ésta sintió un inmenso alivio cuando los vio llegar caminando tranquilamente, sin que nadie los estuviera siguiendo y con el resto de los pasajeros que paseaban por la cubierta sin sospechar nada de lo que acababa de ocurrir.

—Casi sufro un ataque de nervios —dijo Marta.

—No ha sido ningún paseo para nosotros, señorita —le recriminó Pascal con una sonrisa burlona que para nada incómodo a la muchacha.

—No te pases ni un pelo —dijo Ferrán golpeándole el hombro.

Los tres formaron un círculo en torno a un banco metálico, sacando Pascal toda la comida que había podido sustraer de la fiesta; había varios panes, queso, lonchas de distintos embutidos y aceitunas. Orgulloso, puso todo en el banco y tras esperar unos segundos y mirar a Ferrán con preocupación, se refirió a él consternado.

—Sácalo todo de tus bolsillos, camarada —dijo a sabiendas de que ocurría algo. Ferrán, molesto y avergonzado, se sacó la tela del interior de sus bolsillos para indicar que no había cogido nada. El francés, luego de unos segundos de desconcierto, entró en cólera y comenzó a despotricar en su lengua materna.

—¿Por qué no has cogido nada? —le preguntó cuando ya había descargado parte de su frustración. Marta tampoco disimulaba la decepción que sentía respecto a su hermano.

—No me ha dado tiempo —dijo mirando hacia el suelo, rechinando los dientes por la rabia que sentía consigo mismo.

—No te preocupes, Ferrán. Nos apañaremos con esto —le dijo Marta viendo que su hermano estaba más afectado de lo normal.

—Soy un estúpido —dijo golpeando el aire con sus puños y marchándose apresurado.

—¡Camarada! —le gritó Pascal, pero Marta le pidió que desistiera.

—Le ocurre a veces. Es mejor que le dejemos solo. Le guardaremos algo de comida.

El francés, no muy conforme de compartir el fruto exclusivo de su trabajo, ya que esperaba parte de los beneficios de lo sustraído por Ferrán, aceptó para no arriesgarse a disgustar más todavía a su recién estrenado compañero de andanzas. Quedaban semanas por delante de travesía y no había que granjearse más enemigos de los necesarios.

~

La brisa fresca y la agradable calidez del sol terminaron por templar los ánimos de Nina, que, pese a que insistía a que estaba ya recuperada, no paraba de mirar hacia un lado y a otro, mientras desoía las palabras de Ana.

—¿Qué te ocurre? —dijo Ana al observar su extraño comportamiento.

—Nada.

—No te preocupes por esos muchachos; está cubierta está abierta solo para los pasajeros de primera clase. Varios guardias de la tripulación controlan el acceso —dijo señalando a ambos extremos de

la cubierta.

—No me preocupan, puesto que no les hice nada. Fue ese señor gordo el que alarmó a todos del robo. No les tengo miedo.

Ana, desconcertada, se limitó a asentir mientras acompañaba sus pasos, cogidas del brazo.

—¿Cómo sabías que esta cubierta estaba cerrada para el resto de los pasajeros? —continuó Nina.

—Tu padre me hizo aprenderme todos los protocolos del barco. Sus palabras fueron "para que sepas dónde pueden y dónde no pueden estar". Según él, en este barco viajan buenas personas, pero también muy malas, que podrían hacerte cualquier cosa. Muchos delincuentes huyen a América para no hacer frente a la justicia.

Nina dibujó una mueca de disgusto. No por sentirse en una cárcel sin barrotes, sino, porque dentro de la arbitraria conclusión de su padre, se encontraba aquel muchacho de ojos azules que había detenido su mundo durante unos segundos. Una ligera sensación de calor ascendió por su estómago y se extendió por su cuerpo como una onda de agradables y adictivas sensaciones. Un pensamiento fugaz, pero de persistente mensaje se grabó en su interior: necesitaba volver a verlo.

—Pues se equivoca si piensa que voy a pasarme todo el viaje dando vueltas por los mismos pasillos —dijo Nina dejándose llevar por ese impulso que le resultaba desconocido, pero tremendamente poderoso.

Ana, al escuchar esas palabras salir de su boca, la miró como quien mira al ser más extraño y curioso de la faz de la tierra. Jamás Nina había cuestionado una orden de su padre, y pese a que no tenían secretos la una para la otra, pocas veces le había realizado una confesión tan acalorada.

—No es tu culpa, perdona —dijo Nina.

—Tranquila.

—Sé que hoy no es el mejor día con todo lo que ha sucedido, pero quiero ir más allá, Ana —le dijo mirándole fijamente a los ojos y apretando sus manos con fuerza.

—¿Por qué tienes que hacerlo? ¿Qué te sucede, Nina? —preguntó mientras descifraba la mirada de emoción de Nina, que apretó los labios y suspiró como si estuviera a punto de revelar un gran secreto.

—Te lo diré en cuanto caminemos libres por el barco —Nina le dedicó una tierna sonrisa, desconcertando aún mas a la pobre Ana, la que estaba lejos ya de comprender que tramaba Nina. Finalmente, se aferró a su brazo y continuaron caminando como si nada hubiera ocurrido.

El asunto del robo en la fiesta no fue a más. En los días siguientes, las únicas medidas que tomó la tripulación fue la de reforzar la seguridad en las puertas de acceso a los salones y tratar con cierta hostilidad a cualquier muchacho de baja condición que se acercara a dichas entradas, sin importarles las intenciones de estos.

Ferrán, tras su fracaso en el robo, se mantuvo callado y en un estado reflexivo la mayoría del tiempo, despertando una ligera preocupación en su hermana, que achacó su extraño comportamiento a lo sucedido. Pascal, cuya mente parecía no descansar ni un solo segundo, siguió aportando ideas para obtener más comida o ganar algo de dinero; propuestas todas que rozaban el límite entre lo legal, lo ilegal y lo moralmente correcto.

Una tarde sorprendió a los hermanos sacándose del bolsillo de su malograda chaqueta unos dados con los pretendía llevar a cabo cierto juego para procurarse algunas monedas, aprovechando las largas jornadas en las que la mayoría de los pasajeros se entretenían jugando y apostando lo mucho o poco que tenían.

—Es el juego del siete —les explicaba mientras sostenía cuatro dados repartidos en ambas manos—. Gana el que más se acerque a ese número. He oído que en la cubierta de estribor los de primera clase apuestan fuerte en toda clase de juegos.

—¿Y cómo les pagamos si ganan ellos? —preguntó Ferrán, sin siquiera abrir los ojos, disfrutando en su rostro de la última calidez del sol vespertino. Pascal esbozó su particular sonrisa maléfica.

—Aquí está el truco. Vamos a echar una partida y te lo demuestro —dijo entregando los dados—. A la de tres; el que más se acerque o saque siete, gana. ¡Una, dos y tres!

Ambos tiraron los dados sobre el suelo. Ferrán obtuvo un once y Pascal, que los había arrojado con soberbia, un siete.

—Suerte y nada más —replicó Ferrán recogiendo los dados. Marta observaba con interés—. Al mejor de cinco.

Tiraron sus dados de nuevo. El francés clavó el siete de nuevo y lanzó una carcajada.

—Déjame a mí —dijo Marta.

Los dados rodaron por el suelo. Siete para Pascal ante la incredulidad de los hermanos.

—No puede ser —inquirió Ferrán. El francés reía sin parar.

—Están trucados, camaradas. No hay forma de perder una partida a menos que yo quiera —dijo Pascal extendiendo sus manos.

Marta recogió los dados y los observó con asombro.

—¡Es perfecto! —concluyó.

—No, no lo es —añadió Ferrán—. Nos tirarán por la borda en cuanto ganemos un par de partidas seguidas. No son estúpidos, Pascal.

El francés hizo un gesto evidente de que no estaba de acuerdo con la opinión de su camarada y después se quitó la gorra, como si se tratara de un mago a punto de sacar un conejo de la chistera. Marta irrumpió en carcajadas y su hermano la miró de reojo.

—Solo tenemos que perder una partida de vez en cuando. Es fácil, muy fácil. Debutamos mañana por la tarde, cuando salgan después de las partidas de cartas que juegan los ricachones. Beben mucho y salen muy contentos, y alguno incluso está dispuesto a resarcirse después de una mala tarde.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Ferrán.

—Tienes que relacionarte más, camarada. No somos pocos los que nos buscamos la vida en este barco. No es bueno pasar tanto tiempo solo.

Ferrán se sonrojó al instante, como si acabaran de revelarle su más recóndito secreto, pese a que ni su hermana ni el francés sospecharan del motivo que lo llevaba a pasarse horas enteras solo, ya fuera en el camarote o paseando por el barco, con las manos en los bolsillos y perdido en sus pensamientos. Marta, que era un par de años mayor que él, estaba sorprendida de que la dejara a solas con Pascal, pero lo interpretó como que su hermano se fiaba de él y no le dio más vueltas. Le resultaba extraño, pero las pocas veces que trató de averiguar algo más se encontró con evasivas por parte de Ferrán.

Lejos estaban de averiguar que aquello que absorbía a Ferrán, no era otra cosa que una muchacha que vio de lejos el día que entraron al salón a robar algo de comida. La belleza de la joven trascendió todo su ser, despertando sentimientos de los que nunca había oído hablar. Así pues, el motivo último de sus paseos y la actitud huraña de los últimos días no era otro que la esperanza de volver a ver a la joven en cualquier momento, esperanzado en que ella también lo estuviese buscando.

Rato después, cuando los últimos rayos de sol despuntaban sobre el horizonte y los pasajeros comenzaban a dirigirse a sus camarotes para refugiarse de una noche que se avecinaba fresca, el desasosiego invadió a Ferrán.

~

Los dos hermanos compartían su camarote con un joven matrimonio, al menos eso decían, que había tenido que dejar España por unas razones que no quedaban del todo claras. En ocasiones, José, el marido, se refería a algunas deudas familiares —en esto insistía mucho—, que había heredado de manera injusta y a las que no podía hacer frente, motivo por el cual embarcaron en el Whisper. Sin

embargo, la mujer, que se presentó como Dolores, había dejado caer en más de una ocasión que las deudas se las había buscado su marido solito.

Ferrán y Marta daban la razón a los dos y procuraban no entrometerse en nada relacionado con ellos. Esa noche, el sueño había hecho mella en todos excepto en Ferrán, que estaba cada vez más incómodo. Tras estar dudando un rato, dejó a su hermana adormilada en el catre que compartían y subió a la cubierta, buscando un poco de aire fresco que le despejara los pensamientos.

No estaba prohibido subir a la cubierta durante la noche, pero era algo extraño, por ello la tripulación observó a Ferrán con ojos de sospecha y dieron parte de inmediato para que todos estuvieran atentos por si el muchacho tramaba algo. A esas horas, no había nadie controlando los accesos a las diferentes zonas de la cubierta, por lo que Ferrán pudo caminar tranquilamente, sin pensar, como si estuviera él solo en el barco.

Mientras tanto, en la parte superior del buque, donde se hallaban los camarotes de primera clase, Nina se desesperaba por momentos. Su padre había sido tajante en lo de caminar a su antojo por el barco, e incluso había pagado a varios miembros de la tripulación para asegurarse de que su hija no se aventuraba más de lo necesario.

—Fuiste testigo en el banquete. Una puerta abierta y esa gentuza se cuela como ratas —le había dicho su padre. La rabia de Nina había sido tal que no pudo más que morderse los labios y resignarse en silencio, pues ella convertía la preocupación de su padre en desprecio, lo que le turbaba más si cabía.

Pero aquella noche estaba especialmente agitada. La imagen del muchacho de los ojos azules no se desvanecía en el olvido, y, por el contrario, le despertaba una curiosidad cada vez mayor, superior a ella. Estaba tan nerviosa que se asomaba continuamente por la ventana y regresaba a su cama, de donde se levantaba a los pocos segundos para iniciar de nuevo el proceso.

—Tienes que calmarte, Nina. No puedes estar así todo el día —dijo Ana desde su cama, con unas abultadas ojeras colgando de sus ojos. Si no fuera por la amistad que les unía, ya le habría dicho a la señora María que su hija sufría de fiebres o algo por el estilo.

—Para ti es fácil decirlo; mi padre te permite salir de estos pasillos.

—Solo para atender a alguna demanda. Nina, me tienes muy preocupada.

—¿Por qué? —contestó Marcelina mientras se levantaba de su cama de un salto y se dirigía a la ventana de nuevo.

—Estás muy rara desde el banquete del otro día.

—Tonterías —sentenció.

—Puedes engañar a tus padres, pero a mí no, Nina. ¿Qué te

sucede?

Ésta la miró fijamente e hizo un amago de empezar a hablar, pero enseguida se giró y volvió a concentrarse en la ventana. Y fue entonces cuando el corazón de Nina se detuvo. Había alguien caminando por la cubierta a la que daba su ventana; era un muchacho, pero no uno cualquiera, sino el que robó la comida en la fiesta; el de los ojos azules.

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre? —preguntó Ana, espesa por el sopor, levantándose de la cama con tal torpeza, que no pudo evitar tropezar y caer de bruces al suelo—. Nina, ¿qué pasa?

Pero era incapaz de contestar, concentrada en la silueta oscura que caminaba lentamente bajo el reflejo de la luna. Cuando Ana llegó a la ventana y vio a aquel hombre no pudo sacar ninguna conclusión, al menos en un primer momento. El rostro de Nina evocaba una fascinación absoluta.

—¿Quién es?

—Tengo que salir, Ana, como sea, pero tengo que salir.

—Pero ¿qué ocurre?

Nina, apresurada, abrió el baúl y se vistió con la ropa de Ana, concretamente con un traje morado que solía vestir a menudo. Así no me reconocerán, pensó.

—No tardaré, lo juro —dijo echándose un abrigo sobre los hombros.

Ana quiso detenerla, pero todo sucedió tan rápido, que para cuando pudo reaccionar se encontraba a solas en el camarote, aterrada ante la idea de que Nina hubiera salido en plena noche, al parecer, para buscar a un hombre que ella no podía siquiera intuir de quien se trataba. El que los padres de Nina durmieran en el camarote contiguo no le ayudaba a calmarse, sumiéndose un trance nervioso que la dejó paralizada.

~

La luna llena teñía la noche de una claridad nívea y fría, y como si pretendiera imitar al astro solar, instauraba débiles sombras que hacían de esa noche un ente extraño. Las infinitas estrellas colmaban el cielo, brillando en la lejanía del tiempo y espacio, pero mostrando su belleza por encima de tales magnitudes. Ferrán las observaba apoyado en la barandilla de la cubierta, cerca de popa, gozando de tal espectáculo a la vez que escuchaba el surcar del barco sobre el mar.

Sus pensamientos se encontraban y rehuían de sí, y todo se le antojaba increíblemente complicado. Atrás, casi inexistentes, quedaban los días en los que él y su hermana habían tenido que cruzar media España para embarcarse en el viaje que debía suponer un nuevo

comienzo en sus vidas. Pero todo había cambiado. Sus aspiraciones habían sido barridas por los sentimientos que provocaron la joven de la fiesta, a la que había sido incapaz de olvidar y la que había puesto su mundo patas arriba. En los últimos días apenas había comido y pasaba las horas yendo de un lado a otro del barco, esperanzado de hallar a la joven, que parecía haberse esfumado.

—Tal vez fuera un ángel —susurró para sí mismo, avergonzándose de sus propias palabras. Negó con la cabeza y resopló.

Mientras, como si el destino de ambos comenzara en converger, los miembros de la tripulación que vigilaban aquella noche se sorprendieron de nuevo al ver a una muchacha caminar a solas por la cubierta a esa hora de la noche. Uno de ellos le preguntó si ocurría algo, a lo que ella contestó enseguida que se encontraba perfectamente y que solo quería tomar algo de aire. Vestida con la ropa de Ana y tomada como una pasajera más, ninguno le prestó más atención, después de advertirle de que no se acercara a las barandillas. Ella prometió cumplir todas las indicaciones y enseguida comenzó a caminar por donde había visto ante al muchacho del banquete.

El corazón de Nina latía por encima de sus posibilidades. Estaba segura de que se trataba de él, pero temía que se hubiera hartado de pasear y hubiera regresado a su camarote, perdiendo la oportunidad de entablar conversación con él. Por su cabeza no pasaba la posibilidad de que el joven no la reconociera, y, por el contrario, estaba convencida de que él también la estaba buscando.

Avanzaba girando el cuello a un lado y a otro, no dejándose ninguna esquina sin comprobar, pues temía pasar junto a él sin advertirlo. Mientras caminaba en su busca, embriagada de emoción, no pudo evitar pensar cómo sería, cuál sería su nombre y un millón de detalles más que la hicieron ponerse más nerviosa si cabía.

Ferrán escuchó unos pasos acercarse e intuyó que alguno de los marineros venía a reprenderlo por encontrarse en cubierta a una hora tan intempestiva. No tenía ánimo para discutir, así que se incorporó decidido a obedecer a aquel hombre y decirle que regresaría a su camarote de inmediato. Fue entonces cuando vio que, a pocos pasos de él, se encontraba la joven cuyo recuerdo le había atormentado los últimos días.

Ambos se miraron en silencio, incrédulos. La luna se reflejó con más intensidad, como si pretendiera acogerlos con su manto de luz.

—Hola —dijo Ferrán levantando tímidamente la mano en señal de saludo.

—Hola —contestó Nina imitando el gesto.

Estaban tan nerviosos que les era difícil controlar la sonrisa que se dibujaba en sus labios.

—Siento mucho lo ocurrido el pasado día —dijo Ferrán al fin.

Aquellas palabras advirtieron a Nina de que, en ese momento, podía estar, a solas, frente a un delincuente cualquiera. Las palabras de su padre resonaron en su cabeza a modo de reproche.

—No te preocupes —respondió, provocando que Ferrán alzase el rostro y le dedicara una sonrisa sincera.

—Me llamo Ferrán —dijo ofreciendo su mano, retirándola y volviéndola a ofrecer. Nina no pudo evitar reírse. En ese instante, al ver su sonrisa, Ferrán se sintió flotar en el mismo paraíso.

—Marcelina —sin mostrarse tan vacilante—, pero me llaman Nina.

Se estrecharon la mano, durante lo cual se miraron fijamente a los ojos sin retirarlos ni un segundo. Era tal el éxtasis y nervio de los dos, que les era imposible encontrar una palabra adecuada para romper el incómodo silencio que se había instaurado.

—¿Quieres dar un paseo? —dijo Ferrán al fin, indicando el camino con la gorra en la mano. En el segundo que tardó Nina en contestar, Ferrán supuso con estupor lo que significaría una negativa por parte de la muchacha.

—Si, claro.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Ferrán presa de los nervios.

Ella lo deslumbró con su sonrisa.

—No creo que podamos ir muy lejos, ¿no te parece?

Y sumidos en risas, se echaron a andar. Ferrán caminaba con las manos en los bolsillos y los hombros levemente encogidos, mientras que Nina plegaba sus brazos contra el abrigo.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Ferrán, que se sentía más relajado. Ella se sonrojó, aunque agradeció que la escasa luz no le permitiera a él apreciarlo.

—Coincidencia, supongo. Necesitaba tomar el aire —mintió—. Mi padre no me permite caminar libremente por la cubierta durante el día.

—¿Y de noche sí? —insistió Ferrán con una sonrisa traviesa en los labios. Nina estalló en carcajadas.

—No, claro que no. ¿Me guardarás el secreto? —una espinita, una sensación semejante a un agradable ardor invadió el pecho de Ferrán.

—No tienes de qué preocuparte —contestó guiñandole un ojo.

Siguieron caminando, y una vez superada la tensión nerviosa de los primeros momentos, se soltaron a hablar como si se conocieran desde su más temprana infancia, con una complicidad que les absorbió y cercenó el resto de la realidad hasta quedar ellos dos solos en el mundo.

—Así que eres de Asturias.

—Mis padres son de Oviedo, pero se trasladaron a Gijón nada más nacer yo. Mi padre es allí un importante comerciante.

Ferrán asintió asombrado.

—¿Y por qué ha decidido embarcarse hacia otro continente? Con esa vida yo jamás me hubiera movido.

—Negocios. Todos son negocios para él —dijo Nina con cierto hastío en su voz—. ¿Y tú? Apenas me has contado nada de ti.

—Es complicado —dijo él con una mueca incómoda en sus labios —. No es una historia tan bonita como la tuya.

—Perdona. No tienes que contármelo si no quieres.

Ferrán se detuvo y Nina lo hizo un paso después. En ese momento, un miembro de la tripulación que estaba de guardia se acercó a ellos. En los labios llevaba un cigarro y en los ojos el sueño recién interrumpido. A pocos pasos alzó una linterna para ver mejor de quien se trataba.

—¡Ustedes dos! ¿No son muy jóvenes para andar por aquí a estas horas?

—Íbamos de regreso a nuestros camarotes, señor —dijo Ferrán interponiéndose entre él y Nina.

—Pues andando, que yo los vea —inquirió.

Se dieron la vuelta y volvieron sobre sus pasos, haciendo ambos un esfuerzo por no reírse. Sin embargo, Nina se percató de que había pasado demasiado tiempo y de que Ana apenas sabía nada de a dónde había ido. Si tardaba mucho más quizás ella se planteara avisar a sus padres. Tenía que volver de inmediato al camarote.

—Creo que si es buena idea que regresemos.

—Si, es tarde —añadió Ferrán, pese a que no podía estar más en desacuerdo.

Caminaron hasta llegar no muy lejos del camarote de Nina.

—Será mejor que nos separemos aquí —dijo Nina mirando a un lado y a otro. La posibilidad de que Ana o su padre los vieran por una de las ventanas, al igual que ella había visto a Ferrán antes, le causaba pavor.

Llegó el momento de la despedida y ninguno de los dos sabía cómo afrontarla.

—Me lo he pasado muy bien, Ferrán.

—Yo también.

Ambos se miraban como si esperaran algo del otro, alargando el momento de separarse.

—Mañana… —susurró Ferrán dudoso.

—Saldré a tomar el aire, si me es posible.

—Y yo estaré donde me has encontrado hoy —dijo con una inmensa sonrisa.

—Nos vemos mañana, Ferrán.

—Nos vemos mañana, Nina.

Y así, llenos de emoción y con los sentimientos a flor de piel, se fueron a sus camarotes, donde permanecieron en vela antes de poder

conciliar el sueño. Nina tuvo que dar cuentas a Ana y Ferrán a su hermana, pero estaban tan contentos, que consideraron esas explicaciones el menor de sus problemas.

Valparaíso, 1999.

Un manto de folios garabateados cubre la mesa en la que estoy trabajando, como si los pensamientos de mi cabeza se hubieran puesto por escrito para desparramarse después por todas partes. Hay frases y párrafos tachados, flechas que apuntan hacia alguna sentencia que considero oportuna y dolor; mucho dolor en estas páginas.

Si la pérdida de mi padre y la enfermedad de mi madre supusieron un duro golpe para mi ánimo, el empeoramiento sin remedio de su salud me supuso un desconcierto indescriptible.

Aquel día en que mi madre salió corriendo hacia el jardín para detenerse frente a las azucenas, después de que yo dijera el nombre de mi abuela, marcó el inicio de la peor etapa de mi vida.

Los ataques histéricos de mi madre se multiplicaron desde aquella mañana y convivir con ella en la misma casa se tornó imposible.

La tensión agarrotaba los músculos de mi cuerpo y en muchas ocasiones recurrí a los cigarrillos, aunque los odiaba, pues fueron la causa de la muerte de mi padre.

En menos de una semana la situación se agravó y tuve que guardar en cajas todo aquello que pudiera resultar peligroso para ella, desde portarretratos a cuadros, libros, incluso me vi obligada a poner candados en los armarios; la casa se quedó diáfana, como si estuviera deshabitada.

Una parte de mí no puede evitar preguntarse si el destino me hizo un guiño en torno a mi futuro. Mi madre fue perdiendo paulatinamente las capacidades básicas hasta llegar al punto de que necesitaba ayuda para lo más cotidiano. Y para colmo, el director del banco continuaba telefoneando un par de veces a la semana, insistiendo en la posibilidad de poner en venta la casa, opción que iba ganando terreno.

Fue después de colgar una de las llamadas del señor Ibarra, cuando, agotada por lo que estaba sucediendo, me derrumbé en una silla y comencé a llorar sin descanso. Las manos me temblaban y era incapaz de encontrar consuelo.

—¿Por qué lloras? —me preguntó mi madre. Su voz en aquel momento, que aprendí a identificar dependiendo de cómo el Alzheimer se mostraba, era la de quien se dirige a un completo desconocido. Me sequé las lágrimas y la observé. Mantenía una postura forzada, lo que significaba que no reconocía aquel lugar como su hogar, y me miraba con lástima.

—No es bueno llorar tanto, criatura —me dijo con esa voz ajena

que me asolaba por dentro.

—Tienes razón, m… —pretendí decirle *mamá*, pero una parte de mí fue incapaz. No podía enfrentarme a su enfermedad en ese momento.

—Hay que llorar lo que hay que llorar —continuó. Me limité a confirmar sus palabras con leve movimiento de cabeza—. Yo también he llorado lo mío, no te creas.

Pensé qué se refería a cuando la abuela Esther desapareció, pero con la lección aprendida, de cómo reaccionó la última vez que la nombré, guardé silencio y la miré sin más, dispuesta a soportar las palabras que salieran de su boca con la mayor entereza posible.

—Lloré mucho cuando perdí a una querida amiga. Aún la recuerdo. Incluso puede que llore ahora, no me la quito de la cabeza.

Al escucharle decir eso no pude evitar mirarla como si no fuera capaz de creer lo que acababa de oír.

La enfermedad, además de ser cruel, era intermitente por aquellos días y había momentos en que podía reconocer a mi madre en su mirada.

—¿A qué amiga? —pregunté sin ocultar mi curiosidad. Pero de nuevo el Alzheimer mostró su lado más trágico. Mi madre me quedó mirando con el rostro tenso y los ojos abiertos como platos.

—Una con una nube en la cabeza —me contestó como si no hubiera nada incoherente en lo que acababa de decir. Me quedé sin palabras y se instauró entre nosotras un silencio insoportable que mi madre se encargó de romper.

—¿Quién eres? — me dijo con la mirada perdida.

Durante un largo rato tuve que explicarle una y otra vez quién era yo, quién era ella y dónde estábamos, hasta que lo comprendió o la misma enfermedad le hizo desistir. Sin embargo, no pasé por alto sus palabras y mi cabeza comenzó a reflexionar.

Antes de que la vida nos golpeara de una manera tan contundente con la muerte de mi padre, jamás escuché decir nada a mi madre de perder a una amiga, pero el Alzheimer, a medida que le arrebataba el presente, sacaba a flote secretos que mi madre había guardado durante toda su vida, sin ella ser consciente de aquello.

Es por eso que, desde entonces, tomé en alta consideración sus palabras, incluso cuando mencionó lo de una nube en la cabeza, y decidí anotarlas; otra jugada maestra del destino, que estaba poniendo sobre raíles el futuro más próximo.

Las anotaciones de lo dicho por ella, frases sin sentido por aquellos días, fueron convirtiéndose paulatinamente en reflexiones acerca de las mismas, podría decirse que estaba analizando a mi madre a través de sus mermados recuerdos; aplicando la psicología en busca de un significado.

Cada día mi madre empeoraba, sin embargo, dentro de todo ese desconsuelo, conseguí un trabajo en unos grandes almacenes, algo positivo dentro de todo, ya que pude pedir un adelanto que mi jefe me concedió.

Me sentí mas aliviada, pues pude contratar a una cuidadora para que estuviera con mi madre mientras yo no estaba en casa.

Vasia, como se llamaba la cuidadora, me ayudó mucho y trató a mi madre de una manera estupenda. Hicimos conexión de inmediato, pese a que ella llevaba en Chile poco tiempo, y le costaba horrores asimilar el idioma.

Era rusa y su acento me resultaba muy divertido e incluso hasta mi madre sonreía a veces cuando la escuchaba esforzarse por pronunciar las palabras de manera correcta.

Aportó un poco de luz a nuestras vidas y me regaló muchos momentos de sonrisas. Llegué a apreciar mucho a la gigantona rusa que alcanzaba el metro setenta y cinco y rondaba los noventa kilos, quizás era porque no se compadecía de mí, como hacían constantemente familiares y amigos, ni me dejaba pasar una, pero sabía el momento idóneo en el que sobraban las palabras y necesitaba un abrazo.

Por esos días aprendí que las desgracias no se curan con lástima ni resignación, sino haciéndoles frente con todo lo que tengamos, con todo lo que seamos capaces.

—Hasta el último aliento —me decía con su fuerte acento ruso mientras me alzaba el rostro con las manos y secaba mis lágrimas—. Tú fuerte, tú fuerte.

Después me solía abrazar con tanta fuerza que en ocasiones temía que su grandioso cuerpo absorbiera el mío. Eran tan impetuosa dando ánimos e implacable con cualquier hálito de tristeza o resignación, que te contagiaba con una energía que me hacía creer que todo era posible.

Aunque estas últimas líneas parecieran albergar una leve esperanza, no fue así, pues ni mi nuevo trabajo o la llegada de Vasia, pudieron detener lo inevitable.

~

La enfermedad de mi madre empeoró de manera acelerada, y ni siquiera la buena de Vasia podía enmendar la situación.

Cada vez necesitaba más cuidados, que yo no podía permitirme, pues gran parte de mi sueldo lo traspasaba a los bolsillos de Vasia directamente y aún era poco en comparación de todo lo que hacía por nosotros.

Así pues, el poco dinero que aún me restaba terminaba de gastarlo en medicinas, comida y algunas facturas, incrementando los

problemas con el banco mes a mes y teniendo la sensación de ser incapaz de afrontar la situación.

Sin embargo, había un aspecto positivo, por macabra que suenen estas palabras. Y es que mi madre, debido a la enfermedad, apenas era consciente de las dificultades por las que estábamos pasando y eso me reconfortaba, aunque fuera de una manera residual y horrorosa al mismo tiempo.

Se pasaba la mayoría del tiempo en el porche que da al jardín trasero. Algún resquicio de lucidez debía conservar, pues elegía cada día el sitio idóneo donde colocar su silla, ya fuera más pegado a la pared de la casa para resguardarse del sol, o bien un poco más alejada para aprovechar la brisa húmeda del jardín entremezclada con la del océano. Pero lo que más me llamaba la atención era que su fijación por las azucenas persistía e incluso Vasia lo advirtió.

—Tu madre gusta flores —me dijo una tarde, mientras nos tomábamos un café en la cocina. Mi madre estaba adormilada en el porche a causa de la medicación.

—Si, mucho. Especialmente esas —dije señalando hacia las azucenas del extremo del jardín y dejando mis ojos sobre ellas. Me fije en que, pese al viento que había soplado los últimos días, las azucenas eran las únicas flores que permanecían intactas.

—Tu abuela plantar —dijo Vasia, haciendo temblar la tierra con la última *r* y causándome un vuelco en el corazón.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté casi al mismo instante que caía en la cuenta de que jamás me había planteado el origen de las azucenas, pues para mí siempre habían estado allí, al igual que la casa, el jardín o el gran espejo que había en el dormitorio de mis padres. Elementos todos que mi niñez interiorizó como si fueran eternos y atemporales, conclusión que la madurez otorgada por el paso de los años no se molestó en contrastar, hasta el momento en el que Vasia pronunció aquellas palabras, causando un derrumbe de cuanto creía saber del pasado de mi madre. La incertidumbre me invadió de tal manera que se me revolvió el estómago—. ¿Te lo ha dicho mi madre?

Vasia asintió y después dio un trago café.

—Pasado día ella contar a mí. Tuvo buen momento —con esto último se refería a que el Alzheimer dio una ligera tregua a mi madre.

Cuando esto ocurría, ella recordaba y reconocía a los que estaban a su alrededor y hasta podía mantener una conversación, pero no solía durar mucho, sumiéndose de nuevo en el silencio de su enfermedad.

—¿Qué te dijo? —dije al borde del grito, desquiciada por el hecho de que mi madre se lo hubiera contado a Vasia antes que a mí.

—Ella contar a mí que su madre plantar flores —y señaló a las azucenas—, pero que no ver, porque ella marchó para siempre, igual

que su amiga. Ella y su papá muy triste.

La cabeza me iba a explotar. No era la primera vez que mi madre mencionaba a una amiga, de la que nunca había oído yo hablar, que también se marchó casi al mismo tiempo que mi abuela. Pero no sabía hasta qué punto en su mermada cabeza, qué era real y qué era una burda fantasía producida por su enfermedad. Insistí a Vasia con más preguntas, pero ella me aseguró en que no había más que contar.

Durante los días siguientes estuve dándole vueltas a la cuestión. Era innegable que había alguna parte de la historia que se escapaba y de que solo mi madre podía aclararme.

Por ello traté de no separarme de ella en ningún momento, además de pedirle a Vasia que también anotara cualquier cosa que dijera, por nimia que pareciese. Ella no comprendía muy bien el porqué de todo aquello, no le culpo, pero a mí me permitía adentrarme en un pasado que desconocía por completo.

Vasia anotaba todo en su lengua materna, por lo que en las noches, me solía traducir lo que había escrito.

—No querer familia —me contaba una de esas noches.

—¿Quién no quería a su familia? —pregunté. Mientras tanto yo pasaba toda la información a la libreta donde lo tenía todo apuntado. Vasia negó con un ademán.

—No querer hacer familia. Ella querer sola.

—¿No me quería a mí?

—No decir eso. Ella miedo

—¿Miedo? ¿De qué?

—Ella no decir.

Era lo que necesitaba antes de irme a dormir. Era consciente de que la información atravesaba la barrera del idioma con Vasia y que esta podía malinterpretar cualquier cosa dicha por mi madre, pero yo intuía que había poco error. Pero por más que pensaba y trataba de extraer alguna conclusión, no conseguía más que aumentar mis dudas.

Horas después, cuando ya Vasia se había marchado y me encontraba yo a solas con mi madre, caí en la tentación de preguntarle. Fue un acto egoísta por mi parte, pues ya había sido testigo de cómo reaccionó cuando le mencioné a mi abuela Esther.

—Mamá —le dije con la esperanza de que estuviera en uno de esos buenos momentos.

—Dime —me dijo sin retirar la vista de la televisión.

Estaba nerviosa. Necesitaba unos segundos para prepararme. Repasé el salón con la mirada y me fijé en el jarrón con flores que había sobre la repisa, cogidas hacía unos días. La costumbre de recogerlas a diario se había visto alterada desde que comencé a trabajar y la salud de mi madre se complicó. Estaban todas marchitas excepto una, que lucía como si estuviera recién puesta en el jarrón.

—Hay que cambiar las flores —me dijo mi madre al advertir mi fijación por el jarrón. Me pilló tan por sorpresa que me asusté.

—Si, claro.

Era el momento de hacerlo.

—¿Quién plantó esas flores? —le pregunté señalando al jarrón.

—¿Cuáles? —dijo alzando la vista.

Entonces me levanté y caminé hacia el jarrón, y con mis manos, cogí la azucena que parecía ser ajena al paso del tiempo. Desprendía un aroma que no cuadraba con una flor arrancada desde hacía días; intenso y persistente.

—Éstas —le dije mostrándole la flor.

Su rostro se iluminó como si hubiera viajado a tiempos pasados.

—Son las más bonitas —susurró. Después, a medida que su sonrisa se fue diluyendo, continuó—. Tu abuela Esther las plantó, pero nunca las vio florecer. Se marchó antes de que el primer tallo brotara de la tierra.

Yo estaba atónita y en parte decepcionada, ya que era lo mismo que me había contado Vasia. Sin embargo, estaba decidida a continuar preguntándole.

—¿Fue cuando se fue tu amiga también? —le dije con toda la sutileza del mundo, aguardando cualquier tipo de reacción por su parte. Sus ojos se bañaron de lágrimas.

—Nos quedamos muy tristes —dijo con una mueca triste en sus labios.

—¿Estás bien, mamá?

Mi corazón se rompió en mil pedazos al ver lo que mi curiosidad le había provocado.

—La echo de menos —balbuceó—. Ella era muy buena.

—¿Cómo se llamaba?

Pero mi madre esquivó de nuevo mis palabras. Aquello no era una conversación, sino un monólogo en el que solo hablaban sus recuerdos.

—Era muy guapa y muy elegante. Me esperaba todas las mañanas —asentí en silencio para que ella continuara, aunque guardó silencio por unos segundos mientras su mirada se perdía. De repente, conmovida, comenzó a llorar.

No supe qué decirle, por lo que me limité a darle un fuerte abrazo hasta que cesó su llanto. Permanecimos abrazadas un buen rato, en silencio. Fue la última vez que abracé a mi madre siendo ella consciente que yo era su hija.

~

Aquella experiencia fue lo suficientemente dolorosa como para dejar de insistir en quién había plantado las azucenas del jardín, quién

era esa amiga que mi madre tanto echaba de menos y cuál era ese miedo que había mencionado.

Supongo que en todas las familias hay secretos, que si permanecen en la sombra durante años sin afectar a la vida de nadie ¡qué motivo hay para sacarlo a luz! Pero era mi madre la que estaba sufriendo, la que aprovechaba sus escasos momentos de lucidez para referirse a un pasado del que no había pruebas, y del que nadie más sobre la faz de la tierra sabía nada.

Hice el esfuerzo por tomarlo todo como desvaríos de mi madre, pero una parte de mí no se dejaba convencer, manteniéndome la cabeza ocupada con todo tipo de teorías.

Lo estaba pasando mal y había momentos en los que creí haberme vuelto loca. Como cuando, al limpiar la casa un par de días después, retiré el jarrón de flores del salón, las cuales estaban secas y quebradizas por la falta de agua. Sin embargo, la flor de azucena apenas mostraba los signos de sus congéneres, acaso los pétalos un poco lacios, pero nada más. La fragancia que desprendía había perdido intensidad, pero aún era perceptible.

No sé decir cuánto tiempo permanecí allí de pie, con la azucena en mi mano, buscando una explicación a lo que mis ojos veían.

Vasia, que me llamó desde la cocina, me sacó del embrujo, devolviéndome a la realidad. Arrojé la azucena a la bolsa de basura y acepté cualquier explicación que mi cabeza quisiera aportarme. Me planteé por unos instantes contárselo todo a Vasia, pero tampoco tenía muy claro qué decirle.

Cuando entré llegué a la cocina y me encontré a Vasia junto a la puerta que llevaba al jardín trasero. Me hizo un gesto para indicarme que me acercara.

—De pie ella sola —dijo señalando hacia mi madre, que estaba de pie en mitad del jardín. Era una buena noticia; cada vez le fallaba más la coordinación.

—¿Hace mucho rato? —pregunté. Ella levantó sus dedos índices y anular para indicarme un par de minutos. Sin embargo, para mí era como observar un brote verde en medio de un voraz incendio; la enfermedad no remitiría jamás.

De repente, mi madre comenzó a caminar por el jardín, del mismo modo que lo haría alguien que apenas tuviera fuerzas en sus piernas, tambaleándose de un lado para otro, por lo que Vasia y yo salimos corriendo hacia ella. Afortunadamente llegamos a tiempo, pues apenas pusimos nuestras manos sobre ella, se derrumbó.

—Siéntate, mamá —le dije mientras la llevábamos hacia una silla. Una rafaga de aire arrastró hacia donde nos encontrábamos el intenso olor de las azucenas.

Por un instante pensé que aquellas flores pretendían inmiscuirse en

mi vida constantemente. La palidez desapareció del rostro de mi madre y esta asintió para confirmar que se encontraba bien.

—Me… —su voz se apagó poco a poco— he mareado.

—Un refresco bueno para mareos —dijo Vasia mientras se dirigía a la cocina.

—Tranquila, descansa —le dije. Ella hizo caso de mis palabras y se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Parecía agotada. Cerró los ojos y con suma facilidad se quedó dormida, expresando en su rostro un descanso que llegó a reconfortarme.

Ahora que estoy poniendo mis recuerdos y experiencias sobre el papel, con las respuestas a todas las preguntas ante mis ojos, no dejan de asombrarme las sorpresas que alberga la vida.

Esa mañana en la que mi madre se quedó dormida en la silla era incapaz de pensar todo lo que depararía los próximos meses, como se pusieron en marcha los engranajes del destino para que me encuentre hoy en una amplia mesa cubierta de papeles, bajo una ventana por la que entra el reflejo de la luna y donde encuentro la inspiración necesaria y la fuerza para darle vida a mi pasado.

Capítulo 6

Mayo de 1925. Buque Whisper. Océano Atlántico

Había pasado una semana desde aquella noche en la que Nina y Ferrán pasearon por primera vez por la cubierta del barco. Pascal, cuyo negocio de los dados le había procurado buenos beneficios, andaba contrariado y hablando con cada uno de los ladronzuelos y contrabandistas del barco, amenazando a uno e insultando a otros.

El juego de Pascal había causado furor entre un grupo de adinerados, que salían después del almuerzo con las mejillas encendidas después de numerosos tragos de coñac y ginebra. Con el evidente estado de excitación, estos buenos hombres arrojaban los billetes sobre la caja que el muchacho había establecido como tapete y casi no echaban cuentas al resultado de los dados.

Pascal, haciendo un esfuerzo por controlar su emoción y tratando de disimular sus miradas lascivas al dinero apostado, reía las bromas de los señores y los manejaba de tal manera que conseguía que permanecieran largo rato e incluso le diesen propina al marcharse.

A los días se había extendido la noticia del emocionante juego del "siete" y multitud de hombres borrachos se agolpaban en torno a Pascal para, sin ellos saberlo, perder su dinero. Incluso el elegante señor con prominente barriga, que lo había denunciado el día de la fiesta, se encontraba allí igualmente emocionado y sin poder imaginarse quién era en realidad el simpático muchacho de los dados.

Sin embargo, su repentino éxito llamó la atención de la competencia, otros buscavidas veían como su lista de clientes se reducía en beneficio de Pascal, dándose la casualidad de que, a los pocos días, Pascal perdió sus dados, teniendo que poner fin a su negocio de manera apresurada.

Este era el motivo por el cual Pascal iba de un lado a otro tratando de averiguar qué había sido de sus dados, preguntándole a la gente del mundillo que, como era de esperar, no tenían ninguna información al respecto.

—¿No ha habido suerte? —preguntó Ferrán, que, sentado junto a Marta, compartían un bocadillo de arenque ahumado y lonchas de embutido que les había dado Dolores, su compañera de camarote.

—Son todos unos ladrones. Nadie sabe nada —dijo quitándose la gorra y arrojándola al suelo—. Pero voy a descubrir quién ha sido, ¡lo juro!

—No te enfades. ¿Has mirado bien en tu camarote? —preguntó Marta.

Pascal consideró obvia la pregunta y afirmó con un mal gesto.

—Díselo a alguno de los oficiales del barco —bromeó Ferrán—. Tal vez te ayuden.

Marta no pudo evitar soltar una carcajada y también Ferrán reía sin controlarse, mientras el francés los observaba con los brazos en jarra y el rostro de no compartir la hilaridad de sus amigos.

—Estás muy gracioso desde que paseas por las noches —dijo Pascal provocando que Ferrán se sonrojara y Marta se riera con más intensidad todavía.

—Estoy llorando y todo —dijo ella entre carcajadas—. ¿Vas a pedirle que se case contigo, hermanito?

—No digas tonterías, Marta.

—Tienes razón, camarada —dijo Pascal poniéndose un cigarro en los labios—. El padre te tirará por la borda si se entera que paseas a solas con su hijita.

Ferrán, que jamás se había planteado aquella posibilidad, sintió una creciente preocupación en su interior. No quería seguir aquel sendero de final incierto, pero era superior a sus fuerzas.

—¿A qué te refieres? —le preguntó al francés. Este dio una generosa calada a su cigarrillo y exhaló el humo imitando con sus labios la forma de una pequeña circunferencia.

—No creo que entres en los planes de futuro de su padre, camarada. No te ofendas.

Ferrán se molestó, no con el francés, sino con algo que no sabía identificar.

—No dices más que tonterías —concluyó airado. Le tendió a su hermana el resto del bocadillo y se levantó sacudiéndose las migas de pan que habían caído sobre su chaqueta.

—No es para ponerte así, Ferrán —dijo Marta, con pocas esperanzas de hacer regresar a su hermano.

—¿Qué he dicho? —preguntó Pascal alzando las manos, dejando claro que no comprendía lo que estaba ocurriendo.

—Déjalo, no te preocupes. Ya sabes como es. ¿Quieres un trozo? —dijo Marta ofreciéndole el bocadillo. Pascal tiró el cigarro tras una última calada y ocupó el lugar de Ferrán.

—Jamás rechazaría una invitación suya, distinguida señorita —dijo el francés.

—Bobo —le replicó Marta con una sonrisa traviesa.

Ferrán caminó fuera de sí y sin saber a dónde le dirigían sus pasos, aunque tampoco le importaba. La cabeza le daba vueltas y sentía una presión creciente en el pecho que le producía un profundo malestar.

Lo peor de todo era que sabía que el origen de su repentino cambio de humor no estaba en las palabras de Pascal. Poco después de conocer a Nina, especialmente después de varios paseos, había surgido en lo más profundo de su cabeza un pensamiento que trataba de

acallar por todos los medios, al que temía y detestaba al mismo tiempo, pero al que el sentido común, tanto de su hermana como de Pascal, habían terminado por poner sobre la mesa: ¿Qué ocurriría entre Nina y él una vez llegaran a puerto?

Desde que esta pregunta se formulara en su interior y cobrara vida tras las palabras de Pascal, el tiempo había tomado una nueva dimensión para él. Si antes se concentraba únicamente en disfrutar cada segundo que pasaba junto a Nina y esperar con ansia que llegara la noche para volver a estar con ella, esa mañana, mientras caminaba hacia ninguna parte, sentía una angustia vital insoportable.

Sin más cubierta que andar, se detuvo frente a la barandilla de popa y se aferró a ella con tesón. El avanzar del barco dejaba una estela de espuma blanca tras de sí, señal inequívoca de que a cada segundo que pasaba se encontraban más cerca de su destino y, quizás, del final de su relación con Nina. Las primeras lágrimas comenzaron a deslizarse por su mejilla, por mucho que apretara sus labios en aras de contener un llanto irrefrenable.

A quién quería engañar. Su relación con Nina era un espejismo, una ilusión que llegaría a su final más pronto que tarde y que no tenía opciones de prolongar una vez llegaran a Chile, ese país extraño y lejano en el que él y su hermana tendrían que buscarse la vida como fuera, pensamiento este último que aumentó la desazón que experimentaba.

Todo se había complicado en apenas unos segundos, tras unas pocas palabras de Pascal, de una manera tan devastadora, que incluso Ferrán, dolido y decepcionado, se planteó no acudir a su cita esa misma noche con Nina. Y puede que a ninguna otra cita más.

~

Nina se ajustaba el pelo frente al espejo de su camarote, mientras Ana, vigilaba por la ventana.

—Aún no ha pasado.

—Estará a punto —dijo Nina pese a percibir un ambiente enrarecido. Tras verse varias veces con Ferrán habían acordado que él pasaría todas las noches bajo la ventana, señal para que ella saliese en cuanto le fuera posible.

Como casi todas las noches, Nina terminaba de retocarse hasta el último pelo de su cabeza mientras Ana montaba guardia en la ventana. Hacía ya rato que había oscurecido y que por la cubierta tan solo pasaba algún miembro de la tripulación de vez en cuando. Sin duda, pese a que Nina se negase a aceptarlo, Ferrán no aparecía. Una vez más.

—Vendrá. Tranquila —se decía a sí misma. Ana, por el contrario, no las tenía todas consigo y suspiraba cada vez con mayor fuerza.

—Tal vez se haya dormido —dijo en un intento de consolar a Nina, que cada vez se mostraba más nerviosa. Pero esta no contestó, sino que se limitó a dirigirse también a la ventana y contemplar con tibias esperanzas la solitaria cubierta. Todo estaba demasiado tranquilo, como si la realidad misma pregonara que ningún muchacho iba a interrumpir la tranquilidad de la noche para reunirse con ella.

Pasaron los minutos, que fueron convirtiéndose en horas. Ana se había quedado dormida sin desvestir la cama siquiera, víctima del sueño durante la vigilia. Nina, sin embargo, continuaba observando la cubierta, con los ojos muy abiertos y con un río de lágrimas cayéndole por el rostro.

Las primeras luces del día comenzaba a despuntar, borrando la oscuridad del cielo y haciendo agonizar a la noche. Pero aun así Nina confiaba en que Ferrán apareciera de un momento a otro, no podía ser de otra manera, no podía fallarle.

El último atisbo de la noche desapareció bajo un sol radiante y en apenas unos segundos la cubierta se fue llenando de pasajeros que querían estirar sus piernas bajo el primer sol del día. Fue entonces, vencida por el cansancio y la decepción, cuando Nina comenzó a llorar. Sin embargo, como si un duendecillo le hubiera susurrado la verdad absoluta en sus oídos, cortó su llanto de inmediato y se serenó.

—Le ha tenido que ocurrir algo —sentenció, librando de toda culpa a muchacho que tanto amaba y dispuesta de poner remedio a lo sucedido—. Ana, despierta. ¡Ana!

Ésta, invadida por el sopor y el mal cuerpo fruto de haber dormido poco y mal, abrió los ojos a duras penas y miró a Nina sin comprender nada.

Al trabajar para la familia Losada tenía una serie de responsabilidades, especialmente respecto a Nina, a la que debía tenerla ropa preparada todas las mañanas, así como la del día anterior remendada y listar para lavar. Pero estaba tan amodorrada, poco acostumbrada al trasnoche, que apenas sabía dónde se encontraba.

—¿Qué ocurre, Nina? —dijo con voz ronca.

—Vamos a vestirnos y a salir de inmediato.

Ana cayó en la cuenta de que no le había preparado la ropa y saltó de la cama como si ardiera.

—¡Se me ha olvidado preparar tu ropa! —dijo dirigiéndose veloz hacia el armario.

—Déjate de ropa, que yo sé vestirme sola. Prepárate lo más rápido posible que tenemos que ir a un sitio.

El rostro de Ana se contrajo, pues conociéndola como la conocía, se imaginó cuáles eran sus intenciones.

—Por el amor de dios, Nina ¿Qué tienes pensado hacer?

Nina, sin importarle lo arriesgado de su plan, se lo contó a Nina.

—Vamos a ir a buscar a Ferrán. Seguro que le ha pasado algo que no le ha permitido venir las pasadas noches. Una vez me explicó más o menos dónde se encontraba su camarote. Lo buscaré y hablaré con él.

—Nina, por favor, si se enteran tus padres nos matarán.

—Pues quédate aquí —concluyó.

—Me afecta de igual manera. ¿Qué dirían tus padres si te ocurriera algo sin yo haberles avisado de tu marcha? —dijo Ana desesperada ante el convencimiento de Nina y lo que ello podía suponer para ella. Nina la encaró y le puso las manos sobre los hombros.

—Tengo que ir, Ana. Tú no lo entiendes, ni lo pretendo, pero necesito verlo, aunque me cueste estar encerrada el resto de la travesía. Yo cargaré con toda la responsabilidad, de eso puedes estar segura. Tú eliges, ¿Vienes conmigo o te quedas aquí?

~

Nina y Ana disfrutaron de un eterno desayuno con Federico y María que, ignorando las intenciones de su hija, discutían acerca de dónde adquirir su nueva casa una vez llegaran a Santiago.

Sobre la mesa, junto a las tazas de café, había desplegado un mapa de la ciudad donde Federico había trazado varias cruces para señalar el punto concreto de las propiedades entre las que tendría que decidirse.

—Los catalanes me han asegurado que es la mejor zona de la ciudad y que un amigo suyo es propietario de la mayoría de los terrenos de la zona. Nos dejará un buen precio —asintió, golpeando el mapa con un cigarro entre sus dedos.

—¿Son de fiar esos amigos tuyos? —preguntó María frunciendo el ceño y dándole un sorbo a la taza.

—¿Los catalanes? Por supuesto, cariño. Tienen muchos contactos por toda Sudamérica, pero es en Chile donde realizan la mayoría de sus negocios. Viajan constantemente entre Sudamérica y España. Ha sido un golpe de suerte haber coincidido con ellos.

—¿Y quién ese amigo que nos venderá la casa a tan buen precio? —preguntó. Nina y Ana se miraron con complicidad, aunque con un trasfondo bien distinto cada una: la primera deseaba marcharse cuanto antes y la segunda rezaba por que el desayuno se prolongase para siempre.

—¡Oh! Es un importantísimo comerciante que participa en la mayoría de los negocios entre Chile y España. Es más, según me ha comentado uno de los catalanes, goza incluso de un favor de la corona para la exportación de productos, con importantes subvenciones que cubren parte de los aranceles. Por eso todo el mundo quiere hacer negocios con él.

El que los catalanes lo conozcan y me den la oportunidad de adquirir una de sus propiedades es una fantástica oportunidad para entablar una relación. No me importa pagar de más incluso si con eso ganamos su amistad.

La conversación continuó aquellos derroteros hasta que por fin Federico y María dieron por concluido el desayuno y dieron permiso a su hija y a Ana para que disfrutaran del resto de la mañana, no sin antes recordarles que debían estar a la una en salón principal para disfrutar de un cóctel que se celebraba en honor del cumpleaños de no sé qué conde o condesa.

Nina apenas prestó atención a lo que le decían, ya que su cabeza ataba los últimos cabos para llegar hasta el camarote de Ferrán. Ana, que aún no tenía ni la más remota idea de cómo iba a lograr atravesar los controles de acceso de la tripulación, no podía evitar lucir un sudor frío en su frente, a la vez que murmuraba oraciones y se santiguaba cada pocos minutos.

—Quieres tranquilizarte. No podemos llamar la atención —le reprendió Nina mientras se dirigían hacia la cubierta.

—Pero Nina ¿cómo vamos a llegar hasta el camarote de Ferrán? —dijo Ana con voz temblorosa.

Nina, con una sonrisa traviesa en sus labios, se dispuso a contarle el plan que había ideado. El rostro de Ana fue transformándose paulatinamente hasta palidecer y quedarse boquiabierta.

El plan de Nina consistía en regresar al camarote y elegir las prendas que más se asimilasen a la que llevaban los más humildes del barco, ya tuvieran que romperlas o ensuciarlas para tal fin. Después irían hasta el salón principal y se escabullirían por la misma puerta por la que lo hizo Ferrán la primera vez que se vieron. A continuación, se cambiarían de ropa para no llamar la atención e irían en busca del camarote de Ferrán.

Regresarían por el mismo camino, esta vez ayudadas por Ferrán. Se cambiarían y entrarían por esa misma puerta al cóctel en el que les había citado su padre. En palabras de Nina, era un plan perfecto.

Ana se santiguó por décimo quinta vez antes de seguir a Nina por el barco.

José y Dolores apenas solían salir del camarote. Mostraban un aspecto macilento y una tez cetrina que hacía presuponer rápido que permanecían en tensión constante, lanzando miradas reticentes a todo aquel que pasara frente a la puerta de su camarote. Tan solo se fiaban, y porque no les había quedado más remedio, de Ferrán y Marta, a los que encargaban tareas a cambio de un par de monedas; ingresos inesperados y muy bien llegados que los hermanos aceptaban con gusto.

Pascal, al enterarse del prolífico trabajo, intentó varias veces ganarse la simpatía del matrimonio, pero solo consiguió miradas afiladas y respuestas cortantes a sus gracias, por lo que desistió en parte, ya que no pocas veces pasaba por allí e intentaba obtener el favor de la pareja.

Precisamente, esa mañana, José los había mandado a adquirir algún licor a la cantina del barco, así como varios paquetes de cigarrillos. Podían quedarse para ellos lo que sobrara de dicha transacción, por lo que los hermanos se pusieron en marcha de inmediato y dejaron a solas a la pareja.

Teniendo en cuenta el carácter desconfiado de estos, es comprensible que no vieran de buena gana que el muchacho francés entrara en el camarote alegando buscar a los dos hermanos y, ante la negativa, decidiese esperarlos allí mismo, mientras trataba de sacar una conversación provechosa al matrimonio, insistiendo con trivialidades que ponían a prueba la paciencia tanto de José como de Dolores.

—Buenos muchachos estos dos hermanos. ¿Qué me dicen, camaradas? —dijo Pascal sacando varios cigarros del bolsillo y ofreciéndolos a la vez que se llevaba uno a los labios. El silencio fue la respuesta del matrimonio.

—En fin —continuó Pascal—, he viajado en barcos en los que no se recomendaba fumar en los camarotes: ¡es peligroso! Decían. Je je, créanme, camaradas, que más peligroso era el capitán que hizo encallar el buque. Je, je. ¿No es gracioso?

—Ferrán y Marta tardarán en volver —dijo Dolores sin ningún atisbo de empatía hacia el muchacho, hecho que a este no le importó.

—Y aquí los esperaré con gente tan interesante como vosotros. Después de tantos días y ni siquiera hemos hablado tranquilamente, ¿qué me dicen?

Al no obtener respuesta, Pascal no dudó en ser el primero en iniciar de nuevo la conversación.

—No he tenido una vida fácil, camaradas. A mi padre ni lo conocí.

Mi madre era una mujer de esas, ya saben, de vida alegre, hablando entre nosotros, y al parecer estaba muy demandada cuando se quedó embarazada de mí. Mal negocio, sin duda, resulté, ya que tuvo que dejar las calles un tiempo.

Me crió mi abuelita, aunque, tampoco lo era realmente, sino que era la patrona de la pensión donde vivía mi madre. Una buena mujer, si no fuera porque arañaba hasta el último franco y nos mantenía a base de pan, agua y sopa de huesos de cerdo. No se dejen engañar por la fama de París, allí la vida es tan perra como cualquier parte.

—Nos gustaría tener algo de intimidad, así que si no te importa —dijo José, contando con el beneplácito de su esposa, que secundaba su opinión con sutil movimiento de cabeza.

—Pues claro, lo último que pretendo es molestar. Los esperaré ahí mismo en el pasillo —dicho esto, arrojó el cigarrillo al suelo y abandonó el camarote con una espléndida pero forzada sonrisa. En su opinión, el matrimonio estaba a punto de rendirse a sus encantos, tan solo tenía que insistir un par de veces más.

Salió al pasillo y metiéndose las manos en los bolsillos se limitó a esperar que llegaran Ferrán y Nina. No se aburrió en su espera, pues el pasillo era de los más transitados del buque y lo atravesaban desde personas mayores y niños a muchachas de buen ver, lo que levantaba el ánimo a Pascal.

El aire estaba viciado y denso, con olores encontrados que hacían de la acción de respirar un martirio constante, razón principal por la que Pascal decidió encender otro cigarro y camuflar aquellos malos olores con el aroma del tabaco. En esas estaba, cuando vio aparecer al otro lado del pasillo, a dos muchachas que, para unos ojos tan duchos en observar cómo los suyos, resultó evidente que estaban en un lugar que no les correspondía.

~

Ana sentía tanto miedo que apenas podía articular palabra. Casi se desmaya cuando ella y Nina atravesaron el salón principal, agachadas y a la espalda de los camareros que lo preparaban todo para el cóctel, que tendría lugar apenas unas horas más tarde.

El corazón le latía de tal manera que creyó que iba a salirse por la garganta de un momento a otro. Nina, por el contrario, mostró una decisión y un arrojo que la convertían en otra persona a los ojos de Ana, que se dejaba llevar a la vez que murmuraba un infinito Padre Nuestro.

Experimentó cierto alivio cuando dejaron atrás el salón principal. Se metieron en un cuarto de servicio y se cambiaron tan rápido como pudieron; se azuzaron el pelo y se borraron todo rastro de maquillaje del rostro. Después se observaron la una a la otra y, tras asegurarse

que habían conseguido la imagen que deseaban, salieron del cuarto y caminaron hacia donde creía Nina que se encontraría el camarote de Ferrán.

No tardaron mucho en mezclarse con la gente que ocupaba los camarotes inferiores del barco, donde el aire era pestilente y el ruido de los motores hacía temblar hasta el último tornillo. El suelo estaba repleto de mugre y las paredes ennegrecidas.

A medida que avanzaban por los pasillos veían camarotes ocupados por varias familias, todas con el denominador común del hambre en sus rostros y el reflejo de una vida dura en sus ojos. Además, en no pocos tramos, el pasillo había sido incorporado a los espacios de los distintos camarotes, estando repletos de utensilios, maletas e incluso ropa tendida.

Junto a varias puertas vieron a ancianas que parecían controlar el paso como si de guardabarreras se tratasen, mientras una decena de niños correteaban arriba y abajo.

Desde todos los puntos llegaban fragmentos y eco de conversaciones, gritos, carcajadas e insultos de todas las clases. Ana apenas levantaba la vista de sus pies, pero Nina, por el contrario, no la agachaba ni un segundo, soportándosela a quien hiciera falta y sin dejarse amedrentar por nadie. El miedo y las dudas le devoraban por dentro, pero era capaz de no mostrar ni un ápice de ellas.

—Huele fatal —dijo Ana ocultándose la nariz con las manos.

—Cállate y disimula. Se supone que somos uno de ellos —dijo Nina cogiéndole de la mano y dándole un fuerte tirón.

—¿Falta mucho? —preguntó Ana, aun con la mano sobre su cara.

—No puede estar muy lejos. Por lo que me dijo Ferrán el camarote tiene que estar en alguno de estos pasillos.

Ana se aferró a las palabras de Nina, pese a que no estaba segura de que le estuviera diciendo la verdad. Doblaron una esquina y Nina alargó la mirada para tratar de ver los números que rezaban sobre los marcos de las puertas de los camarotes. 1007, era el que ella buscaba y que encontró a medio camino del pasillo. Junto a la puerta había un muchacho con gorra que fumaba y parecía entretenerse mirando a un lado y a otro.

—Es esa —señaló Nina.

—Pues no tardes mucho y volvamos enseguida —le suplicó Ana.

Avanzaron hacia la puerta. El muchacho que fumaba junto a ella las miró con curiosidad, pero enseguida se entretuvo con unos niños que comenzaron a pelearse en el otro lado del pasillo. Llegaron al umbral de la puerta y Nina se asomó levemente, tocando a su vez la puerta con sus nudillos.

—Buenos días —dijo. Ana estaba tan nerviosa que se pegó a ella lo máximo posible, como si se tratara de su sombra.

—Pero bueno, ¿quién eres tú? —exclamó Dolores avanzando hacia Nina con gesto amenazante.

—No queremos problemas —dijo Nina alzando sus manos, sorprendida por la reacción de la mujer.

—Haberlo pensado antes, jovencita —y dicho esto, Dolores la agarró del brazo y tiró de ella hacia el interior del camarote, viendo, para su sorpresa, como la joven era seguida por otra a su vez. Justo después cerró la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó José con las manos en la cabeza tras observar a las dos muchachas.

—Solo queríamos saber si Ferrán se encuentra aquí. No queremos problemas —dijo Nina, mientras Ana luchaba contra sus lágrimas.

—Vaya, vaya. El muchacho es más conocido de lo que pensábamos —dijo Dolores, que consideraba sospechoso tanto la visita de las dos muchachas como la del francés minutos antes—. ¿No es mucha casualidad, esposo?

Este, desconociendo cuál era la mejor respuesta, se limitó a realizar un gesto ambiguo con la cabeza.

—¡Lo que yo te diga! Estas pájaras vienen en busca nuestra —sentenció Dolores señalando de manera acusadora a Nina y Ana.

—¡No! —gritó Nina—. ¡Ferrán es amigo mío!

—¡Dios santo! —dijo José, para el que cualquier opción era igualmente válida—. ¿Qué hacemos?

—No dejarlas salir hasta que canten —dijo su esposa apoyando sus palabras con aspavientos propios de una desquiciada—. O hasta que lleguemos a puerto; lo que prefieran.

—Eso… ¡Si! ¿Quién las manda? —preguntó José, aunque no quedaba muy claro si era por propia convicción o por no llevarle la contraria a su esposa.

De repente sonaron varios golpes en la puerta que pillaron a todos desprevenidos. En tal estado de nervios, Dolores agarró a Nina por el cuello y sacándose con habilidad una pequeña cuchilla de alguna parte de su vestido, la colocó en el cuello de la joven.

—¡No hemos llegado hasta aquí para rendirnos tan fácilmente! —dijo Dolores con el rostro congestionado y los ojos muy abiertos. José, vapuleado por la situación, sacó también una navaja y se dispuso a abrir la puerta. Ana, en estado de shock, se desplomó sobre el catre. La puerta resonó de nuevo—. ¡Ábrela ya!

Y en estas, cuando la oscilación de la puerta les permitió ver quién había al otro lado, todos se llevaron una sorpresa.

—Más vale que nos tranquilicemos todos, camaradas.

—¡Francés estúpido! —dijo Dolores.

—¡Socorro! —exclamó Nina.

—¡Silencio! —gritó Dolores.

—Esta muchacha es amiga de Ferrán —dijo el francés, sin perder la sonrisa de sus labios y con la tranquilidad de quien se han visto en situaciones más comprometidas que la que transcurría en el camarote —. ¿Me equivoco, señorita?

Nina negó con la cabeza.

—Y no creo que a Ferrán le haga mucha gracia que usted dañe a su amiga —Pascal avanzó un par de pasos y se quitó la gorra—. Imagine que Ferrán hace llegar la noticia a las autoridades del barco… A todos nos gustaría tener un viaje tranquilo, ¿verdad? Vamos guarden sus metales.

Las palabras de Pascal fueron modelando el rostro de Dolores hasta palidecer su piel, comenzando a sopesar la posibilidad de que la muchacha fuera realmente quien decía ser: una inofensiva amiga de Ferrán. Aflojó los brazos y la liberó de ellos.

—Ana, dios mío, ¿estás bien? —dijo Nina abalanzándose sobre Ana, la cual divagaba entre la conciencia y el desmayo.

—El señor Federico me va a matar… —fue todo lo que dijeron sus labios. Mientras, Dolores, que hacía muecas con los labios, se puso junto a la puerta y la cerró de nuevo.

—Pero de aquí no saldrá nadie hasta que llegue Ferrán y aclare lo que está ocurriendo. Nina miró entonces al muchacho y este le hizo un leve gesto que le transmitió una enorme seguridad.

Más tranquila, recordó que Ferrán le había hablado de un amigo francés que pasaba el día con ellos y que siempre estaba inventando argucias para ganarse la vida. Todo cobraba sentido.

Lo más seguro es que Ferrán le hubiera hablado de ella y este, que era el joven que estaba junto a la puerta del camarote, la reconoció.

—Tu eres Pascal —dijo Nina. Ana alzó la cabeza ante el tono de voz tranquilizadora de su amiga.

—El mismísimo Pascal Dubois —dijo haciendo una exagerada reverencia—. A sus servicios, mis señoritas.

—Déjate de tonterías, francés —dijo Dolores—. Que como sea una treta tuya no escapas de esta.

Durante los siguientes minutos permanecieron todos en un incómodo silencio, intercambiando miradas y analizando cada pequeño detalle de quién tenían enfrente.

Nina no quitaba los ojos de encima de Dolores, devolviéndole esta también una mirada fría. Ana, timorata, repartía sus ojos entre Pascal y el suelo, mientras que el francés, apoyado en la pared, fumaba un cigarro. José, sin embargo, parecía el más afectado por la situación, manteniéndose en una esquina, sin parar de sudar. Unos pasos se detuvieron frente a la puerta y, por fin, esta se abrió.

Ferrán se quedó como una estatua cuando vio a Nina sentada en el catre de su camarote. No prestó atención a nada más y durante unos

segundos se planteó ser víctima de una ensoñación, pues se daban todas las características para ello.

—A llegado el momento de aclarar las cosas, camaradas —dijo Pascal sujetando el cigarro con sus labios y levantando las manos como si estuviera dando pie a un gran espectáculo. Fue Marta la que reaccionó primero.

—¿Tenemos nuevas compañeras de habitación? —preguntó refiriéndose a Dolores.

—¿No las conoces? —Marta se encogió de hombros y miró a Ferrán, que no se había movido ni un centímetro y mantenía sus ojos sobre una de las muchachas.

—¿Qué te ocurre, hermanito? —dicho esto, Marta siguió la mirada de Ferrán hasta la muchacha, para después seguir la de esta hasta su hermano de nuevo. Repitió el gesto un par de veces hasta que comprendió más o menos de quién se trataba—. ¿Es tu amiga, Ferrán? ¿Con la que paseas todas las noches?

Nina se avergonzó de pensar que todos allí estaban al tanto de sus paseos con Ferrán.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ferrán ignorando otra cosa que no fuera a Nina, cuyas mejillas lucían encendidas.

—No vienes desde hace un par de días. Estaba preocupada… —dijo Nina, sintiéndose avergonzada de tener que hablar ante tantos testigos.

—Estoy bien, estoy bien —dijo con una sonrisilla en los labios.

—Todo aclarado, —dijo Pascal sintiéndose mediador de la situación. Ana no pudo evitar soltar una carcajada ante las palabras del francés. Sin embargo, Dolores mantenía el mal gesto y José observaba expectante a Ferrán. Este, superado el impacto inicial, repasó el camarote con la mirada y dio varios pasos hacia Nina.

—¿Qué ocurre aquí? —casi de manera innata había apretado sus puños hasta hacer palidecer sus manos. Marta, compartiendo el resquemor de su hermano, puso sus manos en jarra y alzó la mirada. Pascal, como si de un árbitro se tratase, se puso entre el matrimonio y los jóvenes, sin perder la vista a ninguno.

—Ya sabes, camarada. Los señores —dijo refiriéndose al matrimonio— tienen su carácter y sus preferencias, entre los que no entran las visitas inesperadas. Una terrible confusión, nada más.

Dolores y José asintieron en silencio. Lo último que querían era llamar la atención.

—¿Te han hecho algo Nina? —preguntó Ferrán, a lo que ella respondió con una negativa. Pascal suspiró aliviado, pues la sinceridad de la muchacha podía haber acabado con sus planes.

—No somos tan refinados como los de la cubierta superior, ¿verdad? —dijo Pascal tratando de rebajar el ambiente, cosa que

consiguió ya que Ana fue incapaz de contener una risilla que acabó contagiando en menor medida al resto—. Creo que incluso sería conveniente zanjar el asunto con un trago de licor, cortesía de los señores por tan desagradable malentendido.

Dolores y José asintieron de nuevo y, todos conformes, se dispusieron a beber del tapón de la botella que habían traído Ferrán y Marta. Estos ya habían bebido en alguna ocasión, al igual que Pascal y el matrimonio, sin embargo, para Nina y Ana fueron su primera vez con el alcohol, lo que reflejaron en una tos exagerada después de ingerir el licor.

Todos rieron y con otro ánimo, se despidieron. Dolores y José se quedaron en el camarote, suspirando de alivio y agradeciéndole a Pascal sus intervenciones, al que recompensaron con una cantidad de dinero nada desdeñable. Ferrán y su hermana, mientras tanto, acompañaron a Nina y Ana para evitar más problemas.

Mientras caminaban hacia el salón donde iba a celebrarse el cóctel, Nina les contó cómo se las habían ingeniado para encontrar el camarote, desde la ropa que estropearon hasta cómo cruzaron el salón sin que se percatasen los camareros, mientras que de lo sucedido en el camarote antes de que llegaran ellos, no añadió nada nuevo, salvo que Pascal las había defendido ante el matrimonio. La conversación siguió hasta que Marta y Ana se adelantaron un par de pasos y Ferrán y Nina disfrutaron de una breve intimidad.

—¿Por qué has dejado de venir? —le preguntó Nina. Ferrán hizo un mohín con los labios y sintió vergüenza de lo que iba decir.

—Porque ya mismo tendremos que separarnos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el barco llegará a puerto, Nina —las palabras tuvieron un efecto revelador en Nina, pues al igual que le había pasado días antes a Ferrán, comprendió lo que ocurriría cuando llegara ese día.

—Mi padre quiere comprar una casa en Santiago.

—Ni siquiera sé dónde está Santiago —dijo Ferrán decepcionado —. Además, nos hemos comprometido con Pascal en quedarnos en Valparaíso.

—Aún quedan bastante días para llegar, Ferrán —dijo Nina deteniéndose y poniendo sus manos sobre su rostro—. Pero no puedes desaparecer sin más, no puedes.

Ferrán asintió.

—No lo haré más.

—Todas las noches. Pasearemos hasta el amanecer.

—Hasta el último minuto que pueda estaré contigo —dijo Ferrán. En ese momento, olvidándose de dónde se encontraba y de quiénes había a su alrededor, se fundieron en intenso abrazo.

Marta y Ana, que habían seguido caminando, reían a carcajadas

ante cualquier comentario que soltaran sus labios, encajando ambas personalidades tan distintas a la perfección.

Además, quizás por la intensa experiencia que acababa de vivir, Ana se sentía especialmente viva, como si en vez de sangre, tuviera electricidad recorriéndole las venas. Tan abstraídas estaban en su conversación, que tardaron en advertir que Ferrán y Nina se habían detenido. Giraron la cabeza y observaron como ambos estaban unidos en un cálido abrazo.

—Nunca he visto a mi hermano así —dijo Marta.

—Ni yo a Nina —añadió Ana.

—Puede que no se vean más apenas toquemos tierra.

—Es lo más seguro —y entonces, llevada por la adrenalina que aún saturaba su sangre, Ana decidió hacer caso más a sus sentimientos que a su razón—. Deberíamos ayudarles. Al menos para que puedan verse más allá de las noches.

Marta asintió con la cabeza y le tendió la mano. Ana, con una risotada, le dio la suya. Así acordaron que tratarían por todos los medios de que Ferrán y Nina pasaran juntos el mayor tiempo posible.

Capítulo 8

Al día siguiente una tormenta sorprendió a tripulantes y pasajeros. El cielo rugía con furia y las olas escoraban el barco a un lado y a otro, mientras diluviaba con tesón. Se obligó a todos los pasajeros a quedarse en sus camarotes y se bloquearon todos los accesos a la cubierta para evitar accidentes.

Ferrán y Nina sabían que no podrían verse aquella noche, sin embargo, experimentaron una alegría semejante cuando el capitán del barco anunció que, debido a la tormenta y al desvío que se había visto obligado a tomar para evitar males mayores, la llegada a Valparaíso se retrasaba un par de días. Aunque la felicidad de Nina duró poco.

—El cubo; el cubo —le gritó a Ana, que trataba de acercarlo a la vez que intentaba mantener el equilibrio. La tormenta estaba en su cénit y el Whisper no era más que un juguete en sus manos.

—Durará como mucho hasta el amanecer —dijo Ana repitiendo las palabras del capitán, que acababan de sonar por la megafonía. Pero Nina apenas la escuchó, ya que tenía la cabeza casi entera en el interior del cubo, con arcadas que hallaban un estómago vacío del que no podía salir nada más.

—Mi pequeña. Ya mismo se acaba —dijo María, que estaba sentada junto a su hija sujetando su frente y su cuerpo en general. Federico, que también sufría cierto mareo, estaba recostado en un butacón con una copa de brandy cogida con las yemas de sus dedos.

—Tráeme más brandy, Ana, querida —dijo. Ana asintió y, tras hacer un gesto de evidente esfuerzo, se dispuso a caminar hasta el mueble bajo que guardaba las botellas.

—Más marea el brandy que las olas me parece a mí —le reprochó María.

—Me asienta el estómago —contestó Federico. Una enorme ola provocó que el barco ascendiera para después caer casi en picado. Todo lo que no estaba asegurado o bien a resguardo cayó al suelo con gran estrépito. Federico hizo un ademán de levantarse, pero bien por el licor bien por la marejada, volvió a caer sobre el asiento, maldiciendo cuanto se le pasara por la cabeza.

—¿Están bien? —preguntó Ana—, por fortuna, no había tenido tiempo para abrir el armario donde se encontraban las botellas.

Todas respondieron al unísono excepto Nina, que no había soltado el cubo en ningún momento.

Mientras tanto, Ferrán, Marta y Pascal, en compañía de Dolores y José, esperaban que la tormenta pasase, escuchando el crujir del casco del barco ante las acometidas de las olas, un sonido tan atronador como espantoso.

—Parece que el barco se va a deshacer en cualquier momento —dijo Marta, cuya cabeza bailaba a son de las olas. José, desde el otro lado del camarote, maldecía su suerte una y otra vez.

—No puedo creer que tengamos tan mala suerte. No después de lo que nos ha costado llegar aquí —dijo con voz temblorosa.

—¡Cállate! —le reprendió Dolores, la cual mantenía un gesto tan intenso que parecía querer desafiar a la misma tormenta con su mirada.

—Esto no es nada, camaradas. Yo he viajado mucho y puedo decir que las tempestades del Canal de la Mancha son diez o veinte veces peor.

—¿A dónde has viajado tú? —le preguntó Ferrán dudando de sus palabras, pese a que no estaba muy seguro de dónde se encontraba ese Canal de la Mancha.

—Desde que mi abuela me diera la patada no he parado quieto…

—¡No más historias, Pascal! —le gritó Dolores, ya que el francés no había tenido mucho impedimento para rellenar cada silencio con una de sus historias—. ¡Pero ni una más!

—¿No estás triste hoy, hermanito? —dijo Marta de repente, con un tono de complicidad que a Ferrán no le gustaba del todo.

—¿A qué te refieres?

—A la muchacha de ayer hermanito, no te hagas el tonto.

Ferrán se sonrojó. Pascal y Dolores se enzarzaron en una discusión absurda y sin sentido cuyos pilares eran la locuacidad del francés y el mal genio de la mujer. José, el marido, seguía la conversación, pero no prestaba mucha atención. Las palabras de los hermanos se tornaron inaudibles para el resto.

—¿Qué fue lo que hablaste con la chica que trabaja con ellos? —preguntó Ferrán de repente.

—¿Con Ana? —él asintió y ella no ocultó su sorpresa—. Creía que era una amiga suya.

—No. Trabaja para los padres de Nina, pero es muy joven. Tan solo tiene un par de años más. Nina me contó que es su mejor amiga.

—Es muy simpática —añadió Marta.

—Eso parece, pero no me has contestado. ¿De qué hablaste con ella?

En ese momento, ajenos a la conversación que mantenían ambos, Pascal daba un amplio discurso acerca de sus experiencias en los viajes, siendo interrumpido continuamente por los reproches de Dolores.

Marta los observó durante un segundo y después volvió su rostro hacia su hermano. Sabía que podía ser muy orgulloso en determinados aspectos y quizás decirle que tanto ella como Ana iban a tratar de que él y Nina pasaran el mayor tiempo posible juntos podía enfadarle.

Intuía que, aunque esa fuera la principal ocupación de su hermano, podía no ver de buena gana la injerencia de nadie más en sus asuntos.

—De nada importante, no te preocupes —y dicho esto Marta volvió a concentrarse en la discusión que colmaba el camarote. Ferrán respiró más tranquilo, aunque por unos instantes observó a su hermana, como si ésta aún se hubiera quedado con más palabras en su interior; como si escondiera algo, aunque pronto ese pensamiento pasó a segundo plano.

~

Los días siguientes regresó la normalidad al Whisper y con ella los encuentros entre Ferrán y Nina, que paseaban durante horas por la noche, ahora bajo la secreta supervisión, de Ana y Marta, incluso en algunas ocasiones Pascal se sumaba.

Lo más importante era que nunca fueran sorprendidos por Federico, ya que este apenas salía del camarote por las noches, y si ese fuera el caso, Pascal afirmaba haber preparado un convincente repertorio que le mantendría ocupado largo rato. Marta y Ana se miraban con complicidad y para sus adentros deseaban que jamás llegase ese momento.

—Hemos dejado atrás el océano Atlántico —dijo Nina una de esas noches, mientras miraban más allá de los límites de la cubierta—. Estas aguas son del océano Pacífico.

—Eso significa que queda poco, ¿verdad? —musitó Ferrán. Ella asintió en silencio. Después se abrazaron en silencio.

—¿Qué harán tú y tu hermana cuando lleguemos a Valparaíso?

—Nos buscaremos la vida. He oído que no falta el trabajo a ese país donde vamos. Además, —dijo cambiando el tono— si Pascal se queda con nosotros no nos aburriremos.

Ferrán se rio, pero Nina apenas esbozó una sonrisa.

—¿Por qué no van a Santiago? Pueden buscar trabajo allí y así estaríamos juntos.

Ferrán asintió con el gesto de que ya ha pensado esa idea.

—¿Y después qué? Soy pobre, Nina. Tu padre jamás aceptará que esté contigo.

Nina hizo un amago de contestar, aunque se arrepintió. Él tenía razón. Por nada del mundo su padre iba permitir que ella se comprometiese con un cualquiera; con un hombre además que conoció sin su consentimiento, desobedeciendo todas sus órdenes. No. Planteárselo incluso podría tener graves consecuencias.

—Tienes razón —contestó resignada.

No muy lejos de allí, en el camarote de Nina, Ana y Marta charlaban junto a la ventana. Marta vestía de manera similar a Nina para que, si Federico o María se despertaban y entraban al camarote,

ella pudiese meterse en la cama de inmediato y hacerse pasar por Nina. Confiaban en la oscuridad de la noche y en la manta que se echaría por encima para que no advirtieran que esa muchacha no se trataba de su hija Marcelina.

—¿Cuántos días quedan para que lleguemos a puerto? —preguntó Marta.

—Una semana como mucho. No se lo digas a tu hermano, pero Nina llora cuando regresa del paseo y no se anima hasta bien entrada la mañana. Dice que el día se le hace muy largo, pero que una vez que pasa se arrepiente, pues eso significa que están más cerca de Valparaíso.

Guardaron silencio, como una especie de luto por la joven pareja.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Marta? —dijo Ana.

—Lo que quieras.

—¿Viajan solos, verdad?

De repente, Marta clavó sus ojos en ella y endureció el rostro.

—Si —contestó lacónica. Ana intuyó que debía haber mencionado un tema escabroso y decidió no preguntar más, pero Marta le animó a ello—. No te cortes. Pregúntame lo que quieras.

—¿Por qué viajan solos? Son más jóvenes que yo incluso.

—Es una larga historia, pero digamos que mis padres se metieron en muchos problemas y optaron por mandarnos lo más lejos posible de España. Nos dieron el poco dinero que tenían y nos dijeron que nos fuéramos tan lejos como pudiéramos y que, pasado un tiempo, les mandáramos una carta para hacerles saber dónde nos encontrábamos y reunirse con nosotros.

Pensábamos irnos a Portugal, allí vive un tío nuestro, pero el viaje se complicó. Trataron de robarnos y casi nos acuchillan, por lo que cambiamos de destino y nos dirigimos hacia el norte. Entonces nos encontramos a un hombre que vendía dos pasajes para un viaje a América. Debía estar muy desesperado porque nos lo vendió por un precio irrisorio. Y aquí estamos. Todo esto ocurrió en poco más de dos semanas, por lo que antes de querer darnos cuenta, nos encontrábamos de camino a Chile, casi sin dinero en los bolsillos y sin saber qué hacer.

—¿Recuerdas el día que dos muchachos entraron a robar a una de las fiestas del salón principal?

—Si, por supuesto. Eran Pascal y Ferrán, ¿no es cierto?

Marta lució una espléndida sonrisa.

—Exacto. A Pascal lo conocimos esa misma mañana y nos ha dicho que un pariente suyo vive en Valparaíso y que quizás podamos conseguir trabajo nada más desembarcar. Fue un golpe de suerte encontrarnos con él, pese a que a veces no sepa cerrar la boca —dijo sin rastro alguno de la emoción que le acongojó en un primer

momento.

—Si, a veces es un bocazas —dijo Ana entre risas.

—Tiene a Dolores desquiciada —añadió Marta para más risas..

Tuvieron que taparse el rostro con las manos para no hacer mucho ruido. Se reían tanto que las primeras lágrimas asomaban por sus mejillas.

~

Ana cansada ante la insistencia de Nina, le pidió que le diera más tiempo, a lo que la segunda respondía que era eso precisamente de lo que no disponía. Los paseos nocturnos se mostraron insuficientes para la pareja y sintiendo la presión de un final tan próximo, Nina no se cortó a la hora de pedir ayuda a Ana para pasar más tiempo con Ferrán de la manera que fuera.

—Quiero pasar un día entero con él, o una tarde, o una mañana.

Por la frente de Ana comenzaban a discurrir gotitas de sudor ante tales exigencias.

—Pero Nina, eso es muy complicado. Tu padre o tu madre pueden verte. Hemos ganado un par de horas más por la noche gracias a que Marta está dispuesta a hacerse pasar por ti, corriendo un gran riesgo, también hay que decirlo, pero lo que pides es una locura.

—¡Pues voy a hacerlo! Con vuestra ayuda o sola —gritó.

De repente, se abrió la puerta del camarote y las dos se quedaron mudas y pálidas. Era Federico.

—¿Qué son esas voces? —preguntó. Tras él venía María, que llevaba una extensa pamela con la que se protegía del sol.

—¿Ustedes estaban peleando? —dijo la madre.

—Es una tontería mamá, no tienes de qué preocuparte —contestó Nina.

—Así es, señora —contestó Ana.

—¡Ay!, cosas de muchachas. En fin, venimos a informarles que esta noche va a celebrarse un baile de despedida, ofrecida por el mismísimo Capitán y a la que, sobra decir, estamos invitados —dijo Federico—. Ana, sé que esto es cosa de mujeres, así es que prepara los mejores vestidos.

—Si, señor —respondió.

—Tienen que estar relucientes. Es al final de los viajes cuando se cierran los mejores negocios y hay que aprovecharlo.

—Descuida, papá

Cuando las dejaron de nuevo a solas, Nina, sin mediar palabra, se tiró sobre su cama y comenzó a llorar desesperada. Aquel baile, que se alargaría durante horas, le arrebata la posibilidad de ver a Ferrán aquella noche. Sin embargo, Ana vislumbró una oportunidad para complacer a su amiga. Fugaz y sin explicación aparente, como surgen

las mejores ideas, comenzó a sopesar una idea que podría realizarse con éxito, aunque era compleja y requería desviarse de los pasos correctos. Nada más escuchar la primera frase, el llanto de Nina se esfumó.

—¡Es una idea genial! —dijo Nina dándole beso a Ana en las mejillas y abrazándola con todas sus fuerzas.

—Pero ellos no saben nada todavía, Nina.

—Ferrán estará dispuesto y Marta también. No hay tiempo que perder.

Entonces ocurrió el primer milagro que auguraba que la fortuna estaba de su parte en esta ocasión. Nina, embriagada por el fantástico plan que había ingeniado Ana en pocos segundos, fue directa a la ventana a tomar el aire. No se creyó lo que estaba viendo. No muy lejos de allí, en la cubierta, Pascal discutía con un hombre acerca de una cuestión que los mantenía muy agitados.

—Dios mío. Pascal está ahí mismo —dijo Nina señalándole—. Hay que decírselo.

En ese preciso momento, y sin darle muchas vueltas a la cabeza para evitar arrepentirse, Ana salió del camarote en su busca, no sin antes coger una blusa blanca de Nina, en aras de tener una excusa por si se encontraba con el señor Federico, aunque intuía que, a esa hora, después del paseo con su esposa, estaría charlando con otros hombres en la terraza de popa. Pasó junto a los marinos pagados por Federico para evitar que su hija saliese de esa zona de la cubierta y no le prestaron la menor atención. Había superado el primer escollo; ahora tenía que llegar antes de que Pascal se marchase. Sorteó al gentío con habilidad y por fin salió a la misma cubierta donde estaba el francés, el cual se encontraba a solas y contando un puñado de billetes que llevaba en las manos. Al advertir la llegada de Ana, la recibió con una sonrisa.

—Me has traído suerte, amiga. Los españoles son duros de pagar a veces —dijo agitando los billetes en el aire. Por un instante, Ana estuvo a punto de reírse a carcajadas, pero entonces recordó que Nina estaría observando desde la ventana y en su estado de nervios podía ponerse a gritar de un momento a otro.

—No tengo mucho tiempo, Pascal. Tengo que contarte una cosa.

Hablaron rápido y en pocos minutos. Una vez terminada la conversación, el muchacho hizo una reverencia y se alejó caminando apresurado, decidido a cumplir con lo que le habían encomendado. A partir de ese momento, tanto a Ana como a Nina tan solo les quedaba esperar.

El camarote de Ferrán se asimilaba a un patio de comedia el día de la representación más dicharachera del calendario. Marta y Pascal apenas podían contener la risa y ocultaban su rostro a instancias de Ferrán, que les reprendió por su actitud.

Incluso algo parecido a una sonrisa había brotado en el rostro de Dolores, que hacía doble esfuerzo por aparentar que la seriedad y la solemnidad eran en ellas inexpugnables. José, en cambio, hacía aspavientos con la cabeza y apretaba sus labios formando una pálida sonrisa.

—Estoy ridículo —dijo Ferrán sin apenas mover los labios, provocando más risas a los demás.

—No te veo tan mal, camarada, aunque más te vale no despegar mucho los brazos del cuerpo —otro torrente de risas sacudió la habitación, hasta Ferrán fue incapaz de contenerse.

—Hay que arreglarlo. Ahora mismo resulta evidente que llevas el traje de otro caballero, puede que incluso de uno que esté en el baile en ese momento —añadió Marta.

—Me ofende, camarada —dijo Pascal señalando el ajustadísimo traje que vestía Ferrán—. Pues claro que pertenece a un caballero que estará en el baile. Me lo han prestado en los mejores camarotes del barco, aunque él no haya sido consciente de ello.

—¿Les has quitado las etiquetas y los grabados? —dijo Dolores, a la cual todos miraron sorprendidos de que interviniera. Pascal hizo un gesto de no saber de lo que estaba hablando—. ¿Ves cómo no eres tan listo, francés? Quítate la chaqueta, Ferrán.

Obedeció a duras penas, ya que el equilibrio entre sacar los brazos y reventar las costuras era demasiado fino. Dolores cogió la chaqueta y la revisó por completo hasta que encontró lo que andaba buscando.

—¿Ven? —dijo mostrando dos iniciales cosidas con hilo de oro y una etiqueta en la que rezaba el nombre completo del propietario de la prenda—. Hubieran descubierto al pobre muchacho enseguida.

—Nadie me habló de grabados, camarada —se excusó Pascal.

—No te preocupes. ¿Se pueden quitar? —dijo Ferrán.

—Si, claro. Tengo aguja e hilo, no tardaré mucho. Quítate los pantalones también, te los arreglaré en la medida que pueda —dijo Dolores—. Pascal, francés de mi vida, ¿podrás pedir prestado un poco de hilo? Negro, si puede ser.

El francés hizo un gesto con la gorra y salió del camarote.

—Muchas gracias —dijo Ferrán.

—No tienes por qué darlas —le contestó Dolores, siendo sus palabras refrendadas por José, que asintió en la distancia—. Han sido

buenos chicos. ¿A qué hora es ese baile?

—A las ocho.

—Tengo tiempo de sobra entonces.

Un par de minutos después apareció Pascal con varias bovinas de hilo negro en la mano y Dolores se puso a coser y descoser de inmediato.

~

Los invitados habían comenzado a llegar al baile, entre ellos la familia Losada con Federico a la cabeza que, una vez le sirvieron una copa de coñac, se retiró a un rincón con sus amigos catalanes y otro par de hombres más para hablar de temas de gran relevancia para su futuro. María, a su vez, comenzó a conversar con un grupo de mujeres con las que había hecho buenas migas en la travesía, quedando Nina y Ana apartadas y sin nada que las molestase para concentrarse. Para no levantar sospechas, se sirvieron unas bebidas y comenzaron a dar vueltas por el salón.

—Tiene que estar a punto de venir. Tranquila —dijo Ana al ver como le temblaban las manos a Nina. Ésta, que vestía un cuidado vestido color esmeralda, lucía una belleza fina a la vez que femenina, y su mirada, aunque nerviosa, transmitía un inmenso poderío

—Pero, ¿y si lo pillan? ¿Y si le ocurre algo?

—No le va a ocurrir nada.

Siguieron paseando de un lado a otro, clavando sus miradas en cualquier joven que tuviera un aire a Ferrán, que para Nina resultaron ser la mayoría. Viejos y jóvenes, todos guardaban un parecido con Ferrán en un primer vistazo, seguido, claro está, de una rápida y tranquilizadora desilusión.

—¿Y si Pascal no ha conseguido el traje?

Ana hizo una mueca de desaprobación.

—Por favor, deja de engañarte, Nina. Ya sabes que Pascal puede conseguir cualquier cosa.

Ana volvió a tranquilizarle, pese a que ella también comenzaba a dudar de su propio plan. Pascal tenía que hacerse con un buen traje para Ferrán, no sin antes contar con la aprobación de éste.

Ella confiaba en que la otra parte hubiera cumplido, aunque, pensándolo fríamente, no tenía prueba alguna de ello.

Desde el otro extremo del salón, una pequeña orquesta comenzó a tocar las primeras notas, acudiendo la mayoría de los allí presentes en torno a los músicos. Algunos tocaban las palmas y otros meneaban su cintura con recato. En ese momento, Nina tuvo una corazonada.

Al ver a toda la gente agolpada en torno al improvisado escenario, intuyó que sería el momento idóneo para que Ferrán se decidiera a entrar, pues hasta los camareros estaban distraídos con la música.

Siguiendo ese pálpito, aferró con fuerza la mano de Ana y se giró, y por la misma puerta por la que semanas antes lo había visto huir, entraba Ferrán. Llevaba el pelo recién lavado y peinado hacia atrás, destacando su rostro lozano. Su ropa descolorida y desgastada había sido sustituida por un traje que, aunque ajustado, realzaba su figura joven y atlética.

—¡Ahí está! —le dijo Ana, orgullosa al sentirse la responsable de todo aquello. Pero Nina, que ya lo había visto, estaba fascinada.

Ferrán, miraba por doquier sin poder disimular sus nervios, y se le iluminó el rostro cuando sus ojos encontraron a Nina, a quien tampoco había visto en tales galas. Ana suspiró, sabiendo que ahora comenzaba su labor y quizás la más difícil de toda la argucia, que el encuentro entre ambos no levantara recelos en el señor Federico ni en la señora María.

—Estás… —susurró Ferrán, incapaz de articular palabra.

—Tu estás muy elegante —dijo Nina.

—¿Te gusta? —dijo alzando los brazos hasta poco antes de ponerlos en cruz—. Esto es todo lo que puedo levantar los brazos sin reventar las costuras.

Nina y Ana estallaron en carcajadas, pero enseguida la segunda, con la razón libre de sentimientos, los advirtió.

—Tenemos que ser cuidadosos. Nina sabes que no podré alejarme mucho tiempo de ti sin que eso llame la atención de tus padres. No me queda más remedio que estar junto a ustedes, aunque trataré de darles toda la intimidad que pueda —dijo girándose hacia Ferrán—. Y tú no muestres excesiva confianza con ella. Mantén siempre una distancia formal y actúa como si fueran unos desconocidos que entablan una conversación.

Ambos asintieron como dos niños que escuchan las indicaciones de su madre.

—Descuida —dijo Nina.

—Estás muy guapa —dijo Ferrán.

—No puedo creer todavía que estés aquí.

—Yo tampoco —y ambos se rieron con complicidad.

Pasada la novedad del primer momento los asistentes retiraron su atención de la orquesta y se repartieron por el salón. Ana, aún junto a Nina, controlaba continuamente con la mirada a sus padres, en especial al señor Federico, que no obstante seguía charlando sin percatarse de nada.

—Ese es mi padre —dijo Nina— y mi madre es aquella del sombrero negro.

Ferrán los miró y asintió. En su interior brotó un sentimiento de desafío, pues sabía que eran los dos escollos que le impedían hacer planes de futuro con Nina.

—Así vestido no creo que tuvieran muchos inconvenientes en conocerme.

—¿Estás loco? —dijo Nina espantada ante aquella idea.

—Tranquila. Jamás se me ocurriría.

Caminaban por la sala los tres. Ana iba en medio de ambos para evitar cualquier malentendido.

—Dile a Pascal que le agradezco mucho lo que ha hecho. Estoy dispuesto a pagarle por las molestias.

Ferrán negó con la mano.

—No lo digas muy alto o se aparecerá de inmediato —los tres se rieron.

—¿Siguen con la idea de quedarse en Valparaíso? —preguntó Nina.

—Por el momento sí, siempre y cuando lo dicho por Pascal sea cierto. Nos ha asegurado que podemos conseguir trabajo y un techo decente gracias a ese pariente suyo.

—¿Y si no es así?

—Habrá un francés menos en el mundo —bromeó Ferrán. Una vez calmadas las risas continuó—. En ese caso también nos quedaríamos en Valparaíso, al menos hasta que consigamos cierta estabilidad y nuestros padres se reúnan con nosotros. Como te dije tuvimos problemas en España y lo último que quiero es que esos problemas crucen el océano. Y mucho menos que tú seas testigo de ellos.

Nina dibujó la decepción en su rostro, aunque mirar a Ferrán le borró todos los males y volvió a animarse. Regresaron las risas y las miradas tiernas entre ambos. La charla le abrió el apetito y los tres se acercaron a una de las mesas para comer algo.

Los ojos de Ferrán casi se salieron de órbitas al ver el suculento despliegue. Cierto era que no pasaba hambre desde que Dolores y José regularizaron sus encargos, a parte de los peculiares negocios de Pascal, pero ni mucho menos podía comparar su alimento diario con lo que había dispuesto en las mesas del salón. Así, estaban los tres distraídos, cuando una voz los sorprendió.

—Veo que han hecho un nuevo amigo, ¿quién es este muchacho tan apuesto? —la pregunta de María heló la sangre de los tres.

La madre de Nina estaba tras ellos, acompañada de cuatro mujeres que compartían su misma curiosidad. Ana pensó que iba a desmayarse en cualquier momento.

—Lo acabamos de conocer —dijo Nina rápidamente. Por suerte, Ferrán mantuvo la calma.

—Julián de los Mármoles y García —dijo inclinando su cabeza—. Es un placer, señora.

—El placer es mío, caballero. Mi nombre es María Arnaldo y soy la madre de esta bella muchacha —después se giró hacia Ana—. ¡Ana! Estás muy pálida, ¿te encuentras bien?

Ana, al borde del colapso, contestó como pudo.

—Estoy nerviosa por la llegada a puerto, señora. Han sido muchos días de viaje.

—Y que lo digas, pero por fin llegamos a tierra prometida —bromeó María—. Dígame, caballero, ¿cuál es su destino?

Por como María se refería a él, Ferrán intuyó que lo consideraba de mayor edad de lo que en realidad era.

—Valparaíso, señora. Voy a emprender negocios con un pariente mío que está afincado allí.

Nina apretaba sus labios para no reírse, pues Ferrán había cambiado su acento de tal manera que no lo reconocía hablando.

—Otro hombre de negocios. Es curioso que no lo hayamos visto antes por aquí.

Ferrán, disfrutando de su propia actuación, levantó las manos para explicarse.

—Mi hermana se ha encontrado indispuesta la mayor parte de la travesía y he permanecido a su lado. No obstante, se encuentra mucho mejor y he decidido disfrutar un poco.

—¡Oh! Que buen hombre. Bueno, no quería importunar. Un placer conocerle, Julián.

Todos se despidieron y los tres volvieron a quedarse a solas.

—Pensé que me moría —dijo Ana mientras se abanicaba con la mano. Nina, con el rostro enrojecido de aguantar la risa, suspiró.

—Julián de los Mármoles y García —dijo entre risas.

—Son los apellidos que estaban bordados en el traje. Imagino que el pobre hombre tiene que estar buscándolo —añadió Ferrán.

En ese momento el capitán, a medio camino de la escalera que llevaba hasta la planta superior, alzó los brazos para pedir la palabra. La música se detuvo de inmediato y el silencio se hizo en la sala.

—Distinguidos pasajeros del Whisper. En primer lugar, quiero agradecerles que hayan confiado en mí y mi tripulación para tan largo viaje —el salón estalló en un aplauso—. En segundo lugar, y debido al excelente tiempo del que disfrutamos esta noche, he dado indicaciones a la tripulación de virar varias millas a estribor con el fin de hacer visible a sus ojos la tierra de Chile —este segundo aplauso resonó con un ímpetu desbocado. Ferrán y Nina, sin embargo, no aplaudieron—. Pueden salir a la cubierta y divisar los contornos del continente gracias a la luna llena que disfrutamos.

Ferrán y Nina se quedaron petrificados. Además, como si el destino hubiera hecho por pregonarse, María y Federico fueron en busca de las dos muchachas para disfrutar en familia de tan emocionantes vistas.

En tropel, salieron los asistentes del baile, seguidos por los camareros, para los cuales la llegada a puerto significaba varios días

de descanso. Antes de darse cuenta, Ferrán se había quedado solo en el salón, con las manos en los bolsillos y la cabeza en ninguna parte.

Nina rompió en lágrimas en cuanto distinguió la masa oscura del continente el horizonte, salpicado este por algunas luces.

Desde hace días la idea de llegar a puerto le atormentaba, pero nunca había sido tan consciente como en aquel momento. Miró a su alrededor y al no ver a Ferrán por ninguna parte, sintió una angustia que se aferró a su pecho, impidiéndole respirar, desmayándose justo después.

Valparaíso, 1999

Supongo que a veces nos ponemos una venda sobre los ojos y nos negamos a ver la realidad que nos rodea. Podemos ser muy obstinados en ello, pero al final la vida nos arranca la venda de cuajo y nos hace sentirnos estúpidos.

Así debió de sentirse Vasia cuando le conté cuál era el diagnóstico del médico que llevaba el caso de mi madre: el Alzheimer estaba muy avanzado y en poco tiempo mermaría el resto de sus capacidades. Necesitaba una atención muy especial y cuidados que se escapaban a nuestras posibilidades.

—Una residencia es la mejor opción. Allí cuidarán de ella y usted podrá seguir adelante con su vida —fue lo que me dijo el médico; con esa frialdad se anuncia que una vida ha llegado a su final.

"Seguir adelante con mi vida" era la rémora que arrastraba la enfermedad de mi madre: dolor, pena, deudas y resignación por no poder ser más que testigo de su final. En no pocas ocasiones me he replanteado mi vida tras ver de cerca cómo se extingue una persona. ¿Merece la pena preocuparnos porque llegamos tarde para ver nuestro programa favorito o porque no ganamos lo suficiente para comprarnos aquello que deseamos? La aguja del tiempo sigue avanzando, tic, tac, tic, tac, sin tener consideración de si lo empleamos en cosas que merecen la pena o no.

La residencia era costosa, pero no mucho más que Vasia, aunque el apoyo que ésta me prestaba no estaría pagado ni con todo el dinero del mundo. Al final tuve que prescindir de ella, cosa que entendió sin el mayor problema. Me sigue visitando una vez al mes aproximadamente, tomamos café y charlamos durante horas.

Sin embargo, después de contarle lo que me disponía a escribir, me visita cada semana, ansiosa de que le lea lo que he ido escribiendo.

Recuerdo que aquellos días, me costó horrores despedirme de mi madre cuando vinieron a buscarla los empleados de la residencia. Para mí fue como aceptar el hecho de que no era capaz de cuidar de ella, como si me hubiera rendido. Es curioso que, pese a ser psicóloga, fuese incapaz de enfrentarme a los mecanismos de mi mente para sobrellevar la situación. Además, sus referencias acerca de una amiga, su repentino rechazo a mi abuela Esther y su misterioso miedo me absorbían los pensamientos.

Ya había tratado trastornos en numerosos pacientes analizando los hechos traumáticos vividos por sus antepasados, heridas que se quedan reflejadas aunque no seamos capaces de verlas. Esas heridas,

silenciosas e invisibles, supuran un dolor que nos desconcierta y nos hace sufrir al mismo tiempo. Indagando en esos traumas olvidados y en esas desgracias enterradas por el paso del tiempo, es posible sanar a una persona. Pero con mi madre no podía hacerlo porque no tenía manera de acceder a ese pasado que ella mencionaba y, además, no sabía hasta qué punto era el Alzheimer dueño de sus palabras.

Pasamos los últimos momentos juntas en el porche de casa, sentadas en silencio y observando el jardín. No apartó la mirada de las azucenas ni un solo segundo, sonriendo a veces o haciendo muecas tristes, como si estuviera conversando con la planta. Por un momento alzó sus manos y movió sus dedos en el aire, que a sus ojos parecía como si estuviera tocando las flores. La descordinación nerviosa producida por la enfermedad le hacía temblar el cuerpo, pero tras fijarme con atención pude ver que sus labios no temblaban, sino que musitaba palabras que apenas podían ser oídas. No pude comprenderla, pero mi sensación, lo que ese sexto sentido que todo albergamos en nuestro interior interpretó, fue que se estaba despidiendo. Justo antes de marcharse, cuando los enfermeros la conducían hasta la ambulancia, se detuvo y se giró hacia mí.

—Tráeme una flor —me dijo con tal claridad que por un segundo pensé que la enfermedad le había abandonado. Sin dudarlo corrí hasta la azucena y arranqué la flor más bella. Cuando se la entregué, me dedicó una sonrisa y apretó la flor contra su pecho. La despedí con un beso y me quedé en la calle mientras veía la ambulancia marcharse, yo la alcanzaría después para hacer el ingreso a la residencia y chequear que todo estaba bien, cómodo y dispuesto para que su estadía fuera la mejor posible.

Cuando regresé a casa sentí frío y hasta miedo al verme sola en mi propio hogar, donde se supone que debemos sentir cariño y refugio. Un silencio impertinente se había instalado entre las paredes. Caminé por los pasillos y habitaciones sin rumbo. Hacía ya tiempo que había tenido que retirar todo aquello que pudiera llegar a las manos de mi madre e incluso me acostumbré a ver mi casa casi vacía, sin embargo, recuerdo que ese momento se me hizo insoportable.

Fui corriendo hasta las cajas donde lo había guardado todo y comencé a sacarlo sin criterio. Ahora que analizo aquellos días, es probable que estuviera sufriendo algún tipo de ataque nervioso, el cual se acrecentó al tener en mis manos fotografías de mis padres. Fue entonces cuando, con las lágrimas corriendo por mis mejillas, encontré una vieja fotografía de mi abuelo. Debía ser muy antigua, pues tenía un tono sepia y con multitud de manchas causadas por el paso de los años. En la fotografía, mi abuelo Ferrán aparece acompañado de otra mujer, también joven y guapa, con una mirada astuta que me llamó la atención, como si esa mirada la hubiera visto antes en otra persona. Di

la vuelta a la fotografía y vi que estaba fechada en 1925.

Yo sabía que mi abuelo Ferrán provenía de España:

—Tenemos sangre castellana, Azucena —me decía algunas veces mi madre, y no puedo negar que siempre me interesó rebuscar en el pasado de mis abuelos, saber de dónde vinieron y porqué. Pero cuando le preguntaba a mi madre las respuestas eran esquivas y con apenas información y terminaba por olvidarme del asunto. Pero al ver esa foto, que había estado en una estantería del salón desde que tengo uso de la memoria, mi curiosidad brotó de nuevo. ¿Cómo no me había fijado yo antes en esa mujer de la que nadie me había hablado? Desde luego, no se trataba de mi abuela Esther, pues de ella me habían enseñado algunas fotos.

Tal vez fuera por evadirme un rato, pero me quedé mirando la fotografía y reflexionando. Quizás se tratara de esa amiga que mencionaba mi madre, pero ella aún no había nacido en 1925. Decidida a averiguar la verdad, comencé a mirar con atención cada una de las fotografías, especialmente si eran antiguas. Encontré unas pocas más, pero estas estaban guardadas en álbumes y se conservaban un poco mejor, aunque una de ellas estaba cortada por la mitad de manera brusca.

Un joven que reconocí como mi abuelo salía en casi todas las fotos, al igual que la mujer de antes. También encontré una imagen, en la que esa muchacha posaba acompañada por otro joven que llevaba un cigarro en los labios y la sombra de la gorra le ocultaba la mirada, y fue en esa fotografía donde pude ver un buque detrás, cuyo nombre en letras blancas podía leerse levemente: Whisper.

~

El doctor Estrada me llamó al día siguiente. Era el médico que estaba al cargo de mi madre. Fue simpático conmigo y, sobre todo, cuidó de mi madre como si se tratara de la suya.

—Supongo que ya conocerá el estado de su madre, ¿verdad?

—Si, doctor —contesté.

—Hay momentos en los que reconoce e incluso comprende su situación, pero otros en los que pierde por completo el contacto con la realidad. No obstante, estamos a la espera de que un nuevo tratamiento le surja efecto.

—¿Para que se pueda mejorar? —pregunté como una ilusa, aunque el silencio del doctor y el posterior suspiró contestaron por sí solo.

—Hoy en día no hay ningún tratamiento para combatir la enfermedad, tan solo podemos procurar que avance lo más lento posible —dijo con suma delicadeza.

—Lo comprendo.

—Bien. En cuanto a las visitas, tenemos las puertas abiertas hasta

las ocho de la tarde, siempre y cuando esté estable. Si empeora o temiéramos por su vida podrá estar junto a ella el tiempo que considere oportuno.

—Muchas gracias, doctor.

—Es lo mínimo que podemos hacer. Le recomiendo que la visite un par de días a la semana.

—Por supuesto.

—Genial. Ah, otra cosa, ¿podría decirle usted a la amiga de su madre que la visite también? Insiste mucho en ella y su visita la calmaría sin duda.

En ese momento casi me desmayo.

—¿Ha mencionado el nombre de su amiga? —pregunté.

—Le hemos insistido, pero no ha dicho nada. Tan solo ha mencionado algo de un mechón blanco. ¿Le suena?

Puse a cada neurona de mi cabeza a rebuscar en mis recuerdos, pero no pude encontrar explicación para esas palabras. Mi madre tuvo amigas cuando era profesora, pero no tenía una relación especial con ninguna, y, de hecho, cuando se jubiló apenas mantuvo el contacto.

—Revisaré su agenda, pero no puedo prometerle nada.

—Tranquila. Por suerte la flor que ha traído consigo parece calmarla y tan solo tenemos que ponérsela en sus manos para que olvide a esa amiga suya.

Pese a que la conversación se prolongó, como me sucede no pocas veces, apenas presté atención al doctor Estrada. Me despedí diciéndole que mañana iría a visitar a mi madre y colgué. ¿Un mechón blanco? Era incapaz de recordar a ninguna mujer con un mechón blanco. Hice el amago de dirigirme hacia donde se encontraban las fotos, suponiendo que quizás la muchacha de la fotografía pudiera lucir un mechón, pero por suerte miré el reloj y vi que llegaría tarde a trabajar. Volví sobre mis pasos y me cambié de ropa lo más rápido posible. Miraría la foto por la noche; además, al regresar del trabajo iba a detenerme en la biblioteca en el centro de Valparaíso, donde al parecer había un registro de los barcos de inmigrantes llegados a Chile a principios de siglo. Antes, observando la fotografía con recelo, había anotado su nombre y la fecha: Whisper; 1925.

Capítulo 11

El ingreso de mi madre en la residencia había puesto fin a mis pocos ahorros, dejándome con apenas dinero para afrontar lo que restaba de mes y poniéndome en una situación muy complicada. Se me pasó por la cabeza vender algunas cosas y así retrasar la venta de la casa el mayor tiempo posible, pero cuando comencé a recopilar cosas para ponerlas a la venta me di cuenta de que no iba a solucionar nada y desistí.

—Comprendo su situación, señorita Arias, pero tiene la solución en su mano —me decía el señor Ibarra, el director del banco, en una de las muchas veces que me telefoneó. Resultaba evidente que el señor Ibarra tenía a alguien interesado en la casa. Una operación con la que él se llevaría algún beneficio.

—He conseguido trabajo, señor Ibarra. Estoy pasando dificultades, no lo niego, pero en un par de meses podré enmendar la situación.

—Permítame que discrepe, señorita. Ante todo, quiero que recuerde que yo estoy aquí para ayudarla; son muchos años los que llevo tratando con su madre. Ha conseguido un empleo, es cierto, pero el sueldo no es muy elevado, rozando lo mínimo establecido por la ley. Podrá hacer frente a los pagos mensuales, pero apenas le quedará lo suficiente para vivir.

Lo más repugnante de todo era su tono de voz. Aún me entran náuseas cuando lo recuerdo. Y de hecho, si no había accedido antes a vender la casa, era por la prepotencia que mostraba en el señor Ibarra en cada una de sus llamadas. Sin embargo, por esos días comencé a valorar seriamente poner a la venta la casa, pero jamás permitiría que él se viera beneficiado. Era el pequeño comodín que me guardaba.

Saqué de mi mente los problemas económicos y esa misma tarde, después de salir de trabajar, me presenté en la biblioteca y pedí los registros de barcos llegados a Chile en la década de los años 20. La bibliotecaria me miró un poco raro, pero enseguida accedió a la petición y fue al archivo en busca de los registros. Regresó con un grueso libro, que parecía estar hecho a una escala bastante superior que la normal, como si fuera un libro para un gigante. Su portada y sus hojas lucían amarillas por el paso del tiempo; estaba cubierto de polvo.

—Cerramos dentro de veinte minutos

—No tardaré.

Me dirigí a una mesa y puse el grueso libro sobre ella. Una nube de polvo surgió de él. Lo abrí y pasé las hojas con cuidado, las cuales crujían ante el más sutil movimiento de mis dedos. En cada página rezaba el nombre de un barco y una lista de pasajeros, aunque advertí

pronto que aquellas listas estaban incompletas y que habían sido anotadas de una manera casual.

Busqué lo más rápido que pude para no dañar el libro, hasta que llegué al año 1925, y por fin encontré lo que andaba buscando. En el encabezado rezaba el nombre de Whisper, junto con el país de procedencia, España, subrayado y seguido por una lista de nombres que se extendía a lo largo de una página y media. Sin embargo, la caligrafía era pésima y apenas podía entender.

Enseguida formé en mi cabeza la imagen del típico funcionario que, repleto de hastío, escribió algunos pasajeros hasta que consideró que su labor era más que suficiente. Repasé la lista de nombres guiada por mi dedo índice, que iba saltando de uno a otro. Tan solo me quedaban diez minutos antes de que cerraran la biblioteca. Fue entonces cuando, apenas ilegible, encontré el nombre de mi abuelo: Ferrán García. Experimenté una alegría desconocida y emocionante al mismo tiempo, como si hubiera realizado un viaje en el tiempo y abriera los ojos en aquellos días. Justo debajo de su nombre, rezaba otro de mujer, aunque con los mismos apellidos y escritos de tal forma que parecían haber sido escritos de seguido: Marta García.

¿Esa era la muchacha que aparecía en la fotografía junto a mi abuelo? ¿Era su… hermana? ¿su prima, quizás? Nadie me había dicho que mi abuelo hubiese llegado de España con una hermana o una pariente, para mi entender él llegó solo. El tiempo se agotaba, por lo que apunté el nombre de la mujer y devolví el libro. El ir a la biblioteca no había sido en vano y eso me era suficiente. Regresé a casa y fui directa a por las fotografías.

—¿Marta? —susurré mientras tenía en mis manos la fotografía en la que salía la joven, como si esperara que de un momento a otro ella me contestara. Me fijé en su particular mirada, en esos ojos que sin poder explicarlo había visto antes en algún sitio, hasta que finalmente caí en la cuenta dónde los había visto, me sentí una estúpida, la mirada de aquella muchacha era igual a la de mi madre, los rasgos se amoldaban a su rostro, pero no había dudas en cuanto a la procedencia. La misma caída de ojos, la fuerza que desbordaban, eran la viva imagen de la mirada de mi madre antes de la muerte de mi padre, cuando aún era ella y la enfermedad no la había secuestrado.

Por lo que esa mujer debía ser alguna pariente de mi abuelo. En esos días no me convencí a identificarla como hermana, si como pariente, pero no fui capaz de concretar de quién se trataba con total seguridad. Lo único de lo que tenía certezas era de que esa muchacha me era una completa desconocida, pese a que pudiera llevar parte de su sangre en mis venas.

~

Al día siguiente visité a mi madre en la residencia. Este era un vasto edificio colonial rodeado de exuberantes jardines que se encontraba a las afueras de Valparaíso. Los jardines estaban decorados con grandes estatuas y flores de todas clases, lo que me tranquilizó ya que pensé que mi madre vería con buenos ojos aquel lugar. Después de preguntar en la recepción, una enfermera me condujo hasta un amplio pabellón donde se encontraban las habitaciones de los pacientes más delicados. No solo había enfermos de alzhéimer, sino otros muchos ancianos con distintas dolencias mentales que no podían llevar una vida normal. La enfermera se detuvo frente a la puerta de una habitación y se giró hacia mí.

—Esta es la habitación de Marina García —asentí impaciente y miré hacia el interior, pues la puerta estaba abierta por un motivo que estaba a punto de conocer—.

—Las puertas están bloqueadas para que no puedan cerrarse desde dentro. Le recomiendo que no lo haga. —Dijo la enfermera a modo de advertencia.

Volví a asentir y crucé el umbral. Allí, sentada en un sillón estaba mi madre, con la mirada perdida en la ventana. Giró su cabeza al oírme llegar, pero no debió reconocerme, porque sus ojos regresaron a la ventana.

—Ya me he tomado las pastillas —dijo como si yo me tratara de una de las enfermeras de la residencia. Meses atrás hubiera llorado, pero supongo que a todos podemos llegar a acostumbrarnos a los golpes de la vida.

—Hola mamá —le dije manteniendo la distancia—. No quería asustarla, pues sin duda me sentía como una extraña, hasta como si la estuviera molestando. —¿Cómo te encuentras?

—No me tocan las pastillas hasta dentro de dos horas —protestó sin mirarme—. Me fijé en que la flor que le di antes de marcharse de casa estaba en una mesita junto a la cama. Por ella no había pasado el tiempo. Los pétalos, las hojas y el tallo lucían como si la acabaran de arrancar en ese momento, pese a que sabía que aquello era imposible. Pensé que habría otra azucena en el jardín y que alguna de las enfermeras le hubiera traído otra al marchitarse la que yo le di. Era la única explicación a este hecho.

Además, por entonces, mi cabeza estaba ocupada con otra cuestión que si tenía prisa por resolver, en el bolsillo de mi pantalón, metidas en un sobre, llevaba las fotografías de mi abuelo y esa mujer que había reconocido en los ojos de mi madre. Era consciente que mostrarles las fotografías podía alterarla, pero estaba convencida de que no significarían nada para ella.

Las saqué del sobre y las miré de nuevo. Mi madre miraba más allá de la ventana, dominada por un temblor constante. Me acerqué varios

pasos hacia ella y extendí el brazo con las fotografías en la mano.

—¿Sabes quién es, mamá? —mi madre giró la cabeza y, antes de mirar las instantáneas, clavó en los ojos en mí. Me sonrió con ironía, como si hubiera estado esperando ese momento muchos años, o eso pensé yo. Bajó sus ojos hasta la fotografía y la observó fijamente. El corazón me latía en la garganta.

—Es tía Marta —contestó como si no pudiese haber dudas acerca de la identidad de la mujer—. Murió hace muchos años.

Me quedé boquiabierta. En todos estos años no había tenido noticia ninguna de la existencia de esta mujer, pese a que había visto una de las fotografías todos los días de mi vida. La curiosidad me devoraba.

—¿Era tu amiga? —pregunté convencida de conocer la respuesta, estaba segura de que esa mujer, Marta García, era la amiga a la que se había referido mi madre tantas veces, pero me equivoqué.

—Ella es tía Marta, hermana de papá. Él me habla mucho de ella. Mi amiga también la conoció. ¿Cuándo va a venir?

Esta vez no pude contener las lágrimas. Su tono de voz, su mirada suplicante, se asimilaba más a una niña que a la de una mujer, e incluso por cómo me habló comprendí que ni ella misma era consciente de la edad que tenía. Escuchar esas palabras de labios de mi madre fue muy duro y me hizo guardarme las fotografías otra vez en el bolsillo. Ella me observó otra vez, inexpresiva, y después volvió a fijarse en la ventana. Sus labios murmuraban unas palabras que no era capaz de descifrar. Me despedí de ella con un beso en la mejilla y me marché.

~

Al llegar a casa saqué mis anotaciones y le añadí las palabras de mi madre acerca de la joven de la fotografía. Resultó que esa mujer no era otra que Marta García, hermana de mi abuelo, que viajó con él desde España hasta Chile en el Whisper.

Sin embargo, la conversación no había arrojado nada de sobre la identidad de la amiga de mi madre. En ninguna de las fotografías Marta presentaba ningún mechón blanco, aunque eso tampoco quita que le saliera años después.

Reflexionando sobre aquellos días estoy convencida de que el destino asoma siempre en el horizonte de nuestras vidas. Solo así podría explicarse lo que sucedió los meses posteriores.

Los gastos a los que tenía que hacer frente y lo poco que había podido averiguar acerca del pasado de mi familia me conducían hacia un punto en concreto, la inminente venta de la casa. Lo que desembocó en que un reconocido chef español, después de divorciarse y deseoso de dar un cambio radical en su vida, reciba una llamada de

un gestor inmobiliario, quien además era el director de una sucursal bancaria chilena.

Así, Andreu Fort, el famoso chef español, a miles de kilómetros de distancia, con un océano de por medio, respondía a una oferta muy tentadora y sin saberlo, iniciaba la cuenta atrás que me permitiría conocer toda la verdad acerca de mi madre y de mi familia.

El que le llamó no era otro que el Señor Ibarra, al cual le había comunicado un compañero de una sucursal en España que había un personaje público de cierta notoriedad que pensaba iniciar una nueva vida y valoraba, entre otras opciones, Valparaíso.

Tiempo después supe, mediante el propio Andreu, que este tenía en mente ciudades como Valparaíso, Santiago, Buenos Aires, Rio de Janeiro y un par de sitios más, por lo que era probable que media Sudamérica supiese de su llegada antes de que él mismo lo tuviese decidido. Le llamaron de numerosas sucursales, centros inmobiliarios y agencias para tratar de “ayudarlo” a tomar una decisión.

Estaría mal arrebatarle todo el mérito al señor Ibarra, ya que Andreu me aseguró que fue su llamada la que le ayudó a elegir definitivamente Valparaíso.

La primera conversación entre ambos tuvo lugar poco menos de un año antes de que yo me encuentre escribiendo estas líneas, cuando todavía ni siquiera había puesto en venta la casa.

El señor Ibarra contaba con numerosas propiedades en su cartera y, aunque estaba convencido de que una de ellas le acabaría gustando al chef español, tenía puesta sus esperanzas en la mía, que aparte de tener un terreno de buen tamaño y contar con una de las vistas mas imponentes del Océano Pacífico, aportaba que con la venta saldaba mi deuda con el banco y él se agenciaba una importante comisión como intermediario.

Capítulo 12

Junio de 1925. Puerto de Valparaíso. Chile.

Una multitud se agolpaba en el muelle, el cual se había quedado pequeño para el despliegue de personas y mercancías que habían desembarcado y que no hacían más que complicar el tránsito de unos y otros. Los más adinerados levantaban la cabeza tratando de ver a los parientes que los recibirían y a los criados que habrían de estar allí para cargar con las maletas y llevarlos hasta su nuevo hogar, mientras los más humildes hacían acopio de las pocas pertenencias que llevaban.

Algún que otro pillo aprovechaba el tumulto para agenciarse de alguna cartera o lo que hubiera en el interior del bolsillo en donde introducía a ciegas su mano.

—¡No se detengan! —gritó un oficial mientras hacía continuos gestos con los brazos para que siguieran avanzando—. ¡Hay que despejar el muelle!

—¿Por dónde quiere que pasemos? —le gritaba un padre con un niño en brazos, señalando hacia el estrecho camino que conducía hasta la salida. El oficial hizo oídos sordos y continuó con su cantinela.

En ese momento, Ferrán y Marta, que habían sido de los primeros en desembarcar, por insistencia del primero, posaban para un fotógrafo que, sin saber cómo, debía algún dinero a Pascal que este había decidido cobrarse de esa manera.

—Sonreír, camaradas —gritó a espaldas del fotógrafo, quien, al terminar su tarea, comentó algo con Pascal. Por lo que pudieron observar los dos hermanos, ambos eran franceses y parecían no ponerse de acuerdo en alguna cuestión. Tras un minuto de conversación Pascal le dio una palmadita en la espalda y corrió hacia donde se encontraban los hermanos.

—El paisano va a tomarnos dos o tres más —dijo situándose entre Ferrán y Marta. El fotógrafo tomó otra instantánea y levantó la mano para indicar que iba a realizar otra más.

—Suficiente por hoy —dijo Ferrán saliéndose veloz del encuadre. Cuando terminaron, los tres caminaron hacia la salida del muelle, donde se agolpaba un gran multitud.

Ferrán, con el rostro sombrío, miraba hacia el área despejada y acordonada que las autoridades habían dispuesto para los pasajeros más exclusivos. Había sombrillas e incluso un puesto de bebidas para aligerar la espera mientras la muchedumbre dejaba libre las carreteras para que los vehículos pudieran circular sin problemas.

—Déjalo ya, hermano. No te tortures más —dijo Marta, que sabía que no había forma alguna de consolar a Ferrán. Si ya estaba triste por tener que separarse de Nina, el no haber tenido la oportunidad de despedirse acabó por socavar su corazón.

En la fiesta, después del anuncio del capitán y el desmayo de Nina, Ferrán no tuvo más oportunidades para acercarse a ella. El destino se había puesto en su contra, pues uno de los marineros pagados por Federico le informó que le había parecido ver a una de las muchachas, a Ana concretamente, paseando la pasada noche con un muchacho por la cubierta, así como con varios jóvenes de su edad.

Federico mostró su total desacuerdo y la reprendió con severidad por su vergonzoso comportamiento. Ana resistió como pudo la bronca mientras Nina, a espaldas de sus padres, lloraba sin consuelo. Era de esperar que después de aquello y faltando tan poco para llegar a puerto, Federico se encargara personalmente de que no volvían a cometerse más paseos nocturnos. Sin embargo, ambas sabían que de haber descubierto que era Nina la que salía por las noches, las consecuencias habrían sido inimaginables.

—Todavía no me creo que no vaya a volver a verla.

—Haz caso a tu hermana, camarada —dijo Pascal—. Además, estamos en América, la tierra de las oportunidades. Una nueva vida se abre ante nuestros pies, las posibilidades son infinitas. Sonríe.

Ferrán miró de reojo al francés y después dejó escapar una leve sonrisa.

—¡Eso es! —dijo Pascal—. Podías haber sonreído así en la foto. Por cierto, el paisano me mandará las fotografías a la pensión donde se hospeda mi pariente.

Continuaron caminando en silencio, como si el desamparo de Ferrán se hubiera extendido.

—Si te sirve de consuelo, hermanito, a Nina no le faltará de nada y vivirá estupendamente —añadió Marta.

—Pero… —Ferrán no se atrevió a continuar. Estuvo a punto de decir que la quería, al igual que ella a él. En vez de eso, suspiró y volvió a mirar hacía donde suponía que debía encontrarse Nina, cada vez más lejos.

En ese mismo lugar, pero rodeada por los pasajeros más elegantes y ricos del barco, estaba Nina. Respiraba agitada y en sus ojos podía apreciarse una preocupación angustiosa que no pasaba desapercibida para su madre.

—¿Qué te ocurre, Nina? —preguntó María. Ana, que conocía de sobra los motivos, actuó preocupada.

—Serán los nervios, supongo —contestó.

—Te comprendo —dijo María ignorando el verdadero tormento de su hija—. Nos toca empezar de cero y es normal que estés nerviosa e

incluso que tengas miedo, pero no tienes de qué preocuparte. Papá lo tiene todo controlado y pronto estaremos en nuestro nuevo hogar. ¿Verdad que sí, Ana?

—Claro, señora.

—Tu padre me ha contado que nos va a encantar la casa, que tiene tres plantas, amplios jardines e incluso cultivos. ¿Qué te parece? Podremos tener hasta un caballo.

Nina dibujó una falsa sonrisa a su madre, la cual se sintió orgullosa de haber consolado a su hija. Sin embargo, en cuanto María se marchó, la preocupación volvió a enturbiar la expresión de la muchacha.

—Tengo que verlo, Ana —dijo al borde del llanto.

—Es imposible, Nina. Tu padre no nos quita el ojo de encima y además, hay tanta gente en el muelle que deberíamos tener mucha suerte para dar con Ferrán. No deberíamos meternos en más problemas.

Nina miró a su alrededor y, aunque negaba con la cabeza, la imagen atestada del muelle le convenció de que encontrar a Ferrán sería toda una quimera. Estaba tan afectada que Ana le cogió las manos y las apretó entre las suyas.

—Es mejor así, Nina. Tu padre jamás lo habría permitido. Tendrás el recuerdo para siempre.

Sin poder articular palabra y con el corazón encogido, Nina asintió con la cabeza mientras comenzaba a aceptar el hecho de no volver a ver nunca más a Ferrán.

~

El pariente del que había hablado Pascal a los dos hermanos, y que se suponía podría ayudarles a su llegada a la ciudad, resultó ser un hombre de negocios venido a menos, que llenaba su barriga con tretas semejantes a las que usaba Pascal, y que estaba tan necesitado o más que los hermanos. Vivía en un cochambroso edificio en la zona más humilde de la ciudad, ocupando una de las habitaciones que una viuda, la señora Remedios, alquilaba a un precio más que asequible.

Dicho pariente, que respondía al nombre de Alain, era un hombre de unos cincuenta años, con poco pelo y repartido de manera desigual, aunque rara vez se quitaba el sombrero. Tenía un burdo bigote canoso, amarillento debido a los cigarros y unas cejas pobladas que añadían intensidad a sus ojos marrones.

Era de esperar que ese tal Alain, después de saludar con efusividad a los muchachos, les pidiera prestado algo de dinero para hacer frente a las deudas que mantenía con la señora Remedios. No obstante, Pascal corrió con los gastos al ver la negativa en los rostros de los hermanos. Alain se lo agradeció enormemente pero, apenas tuvo el

dinero en su mano, salió disparado en dirección opuesta al edificio, dejando a los tres muchachos sin comprender nada de la situación. Pasado este asunto, que dejó a Pascal ligeramente preocupado, se dirigieron al piso de la señora Remedios y le pidieron alquilar una habitación para Ferrán y Marta, ya que Pascal dormiría con Alain.

—Hmm, ¿De dónde vienen? —preguntó Remedios con la desconfianza.

—De España —contestó Ferrán.

—¿Tienen trabajo?

—Aún no.

La opinión al respecto de Remedios quedó clara con su mirada. Separó parte del dinero que les habían entregado por el alquiler del mes y se la guardó en el bolsillo del delantal. El resto lo apartó con la mano desplazándolo hacia Ferrán.

—Si en dos días no tienen trabajo tendréis que marcharos. ¿Comprendido?

Los tres asintieron en silencio. Pascal, que en ocasiones sabía cuándo era mejor no abrir la boca, dejó la voz cantante a Ferrán.

—No tiene de qué preocuparse, señora —dijo Ferrán.

—Eso espero —contestó Remedios fríamente. Puso las llaves de la habitación sobre la mesa y les explicó las normas de la casa. Tal y como esperaban la casera recalcó que aquella era una casa decente, que no aceptaría ningún retraso en los pagos y que se comía todos los días a las tres. Los tres asintieron a cada indicación de Remedios y dejaron claro una vez más que no iban a causar ningún problema. Apenas dejaron las cosas en la habitación, salieron los tres en busca de un trabajo que contentara a la exigente casera y de paso les permitiera llenar un poco sus bolsillos.

Caminaban boquiabiertos, señalando cada uno de los lugares que les llamaba la atención y haciéndose a la idea de que no estaban en España, por mucho que el suelo siguiera siendo suelo y el cielo permaneciera sobre sus cabezas. Corría entre las calles un viento travieso y frío que les hacía caminar más rápido de lo normal.

—¿A dónde ha ido tu pariente, Pascal? —preguntó Marta, para la que no había pasado por alto el cambio de actitud en el francés.

—Es un hombre muy inquieto y con muchas ideas. Seguramente vaya a duplicar o triplicar el dinero que le he prestado con algún trato. El bueno de Alain. Aprenderemos muchos de él, camaradas —aunque su tono de voz era el que tenía costumbre de gastar, se percibía cierto bochorno en sus palabras.

Ferrán y Marta asintieron y dejaron pasar el asunto.

—¿Qué habrá sido de José y Dolores? —preguntó Ferrán queriendo cambiar de tema.

—Querían ser de los últimos en desembarcar. Sus motivos tendrían

—dijo Marta.

—Secretos más bien, —dijo Pascal.

Mantuvieron una distendida conversación hasta que, de súbito, sin darse cuenta, se vieron a las puertas de la estación de ferrocarril de Valparaíso sin percatarse de que una muchacha corría hacia ellos.

Federico, que había estado hablando casi todo el tiempo después de desembarcar con sus amigos catalanes, sonrió satisfecho cuando uno de ellos le anunció que el automóvil que habría de llevarlos a ellos y sus bártulos hasta la estación de ferrocarril había llegado.

Allí, en la estación, estaría el empleado de confianza de uno de ellos, que acompañaría a la familia hasta su nuevo hogar, en Santiago, donde los esperaba el dueño de la propiedad para formalizar la transacción de la Finca. Los catalanes, tras mantener una breve conversación a susurros, se despidieron formalmente de Federico.

—Nos veremos a lo largo de la próxima semana, señor Losada —dijo uno mientras le estrechaba la mano.

—En un par de horas estará en Santiago. Bienvenido a Chile.

—Muchas gracias, caballeros. Ha sido todo un placer —dijo Federico, provocando unas sonrisas de falsa modestia en sus amigos catalanes.

Estos desaparecieron entre el gentío, hablando entre ellos, como parecían hacer las veinticuatro horas del día. El chófer cargó las maletas en el automóvil y, siempre con una sonrisa en sus labios, respondió cortésmente a cada una de las preguntas de los recién llegados.

—Partimos hacia la estación, pues —dijo arrancando el motor.

—Es una ciudad muy bonita, si me permite decirlo —dijo Federico mientras se ponía un cigarrillo en los labios.

—Puede repetirlo cuanto le plazca, señor —contestó chistoso el chófer, provocando simpáticas risas a las muchachas.

—¿Usted trabaja también para Miquel y Joan? —preguntó Federico refiriéndose a sus amigos catalanes. Sin embargo, para su sorpresa, el chófer negó con la cabeza.

—No, señor. Conozco a esos señores a los que usted se refiere porque suelen hacer negocios con el hombre al que sirvo.

Federico expresó cierta sorpresa.

—¡Oh! Debo no haber entendido bien, entonces.

—¿Va todo bien, cielo? —preguntó María desde la parte de atrás, no acostumbrada a percibir la duda en la voz de su esposo. Federico la tranquilizó con un leve gesto.

—¿Van a Santiago, verdad? —preguntó el chófer.

—Así es. Vamos a adquirir una propiedad al hombre que usted sirve, si no me equivoco también ahora.

—No se equivoca en esta ocasión, señor —dijo el chófer para la tranquilidad de Federico.

—¿Hablamos de Juan Gil Valero? —si algo no le gustaba al cabeza

de la familia Losada era no tener la certeza de que albergaba toda la información habida y por haber acerca de cualquier cuestión, por nimia que fuese.

Además, pese a que era un hombre pragmático y fiel cumplidor de las leyes y los protocolos, también había en él una parte intuitiva que salía de vez en cuando a la superficie y lo ponía en sobre aviso. En aquel instante, mientras hablaba con ese chófer que se mostraba como si caminara varios pasos por delante, esa parte intuitiva le prevenía de algo negativo que no podía identificar.

—Por estas tierras le conocen como el Gallego, señor. Uno de los hombres de negocios más importante de Chile.

El chófer, en toda la conversación, no había mirado ni una sola vez a Federico, aun estando con el vehículo detenido.

—Me han hablado de él —replicó Federico con una sonrisa forzada —. Dígame, ¿tiene familia el Gallego?

—No, señor.

Federico se quedó esperando que el chófer extendiera su respuesta, cosa que no hizo, razón suficiente para que no intercambiaran muchas palabras más.

Llegaron a la avenida de la estación y, al verlos, un hombre comenzó a hacerles señas para que se detuvieran.

—Ese es el empleado de mi señor. Les dejó en sus manos —dijo el chófer.

—Un placer —dijo Federico, que hizo el amago de darle propina para después bajarse del vehículo sin sacarse ni una moneda del bolsillo, ejerciendo así una venganza que él consideraba más que justa por el comportamiento reprochable del chófer. El chofer le dedicó una mirada de reojo y comenzó a descargar los bártulos. Por ambas aceras de la avenida discurrían ríos de transeúntes de todas clases y condiciones. Un tren proveniente de Santiago había llegado hacía pocos minutos y el ajetreo de personas y mercancías era numeroso.

—No se separen niñas —advirtió María.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo Ana mirando hacia un lado y otro, como si sus ojos fueran adictos a la novedad que les ofrecía Valparaíso.

—No tanto como Gijón… —dijo Nina. Ambas se rieron hasta que Nina experimentó un sobresalto que pilló desprevenida a Ana—. ¡Dios mío!

—¿Qué ocurre?

—Ferrán. Está allí —dijo señalando hacia la acera de enfrente, por donde caminaban, además de Ferrán, Marta y Pascal. Nina tuvo el impulso de salir corriendo hacia allí, pero Ana le sujetó del brazo.

—Ni se te ocurra.

—Pero puede que no vuelva a verlo, —suplicó Nina. Fue entonces

cuando su amiga, haciendo uso de una de sus ocurrencias, le dijo que no se preocupara y que lo dejase en sus manos. Nina aceptó y Ana se dirigió hacia donde estaba Federico hablando con el hombre a cargo de las maletas.

—Señor Federico, me gustaría pedirle un favor si es posible —dijo Ana con la cabeza agachada, sabiendo que él podía permanecer aún molesto por esas supuestas amistades que se había echado en el Whisper. Federico, turbado todavía por la actitud del chófer, se mostró amable.

—Verá, señor Federico, ahí enfrente están los amigos que hice en el barco y que tanto desagrado le causaron. Querría, si usted me lo permite, presentárselos para que usted vea que son buenos muchachos. Españoles de bien, como solía decir mi madre.

Federico, al que las palabras de Ana habían pillado desprevenido, aceptó por curiosidad, así como para recompensar el noble gesto de la muchacha.

Ana, después de darle las gracias, corrió hacia ellos ante la mirada fascinada de Nina. Llegó hasta los tres muchachos, dándoles un buen susto. Ferrán, nada más ver a Ana, miró al otro lado de la calle, pues intuía que Nina debía andar cerca. Y así era, en la otra acera estaba Nina mirándolo fijamente.

—Creíamos que no íbamos a volver a veros —dijo Marta.

—Ha sido por casualidad —contestó Ana aún agitada por la carrera—. Ferrán, tienes que saber que las últimas noches Nina no pudo salir porque uno de los marineros informó a su padre, aunque por suerte la confundió conmigo; no sé qué habría pasado de haber sido al revés.

Ferrán respiró aliviado, aunque sus ojos seguían sobre Nina.

—Hoy es tu día de suerte, camarada.

Ana sonrió al escuchar a Pascal, pero no tenía mucho tiempo.

—Tengo que pedirles un favor. El señor Federico, el padre de Nina, me ha dado permiso para que los lleve ante él y asi pueda conocerlos. Le he dicho que quería demostrarle que son buenas personas.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Marta con el ceño fruncido.

—Para que puedan despedirse, más o menos —dijo Ana cabeceando hacia Ferrán. Este le miró y le dio las gracias. Sus ojos brillaban de emoción.

—Mal negocio, camarada —dijo Pascal—. ¿No nos reconocerá del día del robo o de cuándo Ferrán se disfrazó?

Ana hizo un gesto ambiguo.

—Correré el riesgo —sentenció Ferrán.

—Siempre podemos correr —bromeó Pascal.

—Recuerden que se supone que no conocen a Nina, sobre todo tú, Ferrán.

—Descuida.

—Pues en marcha; no tenemos mucho tiempo.

—Andando —dijo Ferrán—. Pascal no estaría mal que preparases una de tus historias con la que entretener al padre de Nina.

—No hay oído que se me resista, camarada —concluyó.

Y así, los cuatro cruzaron la calle para supuestamente saludar y mostrarle sus respetos al señor Federico. Para Ferrán y Nina, el mundo que los rodeaba dejó de existir, centrándose únicamente en ellos mismos. Paso a paso se acercaban con la desagradable y errónea certeza de que el destino no volvería a darles otra oportunidad.

~

Federico escrutaba a los muchachos con un gesto serio, mirándolos a través del humo del cigarrillo que llevaba en los labios. Ana se había echado a un lado y esperaba ansiosa a que el señor Federico expresara su opinión. Nina, varios pasos detrás de su padre, no retiraba la mirada de Ferrán, al cual le suponía un considerable esfuerzo contener la risa.

—¿Así que ustedes son los amigos de Ana? —preguntó sin mirar a ninguno en concreto, pero mirándolos a todos a la vez.

—Así es, señor —contestó Pascal, que encabezaba el grupo y estaba preparado para hacer una demostración de su mejor retórica. Seguro de sí mismo, se sujetaba las solapas de la chaqueta y esperaba el mejor momento—. Me llamo Pascual Dubois, a su servicio.

Después el padre de Nina miró a sus otros dos acompañantes.

—Marta García es mi nombre, señor.

Federico asintió mostrando su educación a la joven.

—¿Y el suyo? —preguntó.

—Ferrán García, señor.

El chófer, que esperaba a que se descargaran las maletas del automóvil, observaba la escena con tanta altanería como lo llevaba haciendo desde que la familia Losada se subió al automóvil, y no dudó en dar su opinión.

—Tenga cuidado con esos jovenzuelos, señor. No suelen ser tan simpáticos sin nada a cambio. Llegan muertitos de hambre.

Federico se giró para mirarlo desafiante, dispuesto a demostrarte que se equivocaba por mera satisfacción personal. Además, no iba tolerar que nadie en su presencia ningunease a unos jóvenes que habían tenido el valor de cruzar el océano y dejar sus vidas en aras de un futuro mejor.

—No se preocupe —dijo girándose de nuevo a los muchachos—, se les ve buenas personas. Evite los prejuicios; le irá mucho mejor.

El chófer le miró de reojo antes de darse la vuelta y comprobar si ya habían terminado de descargar el vehículo. Pascal bromeó entonces

inflando su barriga y poniendo sus brazos en jarra, consiguiendo la risa de los allí presentes, excepto la del chófer. Después, animado por su éxito, dio pie a una conversación que Federico vio de buena gana continuar y en la que acabaron participando todos al cabo de unos minutos.

—Permítanme, señores. ¿Cómo puedo ser tan descuidado? —dijo Federico agarrando a Nina por los hombros y acercándola hacia los supuestos amigos de Ana. La primera se preguntó si su padre percibía los latidos desbordados de su corazón a través de las manos—. Esta señorita es mi hija Marcelina Losada.

Los tres se presentaron como si no se conocieran de nada, llevando a cabo una actuación a nivel de los grandes teatros, aunque Marta, Ana y Pascal si advirtieron la mirada encendida y los leves gestos que los enamorados compartían. Federico, empeñado en mostrar a los tres muchachos como los más decentes y honrados sobre la faz de la tierra para fastidiar al chófer, alargó la conversación para sorpresa incluso de su esposa, la cual no había quitado sus ojos de encima a Ferrán en ningún momento. Era tal su fijación con el muchacho, que este decidió llevar la iniciativa para evitar verse sorprendido.

—¿Le ocurre algo, señora? —preguntó Ferrán con suma educación mientras maldecía el momento en el que la madre de Nina coincidió con él en la fiesta. Con la emoción del momento nadie había tenido en cuenta ese pequeño detalle.

—Tu cara…, me es familiar. ¿Acaso nos hemos visto antes? —preguntó María con el ceño fruncido. Nina y Ana tragaron saliva, conscientes de lo que ocurría, y se prepararon para lo peor.

—Hubiera sido un placer, sin duda —dijo Ferrán con fuerte acento castellano. Él que viste en la fiesta no hablaba así, pensó.

—Permíteme decirte que guardas gran semejanza a un distinguido joven que conocimos hace unos días en el barco.

En ese momento, el encargado de las maletas se acercó a Federico y le dijo que el tren ya había abierto sus puertas. Tenían que marcharse. Todos comenzaron a despedirse con la formalidad esperada para unos conocidos, sin embargo, Nina y Ferrán se miraban de reojo, desesperados ante no poder compartir más que miradas.

—Ha sido un placer conocerlos —concluyó Federico, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la estación aferrado al brazo de su esposa. Ana y Nina iban tras ellos, mirando hacia atrás. Ferrán, desesperado, no se le ocurrió otra cosa que meterse las manos en los bolsillos, coger una moneda y lanzársela a Nina sin pensarlo. Esta no tuvo tiempo para reaccionar y la moneda golpeó débil en su brazo y cayó al suelo.

—Permítame recogerla, señorita —dijo Ferrán acercándose.

Federico y María habían avanzado los pasos suficientes como para que entre ellos y su hija se interpusiera un río de gente y varios mozos

de carga, por lo que, cuando advirtieron que su hija se había detenido ya había ocurrido todo.

Nina y Ferrán se agacharon al mismo tiempo para coger la moneda, tocándose sus dedos, estrechando sus manos. Una fugaz mirada anticipó un delicado beso en los labios que los transportó a mil mundos de sensaciones.

—Te quiero —dijo Ferrán.

—Te quiero —dijo Nina.

Juntaron sus labios en otro fugaz beso antes de incorporarse y separar sus manos por última vez.

Ferrán no derramó ni una lágrima, pero estuvo callado largo rato después de la despedida. Caminaba solo, siguiendo los pasos de Marta y Pascal como un autómata, sin pensar en qué hacía o dónde iba, tan solo se recreaba en esos dos besos, en los labios de ambos juntándose y sintiendo el calor del otro.

Algo en él había despertado, una sensación primitiva que arrasaba con la razón y lo correcto. Durante este rato que permaneció en silencio, pensó cien maneras distintas para conseguir dinero e ir hasta Santiago; imaginó, más o menos, lo que tendría que decirle al padre de Nina para que le permitiera estar con ella. Se planteó mil inconvenientes y consiguió a su vez un millón de remedios para volver a estar junto a Nina. Pero la vida tenía sus propios planes y uno de ellos llegó de boca de Alain, al que se encontraron cerca del puerto, con evidentes signos de haber empleado con buen fin el dinero que le dio Pascal.

—¡Mis sobrinos! —gritó desde el medio de la calle, provocando las risas de los que caminaban por allí y el bochorno de los tres muchachos. Se acercó hacia ellos tambaleándose, apoyándose en las paredes de los edificios y en los árboles.

—Tres ángeles que Dios me ha enviado para salvarme ¡Hip! ¡Hip! —continuó Alain—. Díganme, ¿ya han conocido a la agradable señora Remedios? ¡Hip!

—Todo un encanto —dijo Pascal entre dientes, tanto por la actitud de la señora como por el animado estado de su tío.

—Bueno, bueno ¡Hip! Ya saben lo que dicen de las viudas. Le gusta el dinero, es lo que les pasa. El dinero es malo, sobrinos, muy malo. ¡Hip!

—Estamos buscando trabajo, señor —le interrumpió Marta, que no podía olvidar las palabras de la señora Remedios—. ¿Conoce algún sitio donde podamos ir?

El rostro de Alain se iluminó como si hubiera escuchado las palabras más dulces que sus oídos pudieran haber escuchado jamás. Dibujo una sonrisa que estiró su piel flácida y se puso torpemente las manos en sus labios a modo de reflexión.

—Ahora que lo dices… ¡Hip! No se muevan —y dicho esto regresó sobre sus pasos hasta llegar al final de la calle para después doblar la esquina a la derecha.

—Es un buen hombre, pero le pierde el vino —dijo Pascal excusándose ante la actitud de su tío.

—No te preocupes —dijo Marta.

—¿A dónde habrá ido? —preguntó Ferrán, al que el espectáculo de

Alain lo había traído de vuelta a la realidad. Asintiendo los tres, comenzaron a caminar siguiendo el camino que había tomado Alain. El puerto quedaba a sus espaldas y por la zona proliferaban las casas bajas intercaladas entre bellos edificios coloniales que aportaban majestuosidad a la ciudad. Para Ferrán y Marta, que venían de un empobrecido pueblo de Castilla, Valparaíso se mostraba como toda una urbe en su máxima expresión.

Doblaron la esquina a la izquierda y fueron a parar a una larga y ancha calle donde había inmensas pilas de cajas de madera, de todos los tamaños, que esperaban a ser llevadas a su destino. Al otro lado había carros donde cargaban unas y descargaban otras, así como una grúa de madera que crujía ante el peso que tenía que soportar. Varios hombres, con libreta en mano, iban de un lado para otro, ordenando a los mozos qué tenían hacer en todo momento y apuntando el número de cajas que cargaban, pues, y esto lo iban a saber enseguida los tres muchachos, los mozos cobraban por caja transportada.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Marta. Pascal, con el rostro solemne y guiado por su hipertrofiada intuición, señaló hacia un punto concreto de la calle donde colindaban tres o cuatro tabernas.

Se dirigieron hacia allí y se asomaron a la puerta de la primera, donde fueron recibidos con mirada de recelo. Al no ver a Alain se dirigieron a la segunda taberna, la cual se llamaba El Rancho del Coloso y donde, esta vez sí, estaba Alain hablando efusivamente con un hombre. Éste, al ver a muchachos desconocidos en la puerta, ató cabos respecto a lo que le estaba contando el francés borracho.

—¿Estas tres criaturas son tus sobrinos? —dijo señalando hacia la puerta. Alain se dio la vuelta, no sin dificultad, y dijo que sí—. Son muy poca cosa, buen hombre. Las cajas son pesadas y lo que yo necesito son buenos brazos que puedan mover unas cincuenta al día.

—No se deje engañar. ¡Hip! Mis sobrinos son duros como rocas —dijo Alain con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes amarillentos. Los muchachos, al escuchar que eran los protagonistas de la conversación, no dudaron en acercarse.

—Sigo viendo poco, buen hombre. Se quebrarán como ramas secas en cuanto se echen a las espaldas una de las cajas.

Dos hombres que estaban próximos, en la barra, se rieron y asintieron con la cabeza.

—¡Téngalos un par de días a prueba! El primero a coste cero. ¿Qué me dice?

La propuesta de Alain hizo reflexionar al hombre, que se pasó la lengua por los labios y se rascó la cabeza sometiendo a su cerebro a inimaginables cálculos de cuál sería su beneficio con los muchachos.

—¿Ella también? —dijo señalando a Marta, que le devolvió una mirada fría.

—¿Acaso no tiene brazos? —replicó Alain.

—¿Cuánto cobraremos? —preguntó Ferrán pillando por sorpresa a los dos adultos.

—Mira este jovenzuelo. Primero tendrás que arrimar el hombro, ¿no te parece?

—No sin saber cuánto recibiremos a cambio. Es lo justo.

El hombre dejó caer sus pesadas manos sobre la barra y resopló. Después, y como si estuviera a punto de revelar el mayor de los secretos, inclinó su cuerpo hacia Ferrán.

—Dos peniques por caja; Tres si son cajas grandes.

Ferrán, que desconocía si era una cantidad justa, miró a su alrededor buscando que el rostro de alguien le aclarara si era una buena oferta. Para su sorpresa, el camarero que había tras la barra y a espalda del hombre con el que negociaba, le hizo un sutil gesto de negación con sus labios.

—Seis por caja; ocho si son grandes —dijo Ferrán. El hombre volvió a ponerse las manos en la cabeza y el camarero hizo un gesto evidente de que el muchacho se había excedido en su oferta.

—¡Válgame Dios! ¿Has perdido el juicio? Cuatro por caja; cinco si son grandes. Pero no la quiero a ella.

—¿Sabes guisar, muchacha? —preguntó de repente el camarero, provocando que todos se giraran hacia él y después hacia Marta para esperar la respuesta.

—Comida española, pero sí.

—Comida es al fin y al cabo. La cocinera que tengo es muy mayor y no hace más que cortarse los dedos. La pobre Rosalinda apenas ve más allá de sus narices. Ella te enseñará lo necesario. Cuatro pesos a la semana y tú y tus amigos podréis comer aquí a la mitad de precio ¿Qué me dices?

Marta dijo que sí al instante, se acercó a la barra y dio la mano al camarero, que resultó ser el dueño de la taberna.

—Un problema menos. ¿Aceptan o no? —preguntó el hombre a Ferrán y Pascal, que se miraron durante unos segundos antes de dar su veredicto.

—Aceptamos —dijeron al unísono.

—Estupendo. Mañana, al amanecer, los quiero ahí fuera —dijo señalando hacia la ventana que daba a la calle—. Preguntar por Marcial Hernández, es el capataz.

Capítulo 15

A través de las ventanas del tren, Nina y Ana se maravillaron ante el paisaje que les ofrecía la tierra de Chile. Si durante algún momento habían extrañado de su amada Asturias, ese sentimiento, aunque persistente, se había amoldado al espectáculo regalado a sus ojos. Todo era nuevo, fascinante y, sobre todo, prometedor.

El beso de Ferrán había encendido una llama en el pecho de Nina que se extendía por todo su cuerpo. No sabía ponerle nombre a aquello, y puede que fuese por eso que no lo compartió con Ana.

A lo largo de semanas había tenido interminables conversaciones con Ferrán, conociéndose poco, desentrañando ambos, palabra a palabra, la verdadera persona que habitaba en el interior de sus cuerpos.

Sin embargo, la relación que establecieron nunca pasó de las palabras. Soñaban con un futuro juntos, incluso con despertarse el uno junto al otro, pero aun no se había despertado la pasión en ellos.

La verdadera pasión de los jóvenes despertó en ese fugaz beso que se dieron en la calle, provocando que ambos maldijeran no haberlo hecho antes y, sobre todo, cuál era el destino que aquel nuevo camino que se mostraba ante ellos.

Por fin, después de más de dos horas de viaje, los primeros edificios comenzaron a colmar el horizonte, como si la ciudad estuviera brotando frente a ellos, amparada por unas altas montañas que lucían cumbres con matices blancos.

—¡Es Santiago! —dijo Ana pegándose al cristal.

Nina asintió y permaneció en silencio. Estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo.

El maquinista aminoró la marcha y las calderas de la maquinaria del tren silbaron como bestias metálicas. El tren fue perdiendo velocidad hasta que, en apenas movimiento, alcanzó la estación Mapocho, la cual Ana confundió con un palacio.

Federico se apresuró a reunir a las muchachas para salir del tren, ya que esperaba que hubiera una gran muchedumbre en el andén, pero para su sorpresa apenas había más personas que las que se bajaron del tren en ese momento.

El empleado, que debía buscar las maletas desde el vagón de carga, les indicó que tomaran la salida principal ya que allí los estarían esperando uno de los servidores del Gallego.

Así hicieron y con miradas de curiosidad y fascinación, salieron a la calle y contemplaron por primera vez el centro de Santiago, la exuberante vida que discurría por las aceras y las decenas de carros de caballos y automóviles que esperaban para llevar a los pasajeros.

—Pues ya estamos aquí —dijo María, aun sin creerse que el viaje hubiera terminado.

—Así es, cariño y dentro de muy poco tiempo veremos el que va a ser nuestro hogar. ¿Están nerviosas, pequeñas?

—Mucho —contestó Nina, que miraba a un lado y a otro esperando ver en cualquier momento a Ferrán caminando por la acera. Si pasó una vez, por qué no podía pasar otra.

Justo en ese momento, se acercó a la familia un joven bien vestido, con sombrero y traje limpio, que tendió la mano a Federico. Era apuesto y tenía el pelo negro y engominado hacia atrás.

—Usted debe ser el señor Federico Losada. Soy Fernando Apiles. Trabajo para el Señor Gil Valero.

—Un placer —dijo Federico estrechando la mano—. Esta es mi familia.

—De nuevo, un placer tenerlos en nuestro país. Si no les importa, nuestro empleado se hará cargo de el equipaje y lo llevará hasta vuestro hogar en otro vehículo. Si les parece bien, podemos partir nosotros ya. El señor Gil Valero los está esperando.

—¿Se refiere al Gallego, verdad? —preguntó Federico. Nunca estaba de más asegurarse. Fernando esbozó una tímida sonrisa a la vez que asentía.

—Así es, caballero. Todo el mundo lo conoce por ese nombre por estas tierras. Soy de los pocos que lo llaman por su verdadero nombre.

Fernando los llevó hasta un vehículo donde se acomodaron y pusieron rumbo hacia su nueva casa, donde los estaba esperando ese comerciante tan importante cuyo nombre llevaban escuchando desde hace tanto tiempo. En esta ocasión, Federico se sintió más cómodo que con el chófer y no dudó en conversar.

—Disculpe, puede que sea una tontería, pero ¿cómo cree que debería referirme al señor Juan Gil Valero? —Federico sabía la imagen que podía dar a Fernando con la pregunta que acababa de realizar, pero el despliegue del Gallego le había impresionado y no quería, bajo ningún pretexto, perder la oportunidad de hacer negocios con un hombre tan influyente.

—Como a usted más le plazca —contestó simpático Fernando—. La gran mayoría se refieren a él como Gallego, pero como le he dicho, algunos nos dirigimos a él por su nombre. Con respeto y buenas maneras el señor Gil Valero es todo oídos.

—Me deja usted más tranquilo.

Fernando asintió agradecido.

—¿Son sus hijas? —preguntó haciendo un leve gesto hacia la parte de atrás del vehículo.

—La de la derecha es Marcelina, nuestra hija. La de la izquierda es Ana, nuestra empleada, aunque es como si fuera nuestra hija, por lo

que podría decir que sí; son mis hijas.

Continuaron hablando de trivialidades, de esto y de aquello. Fernando fue muy amable y respondió a todas y cada una de las preguntas, tanto de María como de las muchachas. Sin embargo, cuando se giró para responder a Ana, esta se sintió incómoda por la forma en que la miró. La mirada de aquel hombre tan apuesto y su amabilidad respecto a ella, le hicieron sentir una vergüenza que la mantuvo en silencio durante todo el trayecto. Nina se percató de su actitud, aunque sumida en sus propios pensamientos, no le prestó mucha atención.

No tardaron mucho en llegar desde la estación a la casa, que se encontraba en el norte de Santiago, a las afueras, en un verde valle amparado por suaves montañas.

Se trataba de una inmensa finca repleta de árboles frutales y huertos, que rodeaban a una majestuosa residencia de estilo clásico que se alzaba tres plantas desde el suelo. Un muro de mampostería rodeaba el terreno y una gran puerta de hierro daba la entrada al mismo.

—Hemos llegado —dijo Fernando con una sonrisa de orgullo.

—Es preciosa e inmensa. ¿Estás seguro, Federico? ¿Cuánto va a costar todo esto? —preguntó María con fascinación y preocupación al mismo tiempo.

—No tienes de qué preocuparte. Las condiciones son inmejorables y, si dios quiere, en un par de años habremos amortizado la inversión.

Fernando detuvo el automóvil frente a la puerta principal de la casa, donde había un hombre vestido de manera impoluta, con un sombrero y disfrutando de un cigarro bajo el sol de la tarde. La sombra del sombrero le ocultaba parte del rostro, resultando una incógnita dónde posaba la mirada aquel hombre. Federico intuyó que se trataría del Gallego, pero no quería precipitarse.

—¿Ese caballero es…?

—Ese es —le interrumpió Fernando, resolviendo sus dudas.

Aquel hombre, Juan Gil Valero, conocido por muchos como el Gallego, se echó el sombrero levemente hacia atrás y dejó al descubierto su rostro. Mostraba una suave sonrisa, amparada por un fino y cuidado bigote. Sus ojos eran marrones, muy oscuros y en torno a ellos lucía la piel oscurecida, como si los tuviera sombreados. A Federico le sorprendió verlo apoyado en un elegante bastón blanco, con empuñadura dorada que relucía bajo el sol. Podía ser de su edad o quizás un par de años más joven.

—Bienvenidos a Chile, —dijo el Gallego alzando sus brazos. La familia Losada al completo se quedó frente a él, como si estuvieran contemplando a un personaje de suma importancia.

—Muchas gracias, señor…—Federico dudó unos segundos—.

Estamos muy contentos de estar aquí después de un viaje tan largo.

El Gallego, sonrió y dio un par de pasos hacia delante.

—Pues ahora les toca descansar, que bien merecido lo tienen, pero antes, permítame que me presente a su familia. Esta mujer tan bella debe ser su esposa, si no me equivoco —dijo avanzando hacia María y cogiéndole la mano con exquisita educación—. A sus pies, señora.

Federico, ansioso por llevar la iniciativa, pero sin querer hacer excesiva gala de ello, aprovechó el saludo a su esposa para ganar ventaja y situarse entre el Gallego y su hija con el fin de presentársela con el orgullo máximo que un padre puede mostrar.

—Señor Gil Valero…

—Gallego a secas —dijo este interrumpiendo a Federico.

—Disculpe, Gallego. Permítame presentarle a mi hija Marcelina.

Nina, que estaba ligeramente intimidada ante la presencia de ese hombre tan gentil, se saludó con una inclinación de cabeza.

—Soy yo el que tendría que ponerme a sus pies, señorita —dijo el Gallego con suma cortesía. Después se refirió a Federico—. Su hija es la misma imagen de la belleza. Debe de estar muy orgulloso de ella.

—Es mi tesoro.

—¿Y quién es esta muchacha? —preguntó el Gallego mirando hacia Ana.

—Oh, ella es Ana, nuestra empleada, aunque la consideramos como si fuera hija nuestra.

—Me complace saber que desde hoy la finca cuenta con dos flores más. Siempre y cuando, señor Losada, estemos de acuerdo y podamos cerrar el trato. Federico iba a contestar, pero el Gallego continuó con su discurso.

Si le parece bien, puedo mostrarles la finca antes de hablar de negocios.

Federico aceptó y todos se dispusieron a seguir al Gallego, que con paso firme y elegante, echó a andar hacia los primeros árboles frutales. El bastón le servía como puntero para sus explicaciones. Por sus palabras supieron que la finca contaba con una antigüedad de más de cien años, siendo uno de los primeros propietarios un gobernador español designado por el rey Fernando VII, poco antes de que Chile se alzara como una nación independiente.

—Es por eso que fue bautizada como la Finca Regia; La Regia, es como es conocida en la región —añadió el Gallego.

Tras este hecho la finca, que por ese tiempo alcanzaba el doble de la extensión de la que dispuso después, pasó por distintos propietarios hasta que fue adquirida por el Gallego a principios de siglo. Residió en la misma durante un par de años antes de trasladarse a una majestuosa casa colonial en el centro de Santiago, donde podía atender mejor a sus negocios.

Desde entonces trató de vender La Regia, aunque los compradores que se mostraron interesados hacían ofertas irrisorias para lo que el Gallego consideraba un paraíso en la tierra.

La Regia se extendía desde la carretera del norte de Santiago hasta un riachuelo que actuaba como límite de la finca, donde había un embarcadero e incluso un desvencijado molino de agua. Hasta allí se extendían todo tipo de árboles frutales y cultivos, que colmaban de aire de aromas que la suave brisa convertía en una fragancia de un millón de matices.

En la parte superior de la finca, que se trataba de un terreno más inclinado, se encontraban el granero, las caballerizas y el corral con decenas de gallinas. Coronando todo esto se encontraba la casa de tres plantas que se alzaba como un presuntuoso castillo vigilante de sus dominios. De estilo clásico, las gruesas y estilizadas columnas transportaban la razón a tiempos pasados, mientras que la mano de la artesanía había labrado la madera con una exquisitez irresistible.

Con tales vistas, no es de extrañar que todos quedaran prendados por la belleza del lugar. El Gallego disfrutaba viendo los rostros de asombro de los recién llegados, y en especial de Federico, pues era él el que en última instancia tenía que aceptar pagar la importante suma de dinero que costaba La Regia.

Unos amigos suyos, catalanes concretamente, que también viajaban en el Whisper, le habían informado de las cantidades que manejaba el señor Losada y de los negocios que pretendía emprender, y aunque esperaba una ardua negociación que con toda seguridad abocaría en el fracaso, el Gallego aceptó en el silencio de sus reflexiones ceder en algunas condiciones con tal de que la familia Losada se estableciera en La Regia. El motivo de tan oportuno cambio no fue otro que Marcelina, la cual había despertado una grata curiosidad desde el primer momento al potentado comerciante.

El Gallego no era hombre de contentarse con la contemplación de su anhelo, sino que ponía todo su empeño en conseguirlo de la manera que fuera necesario. Además, consideraba que había vivido suficientes escarceos con distintas damas que poco le habían aportado, aparte de un placer instantáneo y algún que otro dolor de cabeza; noches de soltería que le convenía dejar a un lado, por no mencionar que el espejo no engaña, los años pasaban y era necesario sentar la cabeza y formar una familia.

Y qué mejor que una bella joven, sana y honrada, hija del hombre y futuro socio al que trataría de agasajar por todos los medios posibles hasta que aceptara entregarle a su hija.

Con estos pensamientos en la cabeza el Gallego se volvió hacia la familia Losada con una estridente sonrisa y ojos ávidos de acontecimientos.

—¿Qué me dicen?

—Hasta la última piedra parece haber sido cincelada con gusto —sentenció Federico, amparado por su esposa, que asentía prendida por La Regia, sin acordarse de la cuestión económica. El Gallego, por otra parte, se fijó en lo rápido que Federico había mostrado sus cartas. Quizás no se trataba de tan buen empresario como aparentaba.

—¿Y a la señorita? —preguntó el Gallego situándose delante de Nina.

—Es un lugar precioso.

—¿Te gustaría pasear a caballo por estas tierras, Marcelina?

Esta se sonrojó y asintió con la cabeza.

—Pues en un par de días traeré un caballo criollo que podrás montar sin problemas. ¿Sabe montar la señorita? —dijo refiriéndose a los padres, alternando el protagonismo a la vez que acorralaba a Federico ante una sola opción: adquirir La Regia.

—Solo ha visto caballos en las carreras —dijo María.

—No es necesario, Gallego —dijo Federico, que reaccionó tarde al ardid.

—Insisto. Esta finca es demasiado grande. De hecho, necesitaran más de uno. Tómelo como un presente de bienvenida.

—¿Hasta para mí? —exclamó Ana, para quien tener un caballo era cosa de ricos y príncipes.

—Por supuesto, señorita.

La alegría de las muchachas, la exaltación de María ante la idea de vivir en un lugar tan idílico y la presión invisible pero precisa de Gallego dejaron poco margen de maniobra a Federico en la reunión que iba a tener después con el Gallego. Había caído en sus redes y ni siquiera había sido consciente de ello.

Marcial Hernández, el capataz, era el mismo hombre de manos grandes y vastas que habló con ellos en la taberna. Al día siguiente, Ferrán y Pascal se presentaron en el trabajo con las primeras luces del día, y comprobaron de buena mano a qué se refería Marcial cuando se había referido de aquella manera a sus brazos.

—Tienen que cargar estas cajas en los carros que irán llegando a lo largo de la mañana —les decía Marcial—. He hecho cálculos y deberán salir siete carros con la carga completa. Así comencemos. A cuatro peniques por caja. ¡Al trabajo!

—Cinco si son grandes —añadió Ferrán.

Marcial lo miró de reojo y se alejó farfullando. Pascal, más acostumbrado a hablar que a atajar grandes pesos, miró con dudas a Ferrán.

—Mal asunto, camarada.

Ferrán asintió, se arremangó la camisa y fue a por su primera caja. El francés, todavía con un cigarro en los labios, le imitó.

—¡Virgen de París! —exclamó al levantar la pesada caja, que su compañero, más robusto, podía levantar con menor esfuerzo.

—Vas a ponerte fuerte, Pascal.

Mientras tanto, Marta había llegado a la taberna y estaba bajo las órdenes de Rosalinda, la anciana cocinera del Rancho del Coloso, que tenía que acercarse tanto a la tabla de cortar, que en no pocas ocasiones Marta vio cómo estuvo a punto de darse un buen tajo en la nariz mientras cortaba las cebollas.

—Déjeme a mí, doña Rosalinda. Estoy aquí para ayudarla —le dijo Marta al no poder soportar aquella tensión a cada pasada del cuchillo.

La anciana, aún inclinada sobre la tabla, giraba la cabeza y afinaba sus ojos tras las gruesas gafas.

—No te preocupes, mujercita. Tú ponte a pelar papas.

Marta obedeció.

—¿De dónde me has dicho que venías? —le preguntó Rosalinda.

—De España, de un pueblecito muy pequeño.

—Ah, la vieja España. Me gustaría montarme en uno de esos barcos y viajar por todo el mundo. Llevo muchos años entre estas cuatro paredes.

Marta repasó con la mirada las paredes como si esperara confirmación de estas.

—¿Cuántos años lleva trabajando aquí? —preguntó.

—Muchos, mujercita. Me quedé viuda cuando era muy joven y —señaló hacia la puerta que daba a la barra— el padre de Jero tuvo a bien darme este trabajo y hasta el día de hoy.

—¿Se refiere a Jerónimo? ¿El dueño?

—Yo lo conocí como Jero y siempre lo conoceré como Jero. El padre era más simpático, pero es un buen hombre. ¿Te quedan muchas papas por pelar?

Marta miró con cara de circunstancia al cubo repleto de papas intactas.

—Unas pocas, doña Rosalinda. Unas pocas.

—No te preocupes, yo te ayudo. Aunque no te acostumbres. Hoy es tu primer día, mañana ya sabes lo que tienes que hacer nada más llegar.

—Si, doña Rosalinda.

Al mediodía todas las mesas de la taberna estaban llenas de mozos de carga y marineros que buscaban algo caliente de comer antes de volver a la faena. Rosalinda, que había optado por preparar un buen estofado, vio con satisfacción como el contenido de la olla iba mermando ración a ración. Cuando parecía que el flujo de clientes se reducía llamó a Marta, que estaba lavando los platos.

—¿Qué te parece si comemos algo? No todo va a ser trabajar, mujercita —dijo Rosalinda cogiendo dos cuencos de la estantería. Marta asintió, dejó las ollas y se secó las manos en el delantal.

—¿Cuánto cuesta el plato, doña Rosalinda? Jerónimo me comentó que pagaría la mitad de lo que costase —la anciana, aun con los cuencos en las manos, contrajo el rostro, frunció el ceño y se giró hacia la puerta que conducía a la barra.

—¡Jero! —gritó. Este asomó la cabeza.

—¿Qué ocurre, Rosalinda?

—Dile a este mujercita que no es necesario que pague el plato.

Jerónimo asintió como si jamás hubiese insinuado lo contrario, aunque Marta vio la confusión en su mirada.

—Por supuesto. Puede repetir incluso, si lo desea.

—Ay, mujercita. Habrá sido un malentendido. Las jóvenes como tú están pensando en todo momento en su príncipe azul. Gracias por aclararlo todo, Jero.

En ese momento aparecieron por la puerta Ferrán y Pascal, desaliñados, repletos de roña de pies a cabeza, y con el cansancio aferrado a sus rostros. Jadeaban y apenas podían más de dos pasos seguidos sin hacer muecas de dolor.

—Está aquí tu hermano, Marta —dijo Jerónimo desde la barra.

Marta salió a la barra y vio la triste estampa de los dos. Pascal llevaba en los labios un cigarro, aunque aún no lo había prendido, tal vez porque considerase un esfuerzo innecesario alzar el brazo para ello.

—¿Cómo les ha ido? —preguntó ella.

Ferrán la miró e hizo un gesto con la cabeza. Pascal, en cambio,

buscó con toda prisa una de las butacas que se encontraba junto a la barra, se sentó y expresó una sincera sensación de alivio.

—Te dije que era un mal asunto, camarada. Todavía nos queda toda la tarde de trabajo y todo por unos cochambrosos peniques.

—Nos saldrá a cuenta a final de semana, Pascal —dijo Ferrán—. ¿Aún podemos comer algo, hermanita?

—Tenemos estofado.

—Lo que sea. ¿Tú quieres? —dijo refiriéndose al francés.

—Por supuesto, camarada.

—Dos platos, entonces —dijo Ferrán levantando dos dedos. Marta fue hacia la cocina y cantó la orden.

Al cabo de pocos minutos Jerónimo les llevó los dos platos, de los que rindieron cuentas de inmediato. Pagaron lo establecido, esta vez sí, la mitad del precio y después pidieron una pinta de cerveza para los dos.

—¿Cuándo tenemos que regresar al infierno, camarada?

Ferrán se dio la vuelta y miró el reloj que colgaba sobre la puerta.

—Dentro de diez minutos.

Apenas había terminado Ferrán de pronunciar la última palabra cuando irrumpió Alain en la taberna. Tenía el sombrero caído hacia la parte derecha de su cabeza, los ojos muy rojos y una sonrisa entre pícara y ridícula.

—¡Mis sobrinos! —gritó al ver a Ferrán y Pascal en la barra. Al escuchar su voz, Marta se asomó por la puerta de la cocina—. Buen día de labor hoy, sin duda.

—Hola, tío —le saludó Pascal con pocas ganas de entablar conversación.

—¿Han cargado muchas cajas? —preguntó sentándose junto a ellos.

—Unas pocas, cuanto menos —contestó Ferrán.

—¡Excelente! Hay que celebrarlo con un buen trago de aguardiente —dijo Alain levantando la mano. Pero Pascal, que con un día tuvo suficiente para saber de qué pie cojeaba su tío, le dejó caer una insinuación que desoló todo el ánimo de Alain.

—¡Brindemos por su generosidad! —dijo Pascal cuando Jerónimo les sirvió tres pequeños vasos de aguardiente. Apuraron el licor, contrayendo el rostro al sentir el amargor bajar por sus gargantas—. Bueno, tío. Hemos de volver al trabajo.

—¡Faltaría más! Pero es costumbre en este país abonar la cuenta, sobrino. No suelen dejar fiado.

Ferrán, que conocía ya a Pascal, se limitó a observar. Este se detuvo ante Alain y se sacó los bolsillos, mostrándole el inexistente contenido.

—Traíamos lo justo para el almuerzo, querido tío —y dicho esto,

se dirigió a la puerta y salió. Ferrán dudó en un primer momento, pero después siguió los pasos de su amigo.

—En buena has metido a tu tío —le dijo Ferrán a Pascal ya en la calle, mientras se dirigían hacia una de las pilas de cajas.

El francés se limitó a sonreír con malicia. Mientras, en la taberna, Alain daba toda clase explicaciones a Jerónimo acerca del dinero, la fortuna que recibía de un negocio que llevaba en el más absoluto secreto y sobre lo irascibles que podía llegar a ser su sobrino.

Finalmente, después de una hora y tres vasos de aguardiente más, malvendió un reloj oxidado que llevaba en el bolsillo y pudo saldar su deuda.

El Gallego cumplió su promesa y a los pocos días se presentó en La Regia con cuatro hermosos ejemplares equinos que desataron palabras de agradecimiento y cumplidos a su persona de parte de la familia Losada, excepto, y con razón, de Federico Losada.

La reunión con el Gallego no había ido del todo como él había esperado y de no ser por la felicidad que se dibujaba en el rostro de su familia, habría aceptado sin dudarlo que había cometido un gran error.

No solo el precio de venta que habían acordado por la venta de La Regia estaba por encima de sus posibilidades, sino que, además, el emisor del préstamo era el propio Gallego, quien se beneficiaría tanto de la venta como de los intereses.

Por si fuera poco, Federico también había tenido que ceder en una cuestión que le resultó del todo inesperada: gran parte de las plantaciones serían comercializadas por empresas de las que el Gallego era socio.

—¿Podemos montar, papá? —le preguntó Nina.

—Que las acompañe Javier —contestó.

Javier era uno de los mozos de la casa, que trabajaba allí desde antes de la llegada de los Losada, y que conocía aquellos parajes como la palma de su mano. Era un hombre de mediana edad, taciturno, que cumplía con sus obligaciones y siempre estaba dispuesto a complacer a la familia Losada en todo lo que fuera posible. Los demás integrantes del servicio eran una cocinera, una criada y dos jornaleros que mantenían en buen estado tanto los cultivos como los animales. El resto de los mozos, casi cuarenta, trabajaban en las plantaciones. Todos habían sido sugeridos por el Gallego o trabajaban ya allí cuando llegó la Familia Losada.

—¿Ya están instalados? —preguntó el Gallego rato después, cuando se encontraba a solas con Federico en su despacho.

—Cada día que pasa nos encontramos más cómodos —le contestó Federico, amedrentado por haber salido tan malparado en la negociación. Incluso se sentía avergonzado a la hora de proponerle cualquier negocio—. Le agradezco mucho el regalo. Nina no hace más que hablar de usted.

—Ver en su cara una sonrisa me llena de gozo. ¿Tiene pensado el futuro de su hija, Federico?

Este, no comprendiendo del todo la pregunta, frunció el ceño.

—Oh, no me malinterprete y perdone si me he metido en asuntos en los que no debería. Simplemente me gustaría aconsejarle a la hora de elegir la educación de su hija. He supuesto que en un país

desconocido agradecería unos buenos consejos.

Federico pensó que poco debía saber el Gallego de colegios puesto que no tenía hijos, ni esposa siquiera, pero de nuevo, en aras de no entorpecer un futuro negocio, se dejó llevar por sus palabras.

—Tendría que esperar un par de semanas. Mi esposa está formada y se preocupa por enseñar a mi hija y a Ana lo básico. Las dos saben leer y escribir.

—Una suerte sin duda, una suerte. Compartimos algunas ideas, Federico, si me permite decirlo —sacó un cigarrillo de la cajetilla, se lo puso en los labios y le ofreció otro—. Son tiempos complicados y el populacho cada vez más encuentra su cabeza de turco en los que hemos trabajado duro y hemos conseguido un patrimonio y ciertas comodidades. Por ello le recomiendo que las muchachas eviten cualquier colegio y se formen aquí; conozco a buenos profesores que podrían acudir a La Regia varios días a la semana.

—Suena bien. La casa es lo suficientemente grande como para disponer de una sala para las clases —dijo Federico mirando a través de la ventana, ignorando la red que el Gallego iba tejiendo, palabra a palabra, en torno a su familia.

—Le mandaré varios candidatos para que usted escoja el más conveniente.

No mucho después, el mismo chófer que recogió a la familia Losada en el puerto de Valparaíso y la llevó hasta la estación, abandonaba La Regia. Acababa de recoger al Gallego. Sentado en el copiloto iba Fernando Apiles.

—¿Qué le parece, señor? —preguntó el chófer—. ¿Acerté?

—Ese Federico está tan cegado con contentarme que está dispuesto a hacer cualquier cosa. De momento, Fernando, quiero que busques a los mejores profesores de Santiago. La muchacha no va a ir a la escuela, la escuela vendrá a ella.

—Muy hábil, señor —respondió Fernando mientras anotaba la orden en una pequeña libreta que se sacó de la camisa.

—Esa muchacha va a ser la mujer de mis hijos. Tengo que empezar a ver por ella. ¿No les parece? —y con una sonrisa sibilina, el Gallego se echó hacia abajo el sombrero y sus ojos se sumieron en una desconcertante oscuridad.

~

La travesía en el Whisper parecía un recuerdo lejano, de esos que se pierden en la infancia de la razón y el paso del tiempo confunde con sueños. De aquellos días, para Nina, tan sólo perduró el recuerdo nítido de Ferrán, sus ojos azules y el tacto suave de sus labios. Lo demás se había difuminado en el olvido, como si jamás hubiese existido. Sin embargo, cuando el sol tardío caía sobre el horizonte y

daba paso a la noche estrellada, Nina experimentaba cierta nostalgia, pasando aquellas horas en silencio.

—¿Estás pensando en él? —preguntó Ana. Ambas se encontraban en la terraza de su habitación, apoyadas en el muro. Sus melenas bailaban al son de la brisa. El cielo anaranjado, agónico, se extinguía.

—Las noches me traen su recuerdo —dijo Nina.

—¿Lo extrañas?

Nina chasqueó los labios y suspiró.

—He aprendido que, quizás, nunca podríamos haber estado juntos. Tal vez separarnos haya sido lo mejor. De todas formas, ¿qué otra opción me queda? No puedo vivir torturándome.

Ana asintió aprobando la madurez de Nina, la cual se había incrementado desde que abandonaron Valparaíso y llegaron a La Regia. Dentro de esa incipiente madurez había también un ligero cambio en su actitud. Su inmadurez y su inocente sonrisa, observaba Ana, se estaban diluyendo y fraguando al mismo tiempo a la mujer en la que llegaría a convertirse.

—Le deseo toda la suerte del mundo —dijo Nina, no sin cierta congoja en la voz; aceptando su destino sin querer derrumbarse. Ana le pasó el brazo por los hombros y la abrazó con fuerza.

—La tendrá, tenlo por segura.

Las primeras estrellas aparecieron en el firmamento, parpadeantes, desafiando la oscuridad. De repente, atravesando el cielo, desde la oscuridad dominante hasta el horizonte anaranjado comenzó una lluvia de estrellas fugaces.

—¡Mira, Nina! —dijo Ana señalando hacia el cielo. Ambas, maravilladas por el espectáculo, observaron el cielo en silencio.

Lejos de allí, pero bajo la misma noche, Ferrán miraba a través de la ventana de la habitación, insomne, observando con deleite las estrellas que se asimilaban a chispas de pedernal en la noche. El cansancio se había tornado en una sensación incómoda que se extendía por todo su cuerpo, impidiéndole conciliar el sueño, angustiado con la idea de que cada vez faltaba menos para volver a levantarse y ponerse a acarrear cajas de un lado para otro.

Pero lo peor era que en esas horas de desvelo se cuestionaba su vida y las conclusiones que solía obtener a cambio no le eran muy gratificantes. Nina era el centro de sus preocupaciones, una figura que con el paso del tiempo se había convertido en símbolo de esperanza y tormento al mismo tiempo: esperanza, al menos para él, para aspirar a una vida mejor y soñar con cosas que ni siquiera se había planteado cuando embarcó en el Whisper; y tormento, porque sabía que su vida estaría incompleta si no conseguía estar con ella. Era complicado, no era estúpido, pero no estaba dispuesto a renunciar a Nina.

Giró la cabeza y observó a su hermana, que dormía plácidamente

en la cama de enfrente de la habitación, con su pelo ocultando su rostro como si se tratase de una extensión de la sábana. Estaba contento por ella. Marta había encontrado un buen trabajo y se sentía muy cómoda en el Rancho del Coloso, donde doña Rosalinda la estaba haciendo toda una experta en la cocina de la región. Marta aprendía rápido y pronto su juventud le permitió a doña Rosalinda descansar, razón por la cual esta la mimaba tanto.

También tenía tiempo para pensar en sus padres, los que se habían quedado en España a la espera de que ellos les enviaran una carta una vez se asentaran. Pero ¿estaba dispuesto a correr ese riesgo? ¿A que los problemas de su anterior vida cruzaran el océano a lomos de sus padres? Pensar en que Nina podía verse afectada, fuera por el modo que fuese, le causaba escalofríos. Sintió el agobio presionando su pecho y volvió a mirar a través de la ventana, hacia la fina lluvia de estrellas que parpadeaban en el cielo.

De repente, sonaron golpes sordos al otro lado de la pared y algunas risas escurridizas. Alain debía haber llegado, apestando a alcohol e incapaz de dar un par de pasos seguidos. El lamentable estado de Alain hacía mella en Pascal, quien se había ido apagando con el paso de los días, mencionando con más asiduidad la posibilidad de dejar Valparaíso y probar suerte en un sitio tan lejano como Estados Unidos. La convivencia con su tío le resultaba muy difícil y cada vez le era más difícil disimular su malestar.

Ferrán resopló en el silencio de la noche tratando de esclarecer cuál debía de ser su prioridad, el motivo por el cual llegaba todos los días a casa con las manos encallecidas después de acarrear con cajas de un lado para otro.

Trasladarse a Santiago era una posibilidad, pero nunca dejaría a Marta sola en Valparaíso. Además, y de esto ya había hablado en varias ocasiones con su hermana, tenían que buscar un lugar en el que conseguir cierta estabilidad que les permitiera contactar con sus padres y decirles que podían reunirse con ellos; que lo habían conseguido.

En el cielo la última de las estrellas fugaces se desvaneció en la oscuridad y casi en el mismo instante, Ferrán concilió el sueño.

Ramiro Peláez había sido el maestro elegido por el matrimonio Losada para que llevara a cabo la educación de las muchachas, al menos durante ese año, siempre siguiendo los consejos e indicaciones que el Gallego, oportuno siempre, compartía con ellos.

Ramiro era un hombre que rondaba los sesenta años, que lucía un escaso pelo gris y una prominente barriga que le añadían más años aún a su aspecto. Caminaba ayudándose de un bastón que también usaba como extensión de su dedo índice a la hora de señalar cualquier cosa. Era tosco, y no aceptaba de buena gana que las muchachas discutieran sus ideas, ni plantearan excesivas cuestiones, pues le producía un gran tedio responder a cada una de ellas.

Sin embargo, Ramiro Peláez sí que insistía en el futuro de las jóvenes, haciendo hincapié en la casi obligatoriedad de encontrar un hombre con la vida resuelta como marido, para evitarse disgustos innecesarios y poder así centrarse en su principal tarea que, consideraba él, no era otra que la de traer hijos al mundo.

Acudía a La Regia todos los lunes, miércoles y viernes. Su traslado desde Santiago hasta la finca corría de manos del Gallego, que delegaba en el chófer o en Fernando Apiles para tal tarea. El Gallego, por su parte, era extraño el día que no acudía a La Regia a hablar de negocios con Federico o a disfrutar de paseos y charlas con la familia, siempre vestido muy elegante y con historias que eran del gozo de todos.

Una tarde de domingo, como era costumbre, después de comer, el Gallego y Federico, salieron a dar un paseo, momento que aprovechaba el primero para corroborar la información que le había llegado de todos y cada uno de los empleados de la casa. Estos eran sus ojos cuando él no estaba para informarle de cualquier hecho, palabra o decisión que se tomara en La Regia. Por ello, con suma habilidad, sonsacaba a Federico todo aquello acerca de lo que tenía dudas o quería conocer más a fondo, además de influir lo necesario para que todo permaneciera bajo su control y le permitiera alcanzar su objetivo primordial… Nina.

Se detuvieron junto al ruinoso molino de agua que había en la orilla. La vegetación había recuperado su sitio, atrapando con enredaderas y algas los postes de madera que servían como bases de la estructura y no pocos jilgueros habían anidado en los huecos del tejado. Sin embargo, la rueda del molino continuaba girando, perezosa. El chirrido de la madera podrida que provenía del oscuro interior se asimilaba a los ruidos de una rata.

—He pensado en restaurarlo —dijo Federico señalando hacia el

molino.

—Es una idea fantástica, Federico. Si mal no recuerdo fue de las primeras construcciones levantadas en la finca; puede que incluso estuviera ya aquí cuando se delimitó la parcela —añadió el Gallego.

—Interesante.

Dio la casualidad de que en ese momento observaron una pequeña barca descendiendo el curso del río. Un anciano manejaba los remos y al pasar a la altura de los dos caballeros, los apoyó sobre la barca y levantó la mano para saludar al Gallego. Este le devolvió el saludo alzando el bastón.

—Cada día me sorprende más, Gallego —dijo Federico.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

—No me imaginaba que fuera usted tan conocido y respetado, si me permite decírselo. ¿Hay alguien que no le conozca en esta región? —preguntó Federico con desenfado.

—Oh, son muchos años de negocios —dicho esto alzó el bastón y lo agitó como si tratara de un director de orquesta—. Siempre he tratado de que ambas partes de los negocios que he llevado a cabo salieran beneficiadas. ¿El beneficio es importante? Por supuesto, pero nunca debes de obtener más de lo necesario, sino se traducirán en pérdidas para la otra parte y hablarán mal de uno.

—Es usted un libro con piernas —le agasajó Federico.

El Gallego se quitó importancia con un gesto de manos.

—Mi vida hasta ahora han sido los negocios; desde que llegué a Chile hace ya más de veinte años. En efecto, he hecho fortuna y consideraría falsa modestia por mi parte el decirle que no me siento orgulloso de lo que he conseguido. Sin embargo, tampoco veo inconveniente en decirle lo mucho que le envidio.

Al escuchar esas palabras salir de su boca, Federico infló su pecho y sonrió con una mezcla de orgullo y ridícula incredulidad.

—¿Qué puede un hombre como usted envidiar de mí?

El Gallego, consciente de que estaba guiando la conversación por el camino que él se había planteado, levantó la mirada y clavó sus ojos en Federico.

—A su familia, señor Federico. Todo el dinero del mundo no puede hacer desaparecer la soledad que me acecha desde hace años —dijo con suma teatralidad, dejándose llevar ante la fascinación del señor Losada—. Es uno de los verdaderos motivos por los que decidí poner a la venta La Regia; mi soledad en estas tierras era mucho más abrumadora. El tiempo transcurre sin detenerse y los años se echan a nuestras espaldas como piedras. Quizás ha llegado el momento de formar una familia, Federico… de encontrar una mujer honrada y de buena familia con la que compartir mi vida y a la que poder cuidar como si de una reina se tratase.

Una fugaz idea cruzó la cabeza de Federico, pero enseguida la desestimó. Asintió con empatía y se puso un puño en el pecho.

–Estoy seguro de que cumplirá tan loables intenciones. Dios no se opondrá a intenciones tan bondadosas como las suyas.

El Gallego, que percibió el instante en que la mirada de acompañante apuntó en la dirección que él deseaba, decidió insistir un poco más.

—Ansío tener hijos lo antes posible. No me gustaría ser muy mayor y que apenas pueda jugar con ellos. Además, alguien tendrá que heredar todos los frutos de mi trabajo, los cuales, y se lo reconozco en confianza, no son pocos.

—Conociéndole no le faltarán candidatas.

El Gallego suspiró con hastío.

—Solteronas o viudas que miran con más deseo a mi fortuna que a mí mismo. No busco una amante, Federico, sino una mujer virtuosa con la que compartir mi vida —dijo con aflicción.

Parte de verdad había en sus palabras, puesto que amantes podía conseguir con tan solo pedirlo, y rara era la noche en la que no lo hacía.

Conversaron un rato más, prácticamente hasta llegar a la casa, donde se separaron con un apretón de manos y quedaron para verse al día siguiente. El Gallego, antes de marcharse, regaló a las mujeres una bellas flores que había cogido de la parte baja de La Regia, donde la humedad las hace lucir espléndidas. Dio una flor a María, otra a Ana y tres a Nina; detalle que todos pasaron por alto.

Un par de horas después, cuando Federico y María estaban en la intimidad de su dormitorio, él le contó, más o menos, la conversación que había mantenido con el Gallego.

—Pobre hombre —señaló María—. Debe de sentirse solo.

—La mujer que se case con él será muy afortunada, sin duda —dijo Federico con cierta intención. María le miró suspicaz.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez podamos ofrecerle a Ana.

—¿Estás loco, Federico? ¿Qué derecho tenemos sobre la muchacha para ofrecérsela a ese hombre? —dijo ofendida.

—La conocemos desde hace mucho tiempo. Es una buena niña. Puede ser una gran oportunidad para ella. De la noche a la mañana podría convertirse en una de las mujeres más ricas de Santiago.

—No le veo sentido a esta conversación —dijo María.

—El Gallego es un hombre inteligente y sabe medir muy bien sus palabras. Estoy convencido de que hay una intención tras ellas.

Fue entonces cuando María, dejándose llevar por el instinto que solo las madres poseen, abrió los ojos de par en par y los clavó en Federico.

—Nina jamás será su esposa. No quiero que ese hombre se lo plantee siquiera —le dijo apuntándole con el dedo.

—¡Pero qué estupidez! Ese hombre nunca se atrevería a referirse en esos términos a nuestra hija. Sería una falta de respeto inaceptable. Por eso te he comentado la opción de Ana; es mayor que Nina y más madura que ella.

—Dejémoslo estar por ahora —concluyó María—. No es momento de discutir con quién se han de casar las niñas.

El silencio que se instauró en la habitación fue la señal para la criada que escuchaba al otro lado de la puerta. Con discreción, se dirigió hasta la casa del servicio, que se encontraba anexa a la principal. Entró en su dormitorio, cogió papel y lápiz, y escribió lo mejor que pudo todo lo que había escuchado en el dormitorio de los Losada. Una vez terminó, metió la hoja en un sobre y la dejó a buen recaudo para entregársela a uno de los mozos que se la haría llegar al Gallego. Después, apagó el candil y se echó a dormir.

Valparaíso, 1999

Al poco tiempo de ingresar a mi madre en la residencia, tuve la inmensa fortuna de que me ampliaran el contrato en la tienda donde trabajaba, pudiendo cobrar más a final de mes, lo que alivió un poco mi situación económica. Aunque esto significaba también que debía trabajar más horas, siendo difícil adecuarse a los horarios de visita de la residencia.

Mi madre apenas gozaba de momentos de lucidez y los pocos que tenía no solían coincidir con mis visitas, por lo que nada pude averiguar de las fotografías y de la mujer de mechón blanco a la que tanto se refería.

Logré poner los pies en tierra una tarde que me encontraba en el porche de casa, tomándome un té y observando cómo el vigoroso jardín avanzaba por doquier. Lo había descuidado los últimos meses. El césped me llegaba a la altura de los tobillos, las ramas de los árboles habían crecido en todas direcciones y las flores se agolpaban las unas a las otras, como si quisieran robarse el protagonismo entre ellas.

Aquel día trabajé toda la mañana y había visitado a mi madre nada más salir, por lo que, por primera vez en mucho tiempo, tenía un par de horas libres. Así que no había más excusas.

Me puse un pantalón estropeado y una sudadera, y saqué todos los utensilios para el cuidado del jardín, entre ellas una máquina para cortar el césped que debía tener como quince años. Estaba oxidada por todas partes y las ruedas chirriaban cuando la hacía avanzar, pero para mi sorpresa, no sólo funcionaba, sino que le quedaba algo de gasolina en el depósito. Tiré de la cuerda como un millón de veces hasta que arrancó con gran estrépito.

Por un instante pensé en la tos de mi padre, que estremecía todo su cuerpo. Ya con el cortacésped en marcha, comencé a recorrer la parte trasera del jardín, pues para mí tenía mucho más valor que la parte delantera. Esta quedaba a la vista de cualquiera que pasara por la calle, mientras que la parte trasera era íntima y reservada, como si los árboles y las plantas tuvieran celos de ella.

No recordaba lo tedioso que era cortar el césped. A los pocos minutos el temblor de la máquina me hacía hervir los brazos, estaba sudando y asfixiándome por el humo que expulsaba el motor, pero conseguí mi objetivo. La gasolina del depósito me alcanzó para darle una pasada a todo el jardín trasero.

Fue entonces cuando mis ojos vieron algo imposible, que incluso

hoy, considero inexplicable y que tuvo una importancia crucial en toda esta historia.

Esa tarde y con unas tijeras de podar en la mano, comencé a recortar las plantas y los arbustos para que quedaran a la misma altura. Me fascinaba la idea de crear un espacio íntimo cuyas paredes fueran las plantas con las que yo había crecido. Por esto, y porque estaba un poco cansada de mi labor como jardinera, avancé rápido. Una rama por allí, otra por allá, hasta que llegué a la azucena, ante la cual me detuve para observarla.

Estaba igual que la recordaba siempre, pero en el sentido literal, incluso con el mismo número de flores y las mismas ramas. De hecho, las plantas que colindaban con ella habían crecido en dirección opuesta, como si huyeran de ella o la propia azucena les hubiera obligado a seguir ese camino. Una tontería, lo sé, pero había que estar allí, frente a esa planta que parecía tener vida y conciencia propia.

Me fijé en la parte superior, de donde cogí la flor que le di a mi madre cuando se marchó a la residencia. Una flor perfecta, una copia de la que yo arranqué, ocupaba su lugar. Alcé las tijeras y las puse frente a la azucena, dispuesta a cortar las pocas ramas que quedaban por encima del punto que yo consideraba oportuno.

Las manos me temblaban, como si estuviera a punto de cometer el mayor de los delitos y supiera que iban a detenerme por ello. Coloqué una rama entre las hojas de la tijera y, sin pensarlo, apreté con todas mis fuerzas. ¡Chas! La rama cayó al suelo. Esperaba que sucediese algo, no sé bien el qué, pero miraba nerviosa de un lado a otro. El sudor caía por mi frente. Corté otra rama y avancé hasta el siguiente arbusto.

Desconozco qué me ocurría. Era psicóloga, conocía los trucos de la mente humana y los traumas, y, sin embargo, no hallaba explicación ninguna a mi estado. Aun así, continué con mi tarea hasta que llegué al extremo del jardín, momento en el que decidí dirigirme hacia el porche para tener una vista general de cómo había resultado mi labor como jardinera.

Lo repasé con la mirada, de izquierda a derecha, pero, incrédula, miré la azucena. Dos ramas sobresalían del conjunto, exactamente las dos ramas que yo había cortado. Arrojé las tijeras al suelo y comencé a caminar de un lado para otro, histérica, con ganas de llorar. Al final, me armé con el valor suficiente para acercarme a la planta. Fue entonces cuando rompí a llorar.

Las dos ramas que yo corté y que habían caído al suelo no estaban allí. Todo el jardín estaba repleto de ramas cortadas, pero frente a la azucena no había ni una sola rama. Me alejé de allí corriendo hacia la casa. No entendía lo que acababa de ocurrir. Y fue en ese preciso momento cuando el señor Ibarra decidió llamarme. En el estado en el

que me encontraba, el pavor que sentía en ese momento y la insistencia del director del banco fueron suficientes para que aceptara a poner en venta la casa.

~

Así de sencillo, durante meses luché contra viento y marea para no tener que vender la casa de mis padres y de mis abuelos, pero una tarde a solas en el jardín con las azucenas había bastado para convencerme. Me estaba volviendo loca o quizás sería presa del Alzheimer como mi madre, por lo que quise escapar de ese futuro que me atormentaba.

El señor Ibarra no perdió el tiempo, poniéndose en contacto con Andreu esa misma madrugada, para asegurarse de que la diferencia horaria no era un impedimento para sus negocios.

A los pocos días, cuando me llamó para informarme de que había un comprador muy interesado en la casa, no pude creérmelo. Ni siquiera recordaba el momento exacto en que di mi consentimiento, pero estaba hecho.

Ese día no fui capaz de visitar a mi madre. Sentía que la había traicionado y creía que una vez llegara allí, ella iba a echarme en cara que me deshiciera de su casa estando todavía con vida, como si la enfermedad le fuera a dar tregua y fuerzas para recriminarme.

Había vuelto a perder las riendas de mi vida, por un miedo irracional, una rabieta y tan solo podía ser testigo de como tropezaba una y otra vez.

—Ha tomado la mejor decisión, señorita Arias —me decía Ibarra. No sé cuántas veces repitió esta frase—. Tengo que decirle que el comprador, un chef español de renombre, quiere cerrar el acuerdo cuanto antes y está dispuesto a cruzar el océano en cuanto sea posible.

—¿En el Whisper? —pregunté con un hilo de voz. En ese momento se me vino a la cabeza la fotografía en la que aparecía mi abuelo Ferrán. Me pareció gracioso.

—¿Cómo dice, señorita?

—Es una buena noticia —repliqué.

—Fantástica. No hace falta que le diga que si una persona está dispuesta a realizar un viaje de tal distancia es que no plantea otra opción que no sea adquirir la propiedad. Partimos en una excelente posición para negociar el mejor precio.

Continuó hablando un buen rato, utilizando palabras técnicas para que experimentara el miedo de encontrarme ante un mundo desconocido, esperando que le suplicara en cualquier momento, cosa que no ocurrió. Era su momento de gloria y como tal decidí que lo disfrutara.

Si lo pensaba bien, conseguiría una buena cantidad por la casa y

podría trasladarme a un bonito departamento o incluso a una casa de menor tamaño. Así que, mientras el señor Ibarra hablaba sin parar, yo trataba de expiar mis sentimientos augurando un buen y merecido futuro.

Cuando colgué el teléfono, tenía la sensación de que habían pasado como cinco años, salí al jardín y caminé hasta la azucena, la cual se mostraba espléndida, pero normal. Sus ramas altas seguían ondeando como dos finas torres por encima del resto, desafiantes. Desprendía un olor intenso, que desplazaba a cualquier otro.

Extendí la mano con sumo cuidado y coloqué mis dedos bajo una de las flores. Apreté y escuché el crujir del tallo, sentí la savia en mis dedos. Volví a la casa y puse la flor en un vaso con un poco de agua, donde habría de esperar hasta que se la llevara a la residencia el día siguiente.

~

Mi madre me dedicó una bella sonrisa cuando vio la flor que le había llevado. Se respiraba un aire positivo aquella mañana en la residencia y ella parecía haberse contagiado de las buenas vibras. Incluso pudimos mantener algo parecido a una conversación, con paciencia, repitiendo ella lo que decía e insistiendo yo en lo que se olvidaba.

—Estás muy guapa —me dijo. En su regazo sostenía la flor que le había llevado, acariciando sus pétalos con la yema de sus dedos.

—Tú también, mamá.

—Me peinan todas las mañanas —dijo retocándose el pelo. Por un instante reímos como madre e hija, como éramos antes de que todo se estropease—. ¿Ha llegado ya? —preguntó aún con la sonrisa en sus labios.

Fruncí el ceño. Su tono de voz había cambiado.

—¿A quién te refieres, mamá? —se estaba alejando, podía verlo en los ojos, me miraban desde una distancia insalvable, a la vez que el temblor de sus manos se incrementó.

—A mi amiga. Viene a verme todas las mañanas. ¿Ha llegado ya? —dijo mirando a su alrededor, inclinando la cabeza hacia delante y señalando a un lado y a otro. Como sabía que llevarle la contraria le alteraba, decidí seguirle la corriente, por muy cruel que me resultara. Los envites de la enfermedad eran tan desagradables como intermitentes.

—Me ha dicho que llegará en cualquier momento —le dije. Se puso muy contenta.

—Me llevará a comprar caramelos y después me acompañará al colegio ¿Viste que es muy guapa mi amiga?

No hay palabras capaces de definir cómo me sentía en aquel

momento.

—Es muy guapa. Tiene un mechón blanco, ¿verdad?

—¡Si! Justo en la frente. Ella dice que es un pedazo de nube.

Después se rio como lo haría una niña pequeña. Levantó la mirada y miró hacia la puerta esperanzada.

–Es mi amiga… —susurró.

Le dije que sí, que era amiga suya, pero entonces ella me miró fijamente.

—¿Ha llegado ya?

No hay mucho más que contar acerca de la conversación que mantuve con mi madre. Uno de los aspectos más desconcertantes del Alzheimer es que elimina cualquier recuerdo reciente, pero conserva los más antiguos, los cuales salen a luz para mayor desconcierto de los que lo observan.

Cuando mi madre se refería a su amiga no lo hacía como la anciana que era, sino como la niña que fue hace muchos años. Pero lo que me hacía replantearme la cuestión era que yo jamás le había oído decir nada de ninguna amiga, al igual que no sabía mucho de la peculiar relación que ella mantuvo con mi abuela Esther antes de que esta desapareciera.

Pero siendo ella niña cuando sucedieron estos hechos, los recuerdos no habían sido devorados por la enfermedad, sino que seguían ahí, a la espera de que su boca los encontrase y les pusiera voz. Incluso es probable que ya lo hubiera hecho en algún momento, o que yo incluso lo oyera sin prestar atención.

La conclusión que saqué esa mañana fue que no merecía la pena comunicarle que la casa estaba en venta y que un desconocido, dos más bien, porque estaba segura de que el señor Ibarra haría acto de presencia, iban a ir a verla. Eso podría desquiciarle, al menos hasta que la enfermedad lo borrase de su cabeza. Era un sufrimiento innecesario.

Capítulo 20

Una semana después Andreu Fort se bajaba del avión en el aeropuerto Arturo Merino Benítez, en Santiago de Chile. Sin embargo, yo me enteraría de esto al día siguiente, cuando nuestro querido señor Ibarra me llamó para concertar una cita lo antes posible. ¡El chef está aquí!, —dijo entusiasmado.

No me pilló en un buen día —me acababan de llamar de la residencia diciéndome que mi madre había empeorado y que se estaban planteando ingresarla en el hospital—, por lo que respondí con evasivas –que se prolongaron durante días– y excusas para que me dejara tranquila. Había dado la palabra de que vendería la casa, pero no había estipulado el cuándo y el cómo, por lo que tendrían que ajustarse a mis tiempos y, sobre todo, a los de mi madre.

Afortunadamente, la crisis remitió. Tuve suerte de que la buena de Vasia estuvo conmigo aquellos días, me ayudó con las tareas de la casa e incluso me ofreció un poco de dinero, que por supuesto rechacé. Era tan buena que sería capaz de compartir una miga de pan.

Ella fue la primera persona a la que le conté que había puesto en venta la casa, después de visitar ambas a mi madre. Pese a que se estaba recuperando de la crisis sufrida, no nos reconoció a ninguna.

El día que le conté a Vasia sobre la venta, estábamos tomando un té en el jardín, pero en la parte delantera, para disfrutar de la linda vista al mar y lejos de las azucenas que en cierto modo me estaban atemorizando.

—Oh, pequeña. Tú necesitas dinero, yo tengo un poco —me insistía—. Casa bonita; muy bonita.

—No te preocupes. Además, es demasiado grande para mí.

—¿Tú no querer familia? —me preguntó. Sonreí con cierto bochorno y las mejillas encendidas. Enseguida negué con la cabeza. En ese momento pensé cuánto tiempo hacía desde que no me planteaba siquiera conocer a alguien. Entre la enfermedad de mi madre, la casa, las deudas, el señor Ibarra y las azucenas, poco tiempo me quedaba para pensar en compartir mi vida con alguien.

Es cierto que en el trabajo estaba Alberto con el que me llevaba muy bien, y con el que en alguna ocasión fui a tomar unas cervezas, pero no acababa de decidirme y, al igual que al señor Ibarra, le di largas.

Eso, para una psicóloga como yo, tiene nombre: síndrome de Houdini, es decir, evitar cualquier tipo de conflicto o responsabilidad… huir.

Yo, Azucena Arias García, hui de mi profesión al dejarme despedir de la clínica, hui de mi madre al llevarla a una residencia, hui del

señor Ibarra tras aceptar la venta de la casa y no enfrentarlo, hui de Alberto porque me sentía culpable a seguir adelante con mi vida mientras mi madre se apagaba; también hui de las azucenas porque no era capaz de comprender qué ocurría con ellas, y me daba pavor estar loca, y ahora huía de mi casa porque no podía soportar su silencio.

—Soy muy joven todavía —contesté, aunque intuía que no iba a librarme de la afilada Vasia.

—Por eso, niña. Tú guapa, tú lista, tú tener cualquier hombre —dijo golpeando la mesita.

Sonreí y bebí un poco de té para no tener que contestar. Vasia resopló, bebió también un poco de té y se quedó mirando hacia la casa.

—¿Quién comprar? —dijo señalando la fachada.

—Mis abuelos la compraron hace muchos años; mi madre solo era un bebé. Al principio la casa era como la mitad de esto, pero mi abuelo la agrandó poco a poco.

Vasia clavó sus ojos en mí y después los fijó de nuevo en la casa.

—No buena idea vender —dijo negando con la cabeza.

—Tengo que hacerlo, Vasia. Así liquidaré todas las deudas y podré empezar de cero.

Ella hizo una mueca dejando claro que no estaba de acuerdo.

—Yo comprar si pudiera.

Las dos nos reímos y seguimos conversando, hasta que me fijé en que, al otro lado de la calle, un hombre miraba fijamente hacia la casa. Lo miré, y al advertir que yo lo había visto, se giró y se fue caminando. Vasia no se dio cuenta y continuamos hablando, pero mantuve mi atención en la calle.

Al cabo de unos minutos, el hombre regresó a su posición anterior, aunque en esta ocasión disimulé mi mirada sin que ello me impidiera analizarlo al detalle. Se trataba de un hombre joven, alrededor de los treinta años. Vestía unos jeans y una chaqueta de corte moderno. Tenía las manos metidas en el bolsillo y miraba hacia la casa con un interés más que evidente.

—Tu no escuchar a mí. ¿Dónde tener la cabeza? —preguntó Vasia molesta.

Entonces, con un leve movimiento de cabeza, le señalé hacia la calle.

—Hay un hombre ahí fuera —susurré. La buena de Vasia tenía muchas virtudes, pero la sutileza no era una de ellas. Nada más decírselo se incorporó y miró hacía el lugar que le había indicado—. ¡Vasia!

—¿Tu qué mirar? —gritó al desconocido, que de nuevo se dio la vuelta y se marchó caminando en la dirección opuesta a la casa—. ¿Tu conocer?

Negué con la cabeza, divertida y preocupada a la vez.

—Policía mejor —dijo Vasia poniéndose la mano junto a la oreja como si se tratara de un teléfono.

—No te preocupes –le dije.

—Hombres no buenos a veces, niña —y dicho esto se encaminó hacia la puerta del jardín y llegó hasta la mitad de la calle, donde se puso a dar vueltas sobre sí misma a la vez que miraba a un lado y a otro. Cuando regresó, tenía el ceño fruncido.

Retomamos la charla, pero ambos más pendientes de lo que acontecía en la calle que de nuestras propias palabras. Pasaron como diez minutos cuando el hombre pasó de nuevo por la acera de enfrente, aunque en esta ocasión se dirigía hacia nosotras.

—Buenas tardes —dijo el hombre levantando su mano derecha en un tímido saludo.

—¡Otra vez! —dijo Vasia, levantándose de nuevo y encarando con su gran cuerpo al desconocido—. ¿Qué querer?

—¿Usted es la señorita Arias? —preguntó mientras daba un paso hacia atrás ante el empuje de la gigantona rusa. Intuía quién podía ser ese hombre, pero decidí aguardar para que Vasia lo ablandara un poco. Eché en falta que el señor Ibarra también se hubiera presentado allí, ya que la rusa conocía mi opinión respecto a él y estoy segura de que lo habría vapuleado a gusto.

—¿Tú quién? —fue la respuesta de Vasia. El hombre, suplicando con la mirada, se inclinó un poco y me observó—. ¿Tú quién?

—Me llamo Andreu Fort.

—No conozco a ningún *Andru* Fort —replicó la rusa.

—Soy… yo… el señor Ibarra me aseguró que no habría problemas —contestó avergonzado.

—¿Tu señor Ibarra? —dijo Vasia con los brazos cruzados y el rostro encendido.

—No, yo no soy el señor Ibarra —dijo, soy Andreu Fort señalando a sí mismo como si antes hubiera sido invisible para los ojos de la rusa.

—Llama policía, niña. Este hombre loco.

Me lo estaba pasando muy bien, pero consideré que era el momento de mi intervención. Todavía hoy Andreu me echa en cara que hubiese tardado tanto.

—Me está buscando a mí —dije al aparecer a un lado de Vasia—. Soy Azucena Arias, la señorita Arias, como dice usted. Vasia, este es el hombre que está interesado en comprar la casa.

Andreu me miró fijamente, después a Vasia y finalmente se quedó mirándome de nuevo, como si estuviera frente a un puzzle en que sus piezas no encajan.

—No pretendía molestar.

—Tranquilo —le dije. El pobre estaba sudando y no terminaba de fiarse de Vasia, a la que dedicaba miradas de reojo—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No estoy muy seguro —dijo incómodo—. Hace casi una semana el señor Ibarra me insistió en que cogiera un avión cuanto antes y volara hasta Chile, me dijo que había encontrado una propiedad que se ajustaba a lo que yo estaba buscando y que conseguiríamos cerrar la operación en muy pocos días.

Pero ha pasado una semana y apenas sé cómo es la casa. Conseguí que me facilitara la dirección y por eso me han visto por aquí. Les pido disculpas.

—No te preocupes —contesté—. La culpa ha sido más mía que del señor Ibarra, aunque me cueste reconocerlo.

—Es una casa preciosa —añadió, señalando hacia la fachada—, y la vista es impresionante, ¿Podría…?

Era de esperar que Andreu o cualquiera que estuviera interesado en comprar la casa quisiera verla antes de ello. Era un paso más hacia la meta que el destino me había marcado y hacia la que me empujaba sin que pudiera hacer yo nada por remediarlo. Al menos, no venía acompañado del señor Ibarra.

—¿Pasar? Sí, claro. ¿Quieres tomar algo? —le pregunté.

—Estoy bien, gracias.

Vasia no le quitaba los ojos de encima.

—Perdona, ella es Vasia.

Ambos se estrecharon la mano, y por el rostro de Andreu pude intuir que Vasia le había estrujado la mano hasta el límite de sus fuerzas. Tenía las mejillas al rojo vivo y lucía una sonrisa incómoda.

—Tu perdonar. No conocíamos a hombre de la calle —se excusó Vasia.

—Yo hubiera reaccionado igual —bromeó Andreu.

Así, los tres nos encaminamos hacia el interior de la casa. Vasia cerraba el grupo con sus pasos pesados, que hacían crujir la madera, y sus comentarios entre dientes en ruso, familiares para mí, pero tremendamente desconcertantes para Andreu.

—Esta es la sala principal —dije nada mas atravesar el umbral de la puerta. Andreu esbozó una tímida sonrisa al contemplar el amplio salón, las vigas de madera entrecruzadas y la escalera que ascendía hasta la segunda planta. Quizás fuera porque traté de ponerme en sus ojos, pero la verdad es que, por primera vez en mucho tiempo, observé mi hogar con auténtico orgullo. El suave color de la madera, el tenue brillo del barniz bajo la claridad que entraba por las ventanas, la fragancia de flores que el aire introducía entre las paredes de la casa, como si se tratara de los brazos invisibles del jardín penetrando por cualquier resquicio. La nostalgia comenzó a crecer en mi pecho.

Avanzamos por el salón y le enseñé tanto el baño de la planta inferior, como una habitación en la que había guardado la mayoría de las cosas que retiré cuando empeoró el estado de mi madre.

Llegamos a la cocina. Había en el fregadero un par de platos míos del desayuno, pero no le di importancia, aunque Vasia me lo recriminó con la mirada. Para ella ese tipo de detalles eran muy importantes.

—Me imagino que esta será una parte muy importante —me atreví a decir.

Andreu me miró con el ceño fruncido y una sonrisa inexpresiva.

—¿A qué te refieres?

De la manera que me miró supe que algo no iba bien y que, en ese *algo* que no iba bien, estaba involucrado el señor Ibarra.

—El señor Ibarra me mencionó que usted es un importante chef en España —le dije.

—Yo no diría importante —dijo con sincera modestia—. Siempre hay un poco de suerte en todo esto, pero, digamos que las horas de trabajo han tenido su fruto.

Después echó un vistazo a la cocina y se asomó a la ventana que daba al jardín trasero; el jardín de las azucenas.

—Es una casa fantástica. Ideal para mi proyecto —comentó convencido.

Yo me extrañe. El señor Ibarra no había comentado nada de ningún proyecto.

—Claro, su proyecto… —dije siguiéndole la corriente.

Andreu encogió sus hombros.

—Es arriesgado lo reconozco, y la inversión es elevada, pero necesito hacer algo así; un nuevo reto —mi corazón se iba acelerando —. Este lugar es idóneo para mi restaurante; el señor Ibarra tenía razón.

No sé qué me dolió más. Si que Andreu pretendiera convertir mi hogar en un restaurante, o que el señor Ibarra tuviera razón, en su opinión, claro está. Colapsé, por decirlo de una manera agradable.

Las lágrimas que empezaron a bajar por mi rostro fueron el preludio, al igual que el primer humo que sale por el cráter antes de que el volcán entre en erupción, una erupción descontrolada, salvaje y dispuesta a llevarse cuanto pueda por delante.

No fue un momento agradable para ninguno de los que estuvimos presente, y por eso, creo que lo mejor será obviar esta parte de la historia.

A modo de resumen, Vasia tuvo que escoltar al pobre de Andreu hasta la puerta, actuando ella como escudo humano, ya que comencé a lanzarle cualquier cosa que estuviese a mi alcance. Mi excitación terminó con una bofetada de Vasia —para tranquilizarme—, una vez

nos quedamos a solas, y un prolongado llanto por mi parte.

El bombardeo de llamadas que recibí los días siguientes de parte del señor Ibarra, indignado por mi comportamiento y avergonzado por la imagen que se había llevado Andreu Fort, fueron insoportables. Además, se sumaba su insistencia en fijar una reunión para limar todas las asperezas, y le permitiera establecer una fecha para cerrar la operación.

—No me mencionó lo del restaurante —le dije la primera vez que llamó, cuando acabó su discurso acerca del respeto y la educación perdida, además de algún apunte a la falta de tacto de las mujeres para realizar negocios.

En ese momento pensé que, si el destino se había confabulado para sacarme de mi casa, no estaría nada mal que también le preparase un escarmiento al señor Ibarra; por parte de Vasia, si podía ser.

—Lo consideré irrelevante. Una vez el señor Fort sea dueño de la propiedad, puede disponer de ella a su antojo. ¿Lo comprende? —me contestó con altanería.

—Voy a ser sincera, señor Ibarra. Hasta que no hable claro no conseguirá que firme la venta.

Se produjeron unos segundos de silencio, pero me pareció oír que el director del banco farfullaba, como si fuera una cacerola a presión a punto de reventar. Al fin, accedió a darme las explicaciones que le pedía.

Andreu Fort había decidido dar un giro a su vida después de divorciarse, nada más y nada menos que de Cristina Fantoso, la actriz española del momento y de la que se decía que estaba a punto de dar el salto a Hollywood. Al parecer, su separación había ocupado todas las portadas y la prensa lo seguía las veinticuatro horas del día, esperándolo frente a la puerta de su casa o en su restaurante, dispuestos a cualquier cosa por conseguir unas palabras del hombre del momento. Cansado de aquello, Andreu dio un golpe en la mesa. Cerró el restaurante, vendió un par de propiedades y encomendó a la búsqueda de una nueva ciudad en la que empezar una nueva vida.

Fue entonces cuando el señor Ibarra entró en su vida y lo trajo hasta Valparaíso. Andreu no estaba buscando una casa, por el momento, vivía en un hotel, sino que quería encontrar el próximo lugar en el que abrir su restaurante y mi casa, la casa de mi familia, cumplía todas sus peticiones.

—Pero esto no es un restaurante —fue todo lo que se me ocurrió decir tras escuchar las explicaciones del señor Ibarra.

—El señor Fort está dispuesto a emprender las reformas que sean necesarias. Me ha mostrado el proyecto y le puedo afirmar que tiene

un aspecto sensacional. Dicho proyecto, señorita Arias, está a la espera de su consentimiento final en la venta de la casa. La estamos esperando.

—En breves tendrá noticias mías —dije antes de colgar.

Durante unos minutos me faltó el aire, no podía continuar entre esas paredes. Agobiada, salí corriendo al porche, donde esperaba que la brisa de la mañana fuera capaz de recomponerme. Me quité los zapatos y comencé a andar descalza por el jardín, apresurada, como si estuviera persiguiendo o huyendo de algo. La azucena, que parecía vivir en una eterna primavera, se alzaba desafiante.

—¿Dónde está la magia? —grité—. ¿Dónde está?

Tropecé, pero conseguí recomponerme.

—¿Por qué no se lleva todos mis problemas? —grité con todas mis fuerzas.

Estaba tan alterada que acabé cayendo sobre el húmedo jardín, momento en el que me derrumbé y caí en un llanto irrefrenable. En ese momento sentía que mi vida discurría sin control alguno, azarosa y que lo único que estaba en mi mano era amortiguar los futuros golpes.

—¿Azucena? —escuché. Era la voz de un hombre que me resultaba familiar, aunque no pude identificar en un primer momento de quién se trataba. Me giré tan rápido como pude, con cierto temor, ya que me encontraba en la parte trasera de la casa, donde se supone no debía haber nadie más que yo… era Andreu.

—¿Qué quieres? —le dije mientras me levantaba, con los pantalones con barro, los ojos enrojecidos por el llanto y la respiración entrecortada.

—Tranquila —dijo alzando las manos.

—¿Por qué has entrado? No es tu casa todavía —grité.

—Vine a hablar contigo, toqué la puerta, pero no respondió nadie. Iba a marcharme cuando escuché un grito. Pensé que podía haber ocurrido algo.

Me sentí mal en aquel momento. Pese a descargar toda mi frustración en Andreu, en mi interior no albergaba ningún rencor hacia él. Por alguna razón, pese a que estaba desquiciada por todo lo que estaba sucediendo, no podía echarle ninguna culpa.

—Estoy bien —dije secándome las lágrimas—. No tienes que preocuparte.

—No sabía nada de tu situación. El señor Ibarra me la ha contado esta mañana.

—No es tu problema —le dije. Supongo que a veces es más fácil ser arisca y fría, que amable y agradecida.

—El señor Ibarra me ha contado lo de la enfermedad de tu madre y los momentos tan difíciles que estás pasando.

Cogí aire para replicarle, pero teniendo las palabras en mis labios, volví a derrumbarme. El cansancio y la tensión de los últimos días había aflorado en ese momento y no había forma de detener aquel torrente de emociones. Andreu, al ver mis piernas flaquear, se acercó a mí y me agarró por los brazos, pero no pudo evitar que cayera de cuclillas en el suelo, arrastrándolo a él conmigo y quedándonos los dos sentados en el jardín.

—Estoy bien —dije, pese a que era incapaz de parar de llorar. Estaba tan alterada que me temblaba todo el cuerpo.

Él estrechó mis manos entre las suyas y sentí un calor inaudito, extraño a la vez que agradable.

—Si lo hubiera sabido antes… —dijo a media voz—. Lo último que quiero es que te veas obligada a desprenderte de algo que forma parte de tu vida. Yo no… sería incapaz de dormir tranquilo sabiendo que le he arrebatado a alguien un pedazo de su vida, de su corazón.

—Has hecho muchos kilómetros para esto —dije.

—He hecho muchos kilómetros por culpa del señor Ibarra. Tendría que haber sido claro desde el primer momento.

Alcé la mirada y durante unos segundos nos miramos a los ojos. Los suyos eran marrones, más oscuros de lo normal, los míos azules como los de mi abuelo Ferrán.

—Así son las cosas. No puedo estar el resto de mi vida lamentándome. Solo que no esperaba ver mi casa de aquí a unos meses convertida en un restaurante. Pero mantengo mi decisión de venderla.

Ante mis palabras Andreu agachó la cabeza y nos quedamos en silencio unos segundos.

—¿Quieres un café? —le pregunté. Me contestó que sí. Nos levantamos y fuimos a la cocina. Preparé el café y salimos de nuevo al porche. Durante un rato estuvimos hablando de nuestras vidas, respondiéndonos a nuestras preguntas y conociéndonos un poco mejor, ya con los ánimos más calmados. Las palabras salieron solas, y pronto las risas las secundó. Me sentí relajada y Andreu mostraba un interés por la historia, tanto de la casa como mía, que me llamó la atención gratamente.

—¿Tu abuelo era de España? —me preguntó, después de que le contara, con la poca verdad que conocía en aquel momento, el pasado de la casa.

—Emigró en los años veinte y compró la casa años después. Creo que vivió a medio camino entre Santiago y Valparaíso por esos años, hasta que se instaló aquí.

—¿Tienes contacto con parientes de España? —preguntó. Tengo que reconocer que una parte de mí no quería confiar en Andreu, como si estuviera haciendo todo aquello tan solo para conseguir la venta de

la casa. Sin embargo, mi corazón opinaba distinto y acallaba cualquier conato de duda.

—Mi abuelo nunca mencionó nada de su familia en España —en ese momento, una repentina brisa de aire azotó el jardín, levantó las hojas caídas y arrastró hasta la mesa del porche el intenso olor de las azucenas. Fue tan brusco e intenso, que hasta Andreu se sorprendió.

—¡Vaya! Las flores de Valparaíso no tienen nada que ver con las de Barcelona —dijo.

Yo me avergoncé, como si estuviera ocultando algo bochornoso, y miré de reojo a la azucena, reprochándole aquella demostración arrogante y sin sentido.

—Mi madre las cuidaba con mucho cariño. —dije mirando nuevamente la azucena—.

—Me imagino, que cuidaba las azucenas, pues te puso su nombre.

—Tienes razón, —dije sonriendo al recordar la historia de mi nombre—. Mis padres me llamaron Azucena por petición de mi abuelo Ferrán, quien antes de morir sugirió ese nombre si es que yo era una niña. Y aquí me tienes con el nombre de una planta que tiene mas años que yo.

Andreu observó el jardín y asintió levemente con la cabeza. Supuse que trataba de imaginarse todo el potencial que podía sacarle al jardín, y que quizás le importaba una mierda la historia que le conté, pues arrasaría con todo para instalar la futura terraza de uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad.

—Supongo que estarás deseando reunirte con tu familia —dije, más por desviar la conversación que por interés, ya que sabía que se había divorciado hacía muy poco tiempo. Andreu dibujó una sonrisa incómoda y dio un sorbo al café antes de responder.

—Me temo que *yo* soy toda la familia que tengo —dijo intentando no tensar la situación.

—Perdona, no quería…

—No te preocupes —me interrumpió—. Que no tengas ni idea de mí y de mi familia es lo mejor que me podrías decir. Por eso decidí venir a Valparaíso.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Bueno, digamos que a veces la vida nos sorprende y derrumba todo lo que creíamos eterno.

—Estoy de acuerdo.

Seguimos hablando durante un par de horas de más, mientras el sol se escondía en el mar y las primeras estrellas brotaban en el cielo.

Recuerdo que cuando Andreu se marchó, tras despedirnos en la puerta, volví a la parte trasera del jardín para asegurar que todas las ventanas estaban cerradas y el riego automático encendido. Entonces vi, por primera vez en mi vida, que un tallo había brotado de una de

las ramas de la azucena.

Santiago, 1927

El galope del caballo tamborileaba en el silencio del amanecer. El primer sol del día, perezoso y tibio, se alzaba poco a poco sobre el horizonte, estableciendo alargadas sombras que se retorcían entre los árboles. El caballo aminoró su carrera, obedeciendo a su amazona, relinchando densas nubes de vapor por sus ollares y cabeceando a causa del esfuerzo.

—Buena chica —dijo acariciando su crin.

Avanzaban entre naranjos, limoneros y avellanos. Los primeros mozos que llegaban entraban por la puerta principal de La Regia, con sus ropas ajadas y sus manos callosas, dispuestos a afrontar otro largo día de trabajo en las plantaciones que el señor Losada había dispuesto. Caminando con pesadez, en silencio y con cigarros en sus labios, los mozos llevaron la mano hasta sus gorras e inclinaron levemente la cabeza en forma de saludo. La muchacha, a lomos de su corcel, les devolvió el saludo con semejante gesto y continuó su camino.

—Es bella la señorita —dijo uno de los mozos, no sin antes asegurarse de que la joven se había alejado lo suficiente.

—Un ángel —dijo el otro.

—Callense las bocas, imbéciles —espetó el capataz, Aurelio Tormes, que apareció a sus espaldas tras apartar a los demás mozos de mala manera—. Es el último comentario que voy a escuchar de la señorita, ¿entendido?

Los dos mozos tragaron saliva ante el rostro implacable del capataz. Sus ojos estaban inyectados en sangre.

—Si, señor.

—No se mira a la señorita y no se habla con la señorita.

—Si, señor. —repitieron esta vez todos.

Después de esto, los empujó para que reanudaran la marcha, cosa que hicieron sin levantar la mirada del suelo, ya fueran a tener la mala fortuna de encontrarse de nuevo con Marcelina Losada.

Los hombres no acababan de comprender el enfado del capataz, ya que consideraban sus comentarios respetuosos y formales. Sin embargo, Aurelio Tormes tenía sus razones, trabajaba para Federico Losada, pero en el culmen del poder siempre estaría su anterior señor; Juan Gil Valero, el Gallego, a quien rendía auténtica pleitesía.

La cuestión era que el Gallego le había hecho saber, a modo de advertencia ante cualquier atrevimiento de alguno de sus hombres, que albergaba fuertes sentimientos hacia la joven Marcelina y que esperaba casarse con ella en un futuro no muy lejano. Estas palabras,

fueron suficientes para que el capataz no permitiera a ninguno de sus hombres poner sus ojos siquiera en ella.

Era un secreto a voces las intenciones del Gallego respecto a la muchacha y, de hecho, todos esperaban que de un momento a otro se produjera tan esperado enlace. Sin embargo, Federico, a instancia más de su esposa que de su propia voluntad, daba largas al Gallego o trataba de que éste valorase otras opciones, pero nunca sin cerrar la puerta a esa posibilidad.

Por supuesto, cuando Federico malinterpretó que podía estar interesado en Ana, el Gallego dejó claro cuáles eran sus intenciones, y María, que vislumbraba de lo que era capaz su marido en pos de los negocios, se negó en rotundo y desde entonces trató con frialdad y lejanía al socio de su marido.

Pero los oídos y ojos de este estaban por todos lados, y las dudas de Federico y las posteriores discusiones con su mujer a causa de esta cuestión, alimentaban sus posibilidades de conseguir la mano de Nina, pues el Gallego sabía que el consentimiento de Federico era cuestión de tiempo.

El Gallego habló con todos y cada uno de sus contactos en la finca, con tal de asegurarse de que ningún joven apuesto de Santiago, ni ningún mozo atractivo se interponía en su camino. La noticia flotaba en el ambiente, rondaba las esquinas y había llegado, aunque de manera muy leve, a los oídos de Ana, la cual no tardó ni un segundo en hacérselo saber a Nina.

En el momento en el que Nina tuvo noticia del rumor, ésta sintió como su corazón se estremecía con un miedo tan certero como si lo relatado por Ana se hubiera hecho realidad en ese preciso momento.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Nina.

—Se lo escuché decir a una de las cocineras —le aclaró, aunque poco más podía decirle. Todos callaban y miraban hacia otro lado en presencia de alguna de ellas dos. Nina asintió y guardó silencio.

Rato después, cuando coincidió con el Gallego y analizó sus miradas y la continua atención que le brindaba, confirmó sus peores pensamientos. La amabilidad y predisposición mostrada por aquel hombre se había convertido de repente en una moneda con la que intentaba comprarla y que su padre más tarde o más temprano acabaría aceptando.

A partir de entonces, el Gallego y todo lo relacionado con él produjo pavor y repulsión en Nina. Su personalidad, alegre y entusiasta, se fue apagando poco a poco, recelosa de cuanto ella no pudiera conocer o controlar, incluso hasta Ana fue víctima de su frialdad.

La Regia, antes un paraíso a sus ojos, se había tornado en una prisión y la belleza del paisaje en un agónico preludio de su futuro,

pues aunque los árboles se mostraran vigorosos y sanos, sus troncos dependían de una afilada hacha, los peces del riachuelo surcaban el agua tranquilos hasta que eran atrapados, y las liebres vivían su vida hasta que un tiro le ponía fin. Todo era bello y débil al mismo tiempo, todo desembocaba en dolor y muerte, y Nina se había convencido de que formaba parte de ese paisaje… era parte de la belleza que tendría que sucumbir cuando un hombre lo dispusiese.

Espoleó las riendas y apretó sus piernas contra el cuerpo del animal, que respondió con un trote nervioso y desbocado, echando espumarajos por la boca y cabeceando en su galope veloz. Meses antes Nina apenas salía del establo con el caballo, atemorizada por si acaba en el suelo o no era capaz de dominarlo, pero desde que supo de las intenciones del Gallego, su miedo se disfrazó de arrojo y, mientras cabalgaba a toda velocidad, veía con buenos ojos que el caballo se revolviera y la arrojara mortalmente contra el suelo.

Agitó las riendas de nuevo y el caballo respondió exprimiendo sus musculadas patas, rozando las ramas de los árboles, que sonaban con un constante zumbido en los oídos de Nina. La realidad se difuminaba a su paso. Al fin, llegaban a una pequeña colina situada casi en el extremo más alejado de la finca y Nina tiraba de las riendas hasta detener la montura. Desde allí podía contemplar toda La Regia y todo el valle. El sol coronaba ya el horizonte.

Era entonces cuando, arrepentida, comenzaba a llorar por las ideas que se le habían pasado por la cabeza. Calmaba su angustia y contenía el llanto, y mirando desafiante hacia la casa, se prometía resistir, ser roca ante la tempestad que se avecinaba y aguardar, pues sus esperanzas se habían erigido inexpugnables en torno a Ferrán, al cual sentía, sin que pudiera explicarlo, cada vez más cerca.

A cientos de kilómetros Ferrán sentía que las cosas estaban funcionando, pues tanto él como Marta y Pascal, tenían trabajo y podían hacer frente a todos los gastos, incluidos los de Alain, y podían permitirse algunos caprichos que les resultaban impensables unos meses atrás.

Miraban al futuro con optimismo y por primera vez en mucho tiempo se atrevían a hacer planes. Pascal insistía en su idea de marcharse a Estados Unidos, pues había escuchado que se trataba de un lugar repleto de oportunidades e incluso comenzó a informarse de lo que costaría el precio de un pasaje, aunque más bien, se interesó por el precio de dos pasajes, ya que en sus planes más próximos no valoraba separarse de Marta.

Ambos pasaban cada vez más tiempo juntos, y Ferrán consideró que a no mucho tardar ocurriría lo inevitable, aunque disimulaba no intuir nada acerca de la relación en ciernes. Sus pensamientos se repartían en la carta que debían enviar a sus padres cuando estuvieran asentados en Chile y la posibilidad, de ir a pasar varios días a Santiago con la esperanza de saber algo de Nina.

Entre las posibilidades que barajaba se encontraba también la de trasladarse a la capital, aunque lo consideraba más como alimento para su alma, pues la constante ilusión de perseguir lo que se anhela, aunque el fin último no sea precisamente alcanzarlo, era lo que lo motivaba a continuar.

Sin embargo, el éxtasis de los muchachos daba sus últimos coletazos, y al igual que Nina en La Regia, más pronto que tarde habrían de soportar una cruel y larga tempestad.

Las primeras gotas se presentaron cuando el tío de Pascal, Alain, comenzó a sufrir problemas de salud, achaques que algunos decían, sin reparo, que eran a causa de la vida tan intensa que había llevado los últimos años, muchas noches de taberna y licor que habían castigado su cuerpo en exceso. Verdad o no, su salud empeoró rápidamente y antes de que se quisieran dar cuenta, los tres muchachos estaban en el cementerio para despedir al tío Alain.

El bochorno de Pascal con su pariente había sido evidente para los hermanos, pero se equivocaron al pensar que su fallecimiento aliviaría al francés, quien perdió toda locuacidad, refugiándose en un silencio constante.

Como si se trataran de piezas de dominó alineadas, Marta fue la siguiente en sufrir los envites del destino, su relación con Pascal se había extinguido al poco de la muerte de Alain, y a su soledad e incomprensión se añadió un malestar que ella consideró consecuencia

de los aciagos días que les había tocado vivir.

En cuestión de semanas sus vidas se habían transformado por completo. Sin embargo, el precipicio por el que discurría sus vidas no había hecho más que comenzar.

Era un día como cualquier otro, a media mañana. Quedaban muchas horas para terminar la jornada y unas pocas menos para el descanso del mediodía, por lo que los hombres que acarreaban las cajas, guardaban un silencio solemne bajo el azote del sol. Ferrán estaba terminando de apilar algunas sobre un carro cuando Jerónimo, el dueño de El Rancho del Coloso, salió apresurado de la taberna y comenzó a llamarlo a gritos, agitando sus brazos con premura.

—¡Ferrán! ¡Ferrán! —gritaba mientras caminaba de un lado a otro, desesperado al no vislumbrar al joven entre el mar de cajas que había en la calle. Nada más oír los gritos, este no se lo pensó dos veces y salió corriendo hacia la taberna. Pascal, que andaba atareado en otra zona, reaccionó de igual manera y llegó al mismo tiempo que Ferrán. Ambos expresaban una preocupación intensa.

—Ha vuelto a perder el conocimiento —dijo Jerónimo mientras sostenía las puertas de la taberna—. Rosalinda le está dando un remedio de hierbas, pero no sé yo…

Los tres hombres entraron en la taberna y, encabezados por Ferrán, se dirigieron hacia la cocina, donde encontraron a Marta recostada sobre un taburete mientras Rosalinda la abanicaba con un trapo repleto de mugre. Ferrán se agachó para ponerse a su altura y estrechó sus manos. Estaban heladas y temblaban ligeramente.

—Hermanita, ¿qué te ocurre? —preguntó.

Marta lo miró, pero no se veía con fuerzas para contestar.

—Esta muchacha necesita varios días en cama. Ha tenido suerte de no caer encima de la sartén —dijo Rosalinda, que observaba a la muchacha con el rostro compungido. Le había cogido un cariño inmenso desde que comenzara a trabajar hacía casi dos años ya, procurando toda clase de cuidados a la joven, sobre todo, desde que se percató que el cuerpo de Marta se estaba marchitando. Su delgadez se acentuó hasta remarcar sus huesos, su rostro se afiló, destacando sus grandes ojos en él, matizado todo por un color entre blanquecino y amarillento que, para Rosalinda, auguraba un mal final.

—La llevaremos a la pensión —dijo Pascal avanzando hacia Marta, dispuesto a llevarla en volandas si era necesario.

—Será mejor que coma algo decente, primero —añadió Jerónimo.

—¿Tienes hambre, bonita? —le preguntó Rosalinda pasándole la mano por la frente, despejando su sudor frío.

—Solo necesito un minuto —musitó Marta sin apenas mover los labios—. Estoy bien.

Ferrán suspiró.

—No estás bien, Marta. Es la cuarta vez que te desplomas en lo que va de mes. Necesitas descansar un par de días. Es lo mejor, ¿verdad? —preguntó mirando hacia los demás, que le dieron la razón en silencio—. Pascal puede trasladarse a nuestra habitación y tú a la suya. Estarás más tranquila. Además, Remedios estará pendiente de ti mientras Pascal y yo estamos trabajando.

—Esta misma tarde cambiaremos las cosas —dijo Pascal dando a entender que ya estaba tomada la decisión.

Alain, el tío de Pascal, fallecido hacía no más de dos meses a causa de unas fiebres y la señora Remedios había considerado oportuno que su sobrino continuara en la habitación de su pariente fallecido, pues este había partido de este mundo con una cuantiosa deuda a sus espaldas; deuda que, de la noche a la mañana, había recaído sobre los hombros de Pascal.

Y no solo consistían a impagos en la pensión de la señora Remedios, sino también a extensas cuentas en tabernas de medio Valparaíso, así como pagos referentes a apuestas y demás trapicheos. Si la noticia de la muerte de Alain se extendió a toda velocidad, el que hubiera un pariente que estuviese reconociendo las deudas lo hizo a más velocidad si cabía, aunque lo cierto era que el pobre de Pascal se había encontrado con una cola de acreedores a la que no le quedó más remedio que apaciguar comprometiéndose a saldar todas las deudas.

Era sencillo intuir que el humor del muchacho no pasaba por su mejor momento, a lo que hay que sumarle unas cuantas perdidas de consideración en algunos negocios de extraña índole que intentó sacar adelante. Deudas y más deudas que acabaron por hacerle trabajar de sol a sol para poder hacerles frente, teniendo que recurrir en muchas ocasiones a Ferrán, Marta o la señora Rosalinda para poder llevarse algo caliente al estómago.

Todo esto hizo que su personalidad abierta, y en muchos casos burlona, se esfumará y en su defecto se había vuelto taciturno, acompañando sus pasos de un susurro constante en su idioma materno que le daba una imagen de apesadumbrado. Los pocos pesos que conseguía mantener en su bolsillo, emulando al fallecido Alain, los empleaba en licor, con el que pretendía evadirse. Pero lo que más detestaba era verse reflejado en el espejo y no reconocer al joven que se mostraba en él.

—De eso nada —dijo Marta haciendo un gran esfuerzo por mostrarse recuperada—. Solo necesito algo de tiempo y podré volver a la tarea, ¿hay que pelar patatas?

Rosalinda la miró y, con el rostro desencajado, hizo un ademán a Ferrán para que se la llevara de inmediato.

—Necesita descansar urgentemente —le dijo la anciana en el oído a Ferrán—. No estaría mal tampoco que la viera un médico. Está muy

débil, muchacho.

Ferrán asintió con gravedad y aferró las manos temblorosas de su hermana con fuerza.

—Vamos a irnos, hermanita. Te han dado el día libre —bromeó Ferrán, borrando la preocupación de su rostro.

—Y el resto de la semana. Tienes que recuperarte; ya ajustaremos cuentas cuando te encuentres mejor —dijo Jerónimo.

~

Marta mostró una notable mejoría al día siguiente, sin embargo, fue tan solo una luz fugaz en una noche oscura. En los días siguientes su salud empeoró de tal manera, que la señora Remedios mandó llamar al reverendo para que le diera los últimos sacramentos, ante unos ensimismados Ferrán y Pascal, que no podían dar crédito a lo que estaban viendo.

Para ellos todo lo que estaba sucediendo tenía que detenerse en algún momento, Marta se recuperaría y volvería todo a ser como antes. Pero ni Ferrán ni Pascal confesaban al otro el miedo que les sobrecogía, la sensación inequívoca que la muerte produce en los testigos de su paso, siempre silencioso, frío y mortal.

Tan grave era la situación, que todas las tardes acudía doña Rosalinda, con el rosario en la mano y un sinfín de plegarias en sus labios. Se sentaba junto a Marta y comenzaba a rezar. Ferrán y Pascal, por completo superados, habían dejado incluso de ir a trabajar y se pasaban el día atento a Marta, como si con la dedicación plena a los cuidados de la muchacha pudieran hacer retroceder la enfermedad. Rosalinda y Remedios, vetustas y con heridas de la experiencia tanto en la piel como en sus almas, compartían miradas acerca del fatal destino de la joven.

—Está gravemente enferma —dijo Remedios, la cual había corrido con los gastos de un médico para tratar de enmendar la situación—. No le queda mucho tiempo.

Rosalinda infló sus pulmones sin encontrar alivio en la agonía que sentía en el interior de su pecho. Dos ancianas hablando de los últimos momentos de una joven que tenían toda la vida por delante. La vida, a veces, no tiene sentido, pensó.

—¿Cómo están los muchachos? —preguntó. Remedios encogió los hombros.

—Sin comer desde hace días y sin asearse. No la dejan sola ni un segundo. Me dan mucha lástima.

Así era. Los dos jóvenes, sucios y con un atisbo de barba en sus mejillas, se pasaban las horas sentados en el suelo, junto a la cama de Marta, esperando lo que dios tuviera a bien depararles. En ocasiones rezaban en silencio, mientras que cuando Marta recuperaba la

conciencia se aferraban a sus manos y le decían que estaban junto a ella, que estarían todo el tiempo que fuese necesario.

—Va a ponerse bien, ¿verdad, camarada? —preguntó Pascal estando a solas con Ferrán, extenuados por la vigilia que se extendía más de una semana.

—No lo sé, Pascal —contestó Ferrán—. No sé lo que va a pasar.

Pascal asintió en silencio y agachó la mirada, abatido. En su silencio maldijo todo el tiempo desperdiciado, los muchos días que pasaron sin que él le dijera a Marta lo mucho que la amaba. Lo superará, pensó, tiene que hacerlo y cuando llegara ese momento, la cogería entre sus brazos y le pediría que se case con él.

Tras unas pocas noches, Marta, con un hilo de voz, llamó a Ferrán y a Pascal. Su cuerpo parecía desaparecer bajo las sábanas y su rostro había concentrado su belleza en torno a sus castigadas facciones. El padecimiento de la enfermedad había mermado su cuerpo, mostrándose frágil y etéreo.

—Me voy —musitó con lágrimas en los ojos, pero mostrando una sonrisa plena en sus labios.

Ni Ferrán ni Pascal podían contener el llanto, pese a sus muecas forzadas.

—¿A dónde vas a ir? —preguntó Ferrán como si no hubiera comprendido las palabras de su hermana, como si la enfermedad estuviese remitiendo.

Marta, con gran esfuerzo, alzó la mano y la puso sobre su rostro, acariciándole suavemente con las yemas de los dedos.

—He tenido el mejor hermano del mundo —dijo con una sonrisa que desafiaba al dolor que sufría. Después, con suma delicadeza, movió la cabeza hacia Pascal, el cual era incapaz de mirarla y fijaba su vista en las sábanas.

—Mírame, Pascal —le dijo. El francés, roto de dolor, la miró con los ojos repletos de lágrimas—. Desde que te conocí has sabido sacarme una sonrisa. Nunca pierdas tu sonrisa, ¿me lo prometes?

Pascal asintió en un silencio tan solo interrumpido por sus sollozos.

—Te vas a poner bien, hermanita. Solo necesitas descansar un poco más —dijo Ferrán mientras pasaba la mano por su frente. Con gran esfuerzo, ella lo encaró.

—Nina… Ella es tu vida ahora, Ferrán. Eres libre para ir a por ella.

—Es la fiebre —dijo Ferrán—. Marta, es solo la fiebre. Mañana…

Pero en ese momento, como si hiciera un gran esfuerzo por coger aire, Marta inspiró y clavó su mirada en el techo. Una ligera sacudida hizo temblar su cuerpo y después este se relajó. Sus ojos, libres del sufrimiento, quedaron entornados. Ferrán y Pascal se abrazaron a ella y lloraron durante el resto de la noche.

Para alivio de Nina, el Gallego llevaba cerca de una semana sin aparecer por La Regia. Su padre había comentado en más de una ocasión su preocupación al respecto, ya que temía haber molestado al próspero comerciante con la reticencia a su proyecto matrimonial con Nina, perdiendo así su favor. Trató de localizarlo en todos los lugares que sabía que frecuentaba, desde cafeterías a otras empresas de la región, pero la respuesta era la misma, nadie lo había visto desde hacía días.

—Nos vendrá bien librarnos de su presencia durante un tiempo, ¿no crees? —le preguntó María mientras disfrutaban de un aperitivo.

Una de las criadas aguardaba de pie a pocos metros de la mesa y no perdía detalle de lo que allí hablaban, mientras su interés estaba disfrazado con otros quehaceres. Nina y Ana estaban al otro lado de la casa, recibiendo clase con Ramiro Peláez.

—Eso es una falta de respeto, querida. El Gallego nos ha ayudado desde el momento que pusimos los pies en esta tierra —replicó Federico.

—¿A cambio de qué? ¿De la mano de tu hija?

Federico alzó la mirada al comprender el sentido de las palabras de su esposa.

—Eso no es cierto —concluyó. María no había aceptado de buena gana que ese hombre, un solterón, como dirían en España, le echara los ojos a su hija.

—¿Cómo puedes estar tan ciego?

—¡Basta! —dijo golpeando la mesa y provocando que un vaso cayera al suelo y se rompiera en pedazos. La criada se acercó a recogerlo, pero Federico le hizo un gesto con la mano y le pidió que los dejara a solas, a lo que obedeció con una falsa sonrisa en sus labios. Sin embargo, tan solo se alejó lo suficiente como para que no la vieran, pero lo justo para poder escuchar la conversación.

—Deberías ser más considerada con el Gallego —continuó Federico —. Es un hombre de distinción y te aseguro que Nina tendría mucha fortuna si encontrara un hombre como él —María no daba crédito a las palabras de su marido.

—Ese hombre te tiene obnubilado —dijo María—. Estás hablando de tu hija.

—¿Piensas que no quiero lo mejor para ella? Un hombre como él podría tenerla como una reina para el resto de su vida.

—¡Esta conversación se ha acabado! —dijo María marchándose.

Federico, con los brazos en jarra, anduvo de un lado para otro antes de encenderse un cigarro y resoplar como una cafetera, mientras

era incapaz de comprender los razonamientos en los que se basaba su mujer.

El Gallego era mayor que Nina, unos cuantos años, era cierto, pero no le podía negar que a su lado jamás le faltaría de nada y que algún día, sus nietos podrían heredar el patrimonio de las dos familias. En eso no pensaba su mujer, pero él sí; por eso él se dedicaba a los negocios.

Como si de un monarca con aires de grandeza se tratase, se imaginó a su nieto como uno de los hombres más poderosos de Sudamérica, y todo gracias a él, a Federico Losada. Por no mencionar lo lucrativo que resultaría tener como consuegro al Gallego, sería como tener en sus manos la llave de multitud de puertas.

Con un gesto tosco apagó el cigarrillo en el cenicero, teniendo solo una preocupación en mente: ¿dónde se habría metido ese hombre?

~

Ramiro Peláez se dirigía hacia el automóvil que iba a llevarle de nuevo a su casa de Santiago, por cortesía, claro está, del mismo hombre que ocupaba los pensamientos de Federico Losada. Precisamente, mientras el anciano maestro de dirigía con su paso senil y descompasado hacia el automóvil, Federico se acercó para intercambiar algunas palabras de interés respecto a la educación de las jóvenes. Aunque, más que al maestro, a quien realmente quería ver era a Fernando Apiles, uno de los hombres de máxima confianza del Gallego, y que había venido para llevar a Ramiro de vuelta a su casa de Santiago.

—Buenos días, Fernando —dijo Federico cuando llegó a la altura del vehículo, acompañado del maestro.

—Buenos días, señor Losada —respondió el otro—. ¿Cómo van los negocios?

—Nada mal, para qué mentirle —dijo con una orgullosa sonrisa.

Estaba en lo cierto, aunque pudiera matizar sus palabras. Las plantaciones de La Regia habían demostrado ser de una rentabilidad apabullante, además de que todo lo producido era adquirido de inmediato y trasladado a los mercados de Santiago y de los pueblos más próximos. El flujo de dinero era constante, pero gran parte de ello se destinaba para el pago del personal y las cuotas mensuales impuestas por el señor Gil Valero, lo que dejaba a Federico una cantidad insuficiente para emprender en otros negocios que le permitieran saldar sus deudas, y conseguir cierta independencia económica.

Además, no sin cierto resquemor por parte de Federico, cada pocos meses el Gallego aparecía con nuevas oportunidades de inversión y le ofrecía un porcentaje al cambio de una suma que, por casualidades de

la vida, solía más o menos coincidir con lo que Federico guardaba en la caja fuerte de su despacho.

Sin embargo, los beneficios de dichos negocios, porque siempre había beneficios, no llegaban a manos del señor Losada, sino que el Gallego se tomaba la libertad de emplearlo en la reducción de los intereses del préstamo concedido por él mismo a Federico.

El anuncio de tales éxitos solía ser comunicado mediante un efusivo discurso por parte del Gallego, acompañado con botellas de champán y continuos brindis de celebración. Federico sonreía espléndido y, tras un par de copas de champán, se atrevía incluso a dar lecciones de economía al señor Gil Valero, los que curiosamente el Gallego siempre consideraba muy interesantes.

—El señor Gil Valero me comentó el último éxito. Corren rumores en Santiago del dúo empresarial que han establecido. Les auguro un futuro espléndido —dijo Fernando mientras abría la puerta al profesor.

—No olvidar los malos negocios es el secreto —dijo Federico con falsa modestia.

— Usted es un libro abierto, si me permite decirlo.

—La experiencia y las buenas compañías de las que me rodeo — exclamó Federico lleno de orgullo.

En ese momento el maestro, que levantó la mano para despedirse con la simpatía que le caracterizaba, bufó algo que Federico tomó por un acceso de tos o por una carcajada contenida. Fernando miró al anciano y cerró la puerta bruscamente en cuanto el primero hubo entrado.

—Lamento no poder hablar más tiempo con usted —dijo Fernando Apiles montándose apresurado en el vehículo. Federico se acercó.

—¿Quería preguntarle por el Gallego? Hace bastantes días que no sé nada de él, ¿se encuentra bien?

Fernando asintió solemne.

—El señor Gil Valero se encuentra con unos inversores al norte del país. Ya sabe cómo es.

—Me deja más tranquilo. Un hombre ambicioso, sin duda.

—Regresará a Santiago en un par días. De por seguro que a uno de los primeros sitios que vendrá será a La Regia. Puede que antes incluso que a su propia residencia.

Federico, sin preocupación, volvió a la casa con la tranquilidad de que continuaba gozando de la confianza del Gallego.

Aliviadas por la marcha del profesor, Nina y Ana decidieron pasear por la finca antes de almorzar. El sol estaba en su cenit, pero poco a poco el cielo se iba colmando de nubes, que absorbían la claridad del día.

—No nos alejemos mucho. Parece que va a llover —dijo Ana

mirando desconfiada hacia las nubes. Nina alzó la vista, pero, como si esta le pesara, la dirigió al suelo.

—¿Qué vas a hacer, Ana? —preguntó.

—Tu madre quiere que después de comer remiende algunos vestidos tuyos; estás un poco más delgada. Si sigues con tan poco apetito habrá que llamar al médico.

Una brisa húmeda siseó entre las ramas de los árboles.

—No me refiero a eso —dijo Nina—. ¿Qué piensas hacer con tu vida?

La brusquedad de la pregunta pilló desprevenida a Ana, que puso cara de circunstancia.

—No te entiendo.

—Digo con tu vida. Eres joven Ana, tendrás en la cabeza casarte y formar una familia.

—Ah, no tengo muchos planes respecto a eso. Ni siquiera me había parado a pensarlo, ahora que lo mencionas.

Nina la miró con una mezcla de envidia e incomprensión.

—¿No tienes ni una idea? —insistió.

—Supongo que algún día me gustaría tener mi propia familia, Nina, pero desde luego no antes de que lo hagas tú. Sería una falta enorme a la confianza de tus padres.

Nina suspiró.

—Eso parece que no va a tardar mucho —dijo con repugnancia. Ana le cogió de la mano y la apretó con firmeza. La cuestión que le preocupaba resultó evidente.

—Ese señor puede tener toda la intención del mundo, pero tu madre jamás lo permitirá. Te lo prometo, Nina; estás a salvo de ese hombre.

—No prometas lo que no está en tu mano —Ana se quedó perpleja —. Además, no es ella quien me preocupa —dijo Nina tajante. Ana agachó el rostro ante las palabras de su amiga.

—No harán nada en contra de tu felicidad, —dijo Ana intentando animarla—. Te quieren demasiado para ello.

Nina no contestó, pues sabía que ni su misma amiga estaba convencida de sus palabras. Continuaron caminando en silencio, mientras el cielo se teñía de gris y los colores del día se entristecían, como si fueran la viva expresión de lo que Nina sentía en aquel momento. Cada mirada, cada palabra que el Gallego le había dirigido le producía una sensación insoportable en su interior. Estaba en todas partes, pensaba, sin importarle si esos pensamientos podía considerarlos razonables o no. Pero realmente lo sentía así: veía al Gallego representada en cada piedra, en cada árbol, en cada rincón de la casa, como si ese hombre tuviera la capacidad de dejar su pátina venenosa allí por toda la finca.

Ana intentó cambiar de tema en varias ocasiones, pero se encontró con respuestas huidizas y silencios incómodos por parte de Nina. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre La Regia.

Regresaron a la casa y el almuerzo discurrió en un silencio incómodo, solo roto por el ruido de los cubiertos y el rumor constante de la lluvia. Las miradas se centraban en la comida o en la misma mesa, evitándose las unas a las otras. Federico fue el primero en intentar sacar un tema de conversación, pero tan solo encontró respuesta en Ana, que detestaba aquel silencio.

—¿Nuevas plantaciones? —preguntó la muchacha. Federico asintió.

—Así es. La zona más alta de la finca está desaprovechada. La mayoría de esos riscos son de tierra blanda. No será fácil, pero con un par de semanas de trabajo podrá adecuarse.

—¿Vas a allanar toda la parte alta de la finca? —preguntó María, aunque atestiguando su escaso interés, manteniendo su mirada sobre el plato.

—Afortunadamente las tierras colindantes no son propiedad de nadie, por el momento, por lo que todo resultará mucho más sencillo —aclaró Federico.

—A mí me parece muy complicado y costoso —dijo María.

—Hablaré con el Gallego para que invierta en la ampliación. A fin de cuentas, él se verá beneficiado también.

En ese momento, Nina soltó los cubiertos, que cayeron estrepitosamente sobre el plato.

—Nina, ¿estás bien? —preguntó Federico.

—Discúlpenme.

—¿Te encuentras bien? —dijo María cogiéndole la mano.

—Estoy bien —contestó Nina con una leve sonrisa. La apática conversación se prolongó durante toda la comida, y de haber sido presenciada por un testigo que pudiera después darnos parte de ella, afirmaría que las preguntas nacían desde el desinterés más absoluto y que las respuestas tenían como objetivo no resultar descortés. El supuesto testigo apostaría hasta la última moneda de su bolsillo porque algo horroroso y despiadado amenazaba a la familia Losada, la cual era consciente de ello, pero no se atrevía a compartir.

Habían pasado dos años desde que pusieran sus pies en Chile y, aunque a simple vista parecía que la vida les había sonreído, no sería esta más que una sonrisa ladina, amparada por unos ojos traicioneros, que esperaban el momento idóneo para abalanzarse sobre ellos.

Capítulo 25

La última palada de tierra cayó sobre el féretro de madera, con un ruido blando y apagado, como si esa fuera la señal inequívoca y exacta de que una vida había llegado a su fin. Ferrán no lloraba, mantenía el rostro serio y enjuto; si existía límite en el sufrimiento que podía experimentar una persona, él estaba seguro de haberlo alcanzado. Pascal apretaba sus labios y negaba con la cabeza, incapaz de creer lo que sus ojos veían a través de sus lágrimas.

Al otro lado de la tumba, la señora Rosalinda lloraba sin consuelo. Jerónimo la sujetaba del brazo, y ambos se procuraban un ánimo inútil que no hacía más que exacerbar su dolor. La señora Remedios, que se había mostrado tan seca y austera, derramaba lágrimas también por la muerte de la muchacha.

—Tan joven… —repetía Rosalinda una y otra vez—. Llévame a mí en vez de a ella…

El sacerdote que había oficiado el funeral dio el pésame una vez más a Ferrán y se alejó para dejarles más intimidad.

—No está —dijo Pascal con la voz gangosa del llanto—. Se ha ido, Ferrán.

Pero este no contestó, quedándose recio como una de las estatuas de ángeles que había repartidas por el cementerio, ajeno a cuanto ocurría.

—Vamos, hay que marcharse —dijo Jerónimo, en un intento de sacar a los dos del pozo de sufrimiento por el que estaban cayendo—. Hace más de dos días que no llevan nada al estómago.

Ferrán levantó el rostro y miró a los allí presentes, pero como si se encontraran a kilómetros de distancia, afinando los ojos.

—Tienes razón —dijo mirando a Jerónimo. Después se giró hacia Pascal—. Es hora de irse.

Pero el francés negó con la cabeza. En su rostro se reflejaba el dolor de los últimos días y el cansancio de los últimos meses, como si desde el fallecimiento de su tío Alain la mala suerte se hubiera propuesto amargarle cada día de su vida y de todos los que le rodeaban. Su aspecto agotado, vapuleado por los envites de la vida, parecía a punto de desmoronarse.

—No te tortures más, muchacho —dijo Remedios—. La vida continua, por muy desagradable que nos parezca.

Rosalinda asintió, dejando claro que compartía la opinión de Remedios, y acompañada por ella y por Jerónimo, comenzaron a caminar para dejar algo de intimidad a los muchachos. Los dos eran la viva imagen de la derrota.

—Se acabó, Pascal. Ahora está descansando —susurró Ferrán.

El francés no levantó la mirada de la tierra húmeda.

—Yo la quería, Ferrán. La quería mucho y si no me hubiera visto arrastrado por esta vida, que no nos da ni un segundo de tregua, me habría casado con ella.

Ferrán, con las manos en los bolsillos, asintió en silencio y suspiró.

—Nunca piensas que alguien a quien quieres tanto puede morir y aun así… Nos creemos dueños de nuestra vida, de nuestros cuerpos, cuando no somos más que despojos del tiempo, Ferrán —Pascal cogió aire—. Me alejé de vosotros para que no se vieran implicados en mis problemas, en el mar de deudas en el que me sumió mi tío Alain tras su muerte.

—Lo sé, Pascal, y no puedo reprocharte nada. Ni Marta tampoco podría hacerlo.

El francés apretó sus labios para contenerse.

—Tenía planes; por primera vez en mi vida pensé dónde podría estar en los próximos años. Quería…, me avergüenza contártelo ahora, pero Marta y yo hablamos de viajar a Estados Unidos cuando tuviéramos ahorrado lo suficiente, pero fue imposible, Ferrán. Las deudas de mi tío, ahora esto…

—Nunca es tarde, Pascal. Somos jóvenes todavía.

—Mis planes están bajo esta tierra, Ferrán, sepultados para siempre.

Si quedaba algo de jovialidad y dicha en Pascal, tras el fallecimiento de Marta, terminó por desaparecer y su vida comenzó a desmoronarse. Mantuvo el trabajo como mozo de carga un par de semanas más, pero sus continuas faltas y su estado lamentable, pues se pasaba borracho la mayoría de las horas del día, apenas le permitía cargar con las cajas más pequeñas. Ferrán intercedió por él en unas cuantas ocasiones para que no perdiera el trabajo, pero el capataz, Marcial Hernández, le dijo que no regresara más y aconsejó a Ferrán cuidarse de malas compañías como la del francés.

Algo de razón tenía el hombre, ya que Pascal, pasaban los días de taberna en taberna, bebiendo cuanto podía y acumulando deudas; consiguiendo unas pocas monedas con estafas y pequeños timos que le procuraron varios encuentros con la autoridad. Perdido como estaba, no es de extrañar que la señora Remedios quisiera ponerlo de patitas en la calle de inmediato, pero de nuevo Ferrán medió por su amigo, afirmando que se trataba de una mala racha, algo pasajero de lo que hablarían entre risas en un futuro. Sin embargo, Remedios tenía su propia opinión al respecto.

—Usted es buen muchacho, Pascal no le va a traer nada bueno. Lleva el mismo veneno en la sangre que llevaba el desgraciado de su tío, y ya vio el final que tuvo ese pobre diablo.

Ferrán, al que le dolían las manos de acarrear cajas con lo que

obtenía el dinero con el que tapar los agujeros del francés, le insistió una vez más a la anciana, consiguiendo la última oportunidad. Pero Pascal la desaprovechó esa misma noche, cuando llegó más bebido de lo aconsejable, cantando a pleno pulmón y causando un gran alboroto.

A la mañana siguiente, cuando despertó con la resaca acostumbrada, se encontró que las pocas cosas que tenía estaban junto a la puerta. Orgulloso y mascando insultos en francés, se marchó de la pensión de la señora Remedios. Ferrán, que se encontraba trabajando, se puso muy triste cuando se enteró de la noticia por la tarde, al volver a la pensión, pero tampoco le quedaban muchas más opciones para tratar de redimir a su amigo.

—¿Sabe a dónde ha ido? —le preguntó a Remedios.

Esta se encogió los hombros.

—Ni lo sé, ni me importa. Pero le aviso —alzó la mano, señalando con su dedo índice como si este se tratara de un arma mortífera—, si vuelve a traerlo por aquí lo echaré a usted también. No quiero más problemas.

Ferrán asintió con pesar.

—Lo entiendo.

Después de asearse y comer un poco de pan con embutido, Ferrán cogió su abrigo y decidió salir a buscar a Pascal, al quien pensaba encontrar en algunas de las tabernas que había por Valparaíso. Seguramente, entre las más sórdidas y turbias de la ciudad, aquellas donde la calaña compartía tragos y penas, y donde no era muy complicado conseguir algo de dinero si se estaba dispuesto a traspasar los límites de la moral.

Si había algo que sorprendía a Ferrán, era la manera en la que Pascal se las ingeniaba para conseguir que le sirvieran en las tabernas, pese a que se había procurado una fama. Suponía que no debía haber perdido del todo su habilidad sibilina para ganarse a cualquiera o para engañar a un pobre inocente.

Caminando en la oscuridad de la noche, en el silencio de sus pensamientos, buscó consuelo en recuerdo de Nina. Un bálsamo recurrente para sus temores. Tan solo Pascal lo mantenía atado a Valparaíso y esa atadura estaba cada vez más resquebrajada. No tenía mucho dinero ahorrado, pero estaba seguro de que eran suficiente para comenzar una nueva vida en Santiago, alejado de todos los malos recuerdos que habían teñido Valparaíso. Por primera vez abrazó esa posibilidad, respondiendo el corazón con latidos de emoción. Puede que incluso se llevara consigo a Pascal para ayudarle a empezar de cero. Había llegado el momento.

Ferrán encontró a Pascal tirado en el suelo de un cochambroso callejón, con el rostro repleto de heridas y su ropa hecha jirones. Pese a ser de noche y hallarse a la penumbra, su cuerpo era visible para el resto de los que paseaban entre las tabernas de la calle, pero ninguno se acercó más que para corroborar que no le quedaba nada en los bolsillos. Cuando el francés vio a su amigo, sus ojos se iluminaron por un segundo; un destello de tiempos mejores.

—Dios mío, Pascal, ¿qué te ha ocurrido? —dijo Ferrán tratando de levantarlo.

—Un malentendido, camarada —contestó a duras penas. Su embriaguez y los golpes que le habían propinado apenas le permitían articular palabra—. Solo un malentendido.

—Se acabó, Pascal. Te estás matando poco a poco.

Pascal se revolvió, se libró de los brazos de su amigo y, apoyado de espaldas a la pared, se dejó caer hasta el suelo.

—¿Qué ha ocurrido, Pascal? —preguntó Ferrán poniéndose a su altura.

—Esta gente no tiene sentido del humor —dijo con una carcajada patética. Ferrán miró a su alrededor. Varios hombres, ocultos en la oscuridad de la calle, observaban la escena. Acreedores de Pascal que estarían al tanto por si este recibía un par de pesos.

—Tenemos que irnos. Nos iremos muy lejos. Comenzaremos de nuevo.

Pero el francés negó con la cabeza, agitando el despeinado flequillo que caía sobre su frente, de donde surgió también un hilillo de sangre.

—A donde me lleves te causaré problemas —susurró.

—Yo te ayudaré a no causarlos. Ahora vamos a curarte esas heridas.

Ferrán pasó su brazo bajo el del francés y lo levantó sin muchos problemas. Si algo tenía de positivo acarrear cajas durante diez horas al día le habían procurado una fuerza envidiable y un torso fornido. Como pudo, acompasando sus pasos a los vaivenes de Pascal, llegaron hasta la pensión de la señora Remedios, aprovechando que esta estaba dormida. Pascal se sentó sobre la silla y no tardó en conciliar un profundo sueño, sin importarle las heridas que presentaba. Ferrán consideró que era mejor no despertarlo; ya le curaría al día siguiente. Se echó sobre la cama y se quedó igualmente dormido.

Un grito de la señora Remedios despertó a Ferrán, que, adormecido todavía, se tambaleó hasta que consiguió abrir la puerta de la habitación.

—¡Embustero! Saca tus cosas de aquí inmediatamente —Ferrán intuyó que debía haberse enterado de que había vuelto a acoger al francés. Iba a disculparse, sin embargo, tuvo una sensación extraña y decidió ser cauto.

—¿Qué ocurre, señora Remedios?

—Encima tienes la vergüenza para preguntar qué ocurre, sinvergüenza. Te dejé bien claro que no quería volver a ver al francés por aquí —dijo Remedios señalando con su dedo índice a un lado y a otro, como solía hacer siempre que se alteraba.

—Lo sé, señora Remedios, pero no puedo abandonarlo de esa manera. ¿Dónde está? —dijo Ferrán. Remedios era estricta respecto a las normas, pero había aprendido a dominarla y sabía que, pasado un rato, se aplacaría.

—Ni lo sé ni me importa. Ese rufián ha salido corriendo hace cinco minutos. Lo he visto por la ventana.

Un mal presentimiento amedrentó el corazón del joven. De pronto, se dio la vuelta y miró hacia el armario donde guardaba las pocas cosas tenía —aún había cosas de Marta— y se estremeció al ver la puerta entreabierta. Ignorando a Remedios se acercó al armario y lo abrió de par en par, confirmando sus peores sospechas. El cajón donde guardaba sus ahorros estaba completamente vacío, sin un solo peso y, además, sobre la ropa, había una fotografía rajada por la mitad; era una de las que se tomaron cuando desembarcaron del Whisper, en concreto aquella en la que salían los tres, solo que en el trozo la fotografía solo aparecía Ferrán.

—¿A dónde iba? —dijo Ferrán exaltado.

—¿Qué sucede? —preguntó Remedios.

Sin contestarle, Ferrán salió corriendo hacia la puerta y se encaminó hacia las escaleras que conducían a la calle, sin creerse lo que acababan de ver sus ojos. Pascal le había robado hasta el último peso y se había llevado la parte de la fotografía en la que aparecía él junto a Marta. Una vez en la calle, se detuvo y oteó qué camino elegir. Era consciente de que solo tendría una oportunidad para encontrarlo. Sin querer perder más tiempo, y sin saber el motivo de su elección, comenzó a correr en dirección al puerto. Aunque puede que, en el fondo, si supiera por qué corría hacia allí. Llevaba dos años trabajando en uno de los puestos de carga y descarga junto al puerto, y por el trasiego de cajas y los diferentes preparativos sabía cuándo un barco iba a echarse al mar, e incluso podía suponer si se trataba de una travesía larga o corta. Los días previos estuvieron cargando toneladas de cajas para ser transportadas hasta la bodega de un buque cuyo destino no era otro que Estados Unidos.

Corrió con todas sus fuerzas, esquivando peatones y vehículos, siendo el destino de toda clase de miradas y teorías, todas ellas en

torno que se trataba a un vulgar ladrón; incluso varias mujeres se vieron tan amenazadas por la carrera del joven, que pidieron a gritos que avisaran a la policía. Sin embargo, Ferrán era ajeno a cuanto dejaba a sus espaldas. A cada zancada estaba más convencido de que Pascal se había dirigido hacia el puerto y que iba a emplear gran parte del dinero que le había robado para comprar un pasaje hacia los Estados Unidos, pues lo había repetido tantas veces, había sido tan insistente en aquella idea, que Ferrán se consideró un estúpido por haber mantenido dudas al respecto.

Cuando giró por la última calle, encaró el puerto y divisó el buque en el extremo del muelle. La sirena resonaba por doquier y de las chimeneas salía un humo cada vez más denso y oscuro que pregonaba que el barco iba a zarpar de un momento a otro.

—¡Pascal! —gritó entre la multitud que despedía al barco. En la cubierta de este, cientos de pasajeros agitaban sus brazos—. ¡Pascal!

Soltaron las gruesas amarras del buque, el cual comenzó a rugir y a desplazarse pesadamente hacia delante. El clamor se hizo general.

—¡Pascal! —gritó de nuevo, aunque su voz se perdía entre el gentío. Pero eso no le importaba, continuaba gritando, mirando a un lado y a otro, con las primeras lágrimas brotando de sus ojos—. ¡Pascal!

Llegó hasta la primera fila a empujones y trató de saltar la barandilla que le separaba del muelle, pero un guardia lo advirtió y se lo impidió con un brusco empujón. Ferrán no cayó al suelo porque no había hueco para caer entre tanta gente, pero se vio rodeado por la multitud e incapaz de regresar al lugar de donde había sido tan ferozmente expulsado. Tan solo pudo mirar hacia la cubierta, afinando sus ojos para tratar de distinguir a Pascal.

Minutos después, el buque ya surcaba hacia el interior del océano y la multitud comenzó a disgregarse. Ferrán sabía que era muy probable que Pascal estuviera en el barco, pero no tenía la certeza, lo que aumentaba su malestar. Quería odiar al francés en ese momento, maldecirlo para el resto de sus días, pero era incapaz y llenaba el hueco dejado por ese sentimiento una fuerte sensación de lástima hacia sí mismo. La posibilidad de trasladarse a Santiago se había esfumado con Pascal, o al menos, tendría que retrasarse el tiempo suficiente para que volviera a ahorrar un poco de dinero. Con este ánimo se dirigió de nuevo hacia la pensión, pensando en qué tendría que decirle a la señora Remedios para que no lo pusiera en la calle de inmediato, ya que podía verse sin techo ni dinero para conseguir uno nuevo.

Estaba saliendo del puerto, obnubilado en sus problemas, cuando vio al fotógrafo que les había tomado las fotografías hacía ya más de dos años, a su llegada a Valparaíso. Ese hombre había hecho negocios

con Pascal en su momento y se le ocurrió, con buena intuición, que quizás podía saber algo de él.

—¿El francés? —contestó el fotógrafo—. Rumbo a Estados Unidos. Me ha comprado uno de los últimos pasajes por un buen precio. Un placer hacer negocios con ese muchacho.

~

La marcha de Pascal, y del dinero que este se había llevado consigo, había dejado a Ferrán con pocas opciones. Había conseguido aplacar a la señora Remedios, lo que por lo menos le permitía dormir en un lecho. Mantenía su trabajo como mozo en el almacén que había junto al puerto, pero la imagen constante de El Rancho del Coloso le producía un dolor inmenso y en no pocas ocasiones, tras ver a Jerónimo o a Rosalinda, se derrumbaba y lloraba durante un buen rato, apesadumbrado por los recuerdos.

Pasaron varios días, en los que no hacía otra cosa que trabajar y dormir, cuando, entre las cajas de mercancías, aparece Jerónimo, preso de una gran excitación.

—Tienes que venir, Ferrán —le dijo nada más aparecer.

—Buenos días a ti también, Jerónimo —le contestó de mala gana, mientras terminaba de apuntalar la tapa de una caja. En su mano llevaba el martillo y, entre sus labios, varios clavos. Su piel, empapada de sudor, relucía bajo el sol.

—Hemos encontrado algo que te pertenece, Ferrán.

Este frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Jerónimo, esforzándose por mantener la calma, le explicó porque debía acompañarlo de inmediato. Cuando Ferrán lo escuchó no lo creyó en ningún momento, pero tampoco había espacio para la desconfianza. No tenía queja alguna de cómo lo habían tratado Rosalinda y Jerónimo, por lo que, haciendo una mueca de incomprensión y encogiendo los hombros, decidió seguir a Jerónimo para corroborar su mensaje.

Llegaron hasta El Rancho del Coloso y se dirigieron a la cocina, donde Rosalinda los esperaba con un tarro de metal entre las manos. Por sus ojos enrojecidos era fácil presuponer que había derramado algunas lágrimas. Ferrán hizo un gesto con la cabeza a Jerónimo y este asintió.

—¿Es cierto? —preguntó Ferrán.

Jerónimo y Rosalinda asintieron en silencio.

—¿Están seguros? —insistió el joven.

—Completamente, Ferrán. No es de ninguno de nosotros, por lo que solo puede ser de Marta y ahora tuyo.

Rosalinda le extendió a Ferrán el tarro metálico y este lo cogió

como si se tratara de un frágil tesoro. Era pesado.

—Es dinero —dijo Ferrán.

—Era de Marta; lo tenía escondido tras una estantería. Debía echar parte de las propinas durante todo el tiempo que trabajó aquí. Ahora es tuyo —concluyó Rosalinda.

—Pero…

—Ella se lo ganó con su trabajo, por lo que no nos pertenece a nosotros.

Ferrán, compungido por la idea de que su hermana estuviera ayudándole desde donde quisiera que estuviese, agitó el pesado bote y comprobó que en su interior debía haber una cantidad de dinero considerable.

—No puedo creer….

—Es tuyo, muchacho —insistió Rosalinda ante las reiteradas dudas de Ferrán.

En ese momento, consciente de que podría emplear el dinero para trasladarse a Santiago y comenzar una nueva vida junto a Nina, fue tal su emoción, que dejó el tarro sobre la mesa y abrazó a Rosalinda con todas sus fuerzas. Ambos se emocionaron y Jerónimo, que se negaba a llorar más, salió de la cocina buscando la distracción de un cliente que estaba descansando en la barra.

Rato después, Ferrán, con el billete del tren que llevaría hasta Santiago puesto sobre una de las repisas de su habitación, prepara sus pertenencias y se disponía a cerrar aquel capítulo de su vida. El futuro le pertenecía y se mostraba al alcance de su mano. El futuro era Nina.

Capítulo 27

La secretaria colgó el teléfono y terminó de anotar lo escuchado en la hoja que tenía sobre la mesa. Después revisó que todo estuviera bien escrito y que la información que había en su cabeza coincidiera con lo anotado en el papel. Un error en una palabra podía cambiar el significado de una frase y, con ello, la elección a tomar por el señor Gil Valero. Él no cometía errores, por lo que no los toleraba en los demás.

Segura de su labor, se levantó y se dirigió al despacho. La puerta estaba abierta, señal de que se podía entrar sin pedir permiso. El señor Gil Valero le dio los buenos días y después extendió la mano para recoger el documento que la secretaria le traía.

—Ya era hora. ¿A qué se debe tanta tardanza en los informes? —preguntó poniendo sus ojos sobre la hoja.

—La criada me ha asegurado que hay poco de contar. La situación es estable.

—Razón por la que esa mujer no podrá dedicarse a otra cosa que no sea servir a los demás —dijo el Gallego con cierta soberbia—. Parece que a Federico Losada le preocupa mi repentina desaparición.

Despidió a la secretaria y le dijo que cerrara la puerta del despacho al salir. Después sacó un puro de una elegante caja de madera y lo prendió con el mechero. La primera bocanada de humo saturó el gusto de su boca, pero eso no le impidió disfrutar de una sensación placentera. No visitaba La Regia desde hacía casi un mes y, aunque había algo de verdad en que tenía que resolver ciertos asuntos al norte del país, la verdadera razón de su repentina desaparición no era otra que causar dudas al señor Losada, instigarle a pensar todo tipo de teorías acerca de su marcha; demostrarle que sin él estaba atado de pies y manos.

Federico, y sobre todo su esposa, eran obstinados a la hora de concederle a su hija en matrimonio, pero eso no significaba que fuera ceder en su empeño. Por el contrario, cada vez iba aumentando más la presión en torno a Federico. Además, el paso del tiempo no ha hecho más que madurar la belleza de Marcelina, dotándola de una majestuosidad y una perfección sobre las que era complicado no perderse con la mirada. Si en un principio, el Gallego, veía a Nina como una bella joven que arrastraba consigo una suculenta dote, pues era la única descendencia del matrimonio, la sorprendente transformación de la joven había despertado en él una atracción física que quería saciar cuanto antes. La belleza de Nina, impregnada de inocencia, le resultaba irresistible e incomparable con los placeres que disfrutaba por las noches, en caricias que pagaba de su bolsillo.

Abrió uno de los cajones de la mesa y sacó una carpeta donde tenía anotada toda la información acerca de los Losada, cualquier dato que podía serle útil en sus artimañas. Dio otra calada al puro y miró a través del humo grisáceo. Tenía que afrontar la cuestión de Nina con mucho tacto, un error se traducía en echar por la borda todo lo conseguido hasta entonces. Era evidente que Nina no lo veía con buenos ojos, pero eso no le preocupaba. Tan solo necesitaba el permiso de Federico y la muchacha sería suya.

~

El regreso del Gallego a La Regia colmó de felicidad a Federico, pero sumió a Nina en un estado de hastío permanente, ya que la joven había albergado tímidas esperanzas de que aquel hombre que rondaba tras ella no apareciera nunca más. Tan solo el sonido seco de su bastón sobre el suelo le producía escalofríos y náuseas. Sin embargo, Nina mostró el coraje suficiente como para que su malestar no resultara tan evidente para el Gallego, quien intentaba agasajarla continuamente.

María reconocía la sonrisa forzada de su hija y suspiraba, mientras Federico parecía ver cada vez con mejores ojos la actitud de su socio.

—¿Cómo va el caballo, Marcelina? —le preguntó el Gallego a la joven.

—Es noble y fuerte, señor —contestó.

—Loables aptitudes, sin duda.

—No puede estar más en lo cierto, Gallego —añadió Federico, ante la mirada inquisitiva de su hija.

—Modestia a parte —dijo el Gallego apoyándose sobre el bastón—, me considero un hombre noble ante todo, lo cual es primordial en cualquier ámbito de la vida. ¿Qué opina usted, señorita?

Nina, con las manos cruzadas, sintiéndose vulnerable a la vez que estúpida por ello, clavó sus ojos ambarinos en el Gallego.

—No sabría distinguir la nobleza de un hombre de la nobleza de una bestia

—¡Nina! —le replicó su padre—. ¿Qué manera es esa de referirte a nuestro invitado?

Ana apretó los labios para no soltar una carcajada.

—Permítame aclarar su cuestión —dijo el Gallego con su mano en alto como si pidiera la palabra, mientras se acercaba a Nina hasta quedar a poco más de un metro—. La nobleza de una bestia reside en cómo se comporta con su amo, si obedece las riendas o si puedes otorgarle tu confianza. En cuanto a la nobleza de los hombres, le diré, señorita, que reside en corazón y de él emana. Y no hay acto más noble en este mundo que compartir el corazón.

Los ojos del Gallego estaban clavados en los de Nina, como si

trataran de ver más allá y descifrar sus pensamiento, retando a que hablara de nuevo.

—¿Lo ha comprendido, Marcelina?

Esta, sonrojada y mordiéndose la lengua para no gritarle que jamás iba a ser suya, asintió con la cabeza en silencio.

Después del almuerzo y del ligero desencuentro entre el Gallego y Nina, salieron todos a pasear por La Regia, mientras Federico le explicaba los avances de las plantaciones o su colosal proyecto de ampliar estas en la parte más alta de la finca. El Gallego compartió parte de su entusiasmo, aunque le dijo que de momento era mejor esperar, lo que fue suficiente para que Federico borrara esa idea de su cabeza. Al cabo de un rato, los dos hombres se alejaron lo suficiente de las mujeres como para que pudieran tratar temas más delicados.

—Usted va a amasar fortuna, Federico —dijo el Gallego—. Reconozco el éxito en la mirada.

—Todo funcionará Gallego. Por el momento, he pensado en adquirir una propiedad en Santiago con la que conseguir unas buenas rentas —dijo Federico. Su desesperación por emprender un negocio propio, del que pudiera regocijarse en su éxito exclusivo, lo llevaba a plantearse cualquier posibilidad que pudiera reportarle beneficios. Por su parte, el Gallego ocultó su sorpresa. Nadie le había advertido de las intenciones de Federico, a pesar de que este las promulgaba a su mujer siempre que se sentaban a la mesa—. Mañana mismo iremos a la ciudad a primera hora. Mi familia apenas conoce Santiago y he pensado que sería una buena oportunidad.

El Gallego sonrió a la vez que aumentaba la intensidad con la que el bastón se clavaba en la tierra.

—Diversificar es ganar, no obstante, permítame aconsejarle prudencia. Una mala inversión puede ser un lastre del que cueste mucho trabajo desprenderse.

—Sin riesgo no hay beneficio —dijo Federico con ironía.

—Máxima que hay que aplicar con cautela —replicó el Gallego.

Continuaron caminando en un silencio incómodo, incapaz de descifrar sus intenciones; expectantes.

—Como podrá imaginar, tengo contactos en Santiago. Empresarios muy bien situados, me refiero en el ámbito nacional, que estarían interesados en vender algunas de sus propiedades. Podría concertar una reunión con todos ellos —dijo el Gallego poniendo de nuevo el caramelo en su mano; acechando cualquier atisbo de independencia por parte de Federico. Si este se negaba era la señal inequívoca de que trataba de librarse de su presencia, lo que implicaría que tendrían que actuar con mayor determinación.

—Sería fantástico, Gallego —dijo con voluntad cegada ante la posibilidad de reunirse con los mejores empresarios de todo el país.

—Su ambición le honra. Sin embargo, me será muy difícil organizarlo todo para mañana. ¿Le importaría retrasar su viaje a Santiago un par de jornadas?

Y esta pregunta, con la respuesta afirmativa por parte de Federico, supuso, sin que ninguno de los dos pudiera imaginarlo, un antes y un después en la vida, no solo de ellos, sino la de todos los que les rodeaban.

Nina agradeció cambiar de aires y caminar por las calles de Santiago, cosa que había hecho en contadas ocasiones desde su llegada a Chile. La ciudad le ofrecía un sinfín de posibilidades y en comparación con La Regia, la cual le iba pareciendo un lugar cada vez más sombrío, en Santiago había un ajetreo constante y un discurrir de personas que la hacían sentir menos sola en el mundo. Entre las aceras, los parques y los callejones la maléfica influencia del Gallego parecía desvanecerse. Además, esa mañana, se había levantado especialmente animada, con un sentimiento de dicha que no podía identificar, pero que le colmaba el alma de igual manera.

Pasearon por el centro de la ciudad, disfrutando de los edificios coloniales y centenarios que se alzaban desafiando al tiempo, trayendo el pasado a los ojos de los transeúntes.

Fernando Apiles, que había llevado al Gallego hasta la reunión concertada con Federico, caminaba tras ellas, guardando la distancia y asegurándose de que no eran molestados por ningún maleante, ni por nadie que quisiera aprovecharse de las tres mujeres. Nina le había dirigido una mirada fría al advertir a su inesperado guardián, al que consideraba una extensión del Gallego. Elegante, altanero en sus formas y de mirada desafiante, Fernando Apiles no les quitaba el ojo de encima.

Mientras tanto, en una de las mejores cafeterías de la ciudad, en una sala privada, la reunión de los empresarios transcurría con la normalidad acostumbrada, entre licores exclusivos y cigarros de calidad que consumían con ahínco.

Federico era uno de más de ellos, pero quizás había abusado un poco del coñac, pues sentía un calor creciente en sus mejillas y torpeza en la lengua a la hora de hablar. El motivo de su exceso, inusual en él, no había sido otro que los nervios experimentados al presentarse ante tan loable grupo, y las idénticas reacciones que habían tenido cada uno de sus integrantes a sus propuestas, las cuales les parecían insulsas y ridículas. El motivo de tales consideraciones por parte de los magnates era que consideraban ínfimas las cantidades referidas por el señor Losada, además de presuponer un riesgo elevado para una ganancia tan escasa. Así se lo hicieron saber, ya fuera entre risas, con palmadas en el hombro, o invitándole a esperar tiempos mejores. Fue por esto por lo que Federico optó por silenciar sus labios y utilizarlos solo para dar pequeños pero seguidos sorbos al coñac.

El Gallego, que había organizado la reunión, se movía de grupo en grupo con soltura, dando pie a interesantes debates o finalizándolos como si hubiera estado atento a cada palabra, con sentencias que

evidenciaban que se encontraba en su hábitat natural. Federico lo observaba desde la envidia y el asombro, afinando los ojos y controlando las muecas incómodas que su frustración le causaba.

El Gallego, que apenas le prestó atención durante la reunión, le controlaba de reojo, con una sonrisa ladina que evidenciaba el buen desarrollo de su plan. El conato de emprendimiento experimentado por Federico era un aviso de que tenía que estar ojo avizor, aunque esperaba que después del escarmiento que le había preparado, se lo pensase otra vez antes de querer emprender un negocio sin contar con él. Si los planes seguían su curso, pensaba el Gallego, en poco tiempo Federico sería su suegro, y más le convenía tenerlo atado.

—Me temo que debería marcharme —dijo Federico—. No es justo que Fernando tenga que estar tras ellas toda la mañana.

Las palabras sonaron bien en su cabeza, sin embargo, sus labios la pronunciaron con cierta dificultad. El Gallego, que en ese momento discutía con un grupo de hombres, se dio la vuelta y le puso la mano en el hombro.

—No se preocupe por Fernando… Ah, pero qué estoy diciendo. Es demasiado considerado y atento. Nada se le escapa a esa cabeza, —dijo el Gallego tomándolo del brazo para apartarlo levemente del grupo—. Dígame, ¿ha habido suerte?

Federico, con la estéril valentía del alcohol que le corría por las venas, cogió aire y asintió solemne, agitando después su mano para restarle importancia a la cuestión, dando a entender que hablarían del asunto con más tranquilidad.

—Varios de estos caballeros están muy interesados. Es probable que podamos cerrar un trato en las próximas semanas —mintió. La falsa sensación de satisfacción que experimentó fue agradable de todos modos.

—No esperaba menos de usted. Estos hombres son el motor económico del país, no se reúnen con cualquiera —dijo el Gallego, convirtiendo sus palabras en dardos envenenados que iban directo al ego de Federico.

Cuando por fin salió a la calle, agradeció la brisa fresca y los rayos de sol del mediodía. Necesitaba despejarse de aquella desastrosa mañana y no encontró mejor forma que paseando entre las calles de Santiago. Había quedado con María y las niñas a las dos en la Plaza de Armas, pero todavía era temprano, por lo que caminó sin rumbo por la ciudad.

Al igual que su familia, se maravilló del ajetreo de sus calles, la muestra de que había vida más allá de La Regia, parecer que le consoló en gran medida. Era consciente de que el Gallego se había convertido en alguien imprescindible en su vida, pero que había cometido un error garrafal al respecto, se había atrevido a tratarlo

como un igual, equiparando su persona, cuando la realidad era que tenía que aprender muchas cosas de él. Debía tratarlo como un mentor, aprender hasta el último de sus gestos para lograr el éxito que él había alcanzado. No le sería muy complicado, puesto que el Gallego acudía a La Regia casi a diario. Además, Federico tenía guardado bajo la manga un as para hacer que su relación con el Gallego fuese más sólida que nunca.

Más sereno por el paseo y con el ánimo restaurado, decidió borrar los últimos rastros del coñac con un buen café, sentándose en una terraza muy concurrida que no quedaba lejos de la Plaza de Armas. Un reloj cercano le permitía controlar el tiempo, detestaba la impuntualidad, por lo que se limitó a disfrutar del café y de las vistas.

Mientras miraba unos niños alimentando unas palomas, pasó frente a él un muchacho que le resultó familiar, pero de una manera muy vaga, como si hubiera sido personaje en alguno de sus sueños o hubiera coincidido con él horas antes por la calle.

Lo siguió con la mirada mientras se atusaba la barbilla, exprimiendo sus recuerdos. Normalmente no le hubiera dedicado más de dos segundos, pero al tener que hacer tiempo y en su buen estado de ánimo, dejó un par de monedas sobre la mesa y se dispuso a resolver sus dudas. El joven andaba despacio, mirando a un lado y a otro, como si no tuviera claro cuál era su destino. A sus hombros llevaba una bolsa y, colgando de esta, una lata de conservas vacía, cogida con un cordel. Federico, con la curiosidad desbocada, aceleró el paso hasta ponerse a la altura del joven.

—¿Lo conozco? —dijo Federico de repente. El joven lo miró y abrió los ojos de par en par, como si estuviera delante de un fantasma —. ¿Disculpe? ¿Comprende mi idioma?

El muchacho asintió, aun en estado de shock.

—Perdone mi intromisión, pero lo he visto y me ha resultado familiar. No quería molestarle —dijo Federico haciendo una tímida reverencia con la cabeza.

—Usted es Federico —dijo el joven.

Federico lo miró y descubrió al fin la identidad del muchacho que tenía frente a él.

—Nos conocimos junto a la estación de Valparaíso. Usted es uno de los amigos de Ana, ¿me equivoco?

—Así es. Soy Ferrán García —dijo ofreciéndole la mano.

—Federico Losada —se estrecharon las manos—. Hace bastante tiempo de aquello, supongo que podemos considerarnos con excelente memoria.

Ambos rieron la ocurrencia. Ferrán, incrédulo, miró de un lado a otro. El corazón le iba a estallar.

—Por cómo andabas, y esa bolsa, diría que acabas de llegar a

Santiago.

—Esta misma mañana he llegado de Valparaíso.

—¿Y tus otros amigos? —preguntó Federico, quien de inmediato se percató de la melancolía en los ojos de Ferrán.

—Mi hermana falleció de fiebres hace un par de meses y mi amigo consideró a bien partir hacia Estados Unidos.

—Lo siento mucho, no pretendía…

—No se preocupe. La vida a veces nos depara platos amargos. Llegarán días mejores, estoy seguro —dijo Ferrán con entereza.

—Pensar de esa manera es el primer paso Ferrán. Dime, ¿dónde te hospedas?

Ferrán se encogió de hombros.

—Aún no lo sé. Espero encontrar algo decente a buen precio.

—Tendrás un empleo a la vista —dijo Federico.

—Tengo unos pocos ahorros que espero sean suficientes hasta que consiga un trabajo señor.

Federico asintió, pero no pudo evitar compadecerse por el joven.

—En poco más de media hora voy a buscar al resto de mi familia para almorzar, ¿te gustaría acompañarnos?

—¡Por supuesto! —contestó Ferrán.

—Supongo que Ana sentirá una gran alegría al verte.

Conversando con jovialidad hicieron tiempo hasta que llegara la hora acordada. El tiempo nunca había avanzado tan despacio para Ferrán, que todavía no acababa de creerse que fuera reencontrarse con Nina después de dos años. Las dudas y los nervios le asaltaban. Afortunadamente iba vestido con sus mejores ropas, que no eran muy exquisitas, pero desde luego bastante mejores que las que llevaban el día que se despidieron.

—Es la hora —dijo Federico.

Cruzaron la calle y se dirigieron hacia la Plaza de Armas, donde, sentadas en su banco esperaban María, Ana y Nina. Fernando Apiles, con el rostro serio y un cigarro entre los labios, estaba sentado en el siguiente. Al principio, tras una primera mirada, las mujeres creyeron que Fernando venía acompañado del Gallego, pero no tardaron en advertir que se trataba de un joven al que no habían visto antes. De repente, Nina se levantó e hizo el amago de salir corriendo hacia su padre, sin embargo, se dejó caer sobre el banco y estalló en lágrimas. Aquel joven que acompañaba a su padre no era otro que Ferrán.

Valparaíso, 1999

Andreu venía a visitarme todos los días. No era como si se tratasen de citas, puesto que él simplemente aparecía por casa, tocaba el timbre y yo le invitaba a pasar, como si los dos estuviéramos deseando pasar un rato juntos. Después preparábamos café y nos sentábamos en el porche, donde las horas pasaban con tal celeridad que nos olvidábamos de comer incluso.

Sin embargo, apenas me había acostumbrado a aquel golpe de suerte cuando volvieron a llamarme de la residencia, iban a trasladar a mi madre al hospital, a cuidados paliativos… el último lugar, una especie de purgatorio médico para aliviar los últimos días de existencia de una persona.

Me sentía como si la realidad me hubiera agarrado por los pelos y me hubiera tirado al barro, para demostrarme que las cosas seguían muy mal en mi vida, que mi madre se estaba muriendo. Pero, ¿qué podía hacer yo? Los médicos, mis amigos, todos me decían que debía continuar con mi vida y cuando al fin tuve el valor para hacerlo, recibí esa llamada que hizo que tirara por la borda cualquier consejo.

Mi madre se desvanecía en su propio olvido, su cuerpo no podía enfrentarse a la enfermedad y se marchitaba poco a poco. Me sentí egoísta por atreverme siquiera a pensar en continuar adelante con mi vida. ¡Incluso comenzaba a sentir algo por Andreu, que no era otro que quien pretendía quedarse con la casa de la familia! Una vez más, mi cabeza iba a estallar ante lo complicado que resultaba todo.

Fui a ver a mi madre una vez estuvo ingresada en el hospital. Las enfermeras me avisaron que la sedación era fuerte, que no podían prever cuándo iba a despertar y durante cuánto tiempo, pero no me importó, pues aunque resulte duro decirlo de esta manera, mi madre en sí, ya había dejado de existir.

La serie de recuerdos y vivencias que la conforman como persona estaban bajo las cadenas de la enfermedad o tal vez borrados para siempre, era como si el alma le hubiera abandonado al cuerpo en este mundo terrenal. Como era de esperar se encontraba dormida a causa de la sedación. Le cogí la mano y me limité a estar acompañándola, convencida de que ella podía sentir mi presencia de alguna manera.

A causa de todo esto, apenas paré por casa y estuve sin ver a Andreu cerca de una semana, pues lo único que quería hacer en ese momento era estar junto a mi madre… nada más.

Sin embargo, el señor Ibarra debió sufrir otro arrebato de impaciencia, porque llenó el contestador de mensajes acerca de

cuándo íbamos a concertar una cita para ultimar los detalles de la operación. Incluso, en una de las ocasiones en las que regresé a casa, sonó el timbre. Era Andreu y fue entonces cuando nuestros caminos estuvieron a punto de separarse para siempre.

—Estaba preocupado por ti, ¿ha sucedido algo? —me preguntó nada más abrir la puerta.

—Mi madre está peor. Apenas salgo del hospital, tendría que haberte avisado. Lo siento —le dije.

—No tienes que disculparte de nada. Ella es lo más importante ahora.

Yo asentí mordiéndome los labios, con el llanto inundando mis ojos. Él se echó hacia delante y nos fundimos en un reparador abrazo. Liberé todas las emociones contenidas en los días que estuve a solas con mi madre, atenta de esos monitores que transcribían su vida en números y que podían quedarse a cero en cualquier momento.

—Disculpa. Es increíble que aun rompa a llorar de esta manera después de tanto tiempo —le dije mientras nos dirigíamos a la cocina, donde nos sentamos a hablar.

—No menosprecies lo que estás viviendo. Se trata de tu madre al fin y al cabo. Es normal que te derrumbes.

Hablamos durante un buen rato. Andreu siempre intentaba buscarme una sonrisa y bromeaba ante cualquier oportunidad que se le presentaba. Incluso sobre el señor Ibarra.

—Si fuera tan considerado como insistente, le habría regalado la casa hace tiempo —bromeé.

—Es buen hombre, pero le pierden las formas y el dinero, lo que después de todo, no le convierte en buen hombre —apostilló Andreu, riendo los dos a carcajadas.

—¿Puedo preguntarte una cosa? No tienes que contestarme.

—Adelante.

—¿Cuánto va a llevarse el señor Ibarra de todo esto? —pregunté.

—No sabría decirte la cantidad exacta, pero seguro que una buena tajada —contestó Andreu.

—Ha sido una pregunta estúpida, ahora que lo pienso. ¿Qué otra cosa iba a motivar a ese hombre?

Andreu asintió en silencio y con la mirada puesta en ninguna parte, dijo:

—Me estoy planteando dejarlo.

Yo le miré extrañada.

—¿A qué te refieres?

—A seguir adelante con la venta, pero sin él de por medio. Con pocas personas he hablado más que contigo, nos comprendemos. Podemos contratar un abogado que arregle todo el papeleo. Yo tendría que pagar menos y tú ganarías más, ¿qué me dices?

Antes de continuar hay que comprender en qué situación me encontraba. Llevaba muchos días durmiendo solo un par de horas, tenía las emociones a flor de piel y temía que mi madre se marchara de este mundo sin estar yo a su lado, por lo que no pensaba con claridad.

Supongo que todo este cúmulo de cosas me cegó y que malinterpreté las palabras de Andreu. Su intención era buena, al fin y al cabo, los dos salíamos beneficiados y dejábamos al señor Ibarra al margen. Sin embargo, tomé las palabras de Andreu como un intento por su parte de cerrar la operación lo antes posible, que intentaba hacerme creer que pensaba en mí, cuando la realidad era bien distinta.

Le dije que tenía que pensarlo y que era mejor que se marchara, ya que tenía que regresar al hospital lo antes posible. No puedo evitar reírme al acordarme de su cara desencajada al no comprender lo que estaba ocurriendo, aunque en ese momento no me reía en absoluto. Incluso estaba tan alterada, que llegué a pensar en realizar el resto de la operación contactando directamente con el señor Ibarra en vez de con Andreu.

Esta hostilidad repentina hacia Andreu se incrementó después de que Vasia fuera el día siguiente al hospital y habláramos un rato en la cafetería. A ella podía contarle cualquier cosa, era como el esparrin ideal para desahogarme.

—Ese hombre no bien de la cabeza. Yo decir a ti —me decía, señalándome con el dedo como si me estuviera advirtiendo.

—Puede que tengas razón —le dije. Ella asintió orgullosa.

No voy a negar que la aparición de Andreu me había revitalizado. Supuso un toque de color en mi vida gris; la posibilidad de salir del círculo vicioso en el que había entrado mi vida y me costaba creer que se tratase de otra jugarreta del destino.

—¿Cómo te va a ti, Vasia? —le pregunté, deseando escuchar algo que me evadiera al menos durante unos minutos.

—No quejar, niña. Buen sueldo. ¿Tu bien de dinero?

—Si, claro, no te lo decía por eso.

—Puedo prestar si quieres —insistió.

—No te preocupes, Vasia. En cuanto venda la casa me pondré al día.

—¿Tener que vender a ese hombre? —preguntó.

—Es el único interesado ahora mismo.

O eso creía yo, pero en realidad había toda una lista de interesados que el señor Ibarra tenía guardada en un cajón, clasificados según la cantidad de dinero que estuviesen dispuestos a pagar. Andreu Fort era uno de los que ocupaba los primeros puestos, ya que, nuestro querido director sacaba su porcentaje del cambio de divisas, aparte de que

Andreu iba a necesitar un banco en Chile en el que depositar sus ahorros y futuras inversiones, lo que le convertía en el candidato ideal para cerrar la operación.

Supe esto después, y también me enteré de que varias personas estaban dispuestas a poner sobre la mesa ofertas más suculentas que la del chef, pero con las cuales el señor Ibarra no ganaba lo suficiente.

Cuando Vasia se marchó, regresé a la habitación de mi madre. Su posición era la misma que la de las últimas semanas, bocarriba y como si estuviera sumida en un profundo sueño. Fue entonces cuando advertí que junto a ella, ni sobre la mesita, ni en ninguna parte de la habitación había rastro de las azucenas que le había llevado a la residencia. Sentí una ansiedad repentina, como si acabara de despertar de una pesadilla.

—Deben haberlas tirado —susurré. Miré el reloj y, como aun era temprano, decidí ir hasta casa para traerle una flor a mi madre. Mientras andaba apresurada por los pasillos del hospital, en dirección a la salida, tuve la sensación de que iba por la flor por algún motivo que escapaba a mi comprensión.

Llegué a casa y casi no había tenido tiempo de alejarme de la puerta después de cerrarla, cuando alguien la aporreó, era Andreu. Controlé mis impulsos y fui educada, aunque la frialdad en mis palabras denotaba que ocultaba algo.

—¿Qué ocurre, Azucena? —me preguntó.

Fui incapaz de fingir más y estallando de rabia, le eché en cara que intentara hacerse con la casa lo antes posible. Le dije que había sido muy hábil por su parte mencionar la idea de dejar al margen al señor Ibarra, pero que eso no iba alterar los tiempos que yo considerara oportunos para la venta. Al menos eso era lo que yo tenía en mente, porque estaba tan alterada que no supe bien lo que le dije y lo que no. El rostro de Andreu era todo un poema.

—No puedo creer que hayas pensado eso de mí —me dijo—. ¿Crees que intento engañarte para conseguir la venta lo antes posible?

—¿Y por qué si no ibas a preocuparte tanto por mí? —le grité.

Al ver su reacción supe que había malinterpretado sus palabras, pero supongo que a veces es más fácil reafirmarse en los errores que reconocerlos.

—Acabo de llegar a Chile, Azucena, con un solo deseo. Comenzar una nueva vida. Te mentiría si no te dijera que deseo cerrar la operación de una vez y ponerme a trabajar, pero eso no significa que haya intentado engañarte. Jamás lo haría.

Estaba siendo sincero, pero yo continué cegada por mi frustración.

—¿Eso forma parte de tu discurso? ¿O ha sido una treta ideada por el señor Ibarra?

—Te equivocas, Azucena.

—Entonces dame una explicación —le grité.

—Porque me gustas —gritó, para después dejar paso a un incómodo silencio— Quiero decir… Cuando dejé España lo último que tenía en la cabeza era conocer a alguien y, sin embargo…

—No puedo creerte.

—¿Cómo puedo demostrártelo?

—Será mejor que te vayas —le dije mientras entornaba la puerta, pero él introdujo el pie para evitar que la cerrara.

—Retira la casa de la venta si quieres, no me importa. Dímelo y yo mismo se lo comunicaré al señor Ibarra.

—He dicho que…

Y entonces, ocurrió todo el asunto de la nariz.

En mi defensa diré que fue un accidente, pues Andreu adelantó el pie para evitar que cerrara la puerta y justo antes de sugerirme que retirara la casa de la venta, apartó el pie, pero sin tener yo en cuenta que había dado un paso hacia delante.

Yo me enfadé más todavía cuando escuché sus palabras, por lo que decidí cerrar la puerta de golpe. Y ahí todo ocurrió, al cerrarse la puerta ésta golpeó su nariz y Andreu cayó de espaldas al jardín—lo que fue de mucha suerte—, y tan pronto como cerré la puerta, la abrí a sentir como el rostro de Andreu la había frenado al cerrar.

—¡Dios mío! —dije al verlo tirado sobre el césped—. ¿Estás bien?

—Mi *nagiz* —gritó Andreu.

Lo ayudé a levantarse. Estaba mareado del golpe, aunque después me confesó que eran las gotas de sangre que le manchaban la camiseta lo que había hecho desfallecer. Lo llevé a la cocina y lo senté en una silla. Estaba histérica.

—¿Qué hago? —le grité.

—Dame un trapo —me dijo mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—Un trapo, claro.

Pero justo en ese momento sonó el timbre.

—Voy a abrir —le dije. Pensé que se trataría de algún vecino que hubiera sido testigo de la escena o quizás la policía —lo sé, suena absurdo, pero se me pasó por la cabeza—, pero por suerte, al abrir el arma homicida me encontré a Vasia.

—¿Qué ocurre, Vasia? —dije extrañada. Me había despedido de ella en el hospital hacía apenas un rato.

—Se me olvidó llevar manzanas horneadas al estilo ruso, ¡deliciosas! —su expresión cambió al fijarse en las gotas de sangre que había en mi manga—. ¿Qué ocurre, niña?

Me quedé sin palabras, balbuceando como si estuviera sufriendo un ataque nervioso o algo parecido. Al ver mi reacción, Vasia no se lo pensó dos veces, me echó a un lado y entró a la casa dispuesta a enfrentarse con quien fuera necesario. Corrí tras ella, pero no pude detener a la gigantona rusa y antes de que pudiera darme cuenta Andreu se protegía tras la silla mientras Vasia amenazaba con lanzar sus deliciosas manzanas rusas.

—¿Qué hacer tu a mi niña?

—No le hecho nada; Azucena, díselo.

—Ha sido mi culpa, Vasia —pero esta no me consideró muy convincente y encaraba de nuevo a Andreu, que en ningún momento planteó la posibilidad de enfrentarse a ella, alzando la silla como si se tratase de un escudo.

Después de unos minutos tensos, pudimos convencer a Vasia de que había sido todo un accidente y al entenderlo todo, rompió en carcajadas que nos acabó contagiando.

—¿Paz? —dijo Andreu extendiendo la mano.

—Por ahora —dijo al estrecharla. Después, Andreu, se giró hacia mí y repitió el gesto.

—¿Paz?

Asentí y también le estreché la mano. En ese momento, Vasia comenzó a arremangarse.

—Bueno, déjame ver esa nariz —dijo acercándose a Andreu.

—Ha sido solo un golpe. No tienes que molestarte.

—Tu en silla —dijo. Andreu, sin rechistar, como si de un niño se tratase, se sentó en la silla.

—¿Te duele mucho? —pregunté.

—Pásame un trapo, niña—dijo Vasia. Cuando se lo entregue lo puso sobre la nariz de Andreu y la retorció de un lado para otro—.Tu suerte; no rota.

—Soy el hombre más afortunado del mundo —dijo con ironía. Ante esa atípica y curiosa escena no pude más que reírme.

Lo recuerdo como si me encontrara allí mismo, frente a ellos. No había manera de parar de reírme. El culmen de la risa fue cuando Vasia introdujo dos bolitas de algodón en la nariz de Andreu, cada una en su fosa respectiva. Podía tratarse de un chef internacional de renombre; podía ser el hombre quien iba a quedarse con la casa de mi familia, pero en ese momento se asimilaba a un niño que ha recibido un pelotazo en la cara en el patio del recreo.

—Te prepararé algo caliente, ¿té o café? —le dije.

—Café; y una aspirina, por favor.

—Hombres —dijo Vasia con desprecio—. Nosotras parir bebes y no pedir aspirina.

Andreu la miró, pero no se vio con fuerzas para discutir y asintió, dándole la razón.

—Yo solo traer manzanas, ahora tener que ir. ¿Todo bien, niña?

—Todo bien, Vasia, no te preocupes.

Pero, tal y como era la rusa, se aseguró de que no hubiera ningún problema; a su manera, claro está.

—No bueno sangrar otra vez, *Andru* —le dijo poniéndose su mano sobre el hombro.

Cuando nos quedamos solos salimos al porche de la parte trasera. Andreu, pese a que se había llevado el golpe en el rostro, andaba como si se hubiera caído de un primer piso o como si estuviera a punto de desmoronarse.

—¿Quieres que llame al médico? —bromeé.

Él me contestó con una mueca.

—Tu amiga casi me arranca la nariz.

—Es su estilo. Te la hubiera arrancado de no haber intervenido.

Ambos nos reímos.

—Espero que esto haya sido suficiente —me dijo.

—¿Suficiente para qué? —pregunté. Me pilló desprevenida, eso tengo que reconocerlo.

—Para demostrarte que no solo me interesa la compra de la casa.

—Es posible —contesté con una sonrisa.

—Todavía puedo partirme la nariz.

Nos reímos y disfrutamos de un par horas de agradable conversación. Durante ese rato me di cuenta de que era incapaz de renunciar a todo lo que Andreu me ofrecía, que se estaba erigiendo como un faro en medio de la oscuridad en la que se había convertido mi vida. Fue también en ese momento cuando se me ocurrió dar un paso más.

~

Andreu estaba nervioso, de hecho, pocas veces lo he visto más nervioso que en aquella vez, en la sala de espera del hospital, aguardando que nos comunicaran que podíamos entrar a visitar a mi madre.

—¿Estás seguro de esto, Azucena? —me preguntó por decimoquinta vez.

—No tengo ninguna duda. Es importante para mí y, además, creo que se lo debo a mi madre.

Andreu suspiró angustiado.

—Pero, no me siento muy cómodo. Quiero decir, tu madre está muy enferma y yo no soy nadie para… lo que intento decir es que…

—Eso no tiene de qué preocuparte. Soy yo la que te ha pedido que la visitemos. Como has dicho está muy enferma, y apenas tiene momentos de lucidez; si es así, te presentaré como a un amigo.

En ese momento, una enfermera entró en la sala y nos hizo un gesto para que la siguiéramos. Atravesamos distintos pasillos hasta que llegamos a la habitación de mi madre. No le quité el ojo de encima a Andreu en ningún momento. En su rostro podía verse el conflicto y en sus ojos hasta me atrevería a decir que se atisbaba cierta culpa.

—Le hemos bajado un poco la sedación; parece que responde bien —dijo la enfermera.

—Muchas gracias —le dije.

—No tiene porqué darlas. Recuerden que, de despertar, no deben alterarla bajo ningún concepto.

Ambos asentimos como niños obedientes y entramos a la habitación. Yo iba delante seguida por Andreu, que alzaba la mirada

por encima de mi hombro. En cuanto dejamos atrás el pequeño pasillo de entrada a la habitación, mi madre quedó a la vista.

Su postura era la misma de los días anteriores, pero en esta ocasión, mostraba los ojos ligeramente abiertos. Me acerqué a la cama y puse junto a ella la flor que me había prometido a mi misma llevarle. Andreu y yo habíamos hablado de muchas cosas, pero todavía no le había contado nada acerca de las azucenas, en parte porque me costaba encontrar las palabras para ello y tampoco quería que pensara que estaba loca. Pero una vez más, el destino jugó sus propias cartas.

En cuanto puse la flor junto a sus manos, mi madre reaccionó y estiró sus dedos para acariciar sus pétalos. En su rostro esbozaba una sonrisa melancólica y los ojos se le abrieron un poco más.

—Mis flores —musitó.

No podía creérmelo. No me acordaba de la última vez que mi madre había hablado o que incluso había reaccionado a algo en concreto. Andreu, que estaba siendo testigo de mi asombro, me preguntó si me encontraba bien.

—Ha sido la azucena; ha sido la flor —dije señalando la flor de tonos blancos y morados que mi madre tenía entre sus dedos. Andreu, incómodo por la situación y sin comprender lo que estaba ocurriendo, puso cara de circunstancia.

—Mamá, ¿cómo te encuentras? —le dije. Sus ojos se abrieron todavía un poco más y giró su cabeza despacio hacia mí. Su mirada glauca me miraba sin reconocerme, como lo haría ante una desconocida cualquiera. Después centró su atención en Andreu y, nada más verlo, se le transformó el rostro.

—Papá… —dijo emocionada. Andreu no supo reaccionar y se quedó mirándome fijamente.

—Cree que eres mi abuelo Ferrán —le aclaré.

—Tienes razón, papá —dijo mi madre mirando a Andreu. Yo me acerqué a ella para que no tuviera que hacer mucho esfuerzo.

—Pregúntale por qué —le dije a Andreu. Este obedeció, aunque formuló la pregunta con dificultad. Mi madre respiró hondo y dibujó una sonrisa sincera en el rostro, aunque continuó hablando ajena a la pregunta.

—Tienes razón con Marco. He de continuar con mi vida, lo amo y debo dejar los miedos atrás.

—Marco era mi padre —dije incrédula—. Sigue preguntando.

Sin embargo, aquella explosión de sentimientos debió de agotarla, pues enseguida cerró los ojos y cayó en un profundo sueño.

De aquel día guardé el rostro entusiasmado de mi madre al confundir a Andreu con mi abuelo Ferrán, con su padre. Sabía que la enfermedad mantenía intactos los recuerdos más vetustos, que salían a

luz retrayendo a mi madre a la época en cuestión.

Deduje entonces que los sentimientos que expresaba hacia mi abuela Esther no eran fruto de una mente trastornada, sino que había permanecido en su cabeza desde hacía mucho tiempo.

Además, mi madre le había dicho a Andreu, a quien había confundido con su padre Ferrán, que tenía razón respecto a Marco, mi padre y que tenía que continuar con su vida. ¿Qué le ocurrió a mi madre? ¿Qué le impedía hacer su vida?

Pregunté a un par de colegas especializados en psicología retentiva y me confirmaron que esas referencias a mi abuela provenían de hechos que tuvieron lugar, es decir, el rencor de mi madre respecto a mi abuela Esther era real. Esto significaba que esa amiga del mechón blanco que tanto mencionaba debía ser verídica.

Santiago, 1927.

El almuerzo discurrió con una dicha desbordante. La repentina aparición de Ferrán había desvanecido el ambiente enrarecido que levitaba en torno a los Losada, haciéndoles olvidar la pátina gris que se había extendido sobre sus vidas, como un manto de apatía e infortunio.

Pero eran Ana y Nina las que se mostraron especialmente emocionadas. Cuando Ferrán se detuvo frente a ella se observaron durante unos segundos, mientras sus ojos gritaban todo lo que no habían podido decirse durante los más de dos años que habían estado separados. Aunque ellos mismos no habían sido conscientes del paso del tiempo en sus propios cuerpos, al verse experimentaron una grata sensación: Nina se había convertido en una mujer en ciernes, con una belleza desbordante capaz de intimidar a cualquiera que se atreviera a posar sus ojos sobre ella. Muy distinta de la joven de la que se despidió Ferrán junto a la estación. Y este, por los años de trabajo y la dura vida que había llevado a sus espaldas, había desarrollado un porte espléndido, tan solo mermado por la ropa ajada que vestía. Ambos experimentaron el mismo rubor.

Mientras la familia saludaba al muchacho, Fernando Apiles los observaba. Por su rostro era fácil intuir que no le hacía mucha gracia la llegada de ese apuesto desconocido, al que la familia Losada le procuraba tanto afecto. Pensó en el Gallego y en la mejor manera de comunicárselo. Federico, al percatarse de él, se acercó y le dijo que irían todos a almorzar y que podía marcharse si lo consideraba oportuno.

—La verdad es que tengo un poco de hambre, señor Losada. Si no molesto… —dijo con exquisita educación.

—Por supuesto que no. En nuestra mesa siempre hay espacio para uno más. Además, así podré presentarle a un muchacho que viajó en el mismo barco que nosotros. Ferrán, ven aquí, quiero presentarte a Fernando Apiles, uno de mis hombres de mayor confianza en Santiago.

Se estrecharon la mano, aunque recelosos uno del otro. Ferrán, al ver a aquel hombre joven y elegante, temió que se tratara del pretendiente de Nina, y Fernando, para el que no había pasado inadvertida la forma en que la joven miraba al muchacho, sabía que el joven podía convertirse en una piedra en el camino del Gallego, lo que le afectaba de manera directa. Así pues, la rivalidad entre ellos quedó clara desde un primer momento.

A partir de entonces, Fernando Apiles se aseguró de que Ferrán intercambiara el menor número de palabras posibles con Nina o con Ana durante el resto de la jornada, caminando junto a ellas o lanzándole constantes preguntas al chico para concentrar su atención. Sin embargo, Ferrán se hizo el protagonista al relatar el triste final de Marta y Pascal, originando una gran compasión en torno a su persona.

—Lo siento mucho, Ferrán —dijo Nina con lágrimas en los ojos. Ana también estaba muy afectada.

—No puedo creérmelo.

—¿Cuáles son tus pensamientos ahora? —preguntó María sobrecogida de igual manera por la cruda historia que acababa de escuchar.

—Vivir en Valparaíso me trae demasiados recuerdos —aclaró Ferrán—. Ahora mismo mi primera intención es encontrar un techo y un trabajo. Lo demás ya vendrá.

Fernando Apiles vio una excelente oportunidad para deshacerse del muchacho sin mayores problemas.

—Me ha conmovido tu historia, joven. Puede que el hombre para el que trabajo pueda encontrarte un empleo y un techo decente —con esta jugada esperaba engatusar al joven y servirlo en bandeja de plata para que el Gallego lo despachara rápido. Sin embargo, los hechos discurrieron por un cauce bien distinto.

—Puedes trabajar para mí —dijo Federico de repente. Nina casi cae de espaldas al escuchar las palabras de su padre—. Tengo en mente un proyecto para el que necesitaré hombres jóvenes y fuertes como tú.

Ferrán, sin dudar ni un segundo, aceptó.

—No sé cómo agradecérselo, señor —dijo.

—Trabajando duro y siendo fiel conmigo, no hay mejor pago que ese.

—No dude que cumpliré con todo lo que me pida.

Fernando Apiles, que había visto su treta arruinada, intentó enmendar la situación.

—En ese caso te buscaré una buena pensión —añadió con falsa simpatía. Pero de nuevo Federico arrasó con sus planes.

—No quiero que se gaste parte del sueldo en una pensión teniendo nosotros camas disponibles en la casa del servicio. Vivirá con nosotros en La Regia, siempre que acepte, claro.

Los ojos de todos se posaron sobre Ferrán, incapaz de creerse que fuera a trabajar y a vivir tan cerca de Nina.

—A su servicio entonces, señor Losada —dijo Ferrán.

~

Aquella noche Nina no pudo conciliar el sueño sabiendo que

Ferrán se encontraba tan cerca, apenas unas paredes más allá. Paseaba de un lado a otro de la habitación, a veces riendo, a veces suspirando, cruzando sus manos como si rezara o dando pequeños saltos de alegría. Hacía mucho tiempo que Ana no la veía sonreír de una manera tan sincera.

—Todavía no me creo que Ferrán esté en La Regia —le dijo a Ana.

—Ha sido una tremenda casualidad. Lo más curioso es que tendrías que agradecérselo al Gallego —comentó Ana.

—¿A qué viene eso?

—Íbamos a ir a Santiago hace un par de días, pero tu padre retrasó el viaje por una reunión que iba a organizar el Gallego. Si hubiéramos ido en la fecha en la que lo teníamos previsto, tu padre jamás hubiera coincidido con él.

—Imagina cuánta es mi felicidad que se lo agradecería durante el resto de mi vida —dicho esto se lanzó sobre su cama y se quedó mirando el techo—. Es Ferrán. El pobre ha tenido que sufrir mucho.

Ana asintió cabizbaja.

—Entablé una buena relación con Marta y Pascal en el Whisper. Me cuesta creer lo que les ha sucedido.

—Es terrible.

—Eres lo único que le queda —dijo Ana con solemnidad—. No hay otra razón para que Ferrán haya venido hasta Santiago.

Nina no dijo nada, limitándose a poner orden en la maraña de pensamientos que experimentaba en aquel momento. Siendo objetivos, la llegada de Ferrán no alteraría para nada las intenciones del Gallego y puede que incluso, al ser un hombre tan vigilante como él, se incrementaran. Ferrán podía disponer de toda la voluntad del mundo, pero al poner sus pies en La Regia tenía que plegarse al poder invisible del Gallego, que regía hasta la última piedra. Nina conocía a Ferrán y, aunque habían pasado dos años y podía haber cambiado, en sus ojos percibió el mismo alma indomable que jamás se dejaría pisotear, la mirada dura de quien ha sido modelado por la necesidad y el sufrimiento.

—Ana —dijo Nina—. ¿Crees que habrá problemas entre Ferrán y el Gallego?

Un incómodo silencio se interpuso en la habitación, como si la quietud pregonara la desgracia.

—Dios no lo quiera, pues a saber de qué es capaz ese hombre.

Ese hombre, Juan Gil Valero, alias el Gallego, había escuchado con atención todo lo relatado por Fernando Apiles acerca del joven conocido de la familia Losada y posterior trabajador de La Regia. Su juicio, considerado por él mismo como el más perfecto y preciso de todos los existentes, encendió las alarmas en torno a ese Ferrán, pero, en algo tan inusual en él, se dejó llevar por una intuición ajena a la

lógica y guiada únicamente por su parecer. El propio Fernando lo observó con el ceño fruncido después de escuchar estas palabras de boca del mismo Gallego:

—Ese pordiosero no me preocupa. Federico jamás entregaría a su a hija a quien no tiene siquiera un lugar para morirse.

—Su opinión es la mía, señor, pero permítame decirle que la familia Losada le procuraba un gran afecto al joven —insistió Federico.

—Así tienen a alguien con quien distraerse —sentenció el Gallego.

En parte tenía razón. Federico jamás aceptaría el matrimonio entre Ferrán y Nina, pero eso no significaba que el Gallego no estuviese cometiendo un error considerable al menospreciar al joven, tal y como comprobó en los meses siguientes, cuando, perdida la oportunidad de neutralizarlo, tuvo que emplearse a fondo contra él. Ferrán obedecía únicamente a Federico, pensaba en cómo optimizar el trabajo y le comunicaba todo lo que creía oportuno, ya fuera acerca de otros trabajadores o de mejoras que podrían llevar a cabo. Trabajador hasta la médula y honrado hasta en lo más pueril, Ferrán se convirtió en poco tiempo en el ojo derecho de Federico. Ferrán era un oasis en el desierto del poderío del Gallego y a cada día que pasaba, hacía más independiente a Federico.

La ampliación de las plantaciones en la zona norte de La Regia, que no contó con el apoyo del Gallego, fue llevada a cabo en su mayoría por Ferrán y un par de trabajadores nuevos que Federico había contratado, a expensas de despedir a otros que Ferrán había desenmascarado como gandules y ladrones. El error del Gallego había sido tan grande, que cuando se centró de nuevo en conseguir la mano de Nina, se percató de que su palabra carecía de poder en La Regia.

Mientras Ferrán se asentaba como un pilar fundamental para Federico, Nina y él recuperaron su relación paso a paso, superando la sorpresa y la fascinación de los primeros días y dejándose llevar ante el inmenso regalo que les había ofrecido el destino. Ferrán se sentaba en la mesa de la familia Losada para comer y a veces incluso asistía a clases con Ramiro Pelaez, lo que le permitió pasar mucho tiempo con Nina sin que sus padres sospecharan de las intenciones de ambos. Ana, al igual que hizo en la fiesta del Whisper, era la acompañante que les permitía pasear o pasar la tarde juntos, siempre que Ferrán estuviera libre de trabajo. Pero el verdadero inicio de su relación fue la tarde en la que se quedaron a solas por primera vez, ya que María llamó a mandar a Ana para comentarle unas tareas que tenía que realizar al día siguiente.

Se encontraban en el establo, donde Nina le estaba mostrando los caballos que les había regalado el Gallego en su día. Federico le había dado permiso a Ferrán para que dispusiera de alguno de los corceles para recorrer la finca, ya que si lo hacía andando perdía mucho tiempo. El ofrecerle uno de los caballos de la familia fue la primera gran muestra de confianza en el joven. Sin embargo, Ferrán no sabía montar y el capataz de la finca, Aurelio Tormes, celoso de su creciente influencia en Federico y su independencia respecto al Gallego, no había hecho más que darle unos consejos estériles que de poco le habían servido al muchacho.

—Lo básico es no caerte; ese es el truco —le había comentado Aurelio, que consideraba su explicación suficiente y decidió no perder más tiempo con el muchacho. Ferrán comentó que le estaba costando un poco aprender la monta y Nina, sin pensarlo dos veces, se ofreció para enseñarle. Federico y María no vieron inconveniente alguno, ya que Nina solía montar todos los días: ella misma ensillaba a su caballo y estaba atenta de su cuidado. Además, llevaban varios días viéndola tan animada, que procuraban mantener ese estado de gracia en que se encontraba.

—Este es mi caballo —dijo Nina señalando hacia el excelente corcel negro de larga crin. Su cuerpo estaba musculado y ofrecía una imagen vigorosa. Al sentirse cerca de su ama, comenzó a cabecear levemente.

—Te he visto montar algunas mañanas. Es muy bonito —dijo Ferrán.

—Se llama Whisper, como el barco.

Ferrán hizo un gesto difuso. Los buenos recuerdos y la melancolía vestían su mirada.

—No quería que pensaras en tu hermana.

—No te preocupes —le interrumpió Ferrán—. Fueron buenos tiempos. Es solo que a veces me cuesta aceptar todo lo que ha ocurrido.

—Te entiendo.

Se miraron unos segundos hasta que Nina, sonrojada, volvió a centrarse en el caballo.

—¿Te atreves a montarlo? —le preguntó. Ferrán miró con ciertas dudas los miembros musculados del caballo y su imponente altura. Tragó saliva.

—¿No hay otro más pequeño?

Nina comenzó a reír sin parar y hasta los resoplidos del caballo parecían imitar a su ama.

—Son todos casi iguales, pero whisper, al montarlo todos los días, está más fuerte que el resto. Es dócil, no te preocupes.

Ferrán asintió con decisión y dio varios pasos hacia el caballo, que lo miró como si predijera sus intenciones.

—Acarícialo primero, así te conocerá y se quedará más tranquilo —Ferrán obedeció a Nina y pasó por el recio cuello de Whisper, acariciando su grueso pelaje. Aprovechando el momento, Nina fue por la silla de montar y se la tendió a Ferrán—. Tan solo tienes que ponerla sobre el lomo y atar las cintas por debajo del cuerpo.

Así hizo Ferrán, que retrocedía ante cualquier movimiento del animal, causando más risas en Nina. Una vez terminó, la joven revisó la tarea y tras realizar unos breves ajustes, alzó la mano y le invitó a montar.

—¿Estás segura? ¿No me tirará?

—No lo sabremos hasta que no te montes.

—Eso me tranquiliza —dijo Ferrán con ironía.

—Coge las riendas, pon un pie en el estribo e impúlsate.

Ferrán suspiró, cogió las riendas, suspiró de nuevo y puso su pie en el estribo. El caballo, al sentir el naciente peso del jinete, comenzó a relinchar.

—Sube, ¡vamos! —la animó Nina.

Cogió aire y, con todas sus fuerzas, se impulsó con la pierna que tenía en el suelo y se abalanzó sobre el lomo de Whisper, que comenzó a moverse hacia un lado y a otro, con poca o nula intención de obedecer al jinete.

—¿Cómo se para? —gritó mientras alzaba los brazos para mantener el equilibrio.

—Las riendas, Ferrán, no levantes los brazos —dijo Nina echándose hacia un lado—. Dirígelo hacia fuera.

—¿Cómo hago eso?

Por fin, Nina, cogió las riendas e hizo avanzar a Whisper hacia

fuera del establo. Ferrán, en el lomo, iba tan tenso que se asimilaba a una estatua. Sus brazos agarrotados por la tensión sostenían las riendas como si se tratara de un muñeco.

—¿Vas bien? —le preguntó Nina.

—¿Whisper va bien? —fue la respuesta de Ferrán, atemorizado ante la idea de que el caballo se desbocara. Nina volvió a reírse.

—Por aquí abajo va todo bien. Voy a soltar las riendas, ¿preparado?

—¡Espera!

Pero Nina sin hacer caso a Ferrán, soltó las riendas, hecho que no alteró a Whisper, que continuó con su trote tranquilo y pausado.

—Lo haces muy bien —gritó Nina.

Ferrán comenzó a perderle el miedo y se atrevió a atusar levemente las riendas, a lo que el caballo respondió incrementando el ritmo, pero sin llegar al galope todavía. Una sensación inexplicable invadió el cuerpo de Ferrán, el resultado de haber luchado contra sus miedos, haber dominado a Whisper y que Nina fuera testigo de ambos. La emoción le hizo agitar las riendas de nuevo.

Algunos mozos, que trabajaban en los cultivos más próximos, se fijaron en el jinete. Federico, a través de la ventana de su despacho, observó también la escena y no pudo evitar sentirse orgulloso. Pese a que no había compartido su parecer con nadie, creía que el mayor acierto de los últimos meses había sido traer al muchacho a La Regia, la cual sentía más en sus manos; una sensación que no podía explicar, pero no por ello era menos real. Además, y aunque todavía no era más que una vaga idea, veía posibilidades entre Ferrán y Ana. Henchido de satisfacción, dio la espalda a la ventana y volvió al trabajo.

El galope del caballo comenzó a levantar una nube de polvo en la explanada, ya que Ferrán se atrevía cada vez más a atusar las riendas de una determinada manera o de otra, haciendo que Whisper incrementara el ritmo y lo redujese, que girara hacia un lado o hacia otro. El caballo, por otra parte, parecía sentirse cómodo con el jinete.

—No se me da nada mal —dijo Ferrán envalentonado tras detener a Whisper frente a Nina.

—La verdad es que me has sorprendido. Te veía con un brazo roto —bromeó.

—Muy graciosa, pero ya lo ves.

—Vaya, vaya, ¿te atreves a darme un paseo, jinete? —le retó Nina, afinando sus ojos en señal de desafío. El primer impulso de Ferrán fue decir que sí, pero aplicando razón y frialdad al asunto, no podía arriesgar la salud de Nina de esa manera. Sería una falta de respeto hacia el señor Federico.

—Aun no estoy preparado, Nina. Si te ocurriese algo me matarían —dijo Ferrán. Nina asintió.

—Tienes razón… ¡Espera aquí! —y dicho eso, la joven salió corriendo hacia el establo, saliendo montada sobre otro caballo, aunque exhibiendo unas formas mucho más ágiles y elegantes que Ferrán—. Este es el caballo de Ana, apenas lo monta. ¡Sígueme!

La joven apretó sus piernas contra el corcel y este respondió con un trote ligero. Ferrán tuvo más dificultad para conseguir el mismo efecto en Whisper, aunque tras varios golpes de rienda y bruscos apretones de piernas, consiguió lanzarse a la persecución de Nina. Uno de los que observaba la escena con tirria e inquina era Aurelio Tormes, que sabía que habría que dar cuenta al Gallego de la nueva amistad de la joven.

—Mala tarea, sin duda, —dijo, escupió al suelo y siguió con la mirada a los jóvenes jinetes galopando en la distancia.

Nina y Ferrán se detuvieron en la cima de la parte más alta de La Regia, desde donde se podía divisar casi toda la finca y, ya a un trote más calmado, se adentraron por los riscos que quedaban fuera de los lindes de la propiedad de los Losada. La casa seguía a la vista, pero se intuía lejana y diminuta.

—Lo tengo dominado —dijo Ferrán, pese a que su postura de jinete dejaba bastante que desear. Nina le miró divertida.

—Me has sorprendido, lo reconozco.

Coronaron un pequeño cerro y se detuvieron para disfrutar de las vistas que les regalaba el paisaje.

—Esto es un paraíso —dijo Ferrán con los ojos entornados por el sol.

—Es bonito, si —asintió Nina, aunque arrastrando un cierto pesar en sus palabras. Él lo advirtió.

—¿Qué ocurre?

Nina dibujo un gesto ambiguo en su bello rostro. Su mirada se perdía en el horizonte. En su lengua rondaba la posibilidad de ser sincera y decirle a Ferrán la amenaza que suponía el Gallego, no solo para ella, sino también para él. Pensó en explicarle quién era ese hombre del que tanto había oído, pero que todavía no había visto con sus propios ojos. Pero cuando estuvo a punto de comenzar a hablar, pensó que no se merecía desaprovechar ese momento. Cogió aire y lo expulsó con una sonrisa en sus labios.

—¿Por qué has venido a Santiago, Ferrán? —preguntó, aunque sabía que era confirmar lo evidente.

Este cabeceó incómodo, pero se decidió.

—Porque nunca te he olvidado, Nina, y me moriría si fuera así.

Se mantuvieron la mirada, despreciando el resto del mundo, que se deshizo para ellos. Se procuraban un cariño inmenso, fruto de la nostalgia y el recuerdo pero, al hallarse juntos de nuevo, un furor desatado impulsaba esos sentimientos, que se habían transformado en

bocanadas de un aire sediento incapaz de saciar.

—Ferrán…

—¡Señorita Losada! —se escuchó gritar tras el cerro que habían dejado atrás. Los dos se giraron rápidamente, agitados, como si los hubieran descubierto haciendo algo indecoroso. Espolearon las riendas y cabalgaron hacia la voz del mozo que llamaba la Nina.

—Su madre la busca, señorita —dijo el mozo, que jadeaba por la carrera.

—Gracias. Voy enseguida.

El mozo hizo una sutil reverencia con la cabeza y por unos segundos se quedó mirando a Ferrán, hasta que finalmente emprendió el camino de vuelta.

—Debemos volver —dijo Ferrán. Nina asintió y regresaron hacia el establo, sumidos en un silencio absoluto. Desmontaron de los caballos y los desensillaron, al menos ella, porque Ferrán era incapaz de aflojar una de las correas.

—Maldita sea —farfulló.

—No seas bruto —dijo Nina acercándose hasta quedar hombro con hombro, sintiendo uno el calor del otro—. Hay que tirar hacia abajo, ¿lo ves?

La mano de Nina se posó sobre la de Ferrán y la guió para desabrochar la correa. Su piel era áspera, endurecida por el trabajo, pero perfecta para su parecer. Ferrán experimentó un agradable calor encendiendo su cuerpo, como si las manos de Nina albergaran un poder inmenso. Se miraron de nuevo a los ojos, a la distancia de un suspiro, donde se siente más que se ve. Ambos tenían motivos para detenerse, para cerrar los ojos ante la tentación que sus labios rozaban ya. Ferrán sentía como el corazón le latía desbocado. Juntaron sus manos en una suave acaricia y se besaron en la soledad del establo.

Capítulo 33

Las noticias que le iban llegando al Gallego, tanto de parte de Aurelio, de Fernando o de cualquiera de los trabajadores de La Regia, eran cada vez más preocupantes. No solo su influencia se reducía poco a poco en la finca, sino que Nina pasaba mucho tiempo con ese muchacho que Federico había encontrado en las calles de Santiago.

En todo momento le quitó hierro al asunto, pero dentro de sí la preocupación persistía. Trató de averiguar algo de ese tal Ferrán García y mandó a varios hombres a recopilaran toda la información posible. Al cabo de un par de días, uno de esos hombres, llegó a su despacho con abundante información del muchacho, que le relató debidamente y con todo lujo de detalles.

Sus visitas a La Regia volvieron a tornarse diarias. Disimulando su recelo al muchacho, estaba atento planeando con el silencio de una víbora su siguiente movimiento. Pero era en los momentos que pasaba a solas con Federico donde sus argucias cobraban vida.

—Veo que hiciste nuevas incorporaciones últimamente —dijo el Gallego dispuesto a comprobar cómo de correcta era la información que le llegaba a sus oídos.

—Y que lo diga. Ese muchacho, Ferrán, es un trabajador nato y muy agradecido.

—Eso me han mencionado. Escuchándole diría que se ha ganado su confianza.

—Es algo que no puedo negar; me demuestra cada día que es digno de mi confianza —dijo Federico. El Gallego escuchó con atención, atento a cada gesto.

—Una gran noticia, sin duda. ¿Qué edad tiene el muchacho?

—Veinte años, un poco mayor que Nina.

El Gallego sintió, por primera vez en su honorable vida, una llamarada interna, un escozor dañino que alcanzaba cada órgano del cuerpo y le causaba una sensación de rabia y frustración. Estaba celoso.

—Oh, pagaría toda mi fortuna por recuperar aquellos tiernos años —bromeó—. A esa edad el mundo parece insuficiente para uno, aunque también suelen cometerse errores.

—De los errores se aprende, Gallego

Caminaron un rato más. Federico hablaba con orgullo de sus nuevos proyectos para La Regia y el Gallego escuchaba con disimulada indignación.

No había tenido noticia de muchas de las cosas que estaba escuchando, valorando por primera vez la seria amenaza que podía resultar el tal Ferrán. Por algún motivo, que también se le escapaba,

ese joven había alterado la balanza de poder y había hecho a Federico más independiente, más seguro y más atento a detalles que antes pasaba por alto. Además, su relación con Nina también podía convertirse en un serio impedimento: paseos a caballo, largas conversaciones… Era probable que Federico viera a su hija como una niña todavía, pero cualquiera libre de sus ojos paternos podía ver que la muchacha se había convertido en una joven atractiva y que respondiendo a los impulsos propios de la edad, muy pronto experimentaría el deseo carnal, la pasión desenfrenada de la novedad y lo excitante, y hasta puede que la predilección a lo prohibido.

—Me gustaría conocer a ese muchacho —dijo el Gallego. Había cometido un error y acababa de advertirlo. Tenía que intervenir cuanto antes.

—Por supuesto. Creo que está arreglando el vallado del norte de la finca. Volvamos a la casa y lo mandaré llamar.

Pero no hizo falta. Estaban llegando a la casa cuando vieron un hábil jinete que se acercaba a ellos desde la parte alta de La Regia. Ferrán había mejorado mucho su técnica de monta y presentaba un porte llamativo como jinete. Su cuerpo atlético bailaba al son del trote de Whisper, que se había acostumbrado a su nuevo amo a la perfección. Federico y el Gallego se detuvieron y observaron la habilidad de Ferrán. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, vieron que llevaba un papel doblado en su mano derecha.

—Parece que hayas montado toda la vida, Ferrán —dijo Federico. El muchacho, tras saludar con un ademán, se bajó inmediatamente del caballo con maestría y ofreció la mano a ambos señores.

—Este caballero es Juan Gil Valero, pero posiblemente hayas oído hablar de él como el Gallego —dijo Federico.

—Desde el primer día que llegué. Mi nombre es Ferrán García, señor —dijo ofreciéndole la mano. El Gallego la estrechó gustosamente, con agradable sonrisa en sus labios, pese a que en su interior bullera la ponzoña venenosa de un odio infinito. De inmediato se sintió amenazado por la presencia del joven.

—Un placer conocer al mejor trabajador de Federico —añadió el Gallego. Ferrán rio con modestia y Federico le puso la mano en el hombro.

—Todo esfuerzo tiene su recompensa.

El Gallego dibujó una sonrisa felina al corroborar que el caballo que montaba Ferrán era el que le había regalado a Nina.

—He realizado la medición del terreno, señor —dijo Ferrán dirigiéndose a Federico y mostrándole el papel que llevaba en la mano —. Aquí lo he apuntado. No creo que sean las mediciones exactas, pero estoy seguro que le será útil.

Federico ojeó el papel con satisfacción y después miró al Gallego.

—¿Qué le dije? Una verdadera suerte haberme encontrado con Ferrán.

Esa misma noche el Gallego rehusó quedarse a cenar y se excusó afirmando que tenía que madrugar al día siguiente para atender un importante negocio. Una vez subió al vehículo en el que lo recogió Fernando Apiles, sufrió un ataque de rabia y empezó a despotricar contra Ferrán, perjurando que jamás iba a permitir que ese desgraciado se interpusiera en sus planes.

—Hay que deshacerse de ese muchacho cuanto antes. Lo subestimé —reconoció con cierta vergüenza. Fernando guardó silencio—. Pero no podemos cometer otro error, ni mucho menos vernos involucrados. Tiene encandilada a toda la familia y si descubrieran que estoy detrás de su marcha, Federico jamás me entregará a Nina. Hay que andar con pies de plomo y no precipitarse.

—¿Cómo quiere que procedamos? —preguntó Fernando. El Gallego levantó la mano en señal de calma.

—Me estoy jugando a mi futura esposa —dijo con lascivia. Fernando Apiles lo observó atento—. Lo primero de todo es confirmar y reunir pruebas acerca de la información que nos ha llegado de Valparaíso. Quiero que te encargues personalmente.

—No hay problema, señor.

—En cuanto a Federico, yo me encargaré de él. Ese hombre solo entiende el lenguaje del dinero y me venderá a su hija quiera o no. En un par de días le comunicaré de manera oficial mi intención de pedir la mano de su hija, no sin antes ofrecerle un apoyo sin parangón a la ampliación de las plantaciones que lleva tanto tiempo preparando.

—Es difícil que acepte, señor Gil. Tenga en cuenta que su esposa se niega en absoluto al matrimonio y en lo referente a la hija, no aceptará sin su consentimiento.

—Aceptarán cuando la ruina caiga sobre ellos —sentenció—. Vienen tiempos difíciles para La Regia.

~

Ana estaba terminando de remendar un vestido. Caía el último sol del día y por ello cosía junto a la ventana, aprovechando la agónica luz del día. Desde la llegada de Ferrán la actitud de Nina se había transformado y hasta su aspecto era bien distinto. Había recuperado el apetito y con ello la belleza más turgente de su juventud. Además, empleaba todo el tiempo del mundo en adecuarse frente al espejo, cuidando hasta el último detalle de su aspecto. Ana estaba muy contenta de su recuperación, pero intuía que esa dicha acarrearía mayores problemas.

De vez en cuando Ferrán y Nina salían a cabalgar, con el beneplácito de Federico. Ascendían hasta los riscos de más allá de la

finca, perdiéndose a la vista de todos en algunos momentos. A su regreso del paseo, la alegría de Nina era tan desbordante, que había ocasiones en que Ana le pedía que se mostrase más comedida.

Dio la última puntada al vestido y alzó la vista. A lo lejos, destacando en el cielo anaranjado, vio a los dos caballos: a Whisper y a Altre, que era el suyo, pero que apenas había montado. Experimentó una mezcla de curiosidad y miedo. Ana, mayor que Nina, había tenido encuentros con cierto mozo de la finca, pero todo amparado por una discreción absoluta. La pasión, el roce la piel ajena y el placer eran elixires muy difíciles de rechazar y era consciente de que Nina y Ferrán eran incapaces de decirse que no.

Al otro lado del cerro, ocultos bajo un grueso y retorcido árbol, Ferrán y Nina daban rienda suelta al torrente de sentimientos que hervían en sus entrañas. La unión de sus cuerpos les transportaba a mundos que ni siquiera habían podido imaginar y el placer, exaltado por el riesgo, les hacía estremecerse una y otra vez, mientras se descubrían, se besaban y se amaban.

Más allá del amor y sus sentimientos, se trataban de dos cuerpos que habían nacido para yacer juntos. El graznido de los pájaros y el leve susurrar del viento entre los matorrales ocultaba los gemidos ahogados de Nina y los jadeos de Ferrán, que llevados por el éxtasis más placentero, se olvidaban de toda preocupación. Un impulso final, una explosión que sacudió sus cuerpos hizo retornar el silencio.

Cuando Nina regresó a su habitación, encontró a Ana con el rostro enjuto y los brazos cruzados. No había hablado abiertamente del tema, pero eso no significaba que flotara en el aire y tensara el ambiente.

—Ten cuidado, Nina —dijo Ana de repente.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien —Nina se sonrojó y, sintiéndose atacada, decidió defenderse.

—También tú deberías tenerlo con ese mozo —le recriminó.

—¡Nina! Sé que quieres a Ferrán y que ahora mismo te enfrentarías al mundo entero por él si fuera necesario; solo te pido que tengas cuidado.

Si lo mío saliera a la luz me llevaría una reprimenda por parte de tus padres, o quizás me buscaran un marido, no lo sé. Pero si se enteran de lo tuyo con Ferrán habrá consecuencias: tanto para ti como para él.

—Lo sé —dijo con la resignación de saber que Ana tenía razón.

—Tu padre tiene mucha estima a Ferrán, pero lo echaría de La Regia de inmediato si se enterara.

—Me iría con él en tal caso —espetó.

Ana, al comprobar la actitud de Nina decidió no darle más vueltas

al asunto y dejarlo correr. Rezaría por ellos y porque su relación permaneciera en secreto el mayor tiempo posible.

No obstante, buscaría la oportunidad para hablar con Ferrán a solas, momento que llegó días después cuando padre, madre e hija fueron a Santiago a realizar unas compras y Ana se quedó en La Regia alegando que tenía varias tareas atrasadas por hacer.

Encontró a Ferrán en el establo, cepillando a Whisper, el cual estaba lleno de polvo y barro debido a la marcha de la mañana. Ana, tras asegurarse de que no había nadie más allí, encaró a Ferrán y fue directa al grano. Le expresó su preocupación por una relación que consideraba, en su opinión, una amenaza cada vez mayor para todos.

El joven escuchó el discurso mientras continuaba cepillando al caballo, concentrado en lo que escuchaba y experimentando un atisbo de culpa.

—Sé que no es lo correcto, Ana, y que quizás nos estamos excediendo, pero es algo superior a mí y a Nina. Tu mejor que nadie sabes lo que sentimos el uno por el otro —dijo Ferrán con pesar.

—Y estoy feliz por todo lo que están viviendo, pero tienen que ser conscientes de los riesgos que corren. ¿Qué ocurriría si Federico supiera de su relación?

Ferrán guardó silencio.

—¿Qué ocurrirá cuando Nina tenga un pretendiente acorde a los ojos de sus padres? —preguntó Nina—. ¿Serás testigo de como Nina comparte su vida con otro hombre?

—¡Nina jamás haría eso!

—Sabes también como yo que eso no depende de ella.

Indignado, Ferrán arrojó el cepillo contra la pared y suspiró desconsolado.

—Lo sé, Ana, aunque sea capaz de negarlo las veces que haga falta. Pero sé que llegará ese día y que tendré que marcharme porque seré incapaz de ver a Nina en los brazos de otro hombre.

—Solo quiero lo mejor para los dos —dijo Ana con un tono más suave, después se despidió. Se disponía a salir del establo cuando Ferrán la llamó. En su rostro se reflejaba una vaga esperanza.

—Conoces al señor Federico mejor que yo…

—Jamás aceptará—le interrumpió Ana, intuyendo las intenciones de Ferrán—. Federico es un hombre bueno, pero no interpone nada a sus negocios y es consciente de que la mano de Nina puede abrirle muchas puertas. No permitirá que su hija se case con nadie que no pueda ofrecerle nada a cambio.

Ferrán asintió y apretó los labios. Rabia y frustración se entremezclaban en él de igual manera.

—Nina tiene casi veinte años, ¿sabes si Federico se lo ha planteado alguna vez?

Ana recordó entonces los rumores acerca de las intenciones del Gallego, aquellos días en los que su poder parecía extenderse sobre Nina sin remedio.

En los últimos meses esa tendencia parecía haberse difuminado, arrastrada por los nuevos tiempos que se vivían en La Regia. Sin embargo, Ana intuía, por los gestos de Gallego hacia Nina, que este esperaba la ocasión oportuna para hacerle a Federico una oferta que no podría rechazar, a cambio de la mano de su hija.

Le dijo a Ferrán que hasta el momento no había escuchado nada al respecto y se marchó, pues sus teorías acerca de esto, eran meras conjeturas que ella había establecido según había interpretado los distintos sucesos.

Pero eso no le había impedido advertir tanto a Nina como a Ferrán. Ella creía que el Gallego esperaba su momento, y si la relación de Nina y Ferrán llegara a oídos de Federico podía suponer que su padre acepte comprometerla con el Gallego. Ese era el miedo que acongojaba el corazón de Ana y que presuponía era cuestión de tiempo que ocurriese; una premonición que, pese a no vivir más allá de sus pensamientos, le aportaba una desconcertante sensación de certeza.

Federico estalló de alegría cuando el Gallego le comunicó su nada desdeñable aporte a su proyecto de ampliación de las plantaciones. Un impulso que le permitiría sumar hombres y recortar los plazos, y todo sin que le costara un peso más de su bolsillo. Si ya estaba emocionado por el repentino cambio de opinión de su socio, cuando éste le comunicó que aportaba el dinero a fondo perdido y que recogería sus beneficios de las futuras cosechas, su alegría alcanzó cotas inimaginables.

Fue por esto que no advirtió lo que escondía la mirada sibilina del Gallego; su aportación al negocio no era ni mucho menos gratuita.

—Puede estar seguro que habrá beneficios en un futuro no muy lejano —dijo Federico.

—Su presencia en cualquier negocio es sinónimo de beneficio, Federico. Confío plenamente en usted y sé que mi recuperaré lo invertido con creces —dijo solícito—. Envidio su valentía.

—He aprendido del mejor, Gallego.

—Bien podría aprender yo algo de usted; tal vez cómo formar una espléndida familia —dijo el Gallego tomando la iniciativa de la conversación—. Los años pasan y si le soy sincero me gustaría tener hijos a no mucho tardar para poder enseñarles este apasionado mundo y los muchos peligros que esconde.

El lujoso bastón se adelantaba al paso de los hombres, como si se tratara de un metrónomo.

—Encontrar una buena mujer es el primer paso —dijo Federico con orgullo—. Ellas son los verdaderos cimientos de un hogar feliz y próspero.

—En eso coincido con usted. Es por eso que me gustaría, con todo mi respeto, preguntarle acerca de las intenciones que guarda respecto a su hija.

A Federico le pilló desprevenido la insinuación del Gallego y durante unos segundos fue incapaz de contestar nada que no fueran palabras sueltas y sin sentido. Tenía asimilado que lo peor que podía ocurrirle a un hombre de negocios era verse sorprendido, quedarse sin capacidad de reacción; en otras palabras, mostrar sus cartas. En los tiras y aflojas de una conversación había que imponer los silencios, no perderse en un silencio impuesto.

—Es todo un honor que haya pensado en mi hija como su futura esposa, Gallego, pero considero que puede encontrar a otra mujer que le complazca más.

—No hasta el momento, Federico. Mis intenciones son transparentes y la verdad es mi bandera. Permítame decirle que la

belleza de su hija es capaz de obnubilar a cualquiera y con el paso de los años he desarrollado un cariño especial por ella. No voy a mentirle, he conocido a muchas mujeres en los últimos años, pero su hija está por encima de todas ellas.

—Me enorgullecen sus palabras, pero….

—Recapacite al menos, coméntelo con su esposa. No soy un hombre acostumbrado a mostrar sus sentimientos, pero estaría dispuesto a mucho por conseguir la mano de su hija. Estoy en sus manos.

Ese *mucho* resonó en los oídos de Federico como si se tratara de música celestial. A él, sin ir más lejos, no le parecía tan mal asunto. El Gallego era uno de los hombres más poderosos que había conocido y cualquier mujer que viviera a su lado tendría en su mano todo lo que dispusiese. La lista de los beneficios procurados por el posible enlace era extensa, mientras que los aspectos negativos se reducían a lo mínimo. Además, en cuanto Nina se quedara embarazada, su futuro nieto se convertiría en el heredero legal de toda la fortuna del Gallego. El único escollo que Federico veía en todo esto era la oposición férrea de María, a la que no sabía cómo convencer.

Mientras Federico se perdía en sus pensamientos, estudiando todas las opciones posibles para introducir la cuestión a su esposa, el Gallego lo observaba de reojo, recreándose en el dilema creado. Sabía que por parte de Federico no habría problemas, pero tampoco le importaba lo mucho que se negara su esposa. Los Losada habían vivido bien desde su llegada a Chile, amparados por la red que el Gallego había tejido a su alrededor. Pero este creía que con su bienestar se habían vuelto algo arrogantes y desagradecidos, y eso no podía tolerarlo.

La llegada de ese muchacho fue la gota que colmó el vaso, poniendo en riesgo los planes que él tenía respecto a los Losada y a Nina. Tal y como le dijo a Fernando Apiles, venían malos tiempos para La Regia. La necesidad y el miedo a los días venideros socavan la voluntad y los principios, y el Gallego sabía muy bien cómo convertir la vida de los Losada en un infierno. Tan solo tenía que esperar al momento de mayor desesperación para aparecer como el salvador de la familia: Federico y María aceptarían su propuesta de matrimonio y hasta la propia Nina, tan orgullosa y bella, se aferraría a su mano con tal de escapar del descarnado mundo de la necesidad. En cuanto al muchacho, disponía del hombre adecuado para hacerlo desaparecer en el momento adecuado..

A mediados de año los perversos planes del Gallego comenzaron a dar sus envenenados frutos. Dueño como era, aunque pocos conocieran este detalle, de las empresas que adquirían el producto de las plantaciones, canceló los contratos y, de la noche a la mañana,

Federico vio como sus ingresos caían en picada. Intentó por todos los medios reubicar sus productos, pero el Gallego se aseguró de que nadie ofertara por ellos. Las deudas y los pagos mensuales comenzaron a mermar sus ahorros y el futuro, antes prometedor, naufragó en deudas imposibles de afrontar y en desesperanza.

Pero en su carácter emprendedor, que no por ello exitoso, Federico confiaba en que podría revertir la situación, pero su error de acudir constantemente al Gallego le hundía cada vez más.

Mientras las finanzas de los Losada se desangraban, Ferrán y Nina se empeñaban en su amor, cegados por los sentimientos, atreviéndose a soñar con un futuro juntos. Pese a que los problemas económicos provocaron que Ferrán trabajara el doble y que incluso Nina llevara a cabo tareas de las que antes estaba exenta, su amorío los mantenía en pedestales de dicha y gozo, siendo felices tan solo con la sonrisa del otro.

Además, la reducción de la plantilla y la apatía de Federico respecto a cualquier tema que no fuera cómo salir airoso de aquella situación, les permitió disfrutar de su relación con una comodidad que nunca hubieran imaginado.

—Estoy viviendo un sueño, Ferrán —dijo Nina abrazada a él, buscando su calor entre la brisa fría del risco.

—Yo también —aunque su tono de voz preocupó a Nina.

—¿Qué ocurre?

—¿Has pensado en el futuro?

—Tu eres mi futuro, Ferrán. Siempre lo serás.

Ferrán la estrechó con todas su fuerzas y beso su frente. El amor que sentían el uno por el otro les cegaba. Apenas le dieron importancia a la situación que estaba atravesando La Regia en aquellos días, todo era insignificante si podían amarse aunque fuera unos minutos. Sus sentimientos no encontraron tope en la realidad del momento ni en las responsabilidades que soportaban.

De nada sirvieron los consejos de Ana, la única que, por situarse a cierta distancia, estaba siendo testigo de los males que estaban consumiendo La Regia. Su relación con Nina se había enfriado desde que esta supo de su conversación con Ferrán, acusándola de entrometerse en asuntos que no le concernían.

Por otra parte, también vio cómo Federico y María discutían constantemente acerca de una cuestión que removía los sentimientos de ambos. Al principio pensó que sería choques esporádicos frutos de la difícil situación en la que se encontraban, pero con el tiempo, y sobre todo con la ruina acechándolos, aquello por lo que discutían se hizo el centro de sus vidas.

Ana no sabía con certeza cuál era el tema que levantaba tantas asperezas entre el matrimonio; tan solo había escuchado referencias a cierta solución para los problemas y a la negación absoluta por parte de María, aunque en las últimas conversaciones parecía mostrarse más solícita y más presta a discutir las condiciones. Ana se figuró que estarían hablando acerca de la venta de La Regia como medio para poner fin a la terrible situación financiera que estaban atravesando. Pero un día gris como eran todos por entonces, mientras hacía las tareas de las que antes se encargaban otras empleadas, que habían sido despedidas al no haber dinero para pagar sus sueldos, el señor Federico le pidió que acudiera a su despacho. Al entrar vio que allí se encontraba también la señora María y, para su sorpresa, al Gallego. Los tres mostraban expresiones opuestas, Federico estaba serio, inexpresivo y con ojeras que atestiguaban los problemas que le robaban el sueño; María lucía ojos rojos fruto del llanto y la resignación; y el Gallego mostraba una sonrisa plena, como si fuera inmune a la desgracia que flotaba sobre La Regia y que él mismo había causado.

—¿En qué puedo ayudar? —dijo Ana, alerta. La presencia del Gallego le hacía desconfiar.

Federico encendió un cigarrillo e hizo un aspaviento, como si tuviera las palabras atravesadas en la garganta.

—Necesitamos tu ayuda, Ana. Es una cuestión muy importante.

María dejó escapar un sollozo. El único que se mostraba entero era el Gallego, apoyado en su bastón y con una sonrisa que le torcía el gesto.

—Por supuesto. En todo lo que pueda ayudar…

—Buena chica —la interrumpió el Gallego con esa sonrisa que tanto desconcertaba a Ana.

Federico cogió aire. María le dedicó una mirada suplicante y

después bajó el rostro como si no quisiera ser testigo de lo que iba a ocurrir.

—Ya conoces al señor Gil Valero —susurró Federico. Ana miró al Gallego y sintió un rechazo al ver sus ojos sobre ella.

—Si —contestó escueta.

—Bien. El Gallego me ha dejado clara en numerosas ocasiones su intención de… —cogió aire de nuevo— de contraer matrimonio con Nina. Mi esposa y yo hemos decidido que no hay un hombre mejor para desposarla. El Gallego es un hombre respetable, educado y puede ofrecerle a Nina todo lo que se merece.

—No le faltará de nada. Si me pide la luna, yo mismo se la entregaré —añadió el Gallego.

Ana se quedó atónita. Tenía los ojos tan abiertos que parecían a punto de salirse de sus órbitas. Sintió una presión incómoda en el pecho, mientras que un temblor se adueñó de sus manos.

—Lo que esperamos de ti —continuó Federico al advertir la perplejidad de Ana— es que medies con Nina para allanar el terreno. Es algo terca y sabemos que prestará más atención a tus palabras que a las nuestras.

Ana comprendió entonces el aspecto desolado de María, la sonrisa triunfadora del Gallego, las discusiones de los últimos meses, todo encajaba perfectamente al escuchar la decisión trascendental que había cambiado la vida de Nina para siempre.

—No aceptará —dijo con un hilo de voz. María se estremeció y rompió a llorar. El Gallego continuaba mostrándose impertérrito.

—Es lo mejor para ella y para todos —añadió Federico.

—Ella se merece lo mejor —dijo el Gallego reafirmando la humildad que le caracterizaba. No obstante, Ana lo ignoró y se refirió a Federico.

—Señor Federico, conozco a su hija y no habrá forma de hacerle siquiera plantearse todo esto.

—¡Tiene que hacerlo! —respondió Federico golpeando la mesa. Después cerró los ojos y se asió la frente—. El Gallego entregará a cambio una dote que nos permitirá salir de esta situación, Ana. No podemos resistir mucho más.

—Lo que sea por mi familia política —añadió este. Su voz se había transformado en el siseo de una serpiente.

Ana los observó con desprecio. Estaban vendiendo a Nina.

—Podría ayudarnos ahora que tanta falta nos hace sin pedir nada a cambio —espetó Ana movida por la indignación que le hervía la sangre. El Gallego golpeó el suelo con el bastón ante la insolencia de la muchacha.

—No voy a tolerar que esta cría se refiera a mí con tales palabras —dijo sin alzar el tono—. He ayudado mucho a esta familia y eso te lo

pueden asegurar los aquí presentes. He puesto al servicio de esta familia todo lo que me han solicitado. Pero en cuanto a sentimientos se refiere, poco podemos hacer los mortales.

—¿Y por eso pretende comprarla? —exclamó Ana.

—¡Ten cuidado, jovencita! —dijo el Gallego alzando el bastón como si de una espada se tratase—. Yo no compro a nadie y de ser así en mal negocio me habría metido. Mis intenciones respecto a Nina estuvieron en conocimiento del señor Federico antes de esta complicada situación y, aun así, estoy dispuesto a lo que haga falta por conseguir el amor de la joven. Eres libre de tener la opinión que más te plazca, pero por nada del mundo toleraré que me juzgues.

Federico, dando muestras de cansancio, se levantó y pidió calma entre los dos.

—¿Has comprendido entonces qué esperamos de ti, Ana? —preguntó Federico.

—No soy capaz de hacer algo así.

Pero de nuevo el Gallego y afilada lengua intervinieron.

—¿Acaso no es tu empleada, Federico? ¿Tienes que pedirle permiso antes de ordenarle que haga algo? La falta de mando es una problemática grave a la hora de aspirar a cosas de cierta envergadura —Federico, como si de una marioneta se tratase, encaró a Ana.

—Tiene razón. Tú eliges, Ana. Quizás seas más prescindible de lo que pensaba.

Ana miró a María, esperando que intercediera por ella, pero se encontró con una mirada de vergüenza y silencio por su parte. La decisión estaba tomada.

Ana tardó varios días en reunir el valor necesario para hablar con Nina. Federico le insistía a escondidas para que lo hiciera lo antes posible, e incluso volvió a amenazarla con despedirla en el plazo de una semana si no cumplía con el encargo. Sin escapatoria posible que no fuera el desamparo y el incierto devenir, Ana se comprometió a no dilatar más el momento.

No sabía cómo iba a hacerlo, qué palabras iba a utilizar y de qué manera iba a refrenar el impulso de rabia de su amiga, que tan enamorada estaba de Ferrán y al que entregaba su cuerpo casi a diario.

Después de horas de reflexión optó por hablar tanto con Nina como con Ferrán, pues creía Ana que Ferrán era más pausado y menos impulsivo que Nina, que podría hacer cualquier estupidez llevada por sus sentimientos. Con, más o menos, todo el plan en su cabeza, salió a la búsqueda de Nina.

La muchacha se encontraba con su madre María, paseando entre las plantaciones, esquivando los frutos que pudrían en el suelo y que nadie, sin explicación aparente, quería comprar.

—¿Qué vamos a hacer, mamá? —preguntó Nina, la cual temía que su padre decidiera prescindir de los servicios de Ferrán, al igual que había prescindido de la mayoría de empleados de La Regia.

—Vendrán tiempos mejores. Ahora tenemos que estar unidos y ser consecuentes con lo que se espera de cada uno de nosotros —dijo María en un discurso que Nina consideró peculiar.

—Estoy de acuerdo. Tenemos que arrimar el hombro. Yo mismo puedo trabajar si es necesario —dijo la joven ignorando las intenciones de María, que sonrió con pesar.

—Ya lo sé, cariño, pero me temo que eso poco nos ayudaría en estos momentos.

Nina bajó la mirada, decepcionada por ser una mera testigo de la ruina que les asolaba.

—Mi niña —le dijo María acariciándole el rostro—, aunque ya debería decir, mujer. Me recuerdas a mí cuando conocí a tu padre.

Nina sonrió pese a que no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación.

—Los años pasan rápido, Nina y a veces no nos damos cuenta de que hemos de tomar nuevas responsabilidades; poner los primeros ladrillos de una vida. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

—La verdad que no, mamá.

María suspiró, dispuesta a decirle que iba siendo la hora de buscar al hombre con el que iba a compartir el resto de su vida —pese a que

ese hombre ya estaba perfectamente localizado—, cuando Nina, sin previo aviso experimentó un malestar que desembocó en unas desagradables náuseas.

—Dios mío, ¿te encuentras bien?

—Si —dijo Nina pasándose la mano por los labios—. Algo me ha debido sentar mal.

Su frente estaba perlada de sudor y su piel pálida como el mármol.

—Vamos a casa. Te prepararé algo para el estómago.

Federico salió de su despacho en cuanto supo de lo ocurrido. Nina estaba sentada en el porche, bajo la agradable sombra de la parra. A su lado estaba María, Ferrán y Ana, aunque esta última permanecía un poco más alejada.

—Ha podido ser una indigestión —dijo Federico, que fumaba mientras no quitaba ojo a su hija.

—Es lo más seguro —añadió Ferrán—. ¿Quiere que revise los depósitos de agua, señor? —le preguntó a Federico, aunque este le dijo que no era necesario.

—De ser así todos sufriríamos malestar. Ha sido algo puntual. ¿Estás mejor?

—Si, papá.

—Ha recuperado el color —dijo María.

—Tiene buen aspecto —dijo Federico—. Ana, ¿podrás quedarte con Nina un rato? María y yo hemos de recibir a un importante inversor de Santiago y su esposa. Estaremos en la casa, por lo que podrás avisarnos si ocurre algo.

Había jovialidad en las palabras de Federico, sin embargo, Ana advirtió la horrible finalidad que ocultaban.

—Claro, señor.

—Estupendo. Ferrán —dijo Federico señalando al muchacho—, el empresario vendrá en automóvil, quiero que te acerques y entables conversación con el chofer mientras se prolonga la reunión. Toda información que puedas sacarle es útil.

En cuanto se quedaron solas, Ana se sentó junto a Nina. La relación entre ambas se había enfriado los últimos meses y no recordaban la última vez que hablaron como las inseparables amigas que eran. Con suerte, el desvanecimiento de Nina había puesto sobre la mesa un tema de conversación que no resultaba demasiado forzado.

—¿Estás mejor de verdad? —preguntó Ana.

—Si. Ha sido muy raro. De repente se me ha revuelto el estómago. Ya me había pasado hace un par de días; supongo que estaré un poco sensible.

Ana tuvo una extraña revelación al escuchar esas palabras, como si le hubieran estado dando ingrediente por ingrediente para que ella tuviera que adivinar de qué plato se trataba.

—¿Cuántos días llevas con náuseas? —preguntó Ana.

—Una semana, pero no son todos los días ni siempre a la misma hora; solo a veces.

Ana se echó hacia atrás a la vez que se ocultaba la boca con las manos y abría sus ojos hasta el límite de sus párpados. Su corazón latía al límite de sus posibilidades. Un sudor frío comenzó a bajarle por la espalda.

—¿Qué ocurre? —pregunto Nina al ver su reacción. Ana se pasó las manos por el rostro y se echó adelante para encararla.

—¿Cuándo fue la última vez, Nina? ¿Cuándo fue la última vez que…, manchaste?

Nina se sonrojó.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó con indignación y rubor.

Ana se acercó aún más a ella y bajó el tono de su voz.

—Dímelo, aunque sea lo último que me digas en tu vida —sentenció con los ojos enrojecidos por la tensión. Nina echó la vista al suelo y buscó en su memoria, azorada por la extraña pregunta de su amiga.

—Nunca he tenido una fecha exacta, yo…, a veces se retrasa y a veces se adelanta, ¿qué está ocurriendo?

—¿Se ha retrasado o se ha adelantado, Nina?

—Casi dos semanas de retraso, pero…

Ana no pudo soportarlo más. Se levantó y comenzó a andar con los brazos en jarra de un lado para otro, suspirando y negando con la cabeza. Nina se asustó.

—¿Qué ocurre?

Ana se detuvo y se acercó hasta situar su rostro a escasos centímetros del suyo.

—Estás embarazada, Nina. El retraso, los vómitos. Estás embarazada y ni siquiera lo sabes.

—No puede… —pero Nina se calló antes de terminar su frase. Si podía ser. Su relación con Ferrán había desatado una pasión incontrolable que les había hecho despreciar las consecuencias de sus encuentros. Ana, que sabía que Federico la echaría si no le comunicaba su futuro matrimonio, experimentó una leve falta de aire en el pecho.

—Puede que sea una falsa alarma, que esté enfermando o que me haya sentado mal la comida —dijo Nina esperanzada en lo imposible.

—Pueden ser muchas cosas, Nina, todas las que tú quieras; saldremos de dudas en un par de semanas —dijo Ana cabizbaja. Tenía que decírselo. Corría el riesgo de que todo volara por los aires, pero tal y como estaban las cosas, no había forma de que Nina saliera bien parada del futuro próximo.

—¿Qué ocurrirá si lo estoy? ¿Qué le ocurrirá a Ferrán? Igual mi

padre acepta que me case con él —Nina derramaba ya sus primeras lágrimas. Ana la miró y sintió una lástima inmensa por ella, reacción que hizo a Nina sospechar de que su amiga le ocultaba algo—. ¿Qué está pasando, Ana?

Esta cogió aire, apretó sus manos y decidió no alargar más esa agonía que la devoraba por dentro.

—El Gallego pidió tu mano a tus padres, a cambio de una importante dote que nos sacaría de esta situación; tus padres han aceptado, Nina. Más tarde o más temprano, tendrás que casarte con él; al menos así era hasta hace unos minutos, porque soy incapaz de prever lo que ocurrirá si se confirma lo que tú y yo acabamos de hablar.

Nina no reaccionó. Su rostro permaneció inexpresivo y su cuerpo inmóvil como una estatua. En el silencio de sus palabras se escuchó el murmullo de la conversación que mantenía Ferrán con el chófer, así como alguna que otra palabra suelta de Federico. La brisa del viento también se dejaba escuchar a su paso entre las ramas de los árboles. De nuevo las náuseas estremecieron su cuerpo.

—Apóyate en mí, Nina —dijo Ana, sosteniendo el cuerpo inclinado de su amiga.

—Dime que es mentira —musitó.

—No lo es.

—¡Dímelo! —gritó con desesperación para después romper a llorar sobre el hombro de su amiga. Afortunadamente el grito no llamó la atención de nadie y permanecieron a solas un rato más. No había consuelo en el mundo para Nina, que veía su vida sesgarse sin remedio. Estaba tan aturdida que no sabía identificar cuál de las noticias era peor, o si la conjunción de ambas la ponían en una situación muy delicada, como en realidad era.

Aprovechando como excusa su indisposición de aquella mañana, Nina pasó el resto del día en cama, llorando sin parar, aferrada a la mano de Ana, como si fuera la única capaz de darle alguna esperanza.

Nina acababa de despertarse. Ignoraba qué hora era, pero intuía por los rayos de luz que atravesaban las cortinas que debía tratarse de mediodía, aunque a medida que salía de su sopor le parecía que la luz de la habitación provenía de varias bombillas, dispuestas en distintos apliques. Era extraño. Sentía aquella habitación como su dormitorio, pero al mismo tiempo le era tan ajena que le provocaba escalofríos encontrarse allí.

Sonaron pasos al otro lado de la puerta, se acercaban varias personas o eso creía. La puerta se abrió de golpe y entonces apareció Ferrán. Lloraba sin consuelo.

—Ferrán, ¿qué sucede? —preguntó Nina.

—¡Dime algo! —insistió la muchacha ante su silencio. Intentó levantarse de la cama, pero era incapaz. Sin embargo, este detalle le pareció anecdótico ante la imagen de Ferrán. Este la miró y negó con la cabeza, su llanto se había convertido en rabia y sus ojos le reprochaban algo que ella era incapaz de descifrar. Pero no hablaba. No movía sus labios y si lo hacía, no emanaba ningún sonido de ellos. Nina estaba desesperada.

—Estoy embarazada, Ferrán —gritó.

Pero este continuó con su actitud recriminadora hasta que se marchó, dejando a Nina sin comprender nada. Apenas le había dado tiempo a asimilar lo que estaba ocurriendo cuando entró el Gallego, ataviado con uno de sus elegantes trajes y haciendo bailar su excéntrico bastón. Dibujara una sonrisa ladina y fijaba sus ojos en Nina con desenfrenada lascivia.

—Ahora eres mía. Eres mi esposa —le dijo el Gallego, que se había detenido frente a su cama y se acercaba con oscuras intenciones—. Eres mi mujer.

—Márchese ahora mismo —le gritó Nina.

El Gallego alzó su dedo índice y comenzó a moverlo de un lado a otro.

—¡Es nuestra noche de bodas, querida! Vamos, Nina. Ven conmigo.

—He dicho que se vaya.

—¡Nina!

—No

—¡Nina!

La oscuridad lo cegó todo, y de repente una luz inundó sus ojos hasta hacerla despertar. Estaba soñando. Miró a su alrededor y vio a Ana y a Ferrán, los cuales la miraban con preocupación.

—¿Dónde estoy? —preguntó jadeando.

—Tranquila, Nina, tranquila. Estás bien, en casa —le dijo Ana—.

Solo ha sido un mal sueño.

—Ferrán, tengo que hablar contigo —dijo Nina desesperada. Este estrechó sus manos y la llevó hasta sus labios.

—Ya lo sabe, Nina. Se lo he contado todo —musitó Ana. Ferrán asintió.

—Tienes que estar tranquila, ¿de acuerdo? —le dijo—. Ahora lo más importante es que guardes todas las fuerzas que puedas.

—¿Qué vamos a hacer, Ferrán? No me quiero casar con ese hombre; no podría soportarlo.

—No llegará ese día, Nina. Aún tenemos tiempo, pero tienes que descansar y recuperarte. Ana —Ferrán se giró hacia ella—. ¿Cuánto tiempo tendríamos antes de que fuera imposible ocultarlo? Ya me entiendes; si tu estuvieras en lo cierto.

Ana se pasó la mano por la frente. Por algún motivo, Ferrán y Nina veían a Ana como una adulta, y para el asunto en el que se veían inmersos, confiaban en su consejo.

—Depende de Nina. Si todo va bien y podemos hacer que las náuseas pasen desapercibidas para Federico y María un mes, puede que un par de semanas más. Pero, si por el contrario tiene más complicaciones, será muy difícil.

La situación era delicada. Los padres de Nina no se demorarían en avisar a un doctor si continuaban el malestar y los desfallecimientos de la joven. Era de suponer que el doctor no tardaría mucho en averiguar el motivo de sus males, desatando una tormenta de incierto final en La Regia.

—Resistiré. No notaran nada —dijo Nina incorporándose; tan rápido que sintió un leve mareo y tuvieron que ayudarla a que se tumbase de nuevo.

—No te precipites, Nina. Es lo peor que puedes hacer —dijo Ferrán sobrecogido. Ana se había fijado en que él miraba continuamente hacia el vientre de Nina, como si percibiera que el hijo de ambos crecía en su interior. Sin embargo, el tiempo no iba a detenerse pasado un mes y suponía que lo peor aún estaba por venir.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Ana.

—Yo no quiero casarme con ese hombre —dijo Nina entre sollozos —. Antes me iría, a cualquier parte.

Los ojos de Ferrán se iluminaron.

—Vayámonos, Nina. Libres y juntos para siempre —dijo con emoción.

—Iría hasta el fin del mundo contigo, Ferrán.

La joven pareja se fundió en un apasionado beso, mientras Ana valoraba el despropósito que acababa de escuchar.

—No están bien de la cabeza, ¿a dónde irán? Ferrán, si ella está embarazada necesitará cuidados y la futura criatura un techo.

—Trabajaré donde haga falta; de sol a sol si es necesario, pero no la abandonaré en los brazos de ese hombre.

Ana, ante aquella demostración de voluntad férrea, intentó convencer a Nina.

—¿Y tus padres? No solo perderán una hija, sino que se quedarán en la ruina.

—Mi padre sabrá revertir la situación —añadió Nina.

—Tu padre es una marioneta en manos del Gallego, Nina —a las palabras de Ana le siguió un incómodo silencio—. Jamás se librará de su presencia. Yo lo he visto, mientras tú y Ferrán se olvidan del resto del mundo, yo he visto como ese hombre manejaba a Federico a su voluntad. Si se escapan, si salen juntos de los muros de La Regia, perderán toda la protección y el Gallego podrá cazarlos como si fuesen animales. A ti, Nina, te protege los sentimientos que ese hombre te procura, pero tienes la certeza al igual que yo, que no dudará en borrar a Ferrán del mapa. Incluso ya está insistiendo a tu padre para que prescinda de él.

—¿Qué opciones tenemos si nos quedamos? —preguntó Ferrán con cierto tono de desafío. Ana, al no tener respuesta, negó con la cabeza —. Si nos quedamos ese hombre acabará echándome o algo peor y se casará con Nina. Quizás se nos ocurra algo que retrase lo inevitable, pero sucederá.

Ana sabía que Ferrán tenía razón. La familia Losada había naufragado en las traicioneras aguas del Gallego y ambos lo único que pretendían era ponerse a salvo. No se trataba de egoísmo, sino de supervivencia. Los días felices habían pasado para no regresar.

—Ven con nosotros, Ana —dijo Nina, ofreciéndole la mano. Una tentación, sin duda.

—No puedo, Nina. Tus padres me lo han dado todo; me acogieron y me dieron una vida que jamás podré devolverles. Yo me quedaré con ellos y me aseguraré que estén bien.

Como si aquello se tratara de una despedida, los tres comenzaron a llorar.

—¿Cuándo se irán? Trataré de ayudarlos en todo lo que pueda.

—En cuanto me reponga; no tiene sentido esperar más —contestó Nina.

—Dispondré lo necesario en los próximos días.

—¿A dónde iremos, Ferrán? —preguntó Nina como si acabara de advertir la trascendencia de la decisión que acababan de tomar.

—Solo se me ocurre ir a Valparaíso y embarcar para irnos lo más lejos posible.

Ana infló su pecho y suspiró. El futuro de todos iba a decidirse en los próximos días.

La noticia de la indisposición de Nina llegó a oídos del Gallego, que no dudó en acudir a La Regia a primera hora para interesarse por el estado de la que iba a convertirse en su futura esposa.

Federico le aseguró que se encontraba bien, que incluso no se habían planteado llamar al médico. Sin embargo, el Gallego insistió en esta última cuestión, afirmando que jamás quisiese dios le faltara, a la que iba ser su esposa, cualquier atención, por nimia e innecesaria que fuese.

—¿Qué le parece si programa la visita del doctor para mañana? —le dijo Federico, convencido de que Nina había sufrido una indigestión e iba a mostrar una notable mejoría durante la jornada.

—Está bien, al fin y al cabo, usted es su padre.

Después, a razón de disfrutar el agradable sol de la mañana, se dispusieron a pasear por las plantaciones y huertos abandonados, que crecían a su libre albedrío y borraban poco a poco toda huella del hombre sobre ellos.

Las copas de los árboles estaban salpicadas de largas ramas, que a su vez mostraban brotes de otras nuevas. Los frutos podridos en el suelo habían fermentado la tierra, brotando numerosos esquejes y malas hierbas que teñían todo de un verde intenso, que el viento movía como si se tratase de un mar de finas hojas. Hasta los caminos originados por el continuo paso de los mozos había desaparecido bajo la hierba.

—Difícil de domar; recia e irrefrenable. Así es La Regía, amigo Federico, a mí me doblegó hace años y ahora lo está haciendo con usted —dijo el Gallego con pesar a la vez que con soberbia.

—La manzana del Edén sería un buen nombre para la finca —bromeó Federico.

—En la vida los fracasos nos enseñan a valorar el éxito; por ello este está reservado a unos pocos. Perseverancia, superación y determinación, solo así podemos conseguir nuestros objetivos.

Federico asintió como si acabara de escuchar las palabras más sabias del mundo, pero el desánimo persistía.

Pasaron los dos hombres junto al establo y se asomaron por la puerta entreabierta, por la cual penetraba una columna de luz. Allí, ataviando las sillas de los caballos se encontraba Ferrán, que al situarse de espaldas a la puerta, no se percató de la presencia de los dos hombres.

—¿Vas a montar, Ferrán? —preguntó Federico, resonando su voz en el silencio del establo. El joven, sorprendido, dejó caer la silla y se dio la vuelta veloz. En su rostro se advertía la tensión—. No

pretendíamos asustarte.

—Disculpe, señor —sus ojos, amparados por la media oscuridad del establo, miraban al Gallego con infinito odio.

—Entonces, ¿vas a montar, muchacho? —preguntó el Gallego mientras señalaba con el bastón a Whisper, que en ese momento presenciaba la escena con su equina tranquilidad.

—Así es, señor —contestó lacónico.

—No sé si sabrás que yo regalé estos caballos a la familia a su llegada a Chile y ese, Whisper, si no me equivoco, es el que le regalé a la señorita Nina; mi futura esposa.

Ferrán experimentó una rabia tan intensa que apretó sus manos con todas sus fuerzas sobre la silla de montar, provocando que el cuero rechinara por la presión de sus dedos.

—Lo felicito por el enlace, señor.

—Permítame robarle un minuto más, es simple curiosidad, pero ¿por qué prepara dos sillas de montar? ¿Tiene intención de ir acompañado? —insistió el Gallego, acercándose varios pasos. Ferrán trató de mantener la calma ante la mirada inquisitiva del hombre que amenazaba a la mujer que tanto amaba.

—Me gusta mantener todo en buenas condiciones, señor —dijo Ferrán.

—Es un joven muy aplicado. Sería capaz de llevar adelante La Regia él solo si se lo pidiese —añadió Federico.

—Ya lo veo —dijo el Gallego con reticencia.

Los dos hombres continuaron su paseo y Ferrán volvió a quedarse a solas en el establo. El corazón le palpitaba en las sienes, a la vez que decenas de pensamientos le asediaban la razón. Le había sorprendido la perspicacia con la que el Gallego se había fijado en que estaba preparando dos sillas de montar; detalle que pasó inadvertido para Federico.

Al día siguiente, después de la cena, él y Nina partirían hacia Valparaíso y, si todo iba bien, no los descubrirían hasta el día siguiente, habiendo recorrido distancia suficiente como para que los largos brazos del Gallego no pudieran alcanzarlos.

Sin embargo, esa misma noche, exactamente veinticuatro horas antes de la huida, todo se precipitó de manera irremediable. Los Losada, junto con Ferrán, cenaban en silencio. El sonido de los cubiertos destacaba sobre sus cabezas, las cuales estaban fijas en sus platos. Todos y cada uno de ellos tenían motivos para refugiarse en el silencio y la reflexión.

Federico saboreaba el fracaso, el cual le había trasladado a su hija, que habría de sacrificarse en aras de salvar a la familia. María arrastraba la culpa en sus ojos, por aceptar entregar a su hija a cambio de dinero, como una mercancía tal y como le dijo a su marido, pese a

dar también su consentimiento para el enlace.

Ana trataba de prever qué ocurriría con ella, si pensarían que ella estaba involucrada en la huida y si tomarían represalias, especialmente el Gallego, al que creía capaz de cualquier cosa. Ferrán disponía en su silencio todos los pasos a seguir para llegar al puerto de Valparaíso con Nina, a salvo, y poder iniciar una vida juntos allá donde el destino les llevase.

Sin embargo, la quietud de Nina era bien distinta a la del resto, más física que mental, ya que el malestar y las náuseas apenas le permitían mantenerse sobre la silla. Resistió heroica a los achaques, hizo cuanto pudo para evitar que sus padres acabaran avisando al médico, pero estaba llegando al límite de sus fuerzas. La tensión por la huida mermaba sus últimas energías.

Un día más, se repetía continuamente, un día más. No sabía si se trataba del embarazo o de una enfermedad, pero estaba desfalleciendo. Pensó en retirarse antes de tiempo de la mesa, pero las fuerzas le abandonaron. Así, de repente, y pillando a todos desprevenidos, Marcelina Losada selló su futuro al caer desvanecida en el suelo.

Ferrán y Federico la llevaron hasta su cama, mientras María humedecía toallas en agua fría para ponerlas en la frente. Una vez la dejaron en la cama comenzó a sufrir náuseas. Ana llegó corriendo con un cubo para evitar que la joven vomitara en el suelo.

En ese momento, Federico dijo que iba a llamar al Gallego para que avisara al mejor médico de Santiago. Ferrán, junto a la cama, con las lágrimas cayéndole por las mejillas, miraba a Nina como quien mira desvanecerse su más preciado destino.

En ese momento, Nina perdió el conocimiento y María sufrió un ataque de pánico intentando hacer reaccionar a su hija. Esta reaccionó, pero enseguida volvió a caer en un sopor enfermizo.

Ana, consciente de lo que iba a ocurrir cuando llegara el médico, miró a Ferrán y sin apenas emitir sonido con sus labios le dijo.

—Vete, Ferrán. Se acabó.

Ferrán negó sutilmente con la cabeza y después miró a Nina otra vez. María se calmó, pero gritó a Federico que se diera toda la prisa del mundo.

—Fernando Apiles va a traer al médico de inmediato. El Gallego viene de camino.

Nina alzó la mano en dirección a Ferrán, pero María se interpuso y la estrechó entre las suyas. La joven, semiinconsciente y sin fuerzas, derramó sus primeras lágrimas y dibujó una mueca de amargura en el rostro. Ferrán negó con la cabeza y se ocultó la cara con las manos. Ana, que lloraba también, insistió.

—Si quieres volver a verla, vete —dijeron sus labios mudos.

Federico entró en la habitación y se acercó a su hija.

—Tranquila, pequeña. El Gallego traerá a todos los médicos que haga falta para que te pongas bien.

En ese momento Ferrán fue consciente de que su estancia en La Regia se había terminado. Ante la sorpresa de Federico y María, se acercó a Nina y la besó en la frente sumido en unas lágrimas que les resultaban igual de desconcertantes. Después, sin decir palabra alguna, salió apresurado de la habitación.

—¿Qué está ocurriendo? ¡Ferrán! —gritó Federico. Pero el joven se perdió por la maraña de pasillos sin echar la vista atrás.

Federico salió tras él, intrigado por lo que acababa de ocurrir, pero sin saber a dónde se dirigía el joven. Después de unos minutos salió y vio a Ferrán a los lomos de Whisper, cabalgando veloz hacia la puerta exterior de La Regia, siendo devorado por la oscuridad hasta hacerse invisible a sus ojos.

Los cascos golpeaban la tierra del camino en el silencio de la noche. La luna, acomodada entre nubes, se asomó para ser testigo de la desesperación de Ferrán.

En su amargo camino, mientras se alejaba de la mujer que amaba y probablemente del hijo que crecía en sus entrañas, Ferrán se cruzó con un vehículo que avanzaba en dirección opuesta. En el breve espacio de tiempo en el que sus ojos se fijaron en los ocupantes del vehículo, su mirada desgarrada se encontró con la del Gallego.

Valparaíso, 1999.

Mi reconciliación con Andreu, esta vez definitiva, supuso también un acuerdo inmediato en la cuestión de la venta de la casa. Ambos salíamos beneficiados sin la intromisión del señor Ibarra, que, por cierto, no paraba de telefonear a uno y otro tratando de averiguar qué estaba ocurriendo.

Reconozco que fue muy hábil y estuvo a punto de embolsarse una importante suma a nuestra costa, pero supongo que fue su propia arrogancia la que terminó dejándole fuera de la operación.

Además, el señor Ibarra aún albergaba esperanzas de que Andreu trasladase todo su dinero a la sucursal de la cual era director, motivo por el cual no le reprochó nada mientras trataba de atraerlo con lisonjas baratas.

Cuando supo que Andreu y yo estábamos preparando la venta sin contar con él, no dudó en telefonearme hasta la saciedad, mañana y tarde. Cuando respondí, en casa se encontraba Andreu, ya que me había insistido, aunque no tanto, lo reconozco, para que le enseñara la ciudad. Acalorados, decidimos ir a casa y disfrutar de un par de cervezas mientras observábamos en azul del océano.

Estábamos en la cocina. Fue una maravillosa coincidencia que Andreu pudiera ser testigo de la conversación, en cuanto descolgué el teléfono, solté el auricular y activé el manos libres.

—¿Señor Ibarra? —dije con un tono muy cordial.

—Por fin se ha dignado a responder a una de mis muchas llamadas, señorita Arias. Estoy profundamente decepcionado con su actitud —se notaba que la bilis le consumía.

—¿Y eso por qué? —pregunté divertida.

—No disimule usted más. Le ayudé en todo momento y así me lo paga. Tengo que enterarme por terceros que han acordado la venta de la casa sin mi aprobación.

—¿Por qué necesito su aprobación, señor Ibarra?

En el altavoz del teléfono sonó un suspiro de rabia contenida.

—Después de tantos años al servicio de su madre y ahora de usted. ¡Qué desfachatez! Quiero que sepa que la pienso demandar por venta ilegal de un bien inmueble.

Andreu, que estaba escuchando en silencio, le quitó importancia a las palabras del director con un gesto de mano.

—¿Venta ilegal? —dije haciéndome la sorprendida.

—Así es, señorita Arias. Además de que se comprometió conmigo en lo que a la venta respecta, su madre aún se encuentra entre

nosotros, lo que le impide desprenderse de una propiedad cedida hasta renuncia explícita o fallecimiento del propietario natural.

Pero de esto tendrá que responder ante un juez —dijo el señor Ibarra creyendo que me estaba asustando y que iba echarme atrás en la operación. En ese momento, Andreu me pidió que no dijera nada y con gestos me indicó que iba a hablar él.

—Ahora es consciente de los problemas que se ha buscado al ir por su cuenta, ¿no tiene nada que decirme? —dijo con pedantería el señor Ibarra, regocijándose en su subjetiva victoria.

—Buenos días, señor Ibarra —dijo Andreu, haciendo un esfuerzo por contener la risa. El silencio se produjo entonces al otro lado de la línea.

—¿Señor Fort? —se escuchó a los pocos segundos. Tuve que taparme la boca para no reírme—. No sabía que estaba usted…

—Ya lo veo —le interrumpió—. Es curiosa su manera de conseguir mi rápida instalación en Valparaíso.

—Oh, no se lo lleve usted a lo personal. Aquí la cuestión es que la señorita…

—La única cuestión es que usted ha afirmado que tomará medidas legales contra Azucena, y eso, tal como están las cosas, me concierne a mí. No es de su incumbencia, señor Ibarra, pero vamos a firmar un acuerdo de venta sobre una propiedad.

En cuanto a su ansiada comisión de venta, que es su única preocupación por lo que veo, saldrá de mi propio bolsillo y se la haré llegar por los servicios prestados.

Estas palabras suavizaron la indignación del director. Le hice un gesto a Andreu. Se supone que no íbamos a darle ni un peso al señor Ibarra.

—No entiendo nada —le dije.

—Espere un momento, señor Ibarra. No cuelgue —dijo Andreu. Después tapó el auricular con la mano—. No guste o no es lo justo, Azucena.

—Pero si no ha sido sincero en ningún momento —le reproché.

—El dinero saldrá de mi parte, no te preocupes —se puso de nuevo el teléfono junto a la oreja—. ¿Señor Ibarra? Sí, sí, sobre el precio que acordamos. Lo recuerdo sí. Yo…

—¿Para qué hemos acordado sacarlo de la operación? —dije.

—Espere, señor Ibarra —dijo tapando el auricular de nuevo—. Aunque yo le pague ahora me he ahorrado una buena cantidad; al igual que tu la has ganado. Todos salimos ganando.

—Él no tiene por qué ganar en todo esto.

—Sí tiene, Azucena —dijo Andreu exaltado.

—¿Por qué? —grité yo.

—Porque jamás te hubiera conocido de no ser por el señor Ibarra

—sentenció. Yo me quedé sin saber qué decir. Nos quedamos mirándonos unos segundos mientras el señor Ibarra se impacientaba. Su voz sonaba alterada en el teléfono.

—Le avisaré cuando firmemos la venta. Si. No se preocupe. Adiós, señor Ibarra —dijo Andreu antes de colgar.

—Entonces, ¿no puede denunciarnos? —le pregunté a Andreu, ignorando lo que acababa de ocurrir y la tensión que se había instaurado entre los dos.

—Poder, puede hacer lo que quiera. Pero no hará nada ahora que sabe que tendrá su parte.

—Pagaremos su comisión a medias. Es lo justo. —añadí.

—No voy a discutir ese punto, Azucena —dijo Andreu.

—Yo también quiero agradecer al señor Ibarra haberte conocido.

Mis palabras pillaron por sorpresa a Andreu, que dibujó una sonrisa nerviosa y se sonrojó. Después cogimos un par de cervezas, salimos al jardín y brindamos por el señor Ibarra.

~

Dos días después firmamos los documentos del acuerdo de venta y Andreu me invitó a comer a uno de los restaurantes más exclusivos de Valparaíso para celebrarlo. El salón se encontraba en una planta interior, sin embargo, Andreu conocía al chef desde hacía años y nos habían preparado una mesa en la azotea del pequeño edificio donde se encontraba el restaurante, desde donde podía divisarse casi toda Valparaíso, cuyos colores relucían bajo el sol.

—¿Quieres vino?

—Solo una copa. Después voy a visitar a mi madre. Quiero pasar el resto de la tarde con ella —le dije.

—¿Cómo se encuentra?

—Tiene sus momentos, pero el pronóstico no es bueno. Al fin y al cabo se trata de una enfermedad degenerativa, no hay mejoría posible.

Andreu extendió su mano y aferró la mía con cariño.

—Tienes que ser muy fuerte; mirándote a los ojos es imposible intuir por todo lo que estás pasando.

Sonreí con modestia. No es que estuviera orgullosa de camuflar el dolor, pero agradecí sus palabras.

—La enfermedad ya me la ha arrebatado —dije con sencillez—. Lo pasé mal antes, esos días en los que mi madre regresaba, instantes en los que me miraba como su hija.

Pero esos momentos fueron reduciéndose hasta no ser más que recuerdos. Lloré mucho; supongo que me desahogué lo bastante como para llevarlo mejor en estos momentos.

—Al menos el señor Ibarra te hizo compañía —bromeó. Yo respondí con una sonrisa.

Me encontraba tan a gusto, que, por primera vez en mucho tiempo, quité el control de acceso que había desde mi cerebro hasta mi lengua y hablé sin preocuparme de nada más, sacando de mi interior lo que pugnaba por salir desde hacía meses. Además, Andreu mostraba un interés real, me preguntaba y me contaba también cosas de su vida.

—¿Te estás burlando de mi? —me dijo después de que le contara mi experiencia con las azucenas. Reconozco que a mí también me hubiera costado creerlo.

—Es verdad, te lo prometo. Es más, puedo demostrártelo cuando quieras.

—¿Cómo? —su pregunta sonó a desafío.

—Cuando visitamos a mi madre le llevé una flor de la azucena, puedo asegurarte que para ella no habrá pasado el tiempo; como si aún estuviese conectada al tallo de planta.

Andreu miró mi copa de vino, buscando una explicación plausible a mis palabras, pero yo apenas me había mojado los labios. Advertí su mirada y negué con el dedo índice.

—Sé lo que digo, Andreu.

—Perdona, es que, no sé, lo que me dices suena muy raro. Me estás hablando de flores que no se marchitan, de plantas a las que le vuelven a crecer las ramas que acabas de cortar, de la fragancia que lo envuelve todo; perdóname, insisto, pero no me negarás que me cueste creer todo eso.

—Está bien —dije, dispuesta a demostrarlo—. ¿Qué te parece si esta noche, cuando regrese del hospital, vienes a casa? Acabamos de firmar el acuerdo de venta; tienes derecho a saber qué has comprado exactamente.

—¿He comprado una planta mágica? —dijo con burla, aunque yo me lo tomé bien.

—Más o menos.

Después de comer fui caminando hacia el hospital. La tarde era agradable e invitaba a pasear. En el lugar me encontré con Vasia, que también había ido a visitar a mi madre.

Ambas nos sentamos en la sala de espera, ya que teníamos que aguardar al aviso de la enfermera para pasar a la habitación.

—Tu mejor cara —dijo Vasia.

—Gracias. Ya he firmado con Andreu. Por fin las cosas comienzan a arreglarse.

Ella hizo un leve gesto de decepción.

—Uno no vender su hogar —dijo con tono de reproche.

—Tengo que hacerlo, Vasia. Además, la casa es muy grande para mí.

—Tu tener familia pronto. Yo saber esas cosas —dijo provocándome una carcajada.

—¿Qué sabes tú?

Ella me miró como una adulta mira a una niña antes de explicarle lo más evidente del mundo.

—A ti gustar chef y chef gustar tu.

Me sonrojé, pero enseguida le dije que éramos solo amigos.

—Te creía más lista, niña.

En ese momento la enfermera nos avisó y pusimos fin a la conversación. Mientras caminaba hacia la habitación reflexioné sobre ello. Era cierto que me llevaba muy bien con Andreu, que teníamos afinidad y que lo pasábamos muy bien juntos, pero de ahí a pensar que existía algo entre nosotros.

Era cierto también que le había contado todos los secretos acerca de mi madre y de las azucenas, pero eso no implicaba nada, tan solo que éramos buenos amigos. Él había salido de una tormentosa relación en España y lo último que pretendía era iniciar una nueva. Nos teníamos cariño, no lo niego, pero no me planteaba ningún futuro con él.

Estos pensamientos desaparecieron de mi cabeza en cuanto entré a la habitación y vi a mi madre. En sus finos y venosos dedos sostenía la flor impertérrita, que destacaba como un brote de vida sobre su marchito cuerpo. Este se movía debido a los daños que el Alzheimer le había ocasionado al sistema nervioso, pequeños impulsos o temblores que la mantenían en un sopor continuo. Bajo sus párpados entornados se averiguaba el color apagado de sus ojos, exentos de brillo.

Nos acercamos a ella y nos limitamos a observar en silencio. Había momentos, como aquel, en que éramos conscientes del poder maligno de la enfermedad y nos sobrecogíamos recordando cómo se

encontraba ella tan solo unos meses atrás.

—Hola Mamá —musité. Pero no reaccionó. Sus capacidades motoras estaban muy mermadas y cualquier reacción por su parte podía considerarse un milagro. Vasia cogió aire con dificultad.

Tras ellas, se abrió la puerta de la habitación y entró un hombre de cierta edad ataviado con una bata blanca, con el bolsillo de la pechera repleto de bolígrafos.

Me habían dicho que otro médico se había hecho cargo de mi madre, así que supuse que se trataba de él. Un médico curtido en años siempre me transmitía mayor seguridad y calma, como si tuvieran el remedio para todo en sus manos.

—Usted debe ser la hija de Marina —dijo observando por encima de sus gafas de pasta. Asentí y nos presentamos. Se llamaba Eduardo Yañez, era el médico jefe de cuidados paliativos.

—Todo un placer, señoritas —continuó el médico—. ¿Las enfermeras le han comentado algo acerca de su madre, Azucena?

Negué con la cabeza. Eduardo me dedicó una sonrisa reconfortante.

—Bien. Es mi tarea entonces. Como sabrá el estado de su madre es complicado y no hay posibilidad alguna de mejoría.

El problema es que su sistema nervioso está muy dañado y necesita de mayor sedación para asegurarnos de que no padece ningún dolor.

—Pero ya le están muy sedada, ¿no es así? —recuerdo que Vasia agarró mi mano en ese momento. Pese a su dificultad con el idioma, comprendía por dónde iban las palabras del médico.

—Es cierto, pero cada vez requiere una sedación mayor y esto conlleva unas consecuencias definitivas —hice un gesto con la cabeza para que continuara—. Azucena, su madre no volverá a despertar y es bastante probable que su corazón no lo resista.

Nunca te acostumbras a escuchar algo así. Me pareció algo lejano e imposible, y pese a estar viéndolo con mis propios ojos, tardé varios segundos en ser consciente de lo que me estaba diciendo el médico.

—Si desea despedirse de su madre, es el momento —dijo el médico con sumo cuidado.

—¿Cuándo van a aumentar la sedación? —pregunté. Malinterpreté el gesto de Vasia, ya que me estrujaba la mano con tal fuerza que pensé que iba a romperse en mil pedazos en cualquier momento.

No era condescendencia por su parte; Vasia nos quería y le partía el alma vivir aquella situación.

—Lo idóneo sería lo antes posible. No tiene sentido esperar —me giré para mirar a mi madre—. Tienen el tiempo que consideren necesario para despedirse, por supuesto.

Le agradecí mucho sus palabras. Nos dijo que le avisemos cuando hayamos terminado y se marchó.

Fue entonces cuando mi aparente calma se esfumó y comencé a llorar. Vasia me abrazó para darme ánimos, aunque yo creo que más bien compartimos penas la una con la otra.

≈

Me resulta muy complicado recordar todo esto como los últimos momentos de mi madre. Si lo pienso un poco, al hacerlo, no hago mas que eternizar su final, regresando para mutilarme con el dolor de su pérdida.

No puedo pensar en esto sin que me angustie, por lo mismo intento revivir otros momentos que pasé con ella, como la anécdota acerca de los supuestos poderes mágicos que tenía el jardín. Tan solo tenías que caminar con los pies descalzos sobre él para evadir todo lo malo, como si se tratara de una especie de antídoto.

Si hago un esfuerzo todavía puedo recordar a mi madre corriendo de un lado a otro. Es a ella a quien quiero recordar, es la Marina que quiero dejar inmortalizada en mi memoria. Una Marina que tuvo una historia que no pude descubrir por completo, pero que hoy entiendo de mejor manera.

Mi madre era profesora en un colegio de Valparaíso. Siempre fue buena estudiante y muy aplicada. Gran parte de los libros que conforman la biblioteca de casa son suyos, y es gracias a ella es por lo que yo estudié psicología, pese a que los envites de la vida me hayan relegado a un paréntesis profesional.

Fue en ese colegio donde conoció a mi padre, Marco Arias, que resultó un antes y un después en su vida.

La verdad siempre termina encontrando una salida; puede permanecer oculta durante años, despreciada y solitaria, pero ante cualquier resquicio, buscará la luz para ser descubierta.

Ahora, con las pruebas ante mis ojos y siendo testigo de ello, puedo decir que la vida de mi madre no fue fácil, que desde que salió del vientre de su madre le tocó luchar por salir adelante y aún así, toda su vida fue una incertidumbre constante, pero ella guerrera y valiente, doblegó sus inseguridades… así fue mi madre y así se merece que la recuerde.

≈

Vasia se había despedido de ella con un sutil beso en la frente. Después se marchó con las lágrimas en los ojos, alegando que tenía que hacer un recado, aunque todo lo que hizo fue salir de la habitación y sentarse en una de las sillas del pasillo, llorando a ratos y esperando pacientemente que todo acabara.

Cuando me quedé a solas con mi madre le di un beso en la mejilla y me senté junto a ella. El pitido que monitoreaba su corazón se me

hacía insoportable, me parecía una cuenta atrás angustiosa.

Su cuerpo se estremecía por los achaques de la enfermedad; sufría convulsiones cada pocos minutos y en su rostro se dibujaban muecas de dolor y angustia. Era inútil y cruel alargar el sufrimiento.

Fui a avisar al médico y enseguida incrementaron la sedación. Al instante, su cuerpo se relajó y cayó en una quietud absoluta, casi celestial. La sensación que tuve era que agradecía poder sumirse en ese descanso definitivo.

—A partir de ahora entramos en horas de incertidumbre —dijo el médico, mirando su reloj con solemnidad. De nuevo nos dejó a solas, aunque esta vez sentía en mi pecho la agonía del tiempo. Sabía que a cada segundo que pasaba la vida de mi madre se desvanecía.

No pude retirar la mirada de su rostro, retrayendo al pasado a través de sus castigadas facciones, buscando con nostalgia tiempos mejores. Viaje años atrás, cuando yo no era más que una niña. Recuerdo una tarde en que, en el regazo de mi madre, ella comenzó a contarme historias de mi abuelo Ferrán, que a su vez él le había contado y que habían permanecido en el olvido durante años.

Historias que yo no recordaba y que han retornado a mi cabeza mientras descubro la verdadera historia de mi familia, como si hubieran permanecido ocultas esperando el momento idóneo para salir a la luz.

Al anochecer salí a buscar algo de comer y me encontré con Vasia, que estaba ojeando una revista en una de las sillas. En cuanto me vio la arrojó a un lado y se dirigió hacia mí esperando la peor noticia. Se detuvo frente a mí sin saber si abrazarme o preguntarme cómo se encontraba mi madre.

—No hay novedad, tranquila —le dije. No dejaba de sorprenderme que fuera yo la que mantuviera la calma. Era una sensación extraña para mí.

—Yo creer malo. Muy malo —contestó.

—Sigue igual que antes. Vasia, esto puede durar incluso días. Es tarde y tienes cara de cansada.

—Yo no ir a ningún lado, niña —no iba a insistir. La conocía lo suficiente como para saber que no iba a marcharse—. ¿Tu dónde ir? ¿Qué necesitar? Yo traer a ti comida —me dijo cogiendo su bolso y dispuesta a ir en busca de ella.

—No te preocupes. Si quieres quédate tú con mi madre. Me gustaría tomar un poco el aire.

—Yo quedar con ella. Tú tranquila, tú tranquila.

Entró en la habitación y yo me dirigí a la cafetería del hospital con la esperanza de que estuviera abierta todavía, ya que si no tendría que recurrir a las máquinas expendedoras del vestíbulo y sus insípidos bocadillos.

No había sido del todo sincera con Vasia, por varios motivos: en primer lugar porque no quería que se marchara por nada del mundo.

Su presencia tenía el poder de ahuyentar todos los miedos, me inspiraba para enfrentarme al final de mi madre con un arrojo que yo desconocía; y por otro lado, no solo iba a buscar algo que comer. Necesitaba hablar con Andreu.

Bajé en ascensor a la planta principal y me dirigí al otro lado del vestíbulo, donde había varios teléfonos públicos. Eché un par de monedas y marqué el número de su hotel, que había memorizado, cosa extraña en mí, que suelo tener memoria de pez. La recepcionista me pasó con la habitación de Andreu y este respondió a los pocos segundos.

—Azucena, me he pasado por tu casa —*tu* casa, pese a que legalmente ya podía decir *mi* casa—. ¿Va todo bien?

Sentí un emocionante calor en el pecho al escuchar su voz, como si hubiera encontrado un acogedor refugio en una fría noche de tormenta.

—Si, bueno, nada fuera de lo común. Estoy en el hospital. Han aumentado la sedación a mi madre y… en cualquier momento… —me derrumbé. Mis propias lágrimas me sorprendieron.

—¿Es el hospital de la última vez? —me preguntó Andreu.

—Si, pero…

—En diez minutos estoy allí.

—De acuerdo —susurré, pero ya había colgado. Me sequé las lágrimas con la manga y respiré hondo. No entendía que acababa de pasar, pero a pesar de la tristeza, me sentía reconfortada, de alguna manera protegida por Andreu, aunque se encontrara en el otro extremo de la ciudad.

Fui a la cafetería, pero tuve que darme la vuelta y gastar mis últimas monedas en uno de esos bocadillos que tanto quería evitar. Compré también una botella de agua y decidí volver junto a mi madre.

Abrí la puerta de la habitación y desde el umbral vi a Vasia sentada junto a ella, custodiándola de la muerte si pudiera. En cuanto me vio se incorporó y me cedió su sitio.

—Puedes quedarte con nosotras, Vasia —le dije.

—No, yo esperar fuera. Ella más tranquila —dijo señalando hacia mi madre. Yo no pude evitar sonreír.

—Insisto, Vasia. Eres de la familia. Quédate, por favor.

Sus ojos brillaron de emoción. Me temo que esas palabras tuvieron un gran impacto en la gigantona rusa, tan alejada de su país, de su familia, en una tierra tan diferente a la suya. Sin pronunciar palabra alguna me estrujó entre sus brazos y hasta me levantó del suelo.

—Te quiero, niña —me dijo.

En ese momento alguien tocó la puerta, la cual se abrió justo después, por donde apareció Andreu. Como si de una cadena de abrazos se tratase me abalancé hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas. Mientras lo hacía, me diría Andreu días después, fue la primera vez que vio a Vasia dedicándole una sonrisa.

Santiago, 1928.

El doctor confirmó lo que Ana ya había adelantado a Ferrán y Nina, estaba embarazada. La noticia sacudió los pilares más profundos de los Losada, del Gallego y de La Regia. Tras unos primeros momentos de estupor e incertidumbre, Federico estalló en un ataque de rabia, arrasando con cuanto encontraba a su paso. Ni siquiera el Gallego trató de calmarlo. María, sin embargo, llorando, le preguntaba a Nina una y otra vez qué había hecho. Ana, cabizbaja, sufriendo por ella y por Nina, rezaba por que todo pasara cuanto antes.

—¿Quién es, Nina? —gritó Federico desde la habitación contigua, donde había descargado su furia contra las puertas de un armario—. ¿Ha sido ese malnacido de Ferrán?

Nina no contestó y cayó en un estado de semiinconsciencia.

—Lejos de toda corrección moral, esta muchacha necesita calma y descanso —apostilló el doctor.

—¿Por eso ha huido? Ese cobarde. Después de acogerle, de tratarle como si fuera un hijo —su voz desgarrada hacía temblar las paredes. El sonido de cristales rotos asustó a Ana. El Gallego, indignado por la noticia, trataba de recuperar la calma dando paseos nerviosos por el pasillo. ¿Cómo había sido posible? Pensaba una y otra vez, ¿cómo había podido ocurrir sin que nadie le hubiera prevenido? Se detuvo frente a una ventana y contempló la oscura soledad de La Regia, casi abandonada, sin nadie que atendiera sus tierras.

—Es mi culpa —dijo entre dientes, digiriendo la amarga certeza de saberse causa principal de su propia desgracia. Lo habían advertido de la buena relación de la joven con el muchacho, en más de una ocasión, pero él se había negado a ver lo evidente. Además, la crisis que él mismo había desatado en La Regia había provocado el despido de casi todos los trabajadores, lo que había dejado a los Losada prácticamente solos, y a los jóvenes toda la tranquilidad para yacer a su gusto. Resopló de rabia.

Era él, el jinete que se había encontrado de camino a la finca era Ferrán. El joven sabía que la verdad estaba a punto de salir a la luz, dejándole en una posición muy delicada. El Gallego trató de enfriar su pensamiento, pero se sentía burlado, un sentimiento que pocas veces había experimentado en su vida. Hizo el amago de ir en busca de Fernando Apiles, que esperaba junto al automóvil todavía sin noticias de lo ocurrido, con la intención de darle la orden para que buscaran al muchacho por todos los rincones de Santiago. Pero mientras bajaba las escaleras se detuvo, con la mirada perdida en sus pensamientos, se

dio cuenta que en esta ocasión la venganza era el peor de los remedios.

—¿A dónde ha ido? ¿Dónde se esconde ese cobarde? —volvió a gritar Federico, sin atender a las recomendaciones del doctor, que buscaba con la mirada el apoyo de María.

—¿Pero qué ha hecho esta desgraciada?

Entre lamentos y reproches el Gallego fue hasta la habitación en la que se encontraba Federico y lo abordó sin contemplaciones.

—Comparto su indignación, Federico. No tengo palabras.

—¡Una ramera! Mi hija está embarazada como una vulgar ramera —insistía.

El Gallego hizo un gesto de disgusto ante las palabras de Federico.

—Ahora su salud es lo más importante, amigo, y salvar en la medida que se pueda su honra y la suya. Que su hija tenga un bastardo puede cerrarle muchas puertas.

Federico encendió un cigarro con las manos temblorosas y dio una intensa calada.

—Esa desgraciada ha arruinado su futuro y el de la familia —exclamó con el volumen suficiente para asegurarse de que su hija escuchaba sus palabras.

—Aún no está todo perdido, Federico. Hay opciones si las cosas se hacen como deben hacerse.

Federico miró al Gallego ávido de esperanza, dispuesto a hacer cualquier cosa que este sugiriera para tal fin.

~

Tras salir de la finca galopó durante horas, poniendo distancia entre la mujer que amaba y él, exprimiendo a Whisper hasta sus últimas fuerzas. Al amanecer, jinete y bestia, estaban exhaustos, pero habían conseguido alejarse lo suficiente de Santiago y de La Regia como para permitirse un descanso. Bebieron agua en un pequeño río, dejó a Whisper que recuperara fuerzas durante un rato y él se acomodó como pudo bajo un árbol. España, Valparaíso, Santiago, su vida era una constante huida hacia ninguna parte.

Por lo que había escuchado del Gallego, descartaba la posibilidad de ir a Santiago, era quedarse demasiado cerca y además podía poner en peligro a Nina. Descartada esa opción pensó en regresar a Valparaíso, donde tenía amigos y podía encontrar trabajo rápidamente. Porque esa era otra cuestión, su precipitada marcha le había dejado con lo puesto y sin un solo peso en el bolsillo.

Tras recuperar el aliento, montó en Whisper y se encaminó hacia Valparaíso. Casi un año de ausencia era suficiente para que las cosas hubieran cambiado, aunque él estaba esperanzado en que no hubiera sido así. Fue directo hacia El Rancho del Coloso, recibiendo

sorprendidas miradas de aquellos con los que había trabajo al verlo sobre el elegante caballo. Parecía un aristócrata paseando por sus dominios. Dejó a Whisper en la puerta y entró. Experimentó un alivio tremendo al ver tras la barra a Jerónimo, que discutía acerca del estofado con Rosalinda, la cual estaba pelando patatas y apuntaba de vez en cuando con el cuchillo de una manera mucho más que sugerente.

—¡Ferrán! —dijo la anciana en cuanto sus cansados ojos lo distinguieron. Se fundieron en un cariñoso abrazo e incluso Jerónimo le recibió con tales muestras de cariño. Entre preguntas, caras de sorpresa y congoja, Ferrán les contó, en líneas generales, su vida en los últimos meses. Omitió, claro está, sucesos como el posible embarazo de la mujer a la que amaba y su huida precipitada. Para Jerónimo y Rosalinda, el regreso de Ferrán estaba motivado por su gusto por la ciudad y su deseo de establecerse definitivamente en ella.

—Hablaré con Marcial, tal vez tenga un hueco para mí —dijo Ferrán.

—Date un paseo antes por las calles y pregunta por ahí; quizás encuentres algo mejor pagado. Marcial es buen hombre, yo no digo que no, pero siempre quiere mucho por muy poco.

Siguió el consejo de Jerónimo y, montado en Whisper, cabalgó por las calles de Valparaíso, preguntando a quienes creía que podían ofrecerle algún tipo de trabajo. Tras varias negativas tuvo la mala fortuna, o buena si entendemos a los hechos que le sucedieron, de que Whisper se encabritó tras asustarse por el paso del tren, cuya sirena lo pilló desprevenido. Ferrán manejó bien las riendas y pudo hacerse dueño de la situación, aunque no pudo evitar que Whisper, en una de sus histéricas y desesperadas coces, golpeara la rueda de un carro que traslada un buen montón de ladrillos. Una vez calmó al animal, Ferrán se acercó para disculparse por lo sucedido.

—¿Quién paga todo esto ahora? —gritó el hombre que conducía el carro.

—No tengo dinero, señor —le contestó Ferrán.

—¿Y cómo piensas solucionar esto?

—Puedo trabajar para usted —le dijo Ferrán—. Yo y mi caballo.

El hombre, pasándose sus dedos por su recio bigote, reflexionó durante unos segundos.

—Pareces un muchacho fuerte. ¿Has trabajado antes en la construcción?

Ferrán recordó alguna de las tareas realizadas en La Regia, donde tuvo que hacer prácticamente de todo.

—He construido casetones de madera —dijo Ferrán.

—Suficiente. El sueldo de tu primera semana irá destinado a arreglar el carro y pagar el retraso, ¿hay trato?

Hubo trato y Ferrán al día siguiente comenzó a trabajar en la construcción de numerosas casas que se estaban levantando en el otro extremo de Valparaíso. Sin embargo, justo después de conseguir el trabajo, se dirigió a la pensión de la viuda Remedios, esperando que la mujer lo recibiese con tanta animosidad como en El Rancho del Coloso y le permitiese hospedarse sin cobrar hasta la semana siguiente. Era complicado. Mientras se dirigía hacia allí, superado ya los primeros momentos y habiendo recuperado cierta calma, recordó la época en la que vivió junto con Marta y Pascal. La trágica muerte de su hermana y la marcha de Pascal se habían convertido en heridas mal cicatrizadas que el tiempo curaba muy lentamente.

En la pensión de Remedios. Todo continuaba igual, en apariencia. Entró al edificio, con la ligera emoción de saber que todo permanecía tal y como estaba cuando él se marchó. Sin embargo, se encontró una desagradable sorpresa. La pensión la regentaba un joven matrimonio. Al parecer, la viuda Remedios había fallecido aquejada de una grave enfermedad meses después de marcharse Ferrán. Tal y como este esperaba, los nuevos propietarios no estaban dispuestos a cederle una habitación sin previo pago, pero le aconsejaron que probara suerte con una sobrina de Remedios que había acudido a la ciudad y que, tras recibir la herencia, había trasladado la pensión a un edificio más al centro. De nuevo a lomos de Whisper fue en busca de la sobrina, esperanzado en tener más suerte con ella.

La pensión de la sobrina de la pobre Remedios estaba ubicada en pleno centro de Valparaíso, pero se trataba de un edificio más antiguo y bastante más pequeño que el anterior. Desde el exterior no transmitía la sensación necesaria para animar a uno a entrar, pero Ferrán no tenía muchas más opciones. Cuando ella abrió la puerta, se quedó mirando a Ferrán, sorprendida tanto de tener un cliente como del porte y la apariencia del joven.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó con un hilo de voz y timidez en el rostro. El joven reconoció rasgos de Remedios en la mujer.

Ferrán le contó quién era, que se había quedado durante mucho tiempo hospedado en la pensión de su tía Remedios y que esperaba poder hacerlo también allí. La joven mostró una repentina emoción.

—Mi tía me habló mucho de ti —le dijo—. Pasé con ella sus últimos días y en ese tiempo me contó toda tu historia.

Él sonrió ante la inestimable ayuda que la viuda Remedios le había procurado, aun sin ella saberlo; o quizás sí, porque ella parecía saberlo siempre todo, pensó Ferrán. La joven no puso ningún impedimento en que Ferrán se hospedase allí, dándole confianza total respecto a los pagos, los cuales —le dijo— podía realizar cuando más le conviniera.

—Por cierto —dijo la joven extendiendo su mano—. Me llamo

Esther.

En plan que el Gallego había urdido aquella nefasta noche había desembocado, como era esperar, en un gran beneficio para su persona. Mientras Federico perdía los estribos, el Gallego supo ver la oportunidad que se mostraba ante él. La noticia del embarazo de Nina no había salido de La Regia, además de que, según el doctor, la muchacha se encontraba en los primeros momentos de la gestación. Una boda, a mucho tardar, celebrada en una semana desde esa misma noche, no dejaría lugar a ningún tipo de rumor.

Federico aceptó de inmediato y días después, Nina, consciente de que su futuro no pasaba ya por ella, sino por la vida que crecía en su interior, aceptó el matrimonio sin rechistar. Su única petición fue que Ana se trasladase con ella a la residencia del Gallego, para que le ayudase en todo lo necesario en cuanto diera a luz a su hijo.

El Gallego había cumplido su objetivo, pero amparándose en la bochornosa situación que había tenido que soportar, la dote a entregar se había reducido a menos de la mitad y parte de los terrenos de La Regia pasaban a estar bajo su gestión directa, obteniendo todos los beneficios de las futuras plantaciones. Podría parecer que Federico, al menos, había conseguido el dinero suficiente para saldar sus deudas, pero parte del dinero recibido tuvo que emplearlo en saldar la cuota hipotecaria con el Gallego, lo que apenas le dejaba margen de maniobra para levantar cabeza. En su herido orgullo y silencioso pesar, Federico jamás reconocería a su esposa que el matrimonio entre Nina y el Gallego había sido el mayor error de su vida.

La boda se celebró en la catedral de Santiago, en todo un alarde de poderío por parte del Gallego, dispuesto a demostrar a todo el que se acercara su riqueza. No obstante, los invitados a la ceremonia fueron pocos, lo que le añadió un tinte más exclusivo al enlace. Nina, ataviada con un pulcro vestido blanco, lucía las curvas de una mujer joven, sin que ninguno de los que desconocía la realidad pudiera percatarse de su incipiente estado. Su belleza natural deslumbraba a cuantos ponían los ojos en ella, pero en su mirada se advertía un pesar profundo. Una vez terminada la ceremonia, posaron todos para una fotografía, en la misma entrada de la catedral. El ambiente festivo y jovial que debía rodear al enlace era inexistente, acallado por la brisa del viento y el silencio. La despedida fue igual de apática, más parte de un proceso establecido que de un sentimiento real. Fernando Apiles llevó al estrenado matrimonio a su nueva residencia: una gran casa residencial en el centro mismo de Santiago.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dijo el Gallego con los modales propios del caballero más exquisito.

—Gracias. ¿Cuándo llegará Ana? —preguntó Nina.

El Gallego se despojó del sombrero sin perder la sonrisa.

—Fernando Apiles la traerá en cuestión de una hora, tal vez de dos. Estás muy bella, querida esposa.

Ella lo miró de soslayo. Nina sabía lo que venía después de la boda, lo que tendría que soportar durante los años que Dios quisiese que permanecieran juntos, sin embargo, sabía también que su actual estado podría conseguir refrenar los apetitos de ese hombre al que veía con repugnancia y que, por capricho del destino, se había convertido en su marido.

—Gracias. ¿Cuáles son mis dependencias? Estoy agotada y necesito descansar —dijo poniéndose las manos sobre el vientre. El Gallego la miró y esbozó una sutil sonrisa, oscura e indescifrable para Nina.

—Yo te acompañaré, esposa —dijo agarrándola del brazo. La condujo por su nuevo hogar, aprovechando el camino al dormitorio para mostrarle cada habitación, buscando la cercanía de sus cuerpos en todo momento y atravesando los límites del decoro con sus manos mientras Nina sacaba fuerzas para no mostrar gesto alguno de sumisión, dispuesta a mostrar inexpugnable su orgullo en todo momento.

—Este es nuestro dormitorio, querida —dijo el Gallego. Nina se separó bruscamente de él y atravesó el umbral—. Nos vemos en un rato, esposa.

Cuando Nina se quedó a solas cerró la puerta y se derrumbó, dejándose caer hasta el suelo y sacando todo el dolor que sentía a través de sus lágrimas. Aún no podía creerse el rumbo que su vida había tomado en las últimas semanas. Extendió su mano y contempló con horror la alianza de oro que se ceñía a su dedo como si se tratase de un excéntrico grillete. Sin embargo, si echar la vista atrás le sobrecogía el corazón, pensar en el futuro se le antojaba imposible. El Gallego había prometido a su padre y a ella que tomaría como suyo el hijo que estaba creciendo en su vientre, pero Nina no confiaba del todo en su palabra. Además, no podía evitar pensar en qué había sido de Ferrán; con la esperanza de lo imposible se atrevía a pensar en si llegaría el día en el que él pudiera conocer a su hijo.

Inmersa en tales reflexiones, escuchó cierto ajetreo en la planta inferior. Se asomó a la ventana y vio como un automóvil aceleraba desde la puerta de casa y se alejaba calle abajo. Si no se equivocaba el hombre que conducía el automóvil era Fernando Apiles. Sus dudas se esfumaron en cuanto Ana se presentó en la habitación. Por fin había llegado:

—Menos mal que ya estás aquí —dijo Nina estrechándola entre sus brazos, aun vestida de novia.

—¿Cómo se ha portado? —preguntó Ana refiriéndose al Gallego.

Nina bajó la mirada, pero se recompuso.

—Supongo que el embarazo me concederá una tregua.

Ana le cogió de las manos.

—Todo irá bien, Nina. Yo estaré contigo.

Suponía bien Nina acerca de su embarazo, pues el Gallego no sobrepasó los límites que como esposo le estaban permitidos e incluso con el paso de los días, acabaron durmiendo en dormitorios diferentes. Sus vidas comenzaron a divergir claramente.

El Gallego pocas veces paraba en casa, siempre predisponiendo que importantes negocios le hacían estar viajando de un lado para otro. Durante sus ausencias Nina llegaba a expresar conatos de sonrisa e incluso se mostraba más locuaz con Ana. El tema de conversación predilecto entre ambas era acerca de cómo iba ser el bebé: si sería niño o niña, si se parecía a Nina o Ferrán, cómo serían sus ojos… El retoño se había convertido en motivo de ilusión para Nina, como si una tímida llama se hubiera convertido en un majestuoso faro que iluminara su vida, una luz que emanaba desde su interior y le hacía sentirse, sin saber por qué, la mujer más afortunada del mundo.

—¿Cómo te gustaría llamarle? —le preguntó Ana una mañana, mientras paseaban por el centro de Santiago. Fernando Apiles, al que el Gallego le había encargado el bienestar de su esposa en sus ausencias, caminaba tras ellas, a unos pocos metros.

—Aún no lo he pensado —contestó Nina poniendo sus manos sobre su ya saliente barriga—. Supongo que Juan querrá ponerle uno a su gusto.

Ana arqueó las cejas al escuchar el nombre de Juan, pero al instante advirtió que era la manera en la que Nina se refería a su esposo, al Gallego, en un intento de añadir cercanía en la relación.

—¿Juan te parece buen nombre?

Nina contestó frunciendo el ceño. Las dos se rieron.

—Mientras esté bien y no le falte de nada —musitó Nina.

—Así será; será el bebé más amado del mundo.

Nina bajó la mirada al suelo e hizo un gesto incómodo, como si dudara de decir lo que tuviera en mente en ese momento.

—Una vez me dijiste que jamás me casaría con el Gallego.

—Nina…

—Sé que yo tuve parte de culpa en todo esto —le interrumpió—, pero ahora no voy a disponer el futuro de mi hijo en manos del destino. Este se ha mostrado demasiado azaroso conmigo.

—¿Y qué vas hacer? —preguntó Ana.

—Soy incapaz de fiarme de ese hombre. En el fondo sé que Juan nunca aceptará a esta criatura; sus promesas no tienen valor para mí. Cuando alumbre a mi hijo pueden ocurrir muchas cosas, y una de ellas es que yo no salga adelante.

—Por el amor de dios, Nina —exclamó Ana.

—Es así. Es inútil negar lo evidente. No estoy diciendo que me vaya a pasar algo, pero la posibilidad está ahí, y de ser así quiero que pongas a salvo a mi hijo.

—Te lo prometo.

—No me lo prometas —le interrumpió Nina—. Si llega el momento, haz lo que tengas que hacer, pero líbralo de las manos de ese hombre.

Capítulo 43

A los cincos meses de embarazo la relación entre Nina y el Gallego cambió radicalmente.

En primer lugar, Nina nunca llegó a considerar como relación aquella unión impuesta, y por lo tanto, de primeras, era difícil que brotara algo sólido entre ellos.

El Gallego, por su parte, fue mostrando cada vez menos interés en ella y en su estado. Sus ojos ávidos de deseo carnal que antes posaba sobre ella se habían transformado en ojos de recelo y hastío. Su estancia en casa era mínima e incluso Nina llegó a decirle a Ana que lo veía más cuando vivían en La Regia.

Las últimas huellas de niñez timorata e inocente habían desaparecido en Ana, convirtiéndose en mujer astuta, de mirada fina y ojos agudos, de esos que atrapan todo cuanto está ocurriendo.

Asentía a las afirmaciones de su amiga, cuidaba que todo estuviera bien para ella, pero su intuición olisqueaba la tragedia.

No comprendía la actitud del Gallego y además, había oído conversaciones de empleados suyos —en concreto entre Fernando Apiles y el chófer que los había recogido la primera vez— acerca de una serie de malas inversiones por parte del esposo de Nina y de unos gustos que le costaban una fortuna y que le impedían mantenerse centrado.

También comentaron, con no poca preocupación, que el embarazo de Nina lo había corroído por alguna razón que no llegaban a comprender.

Tales palabras preocuparon mucho a Ana y la llevaron a estar en un estado de alerta permanente. Era cierto que el Gallego se mostraba más tosco y huidizo, además de disfrutar de una creciente afición por todo tipo de licores.

Hubo ocasiones en las que, con unos cuantos tragos de más, trató de encontrar calor junto a su esposa, y cuando apenas estaba a un paso de ella, la observaba con desprecio y se iba despotricando contra su suerte. Pedía otra botella y se encerraba en su dormitorio, de donde emanaban voces hasta que caía en un profundo sueño.

Nina sobrellevó la situación amparándose en su futuro retoño, contando los días para ver la cara de lo que consideraba el símbolo más puro de su amor por Ferrán.

En contadas ocasiones, y siempre a disgusto por parte del Gallego, Federico y María visitaban a su hija, desvanecido ya el rencor de su inoportuno embarazo y dedicándole ambos el cariño infinito de unos padres que ven a su hija convertirse en toda una mujer.

Las visitas solían consistir en un almuerzo en la residencia del

Gallego y un posterior paseo por las calles, amparados por el agradable sol de la tarde. Ana no tardó mucho en advertir lo mucho que habían cambiado las cosas. La complicidad entre el Gallego y Federico había desaparecido, ya que el primero se mostraba esquivo e incluso descortés en el trato con su suegro. Este procuraba por todos los medios entablar una conversación, referirse a futuros negocios o solicitando consejo en algún asunto relacionado con La Regia, pero el Gallego respondía con evasivas y aversión.

En las primeras visitas compartió la mesa y el posterior paseo con los Losada, pero no tardó en alegar excusas para no estar presente. Federico y María trataban de ofrecer su mejor aspecto, risueños y con las ganas de vivir que siempre les había caracterizado, sin embargo transmitían una sensación de patetismo y desamparo que preocupaba mucho a Ana.

La situación en La Regia no había ido a mejor, por mucho que Federico se empeñase en decirlo una y otra vez. La deuda contraída por la adquisición de la finca les asfixiaba y cualquier conato de emprendimiento por parte de Federico finalizaba en un fracaso rotundo.

Nina también era consciente de las situación, pero depositó sus esperanzas en que su padre la revirtiera de un momento a otro, como había hecho tantas veces.

—La mala suerte se resiste a abandonarnos —dijo Nina después de despedir a sus padres, que regresaban a La Regia como quienes se encaminan hacia el patíbulo.

—Demasiada mala suerte, Nina —dijo Ana.

—¿A qué te refieres?

Ana se encogió de hombros.

—Tu padre colaboró mucho con el Gallego, eran socios o lo siguen siendo, no sé. Hubo una época en la que se consideraban buenos amigos y ahora, Nina, son familia. Me cuesta creer que no pueda hacer nada por ayudarlo.

—Tal vez pueda mediar con mi esposo para conseguir que les ayude. Es su obligación como yerno.

—Ese hombre no tiene obligaciones con nadie, Nina —susurró Ana.

—Ya veremos —dijo Nina sin querer aceptar el infortunio que se escondía tras las palabras de Ana—. Juan es despiadado y consigue lo que quiere a cualquier precio, pero no tiene sentido que maltrate de esa manera a mis padres.

No hablaron más de la cuestión, pero Ana siguió atenta, especialmente de Fernando Apiles, que solía mantener conversaciones en la casa, libre de todo complejo, poniéndole voz a los planes que el Gallego urdía en silencio.

Fue entonces cuando una tormenta causó grandes desperfectos en La Regia, echando a perder las nuevas plantaciones de Federico.

La noticia había llegado a la residencia del Gallego y a oídos de Ana, que había preferido no preocupar a Nina, la cual se encontraba en cama por recomendación del médico. Decidida a saber más acerca de lo ocurrido en La Regia, se acercó al despacho del Gallego, donde este mantenía una conversación con Fernando Apiles.

La puerta estaba entreabierta, dejando escapar un hilo de luz cálida. Ana se detuvo a poca distancia y contuvo la respiración para oír hasta la última palabra.

—Ni siquiera Dios no se opone a sus intenciones; más bien habría que decir que está de su lado —comentó Fernando. Sonó entonces una carcajada gangosa, señal inequívoca de que el Gallego había vuelto a propasarse con el alcohol.

—Me cedería un pedazo de cielo si se lo pidiera —gritó antes de reír—. Ese desgraciado de Federico me está poniendo La Regia en una bandeja de plata.

—¿Cuándo va llevar a cabo el plan? —preguntó Fernando.

—La finca pierde valor cada día; pronto Federico me suplicaré que se la adquiera, cosa que haré con todo el placer del mundo —de nuevo rió a carcajadas—.

Yaceré con su hija en sus mismos aposentos, si, en cuanto esa mujer de a luz y pueda volver a disponer de su cuerpo a mi antojo.

Era evidente que Fernando Apiles no sabía la verdad acerca del embarazo de Nina. Ana sintió una repulsión infinita. Apretó sus puños e hizo un esfuerzo por no entrar en el despacho y abalanzarse sobre aquel hombre tan despreciable.

—¿Sentará la cabeza definitivamente, señor? —Ana se percató de que el tono de Fernando se había tornado serio. Aquello le pareció más una reprimenda que una pregunta, lo cual era absurdo.

El golpe de un vaso sobre la mesa resonó en el pasillo. Ana intuyó que esa pregunta había soliviantado al Gallego y confirmó sus sospechas.

—Digamos que dejaré esos asuntos para ocasiones especiales. No debí mostrarme tan pasional con mi esposa; embarazada a las primeras de cambio —dijo con sorna.

—Es lo más conveniente. Al fin y al cabo, su esposa colma sus gustos; ya que adecuar esos gustos fuera de estas paredes es un negocio caro, por no decir arriesgado, señor.

—¿Acaso no pago bien? —se produjo un silencio que provocó que Ana estuviera a punto de salir corriendo—. Esas muchachas son afortunadas, Fernando, por yacer conmigo y por ser muy bien pagadas por ello.

—Me refería a que cada vez resulta más complicado y tenemos que

ofrecer mayor cantidad de dinero. Incluso se escuchan rumores, señor.

El Gallego rio de nuevo.

—Esos cuerpos puros y castos bien merecen la pena, Fernando. Las hago estremecerse; convierto sus lágrimas de terror en gemidos de placer. No hay muchacha que no acabe sumida en un éxtasis de deleite entre mis brazos.

Ana se estremeció. El corazón le latía en las sienes y sentía su rostro enrojecido por la ira.

—De hecho, Fernando, quiero que me encuentre a tres muchachas más. Será mi colofón final antes de dedicarme por completo a mi esposa —se produjo un silencio—. Jóvenes, Fernando, que rebosen inocencia por cada poro de su piel.

Ana no pudo soportarlo más y se alejó caminando lo más rápido que pudo, pero sin que sus pasos alertaran de su presencia. Entró en la habitación donde dormía Nina, plácida, ignorando el despreciable monstruo que era su marido y la tormenta que se avecinaba.

Pensó en despertarla y contarle toda la verdad, pero se contuvo. Suficiente tenía Nina como para añadir más preocupaciones a su vida.

Esther estaba preocupada: desde hacía varios días Ferrán se mostraba taciturno, huidizo a su encuentro y lacónico en las palabras. Había aparecido en su vida hacía meses y habían congeniado desde el primer momento, sucediéndose algunos momentos íntimos entre ambos que elevaban su relación en el limbo entre el noviazgo y lo esporádico.

Ella se inclinaba más bien por lo primero y se esforzaba porque Ferrán sintiese lo mismo, le procuraba los mejores cuidados, atendía a que su ropa siempre estuviera limpia y dispuesta, y siempre estaba abierta a satisfacer los posibles arrebatos de pasión de Ferrán, que no eran tan comunes como a ella le hubiese gustado. Pero aun así, consideraba que día a día iba haciéndose un hueco en su corazón, atando su destino al de ella.

Todo iba viento en popa hasta que la actitud de él cambió de manera repentina. Le preguntó al respecto, pero Ferrán le dio largas de cualquier manera, ansioso de una soledad y un silencio que la torturaba.

Fue precisamente en estos días de desconcierto, cuando Esther se dio cuenta de que no podría vivir sin Ferrán, que su vida giraba en torno a él y que lo amaba más que ella a sí misma.

Cuando él se retiraba a su habitación, ella lo vigilaba por una pequeña abertura que había realizado en la puerta para tal menester, que no era otro que asegurarse de que su amado se encontraba bien.

Ferrán, por su parte, comenzaba a experimentar la presión de la joven, de la que trataba de huir en cuanto veía la oportunidad. Sin embargo, este no era el principal motivo de su desasosiego. En dos días haría nueve meses desde su marcha de La Regia, desde que el supuesto embarazo de Nina le obligó a huir ante la amenaza de represalias por parte del Gallego.

Nueve meses. No podía soportar el hecho de que Nina, entregada a los brazos de ese hombre, estuviera dando a luz a su hijo.

Por su cabeza pasó en más de una ocasión dirigirse hacia Santiago para tratar de averiguar qué había sido de Nina, pero el temor a causarle problemas le había hecho abandonar esa opción.

Sentimientos entremezclados de cobardía y frustración le sobrecogían el pecho. Encontraba un leve consuelo, si bien podía denominarse de tal manera, en la idea de que el destino los separara continuamente, como fueran las dos partes de una maldición que, al juntarse, se cebara con sus vidas.

—¿Necesitas algo, Ferrán? —preguntó Esther desde el otro lado de la puerta. Él suspiró con pesadez. Al menos tenía a alguien que se

preocupaba de él, que no le dejaba internarse en un pozo de oscuridad que podía llegar a convertirlo en un ermitaño.

En Esther se reflejaban las personalidades de Marta y Nina, vagos destellos que no llegaban a completar a la una o la otra, pero que le permitía devolverle parte del cariño que le procuraba. Abrió la puerta y la vio al otro lado del umbral, con una sonrisa de ilusión y una mirada expectante.

—Estoy bien, gracias. Algo cansado del trabajo.

—Perdona por mi insistencia. Te he visto decaído estos días.

Ferrán miró hacia el infinito y por unos segundos estuvo a punto de confesarle el motivo de su preocupación, aunque sabía que ella se lo tomaría a mal. Mantuvieron una conversación en la que ella procuró levantarle el ánimo con toda clase de comentarios ocurrentes, a los que él respondió con sonrisas más fruto de su intención que de efecto en su ánimo.

Aquella noche durmieron juntos y, por primera vez desde que la conociera, Ferrán se atrevió a imaginar un futuro con ella.

~

Fernando Apiles aparcó el automóvil bruscamente frente a la puerta de la casa del Gallego. Le acompañaba el mismo doctor que había confirmado su embarazo en La Regia y una mujer entrada en años, una matrona, que se trataba de la esposa del doctor. Nina había roto aguas.

Entraron en la casa a toda prisa, siendo recibidos por los gritos de dolor de la joven. El doctor aceleró el paso al escuchar sus lamentos. Se dirigieron a su habitación, donde Nina estaba siendo asistida por Ana y una de las cocineras del Gallego.

Fernando Apiles, en cambio, fue directo al despacho, donde encontró al Gallego, caminando nervioso de un lado para otro. Por primera vez, Fernando vio algo parecido al temor en los ojos del Gallego.

—Ya está aquí el médico —le informó. El Gallego afirmó gruñendo y dio un trago al vaso de whisky que llevaba en la mano.

—A ver si se calla de una maldita vez. Me va a estallar la cabeza —Fernando lo miró sin comprender bien su reproche. Su joven esposa iba a dar a luz a su hijo; tenía motivos para mostrarse más dichoso.

—Todo saldrá bien, señor.

De nuevo un gesto despectivo del Gallego que Fernando no supo encajar.

—Que se calle de una vez —susurró entre dientes.

En la habitación contigua, Nina estrechaba la mano de Ana al límite de sus fuerzas, estremeciéndose por el dolor que solo una madre es capaz de experimentar.

El doctor ya la atendía y la matrona disponía un cubo con agua caliente y varias toallas.

—Tranquila, Nina, tranquila —le suplicaba Ana, impactada ante una escena de la que jamás había sido testigo. El doctor, tras realizar una breve exploración, dio su veredicto:

—La criatura no está bien encajada —le dijo a la matrona—. Va a ser más largo de lo normal.

—Reserva fuerzas, muchacha —dijo la matrona pasando una toalla por la frente de Nina, retirando el sudor.

Nina asintió con un gesto de dolor.

—¿Está bien? —balbuceó.

—No tienes de qué preocuparte, ¿de acuerdo? Si sigues mis indicaciones todo será más fácil —dijo el doctor.

En ese momento Nina volvió a gritar de dolor, apretando la mano de Ana con una fuerza que a esta le parecía imposible.

Se abrió la puerta de la habitación y apareció Fernando Apiles, cuyo rostro se transformó al ver el sufrimiento de la joven.

—Ana, ven conmigo —dijo como si nada extraordinario estuviera teniendo lugar. La muchacha le miró con el ceño fruncido.

—No voy a ir a ninguna parte —replicó.

—No te lo estoy pidiendo. El señor Gil Valero quiere hablar contigo. ¡Ahora!

La matrona dejó su quehacer y se puso entre ambos con los brazos en jarra.

—No es el lugar ni el momento para discutir.

—Ana. Es una orden, maldita sea —insistió Fernando. Nina le dedicó a su amiga un leve gesto para que obedeciera, cosa que hizo a regañadientes. Le dio un beso a Nina en la frente y se dispuso a seguir a Fernando hasta el despacho del Gallego. Con la adrenalina saturando sus venas no dudó en encarar al Gallego.

—¿Qué se supone que es más importante que atender el parto de su esposa? —le increpó. El Gallego, con el brillo de la rabia en sus ojos, dio un trago a su copa y después miró a Fernando Apiles.

—Vete fuera.

—Pero, señor…

—¡Fuera! —gritó. Mientras Fernando se marchaba, el Gallego se sirvió un poco más de whisky y encendió un cigarro. Ana aguardaba en tensión.

—No es mi hijo —musitó el Gallego—. Ese que va a nacer no es mi hijo.

—Lo es a la vista de todos.

El Gallego sonrió irónico.

—Es hijo de la furcia de mi esposa y de ese desgraciado. No voy a criar a un bastardo, cuando ni siquiera he yacido con mi esposa.

Ana advirtió que el Gallego estaba muy afectado por el alcohol. Sus manos temblaban y su cuerpo mantenía un constante balanceo.

—Diste tu palabra de cuidar a ese niño —dijo Ana—. Se lo prometiste a Federico, a María y a Nina.

El Gallego estrelló la copa contra la pared y se abalanzó contra Ana, sujetándole el rostro con la mano y arrinconándola contra la pared.

—Escúchame bien, señorita, porque voy a decírtelo una sola vez. Bajo este techo no vivirá ningún bastardo, ¿lo comprendes? En cuanto mi esposa se recupere me encargaré de que traiga al mundo un niño como dios manda, de su marido y no de un cualquiera. Me emplearé a fondo, de eso puedes estar bien segura.

—¿Qué le vas a hacer al niño?

El Gallego acercó su rostro a escasos centímetros del de ella.

—Le diremos a Nina que nació muerto y tú te desharás de él. Le dirás al médico que lo saque de la habitación en cuanto nazca y tú te encargarás de hacerlo desaparecer.

—Eres un animal —le increpó. El Gallego comenzó a reírse—. No voy a decirle a Nina que su hijo nació muerto.

—Si no lo haces, me desharé de la criatura de igual modo y me aseguraré de convertir sus vidas en un infierno —la miró de arriba abajo y, empujándole el rostro hacia un lado, le besó el cuello con lujuria—. Puede que te haya subestimado, después de todo.

Ana experimentó tal repulsión que sacó la fuerza necesaria para empujar al Gallego y librarse de sus corrompidas manos. Este estalló de furia y la golpeó en el rostro.

—Llévate a esa criatura o juro por dios que los mataré día a día. Tírala al río, a una alcantarilla, a donde sea, pero deshazte de ella. Ve y díselo al doctor; dile que lo ordena el Gallego y no pondrá problemas.

Ana, aturdida por el golpe, se levantó como pudo y asintió dócil, herida en su orgullo y sabiéndose arrinconada por la malicia desenfrenada del Gallego.

~

Fernando Apiles, que había permanecido junto a la puerta en todo momento, escuchó incrédulo la conversación que tuvo lugar en el interior del despacho entre su jefe y Ana. Siempre había sido más que fiel a Gil Valero y había hecho cosas de las que no se sentía orgulloso, pero lo que había escuchado rebasaba cualquier límite.

Por nada del mundo iba a consentir que la criatura fuera víctima del Gallego. Podía consentir muchas cosas, estaba dispuesto a traspasar ciertas líneas morales a cambio de suculentas sumas de dinero, pero había lineas que no se podían tocar.

Se echó a un lado cuando escuchó el picaporte de la puerta y observó a Ana sin expresar un ápice de sus pensamientos.

Cuando Ana regresó a la habitación se encontró al doctor y la matrona en gran estado de agitación, mientras Nina hacía gestos de gran esfuerzo.

—Empuja ahora —exclamó el doctor.

Nina rugió de dolor, contrajo sus facciones y obedeció la indicación del doctor con un gesto agónico. Ana se estremeció y, aun desde la puerta, comenzó a llorar y a negar en silencio.

Con gran pesar se acercó al doctor, rota por el dolor de lo que estaba a punto de hacer. El doctor la miró con perplejidad, pero a sabiendas de que se trataba de una mera muchacha a las órdenes del Gallego, curado de espantos, interrumpió su labor en el parto y escuchó los sollozos de la joven.

Sin expresar nada de lo que acababa de escuchar, asintió solemne y a continuación le transmitió el mensaje a la matrona, por cuya reacción Ana no supo si lo había entendido.

—¿Qué ocurre? ¿Mi hijo está bien? —preguntó Nina con apenas un hilo de voz. Ana se estremeció y se secó las lágrimas antes de acudir junto a su amiga. Le estrechó sus manos y trató de tranquilizarla.

—Está todo bien, Nina. Lo estás haciendo muy bien.

El doctor le indicó que volviera a empujar y Nina obedeció con sus últimas fuerzas. Su pelo empapado por el sudor se le pegaba al rostro, malogrando el gesto. Lanzó un nuevo grito e incorporó el torso en un intento de originar la mayor presión posible en su vientre.

—Un último esfuerzo, muchacha —dijo la matrona.

—Ya está aquí.

Nina cayó en un estado de inconsciencia debido al esfuerzo y el doctor, con la criatura en la mano, decidió aprovechar la tesitura. La matrona envolvió al recién nacido en una manta y se la ofreció a Ana.

—Es una niña. Sácala antes de que la pobre madre despierte. Nosotros le daremos la noticia —afirmó con pesar.

—Pero… —Ana fue incapaz de pronunciar nada más. Sus sentidos se colmaron al observar la diminuta criatura que tenía entre sus brazos. La magia de la vida se aferró a su corazón.

—Puede reaccionar en cualquier momento. No queremos problemas con el Gallego —sentenció el doctor.

Ana asintió, pero antes de marcharse se acercó a Nina, la cual yacía con los ojos cerrados, respirando débilmente.

—Cuidaré de ella, Nina. Por mi vida te juro que cuidaré de ella.

Salió de la habitación entre sollozos, estrechando la criatura entre sus brazos. Nada más atravesar el umbral se encontró con el Gallego y Fernando Apiles en el pasillo. El primero se acercó lentamente hasta ella y miró de soslayo al recién nacido.

—Es una niña —dijo Ana. El Gallego la miró con sincero desprecio.

—Que desaparezca de mi vista.

Dicho esto, dejó atrás a Ana y entró en la habitación donde se encontraba Nina. Un silencio intenso recorrió la casa, como si estuviera a punto de acontecer algo terrible. Entonces, se escuchó un grito desgarrador, un lamento tan puro que dolía escucharlo.

Era Nina; había despertado.

Ana rompió a llorar, pero Fernando Apiles la hizo reaccionar poniendo sus manos sobre sus hombros y la guió hacia la planta inferior. Una vez salieron al exterior se dirigieron al automóvil.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Ana.

—Vamos a poner a esta niña a salvo.

Ana asintió, aunque sospechaba de la repentina humanidad de Fernando e incluso la agradeció pues no sabía qué hacer con la criatura.

—¿Qué estás tramando? —le preguntó. En ese momento el bebé comenzó a llorar.

—He oído todo lo que has hablado con el Gallego, lo que te ha pedido que hagas. Después, cuando has regresado con Nina, me lo ha confesado todo igualmente.

No todo vale en esta vida, Ana. Siempre le he obedecido, pero jamás podría herir a una criatura tan indefensa.

Ana estaba sorprendida por la confesión de Fernando, al que siempre había conocido como una extensión más joven del Gallego.

—¿Y qué vamos a hacer?

Fernando arrancó el vehículo y la miró.

—Vamos a llevarla con su padre. Creo que sé dónde encontrarlo.

Durante el trayecto a Valparaíso, Fernando le aclaró a Ana todas las dudas que esta tenía acerca del Gallego y de cómo él sabía dónde encontrar a Ferrán.

—El señor Gil Valero nos ordenó averiguar información acerca del muchacho después de que el señor Losada lo acogiera en La Regia. Me encargó personalmente indagar en su pasado para encontrar algún suceso que utilizar en su contra, pero no hallamos nada.

Continuó relatando todo lo que sabía. Por lo visto la hermana de Ferrán, Marta, antes de fallecer había trabajado como cocinera en una taberna llamada El Rancho del Coloso, cerca del puerto de Valparaíso.

Al parecer el dueño de dicha taberna había desarrollado un sincero afecto por los muchachos. Si Ferrán había regresado a Valparaíso después de su marcha de La Regia, con total seguridad habría pasado por El Rancho del Coloso.

—¿Y si no es así? ¿Y si Ferrán no está en Valparaíso? —preguntó Nina.

—Hay un convento. No harán preguntas.

Ana comenzó a llorar de nuevo.

Tras un largo rato vislumbraron las primeras casas de Valparaíso. El sol comenzaba a asomar por el horizonte dispuesto a desafiar el reinado de la noche.

Ana protegía al bebé del frío acurrucándolo contra su pecho, cubriendo todo su cuerpo con la manta, dejando tan solo su pequeña y delicada cara al aire.

—Esta pequeña no se merece esto —dijo Ana, acariciando su rostro con la yema de sus dedos.

Llegaron a El Rancho del Coloso, donde Jerónimo, posterior pago de unos bienvenidos pesos, informó a Fernando que Ferrán llevaba varios días sin aparecer por allí, pero no dudó en facilitarle la dirección del lugar donde se alojaba.

Fernando, que sabía que el Gallego sospecharía si tardaban demasiado, cruzó a toda velocidad la ciudad hasta llegar a la pensión. Le dijo a Ana que esperara con la criatura en el automóvil y se encaminó hacia la pensión.

Tocó la puerta y una mujer joven la abrió al otro lado.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Busco a Ferran García. Es una cuestión de máxima urgencia —contestó Fernando. La mujer mostró una inmediata desconfianza y entornó la puerta.

Para Fernando no pasó desapercibido aquel gesto. Ferrán se encontraba allí.

—¿Quién es usted?

—Soy un viejo amigo y me urge verlo cuanto antes —insistió.

La mujer parecía dispuesta a mantenerse en su postura, pero Fernando atisbó un conato de duda en sus ojos—.

—Dígale a Ferrán que le traigo noticias de La Regia; le aseguró que le reprenderá por este maravilloso tiempo que estamos perdiendo.

La joven, desconcertada por las palabras de Fernando, cerró la puerta. Al cabo de unos minutos esta se abrió de nuevo, pero en esta ocasión Ferrán se encontraba al otro lado del umbral.

En cuanto reconoció el rostro de Fernando Apiles sintió como el mundo se desmoronaba.

—¿Qué ha pasado? —dijo Ferrán compungido. Lo primero que pasó por su cabeza era que la larga mano del Gallego había llegado hasta él y que le iban a hacer pagar por su relación con Nina.

Fernando asintió satisfecho y sin pronunciar palabra regresó sobre sus pasos y salió a la calle en busca de Ana.

Ferrán, que no podía imaginar lo que estaba a punto de suceder, salió tras él intrigado por la presencia de aquel hombre..

—Tu trabajas para el Gallego —gritaba a la espalda de Fernando. Lo siguió hasta la calle, cuando de pronto vio a Ana con lo que parecía un bebé en brazos. Fernando Apiles se quedó apartado.

—¿Qué está ocurriendo?

Ana se acercó hasta él y le mostró al recién nacido.

—Es tu hija, Ferrán. Nina ha dado a luz esta noche.

Esther había salido también y contemplaba la insólita escena con incredulidad. ¿Quién era esa mujer?, se preguntó.

Ferrán miró a la criatura y después miró a Ana con el rostro embotado, totalmente superado por lo que estaba ocurriendo.

—Dios mío —dijo Ferrán—. ¿Nina ha muerto?

—No, Ferrán. No ha tenido un parto sencillo, pero se recuperará —dijo Ana—. Es tu hija la que corre peligro, por eso debes quedarte con ella.

Sin querer alargar más aquella situación, Ana le puso el bebé en sus brazos. Ferrán, torpe y con temor a causarle algún daño, se quedó tan rígido como una estaca.

—Pero…

—Es tu hija, Ferrán. Sé que cuidarás de ella —sollozó Ana.

—Yo no…, no… —pero las dudas de Ferrán se desvanecían mientras observaba los delicados rasgos de su hija, a la que le reconocía el parecido a Nina y hasta a él mismo.

—Tenemos que irnos, Ana —dijo Fernando.

—Cuídala, Ferrán —dijo Ana subiéndose en el vehículo.

—Pero, ¿qué hago con ella? —preguntó Ferrán.

Fernando Apiles, más frío, decidió intervenir.

—Es tu hija, muchacho. Tú sabrás lo que haces. Lo que sí puedo decirte es que jamás vayas a Santiago y mucho menos a La Regia. Pondrás las vidas de todos en peligro —y sin esperar respuesta, pisó el acelerador y dejó a Ferran con la palabra en la boca.

—Estará bien, estará bien, —dijo Ana tratándose de convencerse a sí misma.

Unas abultadas ojeras señalaban su fatigado rostro, mientras que el golpe recibido por el Gallego palpitaba como si tuviera corazón propio.

—En un par de semanas volveré para asegurarme que se encuentran bien y para llevarles lo que puedan necesitar —aquellas palabras de Fernando sorprendieron a Ana, que lo miró con ternura.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? —le preguntó.

—Llevo muchos años al servicio del Gallego y nunca hasta esa madrugada me he planteado ninguna de sus órdenes. Nunca fue un modelo de moral que tener como referencia, pero últimamente está traspasando todas las líneas.

—¿Te marchas?

Fernando negó con la cabeza.

—Es lo que debería; lo que todos deberíamos hacer, pero sé que soy el único que puede enmendar sus actos, en parte al menos.

—¿Y lo de las muchachas? Los escuché una vez. Tú le buscabas a jóvenes para… eso, para saciar sus vicios.

—No estoy libre de pecado, Ana. Ya te he dicho que he hecho cosas de las que no me siento orgulloso. Lo de esta noche ha sido una revelación. Me encargaré de que su mal sea el menor posible para quien le toque sufrirlo.

—¿No le tienes miedo?

—Hace años no hubiera tenido el valor de llevarle la contraria y te aseguro que la hija de Nina hubiera corrido otra suerte. Pero no es el mismo hombre. Cada día que pasa es más débil, y lo peor de todo es que él es consciente de ello. Temo por tu amiga.

Ana asintió solemne. El embarazo había mantenido a Nina en una burbuja, a salvo de las oscuras intenciones del Gallego, pero todo eso se había terminado y de la peor manera posible.

Su esperanza y su alegría de los últimos meses era la vida que crecía en su interior, por lo que su desolación no tendría límites en esos momentos.

Sintió un escalofrío cuando recordó el grito desgarrado de Nina al despertar, al escuchar que su bebé había nacido sin vida.

~

Ferrán miraba al bebé que tenía en sus brazos como si fuera víctima de un hechizo. No sabía decir por qué, pero sabía que era hija

suya; al instante había sentido una conexión especial, enamorándose por completo de la niña y sintiendo por ella un amor que ni siquiera se figuraba que pudiera existir.

Esther, que había sido testigo de lo ocurrido, lo miraba con cierta inquina y sin comprender muy bien cuál era el origen de la criatura.

—¿Es tu hija, Ferrán? —le preguntó molesta.

Este levantó el rostro y la miró. Ferrán sabía que Esther podía estar molesta por no haber sido del todo sincero con ella y más después de la intimidad que habían compartido los últimos meses.

—Es una larga historia —le contestó Ferrán. Ella hizo un ademán para que continuara hablando, dejando claro que estaba dispuesta y quería escuchar esa historia tan larga.

Ferrán comenzó a hablar despacio, trabajando con delicadeza en sus recuerdos para que su discurso sonara lo más cohesionado posible.

Le contó su marcha de Valparaíso y su encuentro con Federico, al que describió como un conocido del Whisper. Le dijo que él le ofreció trabajo en su finca, oferta que aceptó ya que apenas tenía un par de pesos en el bolsillo. Allí conoció a su hija, con quien vivió una noche de pasión que desembocó en la criatura que él albergaba entre sus brazos en ese momento.

En líneas generales, Ferrán le contó la verdad, aunque omitió algunos aspectos y modificó otros que consideraba innecesarios o irrelevantes para Esther.

—Ella se quedó embarazada estando comprometida. Su padre quería casarla con un socio suyo, un hombre mucho mayor que le ofreció a cambio una suculenta dote. Por eso tuve que marcharme.

Esther mantenía una sonrisa tensa que escondía la rabia que bullía en su interior. Los celos y el imaginarse a Ferrán en brazos de otra mujer habían convertido su sangre en un ácido corrosivo.

Su cariño hacia Ferrán continuaba intacto, pero estaba dolida. Observó al bebé, que para ella no era más que la expresión de los sentimientos de Ferrán hacia otra mujer.

—¿Por qué te la han traído?

Ferrán recordó entonces las palabras de Ana acerca del peligro que corría su hija y la advertencia de Fernando. No le hacía falta mucho más para intuir que el Gallego estaría detrás de esa amenaza. Pero eso distaba bastante de poner a Esther al día acerca de ese hombre, al que quería olvidar para el resto de sus días.

En su pecho continuaba la añoranza por Nina, pero ese amor, todo ese torrente de sentimientos reprimidos se había focalizado en un nuevo tipo de amor por su hija.

—Quizás el padre no quiere tener bastardos en la familia —dijo Ferrán. Después miró a Esther, que mantenía su sonrisa inexpresiva.

—Necesita una familia —dijo ella. Se acercó a Ferrán y se puso

junto a él, dejando que su actitud hablara por sí sola. Ferrán miró de nuevo a su hija y asintió levemente. La criatura necesitaba una madre.

—Puede que ya la tenga —dijo Ferrán, provocando una dicha instantánea en Esther, que apoyó la cabeza en su hombro y lo abrazó por la cintura.

—Te quiero, Ferrán.

Por su hija, por regalarle una vida de felicidad plena; para darle todo lo que él no había tenido y para que nunca se viera obligada a embarcarse en busca de una nueva vida, por todo eso y por mucho más, Ferrán pronunció las siguientes palabras:

—Esther, ¿quieres casarte conmigo?

~

El sufrimiento de Nina alcanzó cotas nunca vistas por quienes la conocían. Ni sus padres, ni Ana, ni el Gallego estuvieron nunca tan preocupados por su vida como lo estarían las semanas posteriores al supuesto fallecimiento de su hija.

El funeral de la criatura se celebró pocos días después del funesto alumbramiento. Un pequeño ataúd de madera blanca era el centro de las desconsoladas miradas de los asistentes, que no podían ocultar su congoja por lo sucedido.

Fernando Apiles y Ana, que compartían banco en la iglesia, se mostraban más enteros e incluso en determinadas ocasiones forzaban un gesto de pena o de negación, como si con ello pretendieran sumarse al duelo general.

Nina, rota de dolor, estaba sentada junto al Gallego, acomodada en sus brazos, a merced de unas manos que no respetaban ni el fingido funeral de su hijo. Pero la pena mantenía a Nina ajena a todo aquello que no fuera el pequeño ataúd blanco.

Tan pequeño, pensaba. ¿Cómo era posible sentir un dolor tan inmenso por una vida que ni siquiera había tenido en sus brazos.

El sacerdote realizaba los santos oficios y alzaba sus manos en señal de consternación.

—He hablado con Ferrán —susurró Fernando girándose un poco hacia Ana.

—¿Cuándo? —dijo ella a media voz.

El murmuro de sus voces resultaba ineludible para los demás.

—He tenido que desplazarme a Valparaíso para recoger a un amigo del Gallego. He aprovechado el viaje.

—¿Cómo está?

—Mejor de lo que pensábamos. Ferrán va a casarse con la mujer que se encontraba con él cuando le entregamos a la criatura. Va a formar una familia, Ana. En cuanto al bebé, come y duerme, según me ha comentado él. He podido verlo; tiene buen aspecto.

Ésta respiró aliviada, aunque la sensación se esfumó al contemplar la desolación de su amiga. El precio que estaba pagando por salvar a su hija rozaba lo sádico.

—Se llama Marina —añadió Fernando.

—¿La esposa de Ferrán?

—No. La hija, le ha puesto Marina. Me ha dicho que es en honor a Nina, puesto que se conocieron en el mar. Una especie de homenaje o algo así. Sus sentimientos hacia Nina perduran todavía.

—Así es —contestó Ana con una media sonrisa que borró de inmediato—. ¿Nunca la encontrará, verdad?

Fernando negó con la cabeza y después señaló al Gallego con un ademán.

—Piensa que está en el convento. Allí reciben criaturas a menudo; sin nombre, sin familia. Jamás encontrará a Marina.

Valparaíso, 1999.

Mi madre no era hija de mi abuela Esther, sino de Nina; era hija de Marcelina Losada y Ferrán García. En un primer momento fui incapaz de creérmelo.

Mi familia, como tal, era una farsa, al menos en parte. En ese momento recordé las palabras de mi madre respecto a Esther, la ira con la que se refería a ella. Que Esther no fuera su verdadera madre da un nuevo sentido a sus palabras.

Supuse que la relación entre ellas habría sido tortuosa, pero me costaba encajar eso con la repentina marcha de mi abuela, o lo que fuera Esther. Cuando ella se marchó mi madre no tendría más de diez años.

Todo resultaba demasiado complicado, aunque tenía la tranquilidad de que las posibilidades de conocer la verdad estaban al alcance de mi mano.

Estábamos los tres en el hospital, cuando la salud de mi madre se complicó repentinamente. Su cuerpo no resistió la sedación y apenas llegó Andreu, su estado comenzó a empeorar sin remedio. A veces pienso que ella estaba esperando el momento oportuno para irse definitivamente, como si ella albergara un ínfimo resquicio de conciencia.

Los tres esperábamos en el pasillo, devorados por los nervios. Vasia se aferraba a cualquier esperanza, pese a que el destino había jugado sus cartas desde hacía tiempo. Caminaba de un lado a otro del pasillo, frenética, prometiendo que todo iba a salir bien y que mi madre —aunque era más que improbable— iba a ponerse bien pronto.

Por fin, después de una espera de dos horas, el doctor Yañez salió de la habitación. Mientras se retiraba los guantes de plástico expresaba las malas noticias en su rostro.

—Su cuerpo no ha tolerado bien la sedación —dijo solemne.

—¿Qué significar eso? —dijo Vasia exaltada. Yo levanté las manos pidiéndole calma.

—Hemos conseguido estabilizar sus constantes, pero la sedación ha afectado sus funciones vitales —cogió aire y suspiró—. Es cuestión de horas. Lo siento.

En ese momento Andreu me tendió su brazo sobre los hombros en un intento de consolarme, aunque siendo sincera, había interiorizado ese final desde hacía mucho tiempo y demostré una entereza que me sorprendió a mí misma.

—¿Podemos estar con ella? —le pregunté.

—Claro. Puede que suene incoherente, pero le hemos aumentado la sedación. No sufrirá, pero tampoco recuperará la conciencia. Es lo mejor para ella.

Salieron el resto de enfermeras de la habitación y una vez nos dieron permiso, entramos a aquel duelo precoz, porque eso fue lo que significaron esas horas para mí.

Tal y como dijo el doctor mi madre dormía profundamente. Su respiración era sutil y silenciosa, casi inexistente, más como si se estuviera desinflando, exhalando su propia vida.

Andreu se detuvo junto a la puerta de la habitación y Vasia y yo nos situamos junto a la cama. Me incliné y besé su frente. Permanecimos en silencio un buen rato hasta que ocurrió algo extraño.

—¿Quién ha echado fragancia en la habitación? —preguntó Andreu casi desde el umbral de la puerta. Yo miré a un lado y a otro buscando el origen, momento en el que me fijé en la flor que descansaba en la mesita, junto a la cama de mi madre.

No puedo explicar exactamente lo que sentí en ese momento, la flor se estaba marchitando allí mismo, frente a nuestros ojos. Sus pétalos se secaban hasta oscurecer y quedar reducido a su mínima expresión.

Vasia, que estaba viendo lo mismo que yo, me cogió de la mano y la apretó con todas sus fuerzas, aunque no pudo disimular el temblor que la dominaba. Cuando Andreu levantó la cabeza y se asomó tan solo vio la flor marchita.

Y justo en ese momento, como si todo estuviera perfectamente orquestado, mi madre exhaló su último suspiro.

—Descansa en paz, mamá.

~

De las horas posteriores al fallecimiento de mi madre hay poco que contar. Derramé algunas lágrimas, tanto por la pérdida, como por ver a Vasia tan afectada; no era común que mostrara esa clase de sentimientos. Por mi parte, sentí cierto alivio, no por mí, sino por mi madre, estaba descansando.

Desde la muerte de mi padre, su vida había entrado en barrena, sumida en una pena que se vio agravada por el Alzheimer que la devoró sin compasión. En el fondo sé que luchó, a su modo, pero no le plantó la cara a la enfermedad.

El funeral discurrió en total normalidad, aunque detestando el tener que soportar el derroche de compasión de parientes que ni siquiera habían visitado a mi madre a lo largo de su enfermedad, así como amigos que se empeñaron en mostrar todo su apoyo concentrándolo en el poco tiempo que duró el funeral.

Vasia y Andreu, curiosamente los que estuvieron en los momentos más difíciles, estaban rezagados, conversando el uno con el otro y lanzándome miradas de apoyo de vez en cuando.

Una vez finalizó la ceremonia, excusándome en mi cansancio y las ganas de estar tranquila, pude marcharme a casa, me acompañaban Vasia y Andreu. En cuanto entré sentí una paz inmensa, como si una ruidosa batalla hubiera llegado a su fin. Me puse ropa más cómoda y Andreu comenzó a preparar la cena junto a Vasia que no aprobaba las modernas técnicas del chef español.

—¿Qué hacer tu con cebolla? —preguntó Vasia con los brazos en jarra.

—Voy a caramelizarla —contestó Andreu concentrado.

—¿Eso gustar a mí?

—Apuesto que sí —concluyó Andreu.

Si había algo que apreciaba de ellos era que su condescendencia hacia mí era nula. Apenas me prestaron atención cuando llegué a la cocina, continuando su particular discusión acerca de la comida.

Mientras los observaba recordé lo que le ocurrió con la flor en el hospital y sentí un escalofrío. Levanté la mirada y vi a través de la ventana la planta de la azucena, esplendorosa como acostumbraba, ajena a todo lo que no fuera ella misma y, en cierto modo, desafiante. La rama que podé inútilmente la coronaba.

—¿Qué crees que sucedió, Vasia? —pregunté. Me refería a cuando la flor se marchitó justo antes de que mi madre falleciese.

—¿A qué te refieres? —dijo Andreu, que desconocía lo sucedido.

—A la flor que tenía mi madre en la mesa —aclaré.

—No sé niña —respondió Vasia cabizbaja, como si no quisiera hablar del asunto.

—¿Qué se supone que viste? —preguntó Andreu.

—La flor se marchitó justo antes de que mi madre falleciera, Andreu. Las dos lo vimos.

Hubo unos segundos de incómodo silencio.

—Quizás ver mal —me dijo Vasia, aunque sin mirarme a los ojos.

—Si quieres mi opinión suena extraño —añadió Andreu.

Entonces me indigné y golpeé la mesa.

—Vimos cómo se marchitaba, Vasia. Allí mismo, delante de nuestros ojos.

Andreu hizo un gesto incrédulo de negación.

—Eso es imposible —afirmó.

Sus palabras me provocaron una rabia incontenible. No hacía muchos días, cuando Andreu me invitó a almorzar, le conté todo lo que me había ocurrido con las azucenas. Le dije entonces que se lo demostraría y era precisamente lo que iba a hacer en ese momento.

—¿A dónde ir? —dijo Vasia cuando me vio salir al jardín. Me

golpeó una brisa fría y húmeda, pero no me importó. Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de demostrar la certeza de lo que mis ojos habían visto.

Caminé hacia la azucena y me detuve frente a ella. Su olor era embriagador hasta tal punto, que tuve la sensación de que se trataba de la manera que tenía la planta para que nadie se acercase a ella. Otra locura más por mi parte, lo sé, pero el olor era tan intenso que incluso me picaba la nariz.

En cuanto Andreu y Vasia salieron al jardín encogieron sus rostros por el olor y me miraron como si yo hubiera tenido algo que ver en todo aquello.

—¿Es imaginación mía el olor? —les grité, pero no supieron qué responder. Les di la espalda y me giré hacia la planta. Me invadió una fuerte sensación de pena y comencé a sollozar. Ellos llegaron hasta mí, compartiendo su atención entre la planta y yo.

—¿Qué estamos haciendo, Azucena? —me preguntó Andreu al cabo de unos segundos. Aunque el olor de la azucena era intenso, la planta parecía eso: una simple planta más del jardín. Me giré y encaré a Vasia.

—Lo vimos.

—Mucho cansadas, niña.

Tiene razón, pensé. De repente me sentí estúpida y comencé a llorar. Consideré que era una manera de sobrellevar la muerte de mi madre, un truco más de mi cabeza que yo como psicóloga no había sido capaz de advertir.

La relación era evidente: a mi madre le gustaban mucho esas flores, lo que explicaba también mi fijación por ellas.

—Han sido unos días muy duros —dijo Andreu estrechándome entre sus brazos.

Nos dimos la vuelta y regresamos a la cocina.

Durante los días siguientes me centré en empaquetar todas mis cosas. La entrega de la casa era la próxima semana y quería tenerlo todo preparado. Así que comencé a vaciar armarios y estanterías.

Andreu me insistió en que me quedara el tiempo que considerase oportuno, pero yo le dije que había visto un apartamento a precio razonable no muy lejos de allí y que quería trasladarme cuanto antes.

Andreu me ayudó en todo momento y Vasia siempre venía en cuanto su trabajo se lo permitía. A medida que íbamos sacando recuerdos, yo les iba relatando todo lo que sabía acerca de ellos, desde el encendedor metálico de mi padre a las herramientas de mi abuelo Ferrán, oxidadas por el paso del tiempo, pero que mi madre consideraba auténticas reliquias.

Parecía que estuviésemos haciendo un viaje por mi pasado y por el de mi familia, del que yo era, por supuesto, la guía que aclaraba las dudas.

Una vez terminábamos de vaciar las distintas habitaciones, yo regresaba una vez más y me disponía a echar la última ojeada para asegurarme de que no había dejado nada atrás. Revisaba los armarios, los cajones, aunque por lo general no habíamos dejado atrás muchas cosas.

—Azucena —me llamó Andreu. En ese momento yo me encontraba en el antiguo dormitorio de mis padres.

—¿Qué ocurre? —pregunté mientras observaba aquella habitación donde yo había dormido tantas veces, acurrucada entre mis padres, los cuales se cogían de la mano y la ponían sobre mí, donde yo me aferraba como si fuera el lugar más seguro del mundo.

La vida continuará, pero tengo el consuelo de que siempre podré revivir esos momentos; podré volver a estar con ellos cuando necesite sentirme segura de nuevo.

—He encontrado una cosa, pero tienes que ayudarme.

Fruncí el ceño. Andreu estaba en la que había sido la habitación de mi abuelo Ferrán, de donde Andreu tan solo tenía que coger un par de libros que teníamos allí guardados. Vasia, que acababa de bajar al salón dos cajas como si nada, acudió también a la llamada.

—Brazos de barro —bromeó.

Cuando entramos en la habitación nos encontramos a Andreu tirado en el suelo, junto a un inmenso armario que mi abuelo Ferrán había construido poco después de instalarse en la casa.

—¿Te has caído? —pregunté divertida.

—Hay algo aquí escondido, en la base del armario —dijo mientras estiraba su brazo por debajo de la estructura de madera—. Hay algo

debajo del listón de madera.

A mí me pareció extraño, pero por otra parte el armario llevaba en esa misma posición desde hacía muchos años.

—¿Puedes alcanzarlo? —le pregunté.

—Ya casi lo tengo.

Hizo el último esfuerzo y estiró su brazo hasta el límite.

—Es un libro —dijo Andreu.

—Todo esto para libro. Abajo haber muchos libros —dijo Vasia.

Andreu se incorporó, se sacudió el polvo y mostró el libro que había encontrado. La cubierta era de cuero negra y las hojas lucían amarillentas. La densa capa de polvo que tenía encima indicaba que había pasado mucho tiempo allí oculto.

—¿Cómo lo has visto? —le pregunté.

—Creí que podía haberse caído algo debajo del armario. Me asomé y vi el tablón levantado; introduje la mano y palpé lo que ha resultado ser este libro —dijo Andreu ofreciéndomelo.

No es que fuera imposible que hubiera un libro en la antigua habitación de mi abuelo. Pudo caer ahí y nadie acordarse de él. Lo cogí y retiré el polvo de la cubierta.

—No es un libro —dije—. Es un diario.

Después les mostré la primera página, donde se iniciaba la crónica con una breve presentación del autor; autora en este caso.

Mi nombre es Marcelina Losada y en estas líneas pretendo llevarte de la mano por toda mi vida, que también forma parte de la tuya.

Valparaíso, Chile. 1937.

A continuación comenzaba la narración en un párrafo emborronado con numerosos tachones. Como si la autora —esa tal Marcelina Losada— hubiese cometido numerosos errores o no tuviese claro qué escribir.

—¿Quién es Marcelina Losada? —preguntó Andreu. Yo le miré perpleja y después, como si buscara respuestas en su mirada, miré a Vasia.

—No lo sé —contesté.

—Mucho viejo —dijo Vasia—. Años de guerra en mi país.

—Por esos años… —entonces caí en la cuenta. Mi abuela Esther desapareció cuando mi madre tenía ocho años. Mi madre nació en el 1929, lo que significa que el diario fue escrito el mismo año que desapareció mi abuela.

—¿Qué ocurre, Azucena? —preguntó Andreu al ver como mi mirada se perdía en el infinito.

Pero yo no podía articular palabra. ¿Era una coincidencia? ¿Acaso los últimos años de mi vida no se habían convertido en un constante juego del destino? Desde luego, con lo que mis ojos habían visto, podía esperar cualquier cosa.

—Espabila, niña —dijo Vasia agitándome con sus manazas.

—Mi abuela —comencé a decir— abandonó a mi madre y a mi abuelo. Desapareció sin dejar rastro, justo en este mismo año.

Volví a quedarme en silencio mientras observaba el diario. La posibilidad de que aguardara las respuestas a tantos años de incertidumbre me dejaba casi sin respiración.

—¿Pero no sabes quién es esa tal Marcelina? —insistió Andreu.

—Nunca había escuchado ese nombre.

—Leer, niña, así tú saber —añadió Vasia, siempre tan práctica.

Dejé a los dos apilando las últimas cajas y me dirigí a la cocina, ya que era la única estancia de la casa que estaba más o menos intacta. Puse el diario sobre la mesa y comencé a leerlo. Estaba tan absorta que ni siquiera advertí cuando llegaron Vasia y Andreu. Levanté el rostro del diario cuando la primera me puso la mano sobre el hombro.

—Ya sé quién es Marcelina Losada —le dije.

~

La verdad siempre está ahí, aguardando en algún rincón de nuestra vida, esperando que alguien la halle y se regocije en ella. Una vez más parecía que el destino lo tuviera todo orquestado y medido.

Por fin las conversaciones con mi madre, afectada por la enfermedad, cobraban todo el sentido del mundo, y como el Alzheimer suele atacar los recuerdos más recientes, pero deja intactos los más lejanos, sus palabras no eran desvaríos, sino vivencias de un pasado que yo creía inexistente, pero que un escrito de hace más de cincuenta años me revelaba como verídico.

Terminamos de leerlo un par de horas después, cuando el sol comenzaba a ocultarse. Vasia había tenido que marcharse, quedando Andreu y yo. Cuando leímos la última página nos quedamos en silencio. Una sensación de frío recorrió nuestros cuerpos.

—No puede ser verdad. Es demasiado terrible —susurró Andreu como si pretendiera que sus palabras pasaran desapercibidas.

Yo me limité a contemplar, a través de la ventana de la cocina, las azucenas del jardín, las cuales parecían tratar por todos los medios de convertirse en protagonista de esta historia. Andreu me miró sobrecogido.

—¿Será cierto?

—Ella misma lo cuenta. Son letras diferentes, maneras de escribir diferentes. ¿Por qué no iba a serlo? —le contesté.

—Porque es demasiado… no sé…

Yo asentí en silencio, aún con la mirada en las flores.

—¿Cómo pudo hacer algo así? —dije antes de derramar las primeras lágrimas. Andreu me envolvió con sus brazos y recibí de buena gana aquella muestra de cariño.

—A veces nos dejamos llevar por los sentimientos —dijo mirándome a los ojos—, tanto para lo bueno como para lo malo.

—Ni mi madre ni mi abuelo supieron nada. Continuaron viviendo aquí…

—Lo sé —dijo Andreu sobrecogido—. ¿Qué debemos hacer ahora?

—¿A qué te refieres?

Andreu cogió aire y recapacitó durante unos segundos. Ninguno de los dos estábamos preparados para hacer frente a una cosa así.

—Tengo que hacer algunas reformas en la casa. ¿Qué ocurrirá cuando los obreros remodelen el jardín?

—Dios mío —dije al comprender el motivo de su preocupación—. No podemos quedarnos sin hacer nada.

—Hay que avisar a la policía —dijo Andreu—. Es lo único que podemos hacer por el momento.

Asentí en silencio y me dirigí al teléfono. Me temblaban tanto las manos que apenas podía marcar el número. Sin embargo, en cuanto me llevé el auricular a la oreja y escuché la señal, colgué de inmediato.

—¿Qué sucede? —preguntó Andreu.

—¿Qué se supone que tengo que decir? —Andreu me hizo saber con un gesto que él tampoco lo tenía muy claro.

—La verdad, Azucena —me dijo—. Es lo mejor.

—Tienes razón —volví a llevar mi dedo hasta el teléfono, pero de nuevo, desistí—. ¿No tendremos problemas, verdad?

—No deberíamos. No hemos hecho nada y, si es cierto lo que narra el diario, ocurrió hace muchos años. Ni siquiera habíamos nacido.

—Pero puede causarte problemas a la hora de montar el restaurante —me fijé en que mis palabras le habían sorprendido. Andreu ni siquiera había barajado esa posibilidad.

—Lo importante es que solucionemos esto —me dijo con una sonrisa—. No te preocupes por nada más.

Asentí en silencio, con cierta solemnidad y marqué, esta vez de manera definitiva, el número de policía.

Me tembló la voz a la hora de explicar lo sucedido, pero al menos conseguí que enviaran un par de agentes.

—Me han dicho que no tardaran mucho —dije después de colgar el teléfono. Andreu me miró y asintió con complicidad.

Después, mientras esperábamos, salimos al porche y observamos desde la distancia a las azucenas. Como siempre, sus flores parecían reinar sobre las demás. Emocionados, nos cogimos de la mano y nos quedamos en silencio.

Santiago, 1933

Nina estaba callada, sumida en un trance silencioso que había tomado como bandera desde que le comunicaran el fallecimiento del hijo que había alumbrado. Tenía grabadas a fuego en su memoria las palabras de la matrona, al igual que la mirada compasiva del doctor y el rostro imperturbable del Gallego, que la observaba con la cruel verdad en sus ojos, la criatura que había fallecido no era suya, nunca lo fue y ya jamás lo sería.

Aquellos amargos recuerdos se repetían continuamente, como una pesadilla de la que nunca podía despertar. Habían pasado años desde entonces, pero tampoco el paso del tiempo se había mostrado benévolo con Nina. El Gallego no tardó mucho en exigir sus derechos como marido, disponiendo del cuerpo de Nina cuando le venía en gana, que poco podía hacer para refrenar el ímpetu lascivo de su esposo. Éste se justificaba afirmando que deseaba engendrar un retoño cuanto antes, comentando a sus amigos, entre risas, que se dedicaba a ello con especial ahínco. Sin embargo, si bien Nina no podía refrenar los impulsos de su marido, en los que se dejaba hacer, sí que consiguió por todos los medios que jamás el Gallego mancillara su vientre con otro embarazo.

Por nada del mundo quería que la semilla de aquel hombre, al que despreciaba hasta los límites de su alma, fraguara en su interior una nueva vida y, a su vez, una nueva víctima.

—Voy a intentarlo Nina, pero no puedo prometerte nada —le dijo Ana al escuchar la delicada petición de su amiga.

—No tardes, te lo suplico. Cada día que pasa es un tortura. No me atrevo a pensar qué sería de mí si volviera a quedarme embarazada. No podría soportarlo —dijo Nina aferrada a las manos de su amiga. Ana se estremeció.

—Te prometo que haré todo lo posible por conseguir ese remedio.

—No prometas —le dijo Nina con una sonrisa desprovista de ánimo. Ana asintió.

Nina había oído hablar de esos remedios hacía mucho tiempo, y sabía de primera mano que había de distintas clases, ella llevaba años utilizando cualquier método que le sirviera para no quedar embarazada. Y ahora había llegado a sus oídos de uno en concreto, que era infalible. Se trataba de una mezcla de hierbas, que consumido de manera diaria, eliminaba la fecundidad de cualquier mujer, por joven y fértil que fuese, pero para acceder a ese remedio que tanto necesitaba, se requerían contactos que ni Ana ni Nina tenían más allá

de la residencia del Gallego.

Sin embargo, Ana conocía a la persona indicada que podía disponer de esos contactos. Justo después de hablar con Nina, fue en busca de Fernando Apiles.

—Conozco a quién puede ayudarnos. No será fácil, pero estoy dispuesto a correr el riesgo por Nina —dijo Fernando.

—Me ha suplicado que consiga cuanto antes. Está desesperada —dijo mostrando unas joyas que tenía en su mano—. Págalo con esto.

—¿Qué es esto? —preguntó Fernando.

—Nina me las ha dado. Son sus joyas.

Fernando esbozó una media sonrisa y terminó de apurar su cigarrillo. Ana lo observó atenta.

—No es necesario, lo pagaré de mi propio bolsillo. Voy a ir enseguida a buscar ese remedio. No creo que tarde más de un par horas.

Desde la terrible noche del parto de Nina, la relación entre Ana y Fernando había crecido a pasos agigantados. Encontraban consuelo el uno en el otro, y además, había surgido en ambos aires de independencia. Sus vidas podían resumirse en muchos años de servicio, ya fuera al Gallego o la familia Losada, y cada vez más experimentaban la ambición de establecer sus propios caminos. Se comprendían a la perfección y, lo más importante, se escuchaban el uno al otro, surgiendo una confianza mutua que les hacía experimentar una ligera emoción. Para tranquilidad de Ana, Fernando regresó pasado un rato.

—He conseguido que una anciana me vendiese la receta. Saldrá bastante más económico. Tan solo tienes que plantar las plantas necesarias. Aquí están las semillas.

Ana extendió su mano y Fernando las semillas sobre ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó él al ver el ceño fruncido de Ana.

—Que tendremos que esperar al menos un mes para poder preparar el remedio. Es demasiado tiempo, Fernando —pero este, con una tranquilizadora sonrisa, se sacó un pequeño envoltorio del bolsillo.

—Conseguí también dosis suficientes para que no tengan que esperar tanto tiempo —Ana le dedicó una tierna sonrisa—. En cuanto a las semillas, puedes plantarlas en el jardín de la casa. El Gallego no reparará en ello.

Ana entregó las hierbas a Nina y le explicó cómo debía ingerir el remedio, así como algunos efectos secundarios que Fernando le había comentado con preocupación, ya que era consciente de la desesperación de la joven y del peligro que corría si abusaba del remedio.

—Con esto es prácticamente imposible que te quedes embarazada,

pero también afectará tu cuerpo, Nina. Debes ser muy meticulosa con las cantidades.

—Descuida —le dijo a su amiga, convencida de que nada podía ser peor que albergar en sus entrañas el hijo del que consideraba el ser más abominable sobre la faz de la tierra.

En un principio Nina intentó reducir las dosis a los días en los que intuía que el Gallego iría a buscar su cuerpo, normalmente solía ser por las tardes, cuando el alcohol ya le saturaba las venas y no había nada que refrenara sus más oscuros deseos. Poco le importaba lo que ella estuviera haciendo; no había excusa que aplacara su impulso. Allí donde la encontraba, la desvestía con fiereza, arrojando todo al suelo, gritando que era su marido y que era su obligación hacer lo que estaba haciendo.

Ella se resistió en las primeras ocasiones, pero pronto comprendió que era inútil alargar la agonía, además de que el Gallego se recreaba en su sufrimiento. Por ello siempre trataba de sorprenderla, de causarle un pavor absoluto sobre el que extender su poder.

Tales sufrimientos mermaron a Nina en todos los aspectos. El estrés que sufría le habían establecido unas ojeras perpetuas y sobre su frente, destacando en su melena castaña, un mechón encanecido que añadía aún más años a su figura, cosa que el Gallego le recriminaba constantemente.

—Te estás echando a perder demasiado pronto —le decía después de haber poseído su cuerpo, con un desprecio que Nina no podía entender. Agachaba la mirada y esperaba que él se marchara de la habitación para llorar.

La repetición desemboca en costumbre. Llegó el día en el que Nina se dejaba hacer, sin refrenar ninguno de sus pervertidos gustos y sin experimentar siquiera una sensación cercana al placer. Simplemente cerraba los ojos y procuraba dejar de sentir durante aquella tortura.

Los arrebatos del Gallego se tornaron cada vez más impredecibles, a la vez que patéticos —ya que el alcohol comenzaba a afectar su hombría, aparte de que Nina no le atraía tanto como los primeros años —, pero continuaba siendo un hombre al fin y al cabo, por lo que Nina decidió consumir de manera diaria el remedio, para anular cualquier posibilidad, aunque ello le costara parte de su salud, tal y como le advirtió Ana.

El paso de los años le demostró que el remedio era eficaz. Para dicha de Nina y desesperación de su esposo, esta no se quedaba embarazada, lo que no hacía más que exacerbar la irascibilidad del Gallego, que no podía ni siquiera plantearse la idea de que no pudiera engendrar un hijo, ya que Nina sí que había estado embarazada antes.

A su orgullo herido se le sumaba su cada vez mayor reticencia por los negocios, que descuidó hasta tal punto que muchos dejaron de procurar beneficios. Fernando Apiles, como su mano derecha que era, actuaba a sus espaldas para intentar salvaguardar sus intereses —siempre que no estuvieran involucrados en asuntos inmorales—, pero se le hacía muy difícil.

Sobre la casa se había extendido un ambiente tétrico. La mayoría de las ventanas estaban cerradas —por orden del Gallego—, iluminando los pasillos y las habitaciones con apliques o juegos de candelería que alimentaban la oscuridad más que combatirla. A Nina, que había desarrollado una leve fotosensibilidad debido a la ingesta del remedio para no quedarse embarazada, no le importaba ese ambiente lúgubre en el que encontraba cierto alivio para su dolor. Otro efecto secundario era la pérdida de apetito; de hecho, Nina se ajustaba cada vez más al trazo de sus huesos.

—¿No tienes hambre hoy tampoco? —le preguntó su marido, que a diferencia de ella, hacía justicia de la carne con gran voracidad.

—No mucho.

—Pues tienes que comer. No me gustan las delgaduchas. Come —le espetó—. ¿Cómo vas a engendrar nuestro hijo si no tienes nada con lo que alimentarlo?

Ella mantuvo su actitud pasiva respecto a la comida y encontró en ella un refugio para su mirada.

—No tengo hambre.

—¡He dicho que comas! —gritó el Gallego golpeando la mesa. Estaba rojo de ira y con un atisbo de locura en su mirada. Ella le pertenecía, era su esposa y como tal, debía obedecer en todo momento. Ella, sin disimular su hartazgo, se llevó un pedazo de carne a la boca, momento en el que él sonrió de satisfacción y apuró su copa de vino. Después hizo un gesto al criado para que se la rellenara de inmediato o para que directamente le dejara la botella junto a él, esta última fue la opción elegida.

—Mañana te verá un médico —dijo sin mirarla.

—Me encuentro bien —dijo Nina, que no comprendía lo que le acababa de mencionar su esposo.

—No, no lo estás.

Ella soltó los cubiertos sobre la mesa a modo de reproche.

—Hoy no estas de humor por lo que veo —añadió el Gallego.

—¿Por qué es necesario que me vea un médico? —insistió Nina.

—Para que diagnostique cuál es tu problema —dijo el Gallego mientras masticaba.

—¿Qué problema?

—Deberías haberte quedado embarazada hace tiempo.

—Te recuerdo que ya estuve embarazada —dijo Nina. Esas palabras fueron como cuchillos para el Gallego, que reaccionó golpeando la mesa y arrojando gran parte de lo que había sobre ella al suelo. Después le dijo al criado que los dejaran a solas.

—Claro que lo recuerdo; ¿cómo olvidar que mi esposa no es más que una vulgar furcia? A lo mejor si te trato como tal consigo lo que me propongo —y dicho esto, el Gallego se abalanzó sobre ella, agarrándole con fuerza los brazos.

—¡Me haces daño! —gritó Nina.

—No es lo único que te voy a hacer —dijo empujándola al suelo.

A los pocos segundos salieron gemidos y gritos ahogados a través de la puerta entornada. Gritos de placer y horror al mismo tiempo, lamentos y gemidos que se dejaban escuchar por toda la casa. Todos los integrantes del servicio callaban e incluso dejaban sus quehaceres por lo abrumador que resultaba aquel espectáculo tan denigrante. Ana, con sus ojos bañados en lágrimas y el temblor dueño de sus manos, lamentaba el tormento por el que tenía que pasar Nina. Estaba convencida de que su amiga podría soportarlo, de que era lo suficientemente fuerte, pero seguía siendo igual de insoportable. Pero lo peor era que, después del arrebato del Gallego, ella tendría que ir a por su amiga, ayudarla a vestirse y acompañarla hasta su dormitorio, donde pasaba las próximas horas en un estado catatónico.

Aquella ocasión discurrió como otras tantas haciéndose cargo de su amiga. Después de que el Gallego se marchara, dando tumbos de un lado a otro y encendido por el esfuerzo, entró en el comedor y acudió a auxiliar el cuerpo desnudo y humillado de Nina.Se fijó en las marcas de las manos que había alrededor de su cuello y en los golpes que salpicaban sus brazos y sus piernas.

—Esto no puede seguir así, Nina. Un día te matará —le susurró su amiga al oído. Nina no dijo nada. La resignación y el silencio eran sus banderas por aquellos días.

Cuando Ana la dejó a solas en su dormitorio bajó hasta la primera planta de la casa y entró en la sala donde se encontraba el teléfono. Tras cerciorarse de que no había ningún oído indiscreto lo descolgó y mantuvo una conversación de apenas un minuto, escuchaba con atención y hablaba con un sutil susurro. Cuando colgó sintió como su corazón latía a toda prisa.

~

El médico que acudió a la residencia del Gallego no pudo determinar ninguna causa empírica de porque Nina no se quedaba embarazada. Afortunadamente, no tenía manera de descubrir la ingesta diaria de hierbas que ella realizaba, que marchitaban su vientre al mismo tiempo que consumían su cuerpo. Sintió un gran alivio cuando el médico determinó que ella estaba aparentemente sana. Como era de esperar, el Gallego no se tomó a buenas tal noticia y pasó el resto del día encerrado en su despacho, sintiéndose humillado por no ser capaz de embarazar a su joven esposa. El alcohol era lo único que conseguía aplacar su frustración.

Las cosas no iban bien y él lo sabía. Los empresarios que llegaban por primera vez a Santiago no conocían al Gallego y, lo que era infinitamente peor, no llegaban a conocer más que meras referencias de un gran empresario venido a menos. Algunos decían que había enloquecido, otros que su joven y bella esposa lo tenía embrujado y unos pocos, conocedores de las muchas tropelías cometidas por el Gallego, afirmaban que estaba pagando cada uno de sus pecados. Pero lo que más le dolía, aparte de ser incapaz de concebir una criatura, era que Federico Losada había aprovechado el contexto para hacer caso omiso de las disposiciones de la dote, en lo que a La Regia se refiere, ignorando la nueva repartición de tierras que acordaron. Así, Federico consiguió replantar parte de las tierras, que le procuraron el beneficio oportuno para invertir en nuevos negocios en Santiago, ya que podía actuar sin la intromisión del Gallego, algo que este consideró inaceptable. ¿Cómo había podido llegar él hasta tal punto? ¿Acaso no se trataba de Juan Gil Valero? Su nombre había hecho temblar a muchos como para permitir verse ninguneado por el inútil de Federico. No podía consentirlo.

Aquella misma noche y no muy lejos de allí, un vehículo se detenía junto a un callejón. La oscuridad sólo era alterada por la amarillenta claridad que llegaba de alguna ventana o por la fugacidad de los relámpagos. La insistente lluvia evitaba que cualquier ruido destacara sobre otro. El hombre que conducía el vehículo miró su reloj y vio que era el momento justo. Fernando Apiles se apeó del vehículo, se ajustó el abrigo y fue directo hacia el callejón. Allí, oculta bajo un saliente que la protegía de la lluvia, se encontraba Ana. Sin mediar palabra alguna se fundieron en un apasionado beso, mientras las gotas de lluvia caían sobre sus hombros.

—¿Has podido conseguirlo? —preguntó Ana. Fernando asintió.

—¿Estás segura de esto? Corremos un gran riesgo.

—¿Qué otra opción nos queda? No sé cuánto tiempo podrá resistir Nina. No se merece todo lo que está ocurriendo.

—¿Y qué hay de lo nuestro? —dijo Fernando, acercando de nuevo su rostro al de Ana, que le dedicó una tierna sonrisa.

—En cuanto lo solucionemos todo. No dejaré a Nina sola con ese hombre. Una vez termine todo y le digamos la verdad acerca de su hija, nos marcharemos. ¿Cómo está la niña?

—Es el vivo retrato de su madre —dijo Fernando—. Se han trasladado a una bonita casa en un cerro de Valparaíso. Es modesta, pero tiene un patio grande para que Marina juegue, ademas, Ferrán quiere reformarla poco a poco. También me ha dicho que desea venir a Santiago, me insiste en que le prepare un encuentro seguro con Nina para que conozca a su hija. Demasiado arriesgado. Tan solo podemos empeorar las cosas.

Ana frunció el ceño ante el gesto dubitativo de Fernando. No era un hombre que expresara fácilmente sus pensamientos, pero ella conseguía siempre descifrar cada una de sus miradas.

—¿Qué ocurre, Fernando?

Este dibujó una mueca incómoda en sus labios.

—Me preocupa la esposa de Ferrán, Esther. Idolatra a su marido, quizás demasiado y Marina, a fin de cuentas, no es su hija.

Ana apretó sus labios. Conocía a Fernando como para saber que nunca hablaba de manera gratuita. Muchos años de servicio al Gallego le habían templado el carácter y le habían enseñado a comunicar mucho con pocas palabras.

—Confío en que Ferrán sepa llevar la situación; no podemos hacer otra cosa. Tenemos que centrarnos en lo que nos atañe.

—Tienes razón —añadió Fernando.

La tormenta rugió sobre sus cabezas e hizo temblar el suelo.

—Ha de ser poco a poco, Ana. Nadie debe involucrarnos en todo esto.

Ana asintió y se introdujo en el bolsillo un pequeño frasco de cristal que le había dado Fernando.

—No te preocupes.

—¿Vas a contárselo a Nina?

—No por ahora. Está desesperada y puede precipitarlo todo. Sé que lo aprobará, pero no es el momento de decírselo.

Capítulo 50

Federico y María recibieron con grata sorpresa la visita de Nina y el Gallego, que volvían a poner los pies en La Regia después de mucho tiempo.

Para el Gallego, en aquel lugar su honor había sido mancillado y por ello procuró que su esposa rompiera todo los lazos posibles con La Regia, cosa que consiguió con años de ausencia y desprecio hacia todo lo proveniente de aquel lugar.

Pero la situación había cambiado y su presencia en La Regia era más que necesaria. Federico se estaba excediendo en sus competencias, abarcando demasiados beneficios y procurando negocios totalmente ajenos a la ya limitada influencia del Gallego.

El encuentro entre ambos matrimonio fue incómodo, con gestos fríos por parte del Gallego y tensos por parte de Federico y María.

Nina, en cambio, se asimilaba a un espectro que se limitara a estar. Su madre tuvo que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar ante la demacrada imagen de su hija.

Como acostumbraban a hacer años atrás, pasearon entre las plantaciones de La Regia, en esta ocasión trabajadas y mantenidas por una decena de mozos que resultaban de la máxima confianza de Federico y que le saludaban a su paso mostrándole sus respetos.

—No le va mal —dijo el Gallego, el cual usaba su bastón con más fin que resultar elegante y distinguido. Sudaba copiosamente, caminar por tierra blanda le suponía un esfuerzo considerable.

Desde hacía días sentía un malestar creciente en su interior que iba mermando sus fuerzas, como si no llegara a descansar lo necesario. Sin embargo, su leve indisposición se esfumó en cuanto vio como parte de las tierras que Federico había decidido usar sin su permiso.

María y Nina caminaban en silencio detrás, sin mirarse siquiera, como dolientes en un funeral.

—Parece que las cosas empiezan a arreglarse —dijo Federico, que estaba sorprendido por el desmejorado aspecto que lucía el Gallego y su hija, como si el matrimonio los estuviera consumiendo.

—Eso parece —apostilló el Gallego—. Incluso ha optado por ampliar los límites de sus plantaciones.

Federico asintió.

—Sé que he hecho uso de tierras que le pertenecen, pero lo he hecho por un buen fin, Gallego. De hecho, han sido muy oportunos con su visita puesto que cuento con importantes novedades.

Nina alzó el rostro y el Gallego afinó sus ojos con evidente desconfianza. Federico, con una sonrisa orgullosa, continuó:

—Tenía en mente informarles la semana próxima, pero no veo

razón alguna para no hacerlo en este momento. Son ciertos los rumores, Gallego, los negocios me han ido bien los últimos años. Tuve en cuenta mis errores pasados y guardé gran parte de los beneficios.

—Un hombre inteligente —añadió el Gallego, con una desagradable sonrisa en sus labios.

—Le agradezco sus palabras. Sin embargo, he decidido hacer uso de esos ahorros para saldar la deuda que mantenemos y adquirir, a su vez, las tierras que pactamos en la dote. En cuanto a lo primero, supongo que no rechazará la importante suma; y en cuanto a lo segundo, le adelanto que seré generoso en la oferta.

En ese momento Nina agachó la mirada. Un segundo observando a su esposo había sido suficiente para saber que este se sentía ultrajado por las palabras de su padre.

Los años que había compartido con el Gallego le habían permitido conocer a la perfección su condición humana, su ambición desmedida y su más que difusa moral.

En el silencio de su reflexión agradeció incluso que su hijo no tuviera que sufrir en sus propias carnes la maldad de ese hombre. Un pensamiento que la estremeció.

—Celebro su iniciativa —dijo el Gallego entre dientes—. Pero tendré que pensar en qué es lo que más me conviene en este momento.

—Por supuesto. No tengo ninguna prisa —contestó Federico. Pero fue evidente para todos el gesto contrariado del Gallego. El paseo continuó en un silencio absoluto, que rayaba en los oídos.

De regreso a Santiago el Gallego no cruzó palabra alguna con Nina, presintiendo esta que iba ser el objetivo de todas sus frustraciones.

Una vez llegaron a la casa el Gallego se retiró a su despacho, cerrando la puerta con gran estrépito. Al cabo de unos minutos, llegó Fernando Apiles y fue en su busca.

—¿Es verdad, Nina? ¿A tu padre le van bien las cosas? —le preguntó Ana mientras le ayudaba a desvestirse.

—Es un hombre muy inteligente —contestó Nina—. Quiere saldar su deuda con el Gallego.

Ana dibujó una sonrisa.

—Eso es muy buena noticia —dijo, sin embargo Nina miró con preocupación a su amiga.

—Mi esposo no lo ve con buenos ojos y me preocupa lo que pueda llegar a hacer —Ana estrechó sus manos.

Las interrumpió Fernando Apiles, que tocó la puerta y pidió permiso para entrar.

—Adelante —dijo Nina sin apenas levantar la voz. Fernando entró con el rostro compungido, como pocas veces se le había visto—.

—Tu esposo quiere verte en su despacho, dijo en tono bajo.

Nina se quedó observando durante unos segundos, descifrando la terrible verdad de su mirada. Después asintió y se marchó cabizbaja hacia el despacho. Ana tensó sus labios en un vano intento de controlar el llanto. En cuanto Nina los dejó a solas hizo un gesto con la cabeza a Fernando.

—Me ha pedido que vaya a buscar a Suárez —musitó Fernando.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Ana. Justo en ese momento sonó la puerta del despacho cerrarse. Nina volvía estar en manos del Gallego.

—Un monstruo, Ana. Quien ha sido las manos del Gallego en la mayoría de sus fechorías. Un hombre dispuesto a cualquier cosa por dinero. Vive en un rancho apartado de todo y de todos. Como supondrás lo persigue la justicia.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó Ana, aunque con temor de la propia respuesta.

—No me lo ha dicho, pero no es buena señal.

El ruido del mobiliario al caer al suelo comenzó a tronar por toda la casa. Nina no se resistía a los envites de su esposo, pero la violencia de este último había alcanzado cotas insoportables, más todavía desde que su cuerpo comenzó a experimentar la ausencia de vigor. Nina volvió a ser un juguete en sus manos y todos los que estaban en la casa eran testigo de ello.

Ana, al no poder soportarlo, sufrió un ataque de nervios y se desplomó en los brazos de Fernando.

—Tenemos que pararlo. Nina no podrá resistirlo mucho más —balbuceó.

—Ya le está haciendo efecto, Ana. Pero aunque el Gallego se esté derrumbando, todavía tiene amigos y socios que saldrían muy perjudicados con su muerte. Morirá, pero si sospechan de nosotros o incluso de Nina, no tardaremos mucho en acompañarle.

—No puedo…

—Todo llegará, Ana; todo llegará.

Capítulo 51

Había un día maravilloso en Valparaíso. El sol coronaba el cielo y aportaba color y alegría a las calles.

Los últimos días habían atracado un par de busques en el puerto y el ajetreo era constante en la ciudad, con grupos de personas recorriendo las calles y todo tipo de buscavidas andando de un lado para otro.

Marina, subida a una caja de madera, observaba a través del muro del jardín el ajetreo de la calle, dejando pasar las horas mientras esperaba a que su padre regresara a casa del trabajo.

Solía ser después de comer, aunque había ocasiones en la que la sorprendía y aparecía al mediodía. Aquella incertidumbre alimentaba su esperanza.

Estaba tranquila, mirando de un lado a otro cuando, de repente, escuchó a su madre llamarla a gritos.

—Marina, bájate inmediatamente de esa caja, ¿No ves que puedes caerte en cualquier momento? —gritó Esther mientras se acercaba a ella con los brazos en jarra—. Es que te has propuesto amargarme la mañana.

Marina asintió con la cabeza y se marchó cabizbaja, como si se tratara de un animalito temeroso. Su madre volvió al interior de la casa y ella se quedó paseando por el jardín.

Acababa de cumplir siete años y desde que tenía uso de razón, que no era hace mucho tiempo, había asociado su cumpleaños a regaños por parte de su madre, que apenas le dejaba hacer algo más que respirar, persiguiéndola en todo momento y reprochándole por lo más insignificante.

Marina quería a su madre, no tanto como a su padre Ferrán, eso estaba claro, pero la quería. Sin embargo, cada vez se planteaba con más frecuencia si su madre le tenía cariño alguno.

Marina aún destilaba inocencia y por ello no comprendía las miradas inquisitivas de su madre, que se prolongaban durante minutos, mientras permanecían en absoluto silencio.

Pero lo más desconcertante para la criatura era como la actitud de Esther cambiaba cuando su padre estaba delante, momento en el que se volvía el ser más dulce del mundo.

Llegó hasta la parte trasera del jardín y comenzó a pasear de un lado a otro, sin saber a dónde dirigirse o qué podía hacer sin que su madre la regañara de nuevo.

En la cocina, mirando a través de la ventana, estaba Esther. Observaba a Marina afinando los ojos, con la indignación en el rostro. Según había oído decir a Ferrán, Marina era un fiel calco de su madre,

de la que él hablaba con un cariño que le costaba tolerar.

Cada vez más, sobre todo a la vista de cómo la niña iba creciendo y moldeando su propia personalidad, Esther se sentía una extraña en esa familia. Había puesto sus esperanzas en quedarse embarazada pronto de Ferrán, y sellar sus vidas con un hijo en común, que dejara a Marina en su segundo plano, pero los años pasaban sin que la vida pudiera aferrarse a su vientre.

Así, el rencor hacia su hija adoptiva iba en aumento y lo peor de todo, reprenderla era la única manera de experimentar algo parecido al alivio en la frustración en la que naufragaba su alma.

Por ello, mientras la observaba pasear por el jardín, luciendo bajo el sol una belleza que no era la suya y que le resultaba tan extraña, la bilis del odio comenzó a corroer sus venas de nuevo.

Ferrán estaba encandilado con esa niña fruto de un inoportuno impulso de pasión —pasión que compartió con otra mujer—, tornándose en una burla para la propia Esther.

—Ahí está —musitó Esther con una voz profunda y oscura—. Ni siquiera se acerca a mí para preguntarme si necesito algo.

En eso tenía razón, aunque era la manera que tenía Marina de responder a sus continuos reproches y malos gestos. Entre madre e hija existía una distancia insalvable e invisible a los ojos de Ferrán.

Esther había conseguido poco a poco anular a Marina, hasta el punto de que ésta, en presencia de su madre, se convertía en un fantasma que se limitaba pulular de un lado a otro, temerosa de recibir otra reprimenda.

—¿Es que no piensas hacer nada? —gritó Esther desde la ventana.

Marina, sintiendo como un escalofrío atravesaba su cuerpo, se detuvo y miró hacia la ventana por la que se asomaba su madre. Se quedó en silencio; expectante.

—Maldita insolente —dijo Esther mientras se dirigía hacia ella—. Ya que no tienes escuela podrías ayudar a tu madre.

Dicho esto, la agarró del brazo con todas sus fuerzas y la llevó a rastras hasta la casa.

—Me haces daño, mamá —exclamó Marina, pero Esther no le hizo caso y apretó sus dedos más aún en torno a su brazo. Después, empujándola de mala manera, la hizo caer al suelo.

—No te tendría que hacer nada si te comportaras como es debido —le gritó.

Marina, con lágrimas en los ojos, no podía comprender qué había hecho mal. Aparte de los castigos, lo peor era no saber qué hacía mal, cuál era el motivo que hacía enfurecer a su madre de esa manera.

Aunque esto no le impedía sentirse culpable de igual manera, como si por el mero hecho de vivir fuera merecedora de ese trato.

Al cabo de un rato, cuando su padre regresó a casa, le pareció que

el mismísimo sol había descendido para iluminar los rincones más oscuros del alma.

Niña como era, incapaz todavía de expresar un rencor que ya se acumulaba en ella, compartió juegos tanto con su padre como con su madre.

Sin embargo, cuando Ferrán se marchó a media tarde, la mirada de Esther se tornó fría y despiadada de nuevo, y Marina se quedó sentada en el jardín, temerosa de hacer cualquier movimiento.

La horrible noticia llegó en plena madrugada. Fernando Apiles entró a toda prisa en la casa del Gallego y ascendió directamente al dormitorio, aunque este se encontraba despierto, aquejado por unos dolores que se extendían por todo su cuerpo y por un insomnio que se había convertido en la tónica general de las últimas noches. Fernando no esperó a que le diera paso e irrumpió en la habitación.

—Señor, ha ocurrido una desgracia. La Regia está en llamas. El fuego es incontrolable y por el momento no sabemos nada de los Losada.

El Gallego calmó la exaltación de Fernando con un gesto, antes de dibujar una mueca que se perdía entre lo incómodo y lo doloroso.

—Trae a mi esposa aquí ahora mismo —dijo el Gallego con una voz quejumbrosa, aferrado a su bastón, sin el cual ya no podía caminar, convirtiéndolo en un miembro más de su malogrado cuerpo —. No le digas nada.

Fernando frunció el ceño, alarmado por la reacción del Gallego.

—Pero es una situación…

—¡Traemela! —gritó el Gallego, mientras trataba de incorporarse.

A los pocos minutos entró Nina en el dormitorio, con el sopor y la sorpresa en el rostro. Ana, desconcertada también, caminaba tras ella. Fernando cerraba el grupo. El Gallego observó a su esposa con una sonrisa maliciosa antes de acercarse a ella con su paso fatigado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nina con un hilo de voz, amedrentada por lo extraño de la situación. Fernando hizo el amago de hablar, puesto que creía que el Gallego no sabría nada de lo ocurrido en La Regia, pero para su sorpresa, este fue quien contó con todo detalle acerca del incendio.

—Están luchando por apagar las llamas en este momento, querida —dijo el Gallego al finalizar su relato, persistiendo en todo momento una sonrisa ladina en sus labios. Ana trataba de consolar a Nina, mientras Fernando procuraba calmarse con un cigarrillo. Para eso había llamado al malhechor de Suárez; Federico Losada estaba a punto de conseguir plena independencia respecto a él y eso no podía tolerarlo de ninguna manera. Además, si Federico y María fallecían, Nina se convertía en la heredera universal de todos sus bienes, lo que significaba que desembocaban en el Gallego. Este era el hombre al que Fernando había servido durante tantos años y que le ahora le procuraba tal repugnancia que apenas podía mirarlo a los ojos.

Por insistencia de Nina, Fernando las llevó a La Regia, por su parte el Gallego no las acompañó, argumentando que necesitaba descansar. La casa se consumía en un fuego voraz de inmensas llamaradas, que

iluminaban el cielo con escalofriantes destellos rojizos. Era tal la intensidad de las llamas, que apenas pudieron acercarse al lugar. Incluso respirar el aire caliente y cargado de ceniza resultaba complicado.

—No entren ahí por nada del mundo —les gritó uno de los hombres que acarreaban cubos de agua a toda velocidad. Ana tenía que emplearse a fondo para poder contener a Nina, la cual, histérica, estaba dispuesta a morir con tal de entrar en lo que quedaba de su antiguo hogar.

—No se puede hacer nada, Nina —le decía su amiga.

—¡Son mis padres! ¡Son mis padres! —gritaba con desesperación.

—¿Ha conseguido salir alguien de la finca? —preguntó Fernando a un grupo de mujeres que observaban la escena mientras rezaban, rosario en mano, pero le contestaron que nadie había salido por el momento. Minutos después, la casa que coronaba La Regia se vino abajo presa de las llamas, las cuales se habían extendido a las plantaciones y al establo. Una oleada de gritos y chillidos fue la respuesta a tal catástrofe. Las posibilidades de que alguien saliera con vida de allí eran nulas.

Nina no resistió más y, debido a su exaltación, perdió el conocimiento, cayendo en los brazos de Ana.

—¡Fernando!

Este acudió en su ayuda y juntos la llevaron hasta el vehículo.

—Esto no puede ser verdad. No puede estar ocurriendo —dijo Ana. Nina balbuceaba, aunque yo no llegaba a estar del todo consciente. Fernando sabía que era inútil quedarse allí y convenció a Ana para regresar a Santiago.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así? —insistió Ana.

—Ha sido el Gallego —sentenció Fernando—. Por eso me mandó buscar a Suarez. Quién si no podría hacer una barbarie como esta.

—¿Y Federico y María? No habrá sido capaz…

—Lo más probable es que ni siquiera hayan visto arder La Regia. Conozco el estilo de Suarez.

Ana estalló en un llanto amargo y desconsolado al interiorizar el significado de las palabras de Fernando. Lo miró de nuevo con una mirada lastimera y él asintió con un leve gesto. Federico y María habían sido asesinados o habrían muerto en el incendio.

—Hay que acabar de una vez con ese monstruo —dijo Ana. Fernando no refutó sus palabras.

~

El funeral de los Losada tuvo lugar cuatro días más tarde, una vez se hallaron todos los cuerpos de los que se encontraban en La Regia la trágica noche del incendio. No solo estaban Federico y María, sino que

en su misma casa dormían tres mujeres más del servicio, mientras que en la casa colindante, la habitaban una decena de trabajadores de la finca, dos de los cuales se habían trasladado allí con la familia. En total, veintitrés almas perecieron.

Lo sucedido tuvo una inmensa repercusión en Santiago, puesto que los Losada habían ganado notoriedad los últimos años, además de que gran parte de los trabajadores de La Regia provenían de la capital. Esto significó que durante no pocos días Nina tuvo que soportar las largas colas de dolientes que acudían a su casa a darse su más sentido pésame y a expresar extensas condolencias que solían prolongarse durante horas, para desesperación de la joven. Algunos eran sinceros amigos de sus padres, aunque había otros que los movía la curiosidad más ruin acerca de la herencia. El Gallego se cuidó de soportar dichas aflicciones y se interesó por conseguir que un notario lo nombrase como titular de todas las propiedades en posesión de los Losada hasta el fatal momento de su muerte, ya que se consideraba en potestad para ello al ser el esposo de la única heredera de la familia. Sin embargo, al salir de la notaría expresaba una intensa preocupación en su rostro, entremezclada con gestos de dolor. Se sentó jadeante en el vehículo y clavó sus ojos en Fernando Apiles.

—¿Qué fue de la criatura, Fernando? —preguntó el Gallego.

Fernando mantuvo la calma y contestó sin gravedad alguna en sus palabras.

—En un convento. Sin nombre, sin pasado, imposible de encontrar.

El Gallego asintió, aunque con la sospecha en sus ojos. Se quedó en silencio unos segundos, como si reflexionara.

—Eso espero —contestó secamente—. Llévame a donde tengan buen licor: ese notario me ha dejado seca la garganta con tantas preguntas.

Fernando puso en marcha el vehículo y se dirigió a un selecto establecimiento del centro de Santiago. Se sentaron en una mesa y pidieron dos vasos del mejor whisky. La respiración del Gallego estaba agitada de manera permanente, un detalle que Fernando no pasó por alto.

—¿Quieres saber por qué te he preguntado acerca de la criatura? —preguntó el Gallego.

—Soy todo oídos —dijo Fernando con una espléndida sonrisa que ocultaba los nervios que le devoraban. La noche del incendio, cuando regresaron a casa, Suarez se encontraba en el despacho con el Gallego, lo que le confirmó a Fernando que él había sido el autor del incendio y su jefe el instigador. La simple idea de que el Gallego mantuviera cerca de sí a Suarez, un hombre capaz de cualquier cosa, le producía escalofríos.

—El notario me ha confirmado que Nina recibirá la plena potestad

de todos los bienes durante la semana próxima, potestad que compartiré con ella. Sin embargo, el notario ha hecho hincapié en que esos bienes quedarían en manos de Nina si ella tuviera descendencia o estuviera embarazada en este momento —la voz del Gallego se había convertido en el siseo de una víbora—. O si tuviéramos la mala suerte de que todo saliera a la luz, ¿no le parece una amenaza a tener en cuenta?

—No tiene que preocuparse —contestó Fernando, tratando de descifrar la fría mirada del Gallego.

—Confió en su palabra. Sin embargo, el asunto me preocupa —dijo el Gallego antes de irrumpir en un ataque de tos que estremeció su cuerpo—. Discúlpeme, necesito ir al aseo.

El Gallego se retiró con su andar lastimero, apoyándose en un bastón que antes utilizaba para sentirse más distinguido y que los últimos meses se había convertido en algo esencial para entablar un par de pasos seguidos. En su orgullo, pensó Fernando, el Gallego no estaba siendo consciente del mal que estaba corroyendo su cuerpo; de cómo sus capacidades mermaban día a día sin explicación. Él se consideraba superior e inalcanzable, para la propia muerte incluso. En cuanto el Gallego desapareció de la sala, Fernando sacó un diminuto bote de cristal del bolsillo y lo volcó sobre el whisky del Gallego, gotas transparentes y densas que se diluyeron con el resto de la bebida en pocos segundos. A su regreso, el Gallego apuró su copa y se marcharon de regreso a casa.

Cuando llegaron, Ana se fijó en que Fernando estaba más alterado de lo normal. Le hizo un gesto con la mirada y ambos se reunieron en la parte trasera de la casa, a salvo de oídos indiscretos. Nina dormía en ese momento, agotada tanto por las visitas como por lo ocurrido los últimos días. De manera irremediable se había sumido en una depresión que auguraba un final incierto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ana tras asegurarse de que se encontraban a solas. Fernando la miró con intensidad mientras valoraba las consecuencias de sus actos y buscaba las palabras adecuadas.

—Tenemos que apurar nuestros planes cuanto antes —dijo Fernando mientras recordaba las gotas de la muerte caer sobre el licor del Gallego.

—¿Qué está pasando?

—He hablado con el Gallego esta tarde. Me ha preguntado por la niña, al parecer, podría interponerse entre él y la herencia si alguna vez saliese a luz.

—Dios mío. ¿No creerás que podría buscarla?

—Lo que me sorprende es que todavía tengamos dudas al respecto. Debimos verlo venir con los padres de Nina. Además, si utilizó a

Suarez para provocar el incendio recurrirá a él de nuevo para asegurarse la herencia.

Ana suspiró y miró a Fernando, que aún mostraba un ligero temor en sus ojos.

—He volcado el veneno sobre la copa del Gallego, Ana. No pienso permitir más muertes —sentenció Fernando.

Ana tardó unos segundos en interiorizar lo que acababa de escuchar. El destino, la maldad del Gallego y su odio respecto al mismo los había unido, encontrando consuelo el uno en el otro hasta que surgiera entre ellos un tierno cariño. Desde entonces habían decidido que llegaría el día en el que formarían su propia vida juntos, proyecto que se materializaría en cuanto las gotas de veneno que suministraban a diario al Gallego cumpliesen su cometido. Tal proceso podría alargarse durante semanas, dependiendo de la tolerancia del hombre.

—¿Qué dosis? —preguntó Ana.

—La equivalente a una semana —contestó Fernando—. No pasará de mañana.

No erró en su predicción. Ya de madrugada, el Gallego despertó al servicio aquejado de terribles dolores, vómitos continuos e incluso afirmando no poder ver más allá de sus propias manos. Fernando Apiles, que esperaba acontecimientos sentado en el interior de su automóvil, supo que había llegado el momento cuando se encendieron las luces de la casa. Minutos después, Ana se asomó por una ventana y le hizo un gesto para que entrara.

En cuanto cruzó el umbral de la puerta fue recibido por terribles gritos de agonía.

—Está muy mal—le dijo Ana—. Nina está con él.

Subieron hasta su dormitorio y entraron en la habitación con cautela, a sabiendas de que allí se encontraba una bestia malherida que aún podía resultar peligrosa.

El Gallego se estremecía por el dolor, inmerso en una espantosa agonía que le deformaba el rostro y le hacía retorcerse como un gusano. Una de las criadas procuraba secar su frente empapada de sudor, pero este se retorcía de tal manera que acabó desistiendo. Nina estaba allí, aunque mantenía cierta distancia respecto a su esposo. Lo observaba con frialdad absoluta y hasta con regocijo. Tan pálida, con aquel gesto frío y los brazos cruzados, Ana pensó que su amiga era la viva imagen de la muerte.

Fernando se acercó al Gallego y fingió su papel por última vez.

—El médico viene de camino —le susurró, pero lo hizo con un tono de voz tan frío y despreocupado que el Gallego pareció olvidar su sufrimiento y clavó su mirada en él. Fernando vio por primera vez el miedo en sus ojos.

—Cómo… Cómo… —pero de nuevo gritó de dolor.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Nina sin inmutarse. Ana hizo un gesto a Fernando y este ordenó a la criada que los dejara a solas. Una vez se quedaron solos, Fernando sacó del bolsillo un pequeño tarro de cristal que mostró tanto a Nina como al Gallego.

—Esto es lo que te ha estado matando —dijo con rabia—. Esto es lo que va a librar al mundo de tu repugnante presencia.

—¡Tu! —gritó el Gallego en un esputo de sangre que salpicó por doquier.

—Está pagando por todo lo que ha hecho, Nina —dijo Ana, que después de todo desconocía cuál iba a ser su reacción. Pero esta se limitó a acercarse a su agonizante esposo y quedarse frente a él.

—Voy a verte morir —dijo Nina—. Pero aun así saldrás ganando. Porque he muerto muchas veces en tus manos y tú solo vas a morir una en las mías.

Escuchado esto, el Gallego entró en tal estado de agitación que estuvo a punto de hacerle caer de la cama.

—Muere —susurró Nina, como si estuviera rezando una oración.

Las plegarias de Nina se cumplieron apenas un rato después. La dosis de veneno que Fernando le había echado en la copa había consumido su cuerpo en pocas horas. Para cuando llegó el médico tan solo pudo certificar la muerte de Juan Gil Valero.

En ese momento, como si de una doliente viuda se tratase, se derrumbó a los pies de su esposo sumida en un llanto irrefrenable. No lloraba de pena, sino de alegría. Su corazón parecía latir con fuerzas renovadas al saber que se había puesto fin a un tormento que había durado años y que la había consumido hasta convertir su vida en una constante agonía.

Fernando y Ana hablaron con Nina una vez el servicio funerario se llevó el cuerpo del Gallego para adecuarlo para el funeral.

En primer lugar le relataron cómo había surgido su relación y qué les llevó a suministrar al Gallego un veneno a diario para acabar con su vida. Le resultaba extraño que Fernando se mostrase de esa manera, tan cercano, tan empático a su sufrimiento.

—Nunca podré agradecer todo eso —dijo Nina, pese a que le era extraño que la muerte de una persona pudiera causarle tanto júbilo. Era una sensación contradictoria.

—No podíamos verte así. Se nos partía el alma ser testigos de lo que ese hombre hacía contigo.

Nina asintió con un doloroso recuerdo que borró de inmediato.

—Su muerte no es el fin de los problemas, Nina —le advirtió Fernando—. El Gallego tenía muchos socios que saldrán perjudicados con su muerte y que no aceptarán de buena gana que todos sus negocios queden en manos de su joven esposa. Te presionarán para que les cedas parte de las propiedades del Gallego.

—Pero legalmente todo le pertenece a Nina, no pueden arrebatárselo sin más —exclamó Ana.

—Estoy dispuesto a deshacerme de lo que sea con tal de olvidarme de estos años —dijo Nina.

—Ya conocías al Gallego. La calaña que se codeaba con él es de la misma condición. Saben que Nina es débil y que está sola. Es inútil resistirse.

Nina estaba convencida de dejar cuanto fuera por despegarse de aquella ponzoñosa vida y por ello, tras el funeral de su esposo, al que acudieron cientos de personas, decidió terminar cuanto antes.

Tal y como le había adelantado Fernando, un grupo de hombres, encabezado por un tal Mateo, le exigió su presencia en una reunión donde ella, Marcelina Losada, viuda de Gil Valero, iba a ser el principal asunto del día. Acompañada por Fernando, fue testigo de

cómo esos hombres, cegados por la avaricia se dividieron la riqueza del Gallego, dejándole a Nina lo justo para vivir sin preocupaciones.

Aunque Fernando, que estaba curtido en aquellas negociaciones, consiguió un porcentaje anual de los beneficios de uno de los negocios del Gallego; beneficios que irían a parar a cuenta de su amada viuda, para que llevara una vida honrosa y sin necesidades. Los antiguos socios no se negaron, puesto que de la noche a la mañana habían aumentado su patrimonio de manera exponencial: La Regia estaba entre una de las propiedades reclamadas.

—Es una jauría de lobos, se despedazan entre sí a la menor oportunidad —dijo Fernando cuando regresaron a casa, la que había pasado a ser de manera oficial la casa de Nina. Ana les esperaba ansiosa, pues había acordado con Fernando que, una vez todo estuviera arreglado, se marcharían para vivir una vida juntos. Iban a decírselo esa tarde, además de comunicarle, ahora que nada la amenazaba y era libre de hacer cuanto quería, la verdad acerca de su hija.

Nina se tomó con alegría la marcha de Fernando y Ana, les expresó los mejores deseos y les colmó de abrazos. Cuando Nina observó a su amiga, radiante y feliz, no pudo evitar acordarse de todo lo que habían vivido juntas, la marcha de Asturias, el trayecto en el Whisper, La Regia, recuerdos que parecía de una vida ajena a la suya. En cuanto a Fernando, sabía que amaba a Ana y que siempre velaría por ella.

—Queremos irnos de Santiago, aunque aún no tenemos decidido el destino —dijo Fernando.

—¿Estados Unidos tal vez? —preguntó Ana risueña.

—Tal vez —contestó Fernando con complicidad.

—Serán muy felices.

—¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó Ana. Nina reflexionó durante unos segundos.

—No lo he pensado, si te soy sincera. Pero es posible que me traslade a Valparaíso; me trae buenos recuerdos. Quizás me instale allí o me embarque hacia algún lugar.

Fernando y Ana se miraron con complicidad.

—¿Qué sucede? —preguntó Nina. Ana se incorporó, se sentó a su lado y estrechó sus manos con fuerza.

—Antes de todo quiero que comprendas que lo hicimos pensando en el bienestar de las dos —Nina frunció el ceño. Ana cogió aire y continuó—. No diste a luz a un bebé sin vida, Nina.

Esta se quedó petrificada y con los ojos muy abiertos.

—El Gallego quería hacerla desaparecer, pero me negué a hacerle daño a la criatura —apuntó Fernando—. Ana y yo la llevamos a Valparaíso.

—¿Por qué allí? —preguntó Nina.

—Allí estaba Ferrán —dijo Ana.

Los sentimientos de Nina explotaron. Alegría y pena se mezclaban, dando lugar a carcajadas bañadas de lágrimas. Apenas era capaz de callar tras lanzar una pregunta, pues de inmediato Nina asaltaba con otra más. Quería saber todo acerca de su hija y de Ferrán.

—¿Una niña? —preguntó Nina con lágrimas en los ojos.

—Una niña preciosa —contestó Fernando.

—Se la llevamos a Ferrán, pensamos que lo mejor era que estuviese con su padre—añadió Ana, aprovechando que Nina se había calmado.

—¿Pero se encuentra bien?

—Están bien, Nina —dijo Fernando, ofreciéndole un papel doblado —. Esta es la dirección. Pero tienes que ser consciente de que Ferrán rehizo su vida, y tu hija no sabe nada de ti.

—Solo quiero verla.

—Estás en tu derecho —añadió Fernando.

Nina asintió, aunque le costaba asimilar todo lo que acababa de escuchar. En unos meses había perdido a sus padres, a ese animal que tenía por esposo y había recuperado a su hija.

Capítulo 54

Fernando y Ana se despidieron definitivamente luego de unos días, tras organizar un apasionante viaje que les llevaría hasta Buenos Aires, en Argentina, desde donde embarcarían para dirigirse a Nueva York. Nina les agradeció todo lo que habían hecho por ella y prometió visitarlos en un futuro no muy lejano.

Entre lágrimas y abrazos, se despidieron las dos, sabiendo ambas, con ese instinto silencioso pero certero, de que nunca más volverían a verse.

Cuando Nina se quedó sola en casa, comenzó a disponerlo todo para trasladarse de inmediato a Valparaíso. Pondría en venta la antigua residencia del Gallego, catedral del sufrimiento para ella, y se hospedaría en un hotel mientras se formalizaba la venta de la casa.

Disponía de una importante cantidad de dinero en el banco, además de las rentas que recibiría a finales de año de mano de los antiguos socios de su esposo, por lo que la situación económica no le preocupaba en absoluto.

En cuanto al servicio de la casa, fue generosa y les dio un suculento finiquito por sus servicios, que aceptaron de inmediato.

Poco a poco, Nina sentía como las heridas de los años con el Gallego comenzaban a cicatrizar. Le costaba acostumbrarse a la libertad plena, a sentirse dueña de sí misma después de tanto tiempo de cautiverio.

Una vez despachó a los empleados y reservó una habitación en el mejor hotel de Valparaíso, decidió ir hasta el cementerio de Santiago para despedirse de sus padres. Allí, en un elegante panteón de piedra y mármol, tallado al estilo clásico, descansaban para siempre Federico y María, juntos para toda la eternidad.

Nina estuvo allí durante un rato, adentrada en sus recuerdos, disfrutando del silencio del lugar. Cerró los ojos y se concentró en llevarse los mejores recuerdos consigo, en guardar para siempre sus sonrisas y el cariño que le profesaron, pese a que fueron ellos quienes la pusieron en los brazos del Gallego.

En el fondo, estaba convencida de que las circunstancias primaron sobre su voluntad. Aunque eso ya no importaba. Lanzó un beso al aire y se marchó para no regresar jamás a esa ciudad que se había convertido para ella en símbolo de sufrimiento.

Por primera vez, ella era la dueña de su destino, y este se encaminaba hacia Valparaíso, donde estaba la hija que le arrebataron de sus brazos con la más cruel de las mentiras.

Ya en el vagón del tren , reflexionó acerca de todo lo sufrido los últimos años e incluso se estremeció al recordar los encuentros más

violentos con el Gallego, como si este pudiera levantarse de la tumba para poseerla de nuevo. Suspiró.

Era consciente de que ese sufrimiento le había dejado heridas en su alma que tardarían en cicatrizar y que estas emanarían dolor cada vez que agitara sus recuerdos. Cogió aire y lo exhaló despacio para calmarse. Miró a través de la ventana y contempló el paisaje que pasaba a toda velocidad frente a sus ojos. ¿Cuántos años hacía que ella había visto ese mismo horizonte avanzar en la otra dirección? Esbozó media sonrisa.

La última vez que se subió a un tren fue para alejarse de Ferrán, y ahora, tantos años después, deshacía sus pasos para ir en su busca y para ver por primera vez a la hija de ambos. Aquello era una prueba más de que no eran más que hojas movidas por el viento del destino, resultado del azar constante.

Inmersa en sus pensamientos, Nina se sobresaltó cuando se encontró frente a ella, de pie, a un hombre con cara amargada, sentimiento exacerbado por un grueso bigote.

—¿Qué desea? —preguntó Nina. El hombre frunció sus cejas, también densamente pobladas y le tendió su mano.

—Su billete —dijo el hombre sin levantar la voz. Nina suspiró aliviada: se trataba del revisor.

—Si, claro. Aquí tiene —el hombre lo observó fugaz, le hizo una marca con un lápiz y se lo devolvió a Nina.

—¿Equipaje?

—Solo esta bolsa —dijo Nina señalando hacia la bolsa de tela que había a sus pies. El revisor le dedicó una mirada desconfiada. A simple vista podía verse que se trataba de una mujer con dinero y esa clase de mujeres no solían viajar con un equipaje tan escueto. Para desconcierto de Nina, el hombre asintió con indiferencia y continuó su labor por el pasillo.

La razón de que Nina viajara con tan poco equipaje era que había decidido desprenderse de cualquier cosa que pudiera recordarle lo vivido con el Gallego, desde joyas a trajes, todo lo que ese hombre hubiera pervertido con su presencia. Ya se encargaría en Valparaíso de comprar todo lo que necesitase.

Cuando bajó del tren y contempló de nuevo la ciudad que la recibió hacía ya tantos años, se emocionó. El regreso a Valparaíso le insufló fuerzas y planes de futuro que se arremolinaban en su cabeza. Salió de la estación y vio el punto exacto donde Ferrán la había besado por primera vez; donde también se despidieron de Marta y Pascal. Una parte de ella no podía creerse que se encontrara en Valparaíso, dueña de su propia vida y tan cerca de su hija.

Se acercó a un cochero y le pidió que le llevara hasta el hotel. Una vez allí se aseó y comió un poco. También, para ganarse el trato de los

empleados, dejó pagada varias semanas por adelantado y dio cuantiosas propinas a todo aquel que le sirvió.

Para cuando Nina salió, un par de horas después, le colmaron de atenciones e incluso le tenían preparado un automóvil dispuesto a llevarla donde ella estimara.

—El mejor chófer de Valparaíso. Por cuenta del hotel, mi señora —dijo uno de los encargados.

—Se lo agradezco.

El chófer abrió la puerta a Nina con galantería y mostró una educación exquisita. Después rodeó el automóvil y se subió a la parte delantera de este.

—¿A dónde vamos? —preguntó. Nina sacó el papel que le había entregado Fernando, cuyo mensaje tenía grabado en la cabeza, y se lo dio al chófer—. De acuerdo, no está muy lejos. Tardaremos un par de minutos, mi señora.

Los cálculos del hombre fueron exactos y en el tiempo señalado llegaron al destino, una casa en el cerro, desde donde se divisaba el océano en su inmensidad, reluciente bajo los rayos de sol.

—La esperaré aquí, señora.

—No es necesario. El hotel está cerca —dijo Nina ofreciéndole un par de monedas.

—Se lo agradezco, señora. Pero el hotel me ha dejado claro que debo complacerla en todo momento, por lo que esperaré igualmente. Es libre de volver caminando, si lo desea.

—Está bien —contestó Nina con una sonrisa—. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Beltrán, mi señora —dijo retirándose el sombrero.

—Yo soy Marcelina. Un placer.

—El placer es mío, señora.

Se despidieron y Nina se encaminó hacia la dirección exacta apuntada por Fernando. El corazón le latía desbocado y la boca se le quedó seca. Respiró hondo y agradeció el olor a mar y salitre. Sus pasos la acercaban poco a poco a su hija, aunque aún no fuera capaz de creerse todavía lo que estaba a punto de ocurrir. ¿Qué le diría? Ni siquiera lo había pensado.

Mientras se acercaba a la casa cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar. De repente, se detuvo y se quedó de piedra. Estaba a unos pocos metros cuando una niña abrió la puerta y atravesó el jardín en una ágil carrera, como si sus pies no llegaran a tocar el suelo y se deslizaran sobre él. Se acercó hacia la puerta que daba a la calle y caminó en dirección a Nina, quien era incapaz de mover un solo músculo de su cuerpo. Sabía que la niña que caminaba hacia ella era su hija. No sabía por qué, pero estaba segura.

—No hagas ninguna trastada, Marina —gritó una mujer desde el

umbral de la puerta de la casa.

—Sí, mamá —dijo la niña. Nina sintió una punzada de dolor frío en su corazón, mucho más doloroso que todo el castigo que le había infligido el Gallego. Sin parar de observarla, la niña pasó junto a ella, devolviéndole la mirada puesto que nunca había visto a una mujer tan elegante. La miraba con sincera admiración.

—Hola —susurró Nina. La niña, azorada porque un mujer tan elegante le dirigiera la palabra, agachó la mirada y se alejó corriendo. Nina se giró y dio unos pasos tras ella, pero enseguida se detuvo, confusa.

—¿Qué estoy haciendo? —se dijo a sí misma. Se volvió hacia la casa de la que había salido la pequeña y la miró con una mezcla de tristeza y nostalgia.

A través de una de las ventanas vio a la mujer que había salido antes, ocupada en sus labores. Un golpe de brisa agitó su cabello. Pensó en quedarse a esperar que regresara la niña —aún le resultaba complicado referirse a ella como a su hija—, pero no quería llamar la atención y mucho menos que Ferrán la viera. Deseaba reencontrarse con él, pero necesitaba tiempo para prepararse.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron y no quería echar a perder el ansiado encuentro por precipitarse. Después de todo había conseguido ver a su hija y eso era suficiente por el momento.

En los días siguientes Nina siguió frecuentando la zona alrededor de la casa. El corazón se le detuvo cuando vio a Ferrán a la mañana siguiente. Tuvo el impulso de salir corriendo hacia él para hacerle saber que había regresado, pero la razón suavizó su ímpetu. Recordó entonces las palabras de Fernando: Ferrán había rehecho su vida.

No estaba decepcionada por el hecho de que él hubiera seguido adelante, pero experimentaba una tristeza que le llenaba los ojos de lágrimas al saber que nunca podría estar con su hija y con el único hombre que había amado.

En cuanto a la niña, se aseguró de situarse todos los días en un punto por el que Nina sabía que pasaba todos los días para ir a la escuela. La pequeña continuó con su avergonzada actitud hasta que el paso de los días le hizo devolver el saludo a la elegante mujer con la que se encontraba todos los días.

Nina sentía su cuerpo elevarse cuando la niña, su hija, la saludaba con la sonrisa más bella que jamás había visto. El paso de los días provocó que la pequeña se acostumbrara al saludo de aquella mujer y que incluso llegara a comentárselo a su padre:

—¿Una distinguida señora? —preguntó Ferrán, extrañado por las palabras de su hija. Marina asintió. Ambos se encontraban en el jardín, sentados en el césped.

—Me saluda todos los días.

Esther, que había oído las palabras de Marina, se acercó con el ceño fruncido.

—¿Cómo se llama esa mujer? —preguntó.

—No lo sé —contestó Marina con la inocencia de su edad—. Pero es muy simpática y muy guapa. Tiene una nube en la cabeza.

No le dieron más importancia al asunto. Ferrán y Esther sabían lo típico que era con esas edades inventarse cualquier cosa, cosas de niños, por lo que siguieron la conversación con su hija sin más y no le prestaron mucha atención.

A la mañana siguiente, Marina corrió para encontrarse de nuevo con la desconocida mujer, pero en esta ocasión, al verla, no pasó de largo sino que se detuvo frente a ella.

—Hola —dijo haciendo el gesto con la mano.

—Hola —contestó Nina.

—¿Cómo te llamas? —preguntó. Nina dudó unos segundos.

—Me llamo Lucía, ¿y tú? —sabía que ocurriría si ella le comentaba a su padre que había conocido a una mujer llamada Nina. Necesitaba más tiempo.

—Yo me llamo Marina —entonces la pequeña le ofreció su mano. Nina se la estrechó y tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas de emoción al sentir la cálida piel de su hija.

—¿Marina? Que nombre más bonito —la pequeña dibujó una sonrisa por el halago.

—Muchas gracias, señora.

—No hay de qué —respondió Nina, advirtiendo que la mirada de la pequeña estaba fija en el mechón blanco que lucía en su frente.

—¿Por qué tiene un poco de pelo blanco? —preguntó Marina. Nina se llevó la mano hasta el mechón encanecido y sonrió.

—Porque a veces, cuando nos hacemos mayores, nos cambia el color del pelo. ¿No te gusta?

—Parece una nube —dijo Marina.

—Sería divertido llevar una nube en la cabeza —bromeó Nina, provocando una carcajada en Marina que fue un regalo para sus oídos.

—¿Por qué está aquí todos los días? —preguntó Marina.

—Es la hora a la que salgo a pasear, ¿por qué estás aquí todos los días?

Marina se rio a carcajadas de nuevo.

—Voy a la escuela. De hecho, tengo que irme. ¿Mañana estarás aquí?

—Claro, Marina.

—¡Bien! Hasta mañana, Lucía.

—Hasta mañana … hija mía.

Madre e hija —aunque esta no estuviera al tanto de la verdadera relación que les unía— experimentaron una conexión especial desde el primer momento. Cada una esperaba con ansia que llegara el momento de encontrarse y hablar unos minutos antes de despedirse hasta el día siguiente. En algunas ocasiones, Nina le llevaba caramelos y Marina, al día siguiente, cuando iba a su encuentro, arrancaba un par de flores del jardín para regalárselas.

—Son preciosas —le decía Nina—. Huelen de maravilla.

—Hay muchas más en el jardín de casa. Un día tendrías que venir. Seguro que caes bien a mamá y a papá —dijo Marina provocando que los ojos de su amiga se humedeciesen.

—Algún día, Marina, algún día.

Otras veces, para hacer más extensos aquellos momentos, Nina esperaba que saliera de casa desde el otro lado de la calle y la alcanzaba después con una fingida sorpresa. La acompañaba un par de calles y después se excusaba diciendo que tenía asuntos que atender, aunque en realidad la seguía hasta la misma puerta de la escuela.

Pero llegó el momento, después de pocas semanas, en las que aquellos encuentros se tornaron insuficientes para Nina, que llegó a reconocer gestos tanto suyos como de Ferrán en Marina.

Era su hija y el conocerla, lejos de saciar su anhelo, le estaba haciendo vagar por un desierto de soledad que se volvía más inhóspito con el paso de los días. Incluso los sentimientos que procuraba a Ferrán parecían haberse suavizado en aras de los surgidos por ella. Las noches a solas en hotel resultaban eternas para Nina, pues su vida por aquellos días se había reducido a los minutos que pasaba con su Marina.

En un primer momento se había estipulado encontrársela solo por la mañana, para evitar coincidir con Ferrán o llamar la atención más de lo necesario, pero poco a poco fue cediendo y buscó la manera de estar con ella también algunas tardes, cuando Marina iba a jugar a un parque no muy lejos de su casa. Sabía que corría un gran riesgo, por eso, por las tardes, se limitaba a observarla desde la distancia, regocijándose en el disfrutar de su hija.

Deseaba contarle la verdad, que ella era fruto de un amor continuamente maltratado por la vida y que, tras una cruel mentira, se la habían arrebatado de sus brazos. Ella entendería la historia y se compadecería de ella, tal vez no ahora, quizás tenía que esperar un par de años que Marina creciera para poder sincerarse con ella, pero estaba segura que después de conocer toda la verdad, la estrecharía entre sus brazos.

Por ello, necesitada de plasmar su verdad, la que le había conducido a estar observando a su hija desde la distancia, comenzó a escribir un diario donde contaba todo lo vivido desde que se embarcara en el Whisper y conociera a aquel joven de la que acabó perdidamente enamorada. Así, el desvelo de las noches resultaba más liviano, perdida en sus recuerdos, regresando a momentos que creía extintos y dejando testimonio de ellos. Escribía hasta caer rendida sobre la mesa, aunque en no pocas ocasiones el amanecer la alcanzó con el lápiz en la mano. En ese momento, se aseaba y se disponía a salir para encontrarse de nuevo con Marina, para disfrutar de su presencia tan solo unos minutos, como si aquellos encuentros fueran el elixir que la mantenían con vida.

En esas estaba, cuando una mañana Marina no se presentó a su encuentro. Ella esperó un buen rato e incluso se atrevió a pasar frente a la casa, mirando de reojo, aunque no llegó a verla. Por la tarde, tampoco la encontró en el parque. Preocupada por si le había ocurrido algo, Nina experimentó una gran agitación hasta el día siguiente, cuando por fin, apareció Marina, aunque para su sorpresa, pasó de largo como si no la conociera.

—Soy Lucía —dijo Nina desolada—. ¿Te has olvidado de mí?

La niña se detuvo y la miró con tristeza en sus ojos.

—Mi mamá no quiere que hable contigo —le dijo antes de seguir con su camino. Nina se estremeció. Sabía que se estaba metiendo en

un territorio peligroso y en el que, pese a que le doliera, no tenía derecho a meterse.

—¿Y eso por qué? —preguntó, incapaz de contener su curiosidad.

La pequeña negó con la cabeza y se sonrojó.

—Porque a mi mamá no le gustas —Nina arqueó las cejas sin comprender nada—. Le he hablado de ti y me ha dicho que no hable más contigo. Dice que no hay que hablar con desconocidos, que hay mucha gente mala.

La realidad había sido que Esther había descubierto a su hija cogiendo flores del jardín. Cuando le preguntó para quién eran y ella le contestó que eran para su nueva mejor amiga, la señora más guapa que había conocido, Esther sufrió un ataque de ira que pagó con Marina. Le arrancó las flores de las mano y las pisoteó frente a ella, para después cogerle del pelo y prohibirle terminantemente que volviera a ver a esa amiga de la que tanto hablaba. Marina le contó todo esto a Nina, con las palabras propias de una niña, causándole una gran indignación que no supo digerir.

—¿Te ha castigado tu mamá? —le preguntó Nina con una falsa dulzura, conteniendo su rabia tras la sonrisa de sus labios.

—Siempre lo hace, sobre todo cuando me quedo sola con ella —susurró Marina como si estuviera revelando un secreto. Nunca le había contado eso a nadie, siempre había el secreto que albergaba su silencio, pero Nina era diferente al resto de personas que conocía.

—¿Qué te hace? —Nina procuraba respirar hondo para no perder los nervios.

—Me regaña mucho, mi mamá grita mucho. Yo no sé qué hago mal, pero me castiga —entonces la pequeña se llevó la mano a su brazo, como si le picara, y dejó a la vista de Nina un pequeño cardenal provocado por un golpe. Nina, aun con la sonrisa en sus labios, apretó sus dientes de rabia contenida.

—¿Seguro que no te portas mal? —insistió mirando fijamente a Marina, buscando la verdad en su mirada.

—No miento —dijo cabizbaja. Nina sintió como su corazón se hacía pedazos. Cuando Marina continuó su camino, ella se quedó pensando en lo que acababa de oír.

La simple idea de que esa mujer, por mucho que hubiera sido como su madre todo este tiempo, le hubiera puesto la mano encima le hacía hervir las entrañas. Había vivido en su propia piel la violencia y la injusticia de encontrarse subordinada a una persona y por nada del mundo iba a permitir que su hija pasara por lo mismo.

Tal vez Marina estuviera exagerando, quién sabe, pero hasta que no lo viera por ella misma, no podría dejar de sentir esa asfixiante presión en el pecho.

Así que cogió aire para después caminar hacia la casa donde vivía

Ferrán con su esposa y con su hija. Ya no se trataba de estar preparada o no, sino de su propia hija; bajaría al infierno a enfrentarse al mismísimo demonio si fuera necesario.

Cruzó el jardín y llegó hasta la casa. Golpeó la madera con sutileza tres veces. Estaba histérica, pero lo disimulaba bien.

Cuando se abrió la puerta, Ferrán estaba del otro lado.

El tiempo se detuvo para los dos, incrédulos ante lo que les ofrecía sus ojos. Parecía que el paso del tiempo les hubiera borrado toda opción de volver a encontrarse algún día, sin importar que estuvieran siendo testigos de ese mismo reencuentro.

—¿Nina? —dijo Ferrán con la voz sobrecogida. Esta, emocionada, asintió.

—Soy yo, Ferrán.

De inmediato se fundieron en un sentido abrazo que iba más allá del amor que sentían el uno por el otro. Tantos años separados, obligados a vivir en la memoria, se desvanecieron en ese momento.

Tras ellos, con un silencio fantasmal, se acercaba Esther para quien no causaba ni un ápice de gracia aquel desafortunado encuentro.

—Te he echado de menos —le dijo Ferrán al oído, oliendo la fragancia de su pelo, sintiendo la calidez única de su cuerpo.

—Y yo, Ferrán. He visto a nuestra hija. Es preciosa —dijo Nina.

—Es igual a ti.

Esther, que observó la entrañable escena desde el umbral de la puerta, respiró hondo antes de hacer acto de presencia con un oportuno y educado:

—¿Qué está ocurriendo, esposo?

Ferrán y Nina se separaron aun con la emoción atenazándoles el pecho.

—Disculpa, cariño —dijo Ferrán—. Ella es Nina. Es…

Los ojos de Esther se abrieron como platos. Había escuchado ese nombre la noche en la que esas personas aparecieron con un bebé y se lo entregaron a Ferrán. Ella era la hija de ese ricachón a la que Ferrán dejó embarazada.

—Quién dio a luz a Marina —apuntó Esther extendiendo su mano —. Nina se la estrechó, percibiendo la frialdad de sus ojos sobre ella.

Esther, por otra parte, se consideraba más madre que, en su opinión, esa niña rica que había aparecido después de tantos años. El hecho de que Ferrán le hubiera demostrado tanto cariño no la hacía sentir más cómoda y todos palparon la tensión del encuentro.

Ferrán la invitó a pasar a la casa, para luego dirigirse al jardín, donde recién había terminado de erigir los pilares para sostener un techo, que añadiría sombra y frescor al porche.

Mientras Esther preparaba café, notaba el cariño con el que su marido observaba a esa mujer, esa intrusa en su opinión. ¿A razón de que venía ella a su casa? Podía llevarse a la niña, no le importaba ceder en eso con tal de que los dejará tranquilos, aunque sabía que Ferrán jamás aceptaría separarse de Marina. Sin embargo, ella no

estaba dispuesta a echarse a un lado, Ferrán era su esposo y Marina, le gustase o no, su hija. Eran una familia y estaba preparada para cualquier cosa con tal de defenderla.

—Fernando Apiles me lo contó todo. Mantuvieron el secreto de Marina tantos años para que estuviera a salvo del Gallego —explicó Nina—. Nunca podré agradecerles todo lo que hicieron por mí.

—Fernando nunca permitió que a la niña le faltara algo —dijo Ferrán. Ambos estaban sentados frente a frente, guardando una distancia que significaba un mundo para ellos, pero que las circunstancias de la vida imponía… Ferrán era un hombre casado. En ese momento llegó Esther portando una bandeja con tres tazas de café.

—Es un hombre de gran bondad. Ana ha tenido mucha suerte.

—¿Ana? —preguntó Ferrán.

—¿No lo sabes? —dijo Nina—. Fernando y Ana han emprendido una vida juntos. Se han marchado a Estados Unidos.

Ferrán exclamó su sorpresa.

—No sabía nada. Fernando siempre acudía solo a visitarnos. Me alegro por ellos. ¿Y La Regia? ¿Qué ha ocurrido con ella?

Nina tragó saliva y le contó todo lo que había ocurrido. Desde el renacer de su padre en los negocios hasta que la maldad del Gallego acabó con sus vidas.

Ferrán estaba desolado por cuánto oía. A Valparaíso habían llegado rumores acerca de un gran incendio en una importante finca en la capital, pero jamás había pensado que se tratara de La Regia. El relato se alargó unos veinte minutos, tiempo que, Esther, que había permanecido ajena a la conversación, consideró suficiente.

—¿Y a qué has venido aquí, Nina? —preguntó guardando el equilibrio entre la descortesía y la amabilidad. Nina la miró con cierto reproche. No podía comentar lo que Marina le había contado tan a la ligera, no era el momento aún.

—Quería conocer a mi hija. Me la quitaron haciéndome creer que había fallecido —dijo Nina.

—¿Pretendes llevártela? —dijo Esther bruscamente. Ferrán trató de calmarla poniéndole la mano sobre el hombro.

Nina, por su parte, se mantuvo impertérrita, aunque puede que fuera porque ni ella misma sabía su intención respecto a Marina. No podía arrebatársela a Ferrán ni romper una familia, pero tampoco quería renunciar a su hija después de conocerla.

—Nada más lejos de la realidad —dijo Nina con calma—. Son un familia y no he venido a sembrar la discordia entre ustedes, ni pretendo en estos momentos contarle a Marina quien soy, pero no quiero volver a perderla, no podría soportarlo. He sido una víctima en todo esto.

Ferrán asintió en silencio. No había manera de rebatir sus palabras.

Sin embargo, Esther frunció el ceño, como si acabara de deducir algo ofensivo para ella.

—¿Tú eras la distinguida señora que la saludaba todas las mañanas? ¿A quién ella llevaba flores? —preguntó con inquina.

—Así es —dijo Nina sintiéndose un poco incómoda—. Como ya dije, Fernando me dio la dirección y la sorprendí una mañana al salir de casa. Nada más verla supe que se trataba de mi hija.

—Nos ha hablado mucho de ti —dijo Ferrán, con una mezcla de ternura y nostalgia que provocó más rabia en Esther.

—Quiero dejar claro que no le he insinuado quién soy, ni nada acerca de lo que ocurrió. No es esa mi intención.

—¿Y cuál es tu intención entonces? —preguntó Esther.

—He vendido todas mis posesiones en Santiago, todas las que he heredado tras la muerte de mi esposo. Quiero instalarme en Valparaíso. Como ya he dicho no pretendo causar problemas ni ser una piedra en sus vidas. Tan solo quiero ver crecer a mi hija.

No me entrometeré en nada y estoy dispuesta a seguir sus instrucciones para que así sea.

Ferrán le transmitió su comprensión y aprovechó para cambiar de tema de conversación y así rebajar la tensión entre Esther y Nina.

A simple vista pareció conseguirlo, pero la primera, pese su semblante calmado, experimentaba un odio como jamás había sentido.

La idea de que esa mujer, que su marido miraba como jamás la había mirado a ella, viviese cerca de ellos, acechando cualquier oportunidad para entrometerse en su familia, era más de lo que podía soportar. Ella no era estúpida. Ferrán le había hablado en alguna ocasión de Nina y en esas pocas palabras había advertido los sentimientos de su esposo.

Estando tan cerca era tan solo cuestión de tiempo que ocurriera lo inevitable. Si aceptaba, si se resignaba a que esa mujer se quedara en sus vidas, perdería a su familia; perdería a Ferrán y eso no iba a consentirlo.

Se despidieron unos minutos después. Acordaron volver a verse esa misma tarde, con Marina también, lo que causó en Nina una gran emoción.

Mientras tanto, se marchó al hotel y continuó escribiendo el diario, el cual pensaba mostrar a Ferrán para que le diera su opinión y además, pretendía hablar a solas con él para comentarle lo que Marina le había contado de los castigos.

Por la tarde, pidió a Beltrán, el chófer, que la dejara en la misma puerta de la casa. Desde el jardín, Ferrán, Esther y Marina observaron el elegante automóvil en el que venía Nina, como si se tratara de una señora de la aristocracia. La pequeña, al advertir que su amiga se dirigía a su casa, estalló de alegría.

Pasaron la tarde en el jardín. Marina corría de un lado para otro, jugando, presa de una feliz excitación que la mantenía en un constante ataque de nervios. Todas sus atenciones eran para Nina, la cual no reveló su verdadero nombre, pues no quería causar confusión en la pequeña.

Ferrán y Nina, apenas podían ponerse al día, ya que Marina quería constantemente situarse entre los dos o reclamar a Nina para que jugase con ella.

Esther, callada, observaba la escena como si ella no perteneciera a esa familia, como si ella fuera la recién llegada. Pero su máxima indignación fue cuando, tras ir a la cocina por un poco de agua, observó por la ventana como los tres corrían por el jardín. Cualquiera que los observara podía aventurarse a decir que se trataba de una familia feliz, y de hecho, para pesar de Esther, así era.

Sintió tanta rabia que agarró un cuchillo y lo clavó sobre la mesa con todas sus fuerzas; una, dos, tres y todas las veces que hizo falta hasta que la hoja del cuchillo se dobló. El pelo enmarañado le caía por el rostro y en sus ojos brillaba el odio.

—Es mi familia —susurró—. No me vas a quitar a mi familia.

A su regresó al jardín salió más calmada e incluso luciendo una media sonrisa. Participó en los juegos y se mostró tan afable que Nina dudó de haberla prejuzgado. Al caer la tarde, se despidieron. No pudo hablar con Ferrán ni mostrarle el diario, pero el repentino cambio de actitud de Esther le había reconfortado, además de que había jugado con su hija hasta caer rendida.

Antes de marcharse, les dejó la dirección de su hotel y el número de habitación por si necesitaban cualquier cosa de ella. Estaba Nina saliendo por la puerta del jardín cuando Marina corrió hacia ella y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Te quiero, Lucía —dijo la pequeña.

—Yo también te quiero.

Ferrán se conmovió ante la entrañable escena. Esther, a su lado, mantenía su sonrisa. Nina se marchó contenta y sintiéndose afortunada. El amor que sentía por Ferrán se había transformado en un sentimiento distinto, un cariño inocente y nostálgico, respetuoso en cuanto a lo carnal se refiere.

A día siguiente, Nina se encontró con Marina donde acostumbraban, aunque en esta ocasión la acompañó hasta la misma puerta de la escuela.

Después, decidida a establecerse en la ciudad, visitó a varios comerciantes para adquirir una propiedad, tarea que le mantuvo atareada durante un par de días. El motivo es que no encontraba una casa que se acoplara exactamente a sus necesidades; era una inversión considerable, además, en el hotel se sentía muy cómoda y no tenía que

preocuparse por el dinero, por lo que no le corría ninguna prisa.

Lo primordial para ella, en ese momento, era pasar el mayor tiempo posible con Marina. La acompañaba todos los días a la escuela y en algunas ocasiones, la esperaba en la puerta para acompañarla hasta casa.

En cuanto a las tardes, solía pasarse por la casa para tomar café o para llevarse a Marina a dar una vuelta en el automóvil.

—¿Hay sitio para uno más? —preguntó Ferrán una de esas tardes —. Hace bastante tiempo que no me subo en uno de esos.

—Sí, papá —gritó Marina, entusiasmada ante la idea de dar un paseo con Lucía y con su padre. Esther, su madre, era diferente.

—¿Hay algún inconveniente, Beltrán? —preguntó Nina al chófer.

Este levantó los brazos como si le hubieran ofendido aquellas palabras.

—Esta máquina puede con todo —dijo haciendo rugir el motor. Así, subieron los tres al automóvil y Ferrán fue marcando la ruta para enseñarle a Nina las zonas que más le gustaban de la ciudad.

—Ese es El Rancho del Coloso —dijo Ferrán—. Ahí empezó todo cuando llegamos a Valparaíso. Fue gracias, en parte, a un pariente de Pascal. Un día iremos a probar el estofado.

—Sí —dijo Marina emocionada—. La señora Rosalinda siempre me regala dulces.

—Y allí, tras ese muro, es donde empezamos a trabajar Pascal y yo.

Nina escuchaba con atención a Ferrán, maravillándose de cuanto decía, sintiéndose que volvía a formar parte de su vida. Cada cierto tiempo observaba a padre e hija, y sentía una felicidad inmensa, como si todo lo que había pasado los últimos años se redujera a una simple racha de mala fortuna.

Contemplar las calles de Valparaíso con Ferrán y con Marina era un sueño hecho realidad, un sueño que llevó en silencio durante su tortuoso matrimonio con el Gallego.

Durante unas semanas, Nina se sintió la mujer más afortunada del mundo. El amor por Marina le había resucitado el alma.

Esther, sin embargo, estaba siendo devorada por los celos. Desde el primer momento trató de pasar el menor tiempo junto a esa mujer, a la que consideraba poco más que una embaucadora con dinero. Pero su desolación fue mayor al comprobar que Ferrán y Marina estaban encantados con su llegada, como si los hubiera hechizado para separarlos poco a poco de ella. La soledad de aquellos días fermentó su odio y radicalizó su pensamiento hacia Nina. Tenía que marcharse, de una forma u otra.

Estaba convencida de que la intención de Nina era apartarla, conquistar de nuevo a Ferrán y dejarla sin nada. Por eso dispuso un plan para resolver todas sus dudas. Sería la propia Nina la que

delatase sus verdaderas intenciones.

Un mediodía, cuando Nina regresó al hotel, un muchacho le entregó un mensaje de parte de Ferrán, le pedía que fuera a casa a las cuatro, ya que Esther tenía que salir y así podrían hablar a solas. Nina vio aquello como un golpe de suerte, ya que había dejado pasar lo que Marina le comentó de los castigos y consideró que sería una buena oportunidad para comunicárselo, así como para entregarle el diario para que le diera su opinión. A las tres y media, y para no molestar más a Beltrán, decidió ir caminando hacia la casa. De camino compró un ramo de flores para regalárselo a Marina. Llegó pocos minutos antes de las cuatro.

Atravesó el jardín y llamó a la puerta. El sol caía plomizo y empequeñecía las sombras, mientras una brisa cálida extendía el calor por doquier. La puerta se abrió y tras ella, para sorpresa de Nina, estaba Esther. En sus labios dibujaba una media sonrisa de quien ve su objetivo al alcance de sus manos.

Valparaíso, 1999.

La engañó. Eso fue lo que hizo Esther, a la que partir de ahora nunca más nombraré como mi abuela. Engañó a todos y cometió el acto más vil. Mandó a mi abuelo Ferrán y a mi madre a comprar dulces para la visita de Nina, citándola a la misma hora.

Estás páginas de la historia están en blanco, y lo que sé es por la confesión que Esther escribe un poco más adelante; unos párrafos que debieron ver la luz hace ya muchos años.

Esther le dijo a Nina, que mi abuelo estaba a punto de llegar y le ofreció una taza de café mientras esperaban. Mi abuela, Marcelina Losada, no sospechaba lo que estaba a punto de ocurrir.

Mientras aguardaba en el porche, Esther la golpeó en la cabeza, no una vez, sino todas las que consideró necesarias para descargar toda su ira. Después, cuando recuperó la razón, fue consciente de lo que había hecho. No tenía mucho tiempo para esconderla, así que la arrastró hasta el extremo más alejado del jardín y la enterró en un agujero que cavó a toda prisa.

Mientras arrastraba su cuerpo inerte, el diario se cayó del bolso, aunque no se daría cuenta hasta una vez finalizada su penosa tarea. Guardó el diario y removió la tierra para borrar cualquier rastro de sangre. Por si fuera poco, escribió una carta haciéndose pasar por Nina, en que la excusaba su marcha asegurando que quería empezar una nueva vida alejada de su pasado.

Esther se regocijaría en el rostro de mi abuelo, en las lágrimas que mi madre soltó al no comprender que su amiga se hubiese marchado sin más y en ser la única en saber que Nina yacía sin vida allí mismo, como una cruel metáfora del destino. Incluso tuvo la sangre fría de decir, cuando mi abuelo le preguntó por la tierra removida, que había plantado unas flores para que le dieran más alegría al jardín.

El propio discurrir de los hechos parecía ponerse de su parte, pues a los pocos días brotaron diminutos tallos de aquella tierra manchada de sangre.

Para mí queda la incertidumbre de si mi abuelo Ferrán le creyó, pues tengo la sensación que desde ese momento, no volvió a confiar en Esther. No tengo pruebas, sino más bien una sensación que no me atrevo a rebatir.

En cuanto a Marina, una niña que había sentido por primera vez el cariño más puro, el amor de su verdadera madre, no lo superó tan fácilmente.

Además, Esther se encargó de reprenderla cada vez que

mencionaba a esa mujer, por lo que con el tiempo el dolor se quedó rezumando en su interior, hiriendo su alma y asfixiando sus sentimientos.

Por su parte, mi abuelo Ferrán trató de localizar a Nina e incluso llegó a ir al hotel donde se alojaba para preguntar por ella, respondiéndoles que estaban tan desconcertados como él por su repentina marcha.

El chófer, Beltrán, le comunicó a Ferrán que la misma tarde que desapareció, ella le dijo que tenía que ir andando a atender un asunto y que incluso le pagó para que se tomara el resto de la tarde libre.

La explicación de Beltrán fue suficiente para convencer a mi abuelo de que Nina se había marchado sin más.

—Te dije que esa mujer no me daba buena espina —le decía Esther a mi abuelo, fulminando sus últimas dudas.

—En la carta dice que no quiere entrometerse en nuestra familia —contestaba mi abuelo, en busca de un ánimo que se le escapaba.

—Al menos ha tenido algo de decencia.

En este momento casi puedo ver a mi abuelo Ferrán cabizbajo, engañado por esa víbora, creyéndose que la mujer que amaba le había abandonado a él y a Marina.

Sin embargo, Nina, sin ella saberlo, condenó a Esther a un sufrimiento mucho mayor, que también quedó reflejado en estas páginas.

Esther se quedó con el diario, pero no fue hasta una semana después de su crimen cuando comenzó a leerlo, ansiosa por despreciar más todavía a esa mujer que, sin ella esperarlo, le originó un oleada de conciencia que no fue capaz de soportar.

La historia de Nina le estremeció y se sintió despreciable por haberle dado tan cruel final. Los remordimientos la devoraron y el peso de su conciencia la asfixió. Tal y como escribió, no había momento en el que no viera la imagen de Nina, siempre tras ella, siempre recordándole lo que había hecho, acusándola con tez pálida. Apenas podía dormir o comer, el mero hecho de vivir se convirtió en una tortura para ella.

No puedo soportarlo más, es lo último que escribió Esther en el diario antes de desaparecer también y dejar solos a Ferrán y Marina, no sin antes esconder el diario, que permaneció oculto hasta que Andreu lo encontró muchos años después, como si estuviera aguardando el momento exacto para ser descubierto, marcando el origen de esta historia.

Todo tenía su significado. Es como si mi madre, dominada por la enfermedad, hubiera empleado sus últimas fuerzas en contar con pocas palabras toda su historia. ¿Cuántas veces la escuché decir que estaba esperando a su amiga? No eran desvaríos. Estaba hablando la

niña que una vez fue. Me estaba contando su historia de la única manera que podía hacerlo.

Ahora comprendo también el rechazo mostrado a mi abuela Esther, que mantuvo oculto durante toda su vida y que solo la enfermedad sacó a la luz. Mi madre sufrió mucho con ella y como psicóloga tengo la certeza de que la anuló los años más cruciales de su desarrollo; lo que tuvo una gran repercusión en su futuro. La repentina desaparición de Nina y después la de Esther acabaron por asentar el trauma de mi madre, marcándole de por vida. Sin una figura maternal y ante dos pérdidas impactantes y recientes, mi madre guardó sus sentimientos para que nadie pudiera llegar hasta su corazón. Es algo común en personas que han sufrido mucho, creen que si no se acercan a las personas, estas no pueden dañarlas.

Por suerte, mi abuelo vivió lo suficiente como para que mi madre no se abandonara del todo y, aunque ella no lo aceptara, mi abuelo Ferrán no permitió que el alma de mi madre se marchitara sin remedio. Él, más que nadie, sabía lo que era vivir soportando los reveses del destino.

Todo lo que nos sucede en la vida, para bien o para mal, queda grabado en nosotros y lo transmitimos a nuestros hijos y a nuestros nietos. Mi madre lo pasó tan mal en su infancia que durante muchos años estuvo convencida de que jamás iba a formar una familia. Para ella, el maltrato de Esther y el sufrimiento de mi abuelo eran dos cicatrices que no le permitían confiar en otra persona que no fuera mi abuelo Ferrán, que arrastraba también un miedo irracional a la pérdida, sobre todo después del fallecimiento de su hermana Marta. Pero a veces la vida tiene otros planes y discurre por senderos que prometimos no pisar nunca; la vida, como solía decir mi madre, siempre espera que bajemos la guardia.

Mi madre, conoció al que sería mi padre con más de cuarenta años, en el colegio donde trabajaba como profesora; se enamoraron perdidamente y se casaron de inmediato. Según me han contado, mi abuelo Ferrán no se lo creyó en un primer momento, pero a partir de entonces, fue el hombre más feliz del mundo, al cerciorarse de que su hija superaba sus propios fantasmas.

Mi madre siempre recordaba que mi abuelo no podía mas de felicidad cuando supo que estaba embarazada de mí, y mi padre me contaba que no recordaba un momento en el que el abuelo Ferrán no estuviera sonriendo. Sin embargo, toda esa herencia, esos sentimientos encontrados y ese dolor llegó hasta mí, modelado a las circunstancias de mi vida, ocultos en mi propia personalidad y atando mis actos a un pasado que yo desconocía. Esta historia, además de aclarar todo lo sucedido, ha servido para identificar esos aspectos de mi personalidad a los que era incapaz de enfrentarme.

Ahora que tengo toda esta historia desnuda sobre la mesa, no puedo evitar compararla con mi vida; lo que podríamos denominar como autoterapia. Es lo maravilloso de la psicogenealogía, que nos permite sanarnos a través de nuestro pasado. No puedo evitar recordar una frase que solía decirles a mis pacientes: llevamos en la sangre la solución a nuestros problemas.

Cada uno de nosotros somos lo que fueron antes, nos guste o no.

Cuando llegaron los agentes estábamos los dos frente a la azucena, observándola con una mezcla de sentimientos que no me veo capacitada para describir. Sujetaba en mis manos el diario. El agradable sol de la tarde bañaba el jardín. No había, pensé, momento más idóneo para que ocurriera lo que tenía que ocurrir.

Los agentes hojearon el diario, les indicamos las páginas donde Esther confesaba su crimen y señalamos hacia el punto exacto al que se refería: justo donde crecían las azucenas. Si el diario estaba en lo cierto, allí yacerían los restos de Marcelina Losada.

Como todo proceso en que la justicia tiene que compaginarse con la autoridad, se alargó hasta ya bien entrada la noche. Los agentes que llegaron en un primer momento dieron el aviso para que acudiera el equipo de criminología, que tenían que ser los encargados de remover la tierra en busca de los restos. Andreu y yo, expectantes, respondíamos a las preguntas que nos dirigían los agentes, pese a que en más de una ocasión nos hicieron la misma pregunta un par de veces y hasta Vasia, que llegó horas después, fue interrogada por los agentes.

Todo estaba preparado para empezar a cavar. Al ser de noche, trajeron unos focos potentes que alumbraron hasta el último rincón del jardín y, por fin, comenzaron a retirar la tierra poco a poco. Todavía recuerdo, casi como si lo escuchara, las paladas de tierra cayendo sobre el césped. En cuanto a la azucena, la habían arrancado de raíz y la habían dejado a un lado.

—Podrá trasplantarla sin mayor problema —dijo un agente sosteniéndola por el tallo.

Vasia, Andreu y yo observamos la planta con cierta lástima. De una forma u otra nos había acompañado en los últimos meses. Los tres esperábamos en el porche de la casa. A medida que iban cavando, el silencio aumentaba e incluso, en ciertos momentos, podía escucharse el rugir de las olas. Junto en donde antes había estado la azucena, había un montón de tierra húmeda que iba creciendo poco a poco. Se podía percibir la tensión en el ambiente. De repente, uno de los investigadores que cavaba en el lugar levantó el brazo.

—Aquí hay algo —gritó. La expectación causada provocó que todos los allí presentes se acercaran al borde de la fosa, excepto nosotros tres, que permanecimos en el porche. Se levantó un murmullo creciente. No sabíamos que estaba ocurriendo

—¿Qué pasar? —preguntó Vasia

—Pueden que la hayan encontrado —dijo Andreu mirándome a los ojos. La luz blanca y artificial de los focos incrementaba la tensión en

nuestros rostros. Vasia estaba tan desencajada que parecía un fantasma.

No pasó mucho más tiempo hasta que uno de los agentes nos confirmó lo que todos esperábamos: habían encontrado restos humanos, que, atendiendo a lo descrito en el diario, podían pertenecer a Marcelina Losada, aunque tendrían que esperar a los resultados de las pruebas para confirmarlo. Finalizaron la búsqueda poco antes del amanecer, cuando la oscuridad del cielo comenzaba a aclararse.

—Pueden irse a descansar. Lamentamos todo el proceso, pero no podemos cometer ningún error —dijo el inspector al mando de la investigación.

—¿Cuándo sabremos algo? —pregunté.

—A lo largo de los próximos días. Es un caso atípico.

—¿Qué ocurrirá si se confirma que se trata de Marcelina Losada? —preguntó Andreu. El inspector, que también mostraba el cansancio en dos gruesas ojeras, le contestó.

—En ese caso se procederá a la entrega de los restos a lo familiares. Si la fecha de la muerte descrita coincide con los restos óseos, el delito habrá prescrito.

Los policías se marcharon y los tres entramos a la casa. Preparamos café y nos lo bebimos en silencio. El cansancio y todo lo que habíamos vivido durante la noche nos había dejado extenuados y con pocas ganas de hablar.

~

Tal y como preveía, los planes de Andreu para comenzar las obras del restaurante tuvieron que retrasarse debido a la investigación, que se prolongó durante más de dos semanas que a mí me parecieron años, pero por fin un día, recibí una llamada del inspector. Habían comparado los restos óseos con una muestra de mi ADN y los resultados habían salido positivos: esto quería decir que entre los restos óseos y yo había una línea de parentesco, lo que confirmaba que lo narrado en el diario era cierto. En el jardín, a pocos metros de la casa, había estado enterrada mi abuela Marcelina.

—Si te soy sincero, una parte de mí no se lo creía —dijo Andreu, mirando hacia la tierra excavada.

—Te entiendo.

—¿Te devolverán el diario?

—Podré ir a recogerlo mañana. He pensado que no estaría del todo mal escribir esta historia.

—Yo me la leería —dijo Andreu—. ¿Y Nina? ¿Qué ocurrirá con ella?

—Habrá que organizar un funeral. La enterraré con mi abuelo Ferrán; allí, en el mismo panteón, también descansan mis padres.

—Es lo que ella hubiera querido —añadió. Una suave brisa atravesó el jardín, levantando del césped algunas hojas caídas.

—Por cierto, Andreu, he encontrado un apartamento no muy lejos de aquí, a buen precio. En dos días estaré fuera de la casa y podrás empezar las obras para el restaurante. No te retrasaré más.

—¿Cuándo será el funeral? —preguntó.

—No estoy segura, pero no creo que pueda organizarlo todo para antes de finales de semana. No quiero hacerte perder más el tiempo…

Sin embargo, mientras yo me excusaba una y otra vez él se limitó a coger mi mano para estrecharla con fuerza.

—Después del funeral —me dijo con una sonrisa—. Es lo mínimo que puedo hacer. Por respeto a Nina.

~

El funeral se celebró, tal como dije, a finales de semana. Todavía tenía reciente en mi memoria el funeral de mi madre e incluso todavía quedaban flores, la mayorías marchitas, de aquel día sobre su lápida.

Sin embargo, a diferencia de este, al funeral de Nina solo acudimos Andreu, Vasia y yo. Era lo más idóneo. Fuimos lo únicos que habíamos leído el diario, nos conmovimos con su historia, desde el Whisper hasta sus últimos momentos de vida y hasta derramamos alguna lágrima cuando la introdujeron en el nicho con mi abuelo. En ese momento sentí como si el destino hubiera esperado ese momento durante años. En varias ocasiones he escrito que el destino parecía jugar conmigo constantemente, como si no pudiera hacer otra cosa que reaccionar a lo que sucediera, pero en ese instante experimenté todo lo contrario.

Una vez finalizó el funeral regresamos a casa. Una de las últimas veces, pensé yo. Nos sentamos en la cocina —el único lugar que aun no había recogido— y conversamos los tres un rato. Andreu insistió en preparar algo de comer. Vasia y yo aceptamos, sin embargo, aun era temprano y la gigantona rusa dijo que tenía que hacer unos recados antes, por lo que se marchó y nos dejó a solas.

—No hay mucho con lo que cocinar —dijo Andreu rebuscando por toda la cocina.

—Al menos tenemos para una ensalada —le dije. Él me miró, hizo un gesto y puso los brazos en jarra.

—Supongo que también podemos pedir una pizza.

Los dos nos reímos, pero yo percibía que había algo extraño entre nosotros.

—¿Cuándo comenzarás las obras? —le pregunté.

Andreu, al que ya empezaba a conocer muy bien, asintió con la cabeza, negó después y finalmente levantó sus manos.

—No va a haber obras Azucena.

Yo me quedé en silencio.

—He estado pensando mucho estas semanas, y a un par de calles de aquí, he encontrado un restaurante cerrado que puedo alquilar. No tendré que invertir tanto y podré abrirlo antes de lo que creía en un principio.

—Eso es genial, ¿vas a vivir aquí entonces?

—No solo he pensado acerca del restaurante—en ese momento se giró y se acercó a mí. Estaba tan nerviosa que no podía moverme—. No quiero vivir aquí solo.

—Estás loco —le dije.

—Sí, puede que sea una locura, pero desde el primer momento que te vi yo… —y justo en ese momento me besó—. Quiero vivir contigo, Azucena.

—Y yo contigo —le respondí.

De nuevo nos besamos y nos olvidamos del resto de mundo hasta que escuchamos la madera del suelo crujir bajo los pesados pies de Vasia.

—Mucho tardar ustedes —dijo Vasia mirándonos con el ceño fruncido.

Avergonzados, como si nos tratáramos de dos adolescentes, nos separamos y nos quedamos en silencio hasta que rompimos a reír.

Después, cuando estábamos almorzando, Andreu me hizo un gesto con la mirada y señaló a Vasia. En sus labios mudos pude entender: *díselo*.

—Andreu no va a montar el restaurante aquí, Vasia —dije como si se tratara de un asunto más.

—¿Qué pasar? —preguntó—. ¿Problemas con señor del banco?

—No, no, no hay ningún problema —dijo Andreu.

Él me miró y estiró su mano hasta alcanzar la mía.

—Vamos a vivir aquí —dije. La rusa me miró fijamente mientras seguía masticando, después miró a Andreu y volvió a la porción de pizza que tenía en el plato.

—¿No vas a decir nada?

Andreu, que temía que Vasia dijera que era una mala idea, comenzó a sudar.

—Yo saber desde primer momento. Ustedes perder mucho tiempo.

Epílogo

Es temprano, aunque yo ya llevo despierta un par horas. He descubierto que escribo mucho mejor en las primeras horas del día, antes de que amanezca incluso, la mente está más despejada y las ideas fluyen mejor sobre el papel. Frente a mí tengo el diario, abierto exactamente por el capítulo que estoy escribiendo en este momento: cuando mi abuelo se conoció con Pascal y vio a Nina por primera vez.

Junto al diario, tengo una flor de la azucena, que añade una breve fragancia a la habitación y me hace navegar entre los recuerdos con mayor facilidad. También tengo las fotografías antiguas de mi abuelo, como si se trataran de un portal al pasado.

Andreu ya ha leído las primeras páginas y me dicho que le gusta mucho, y a Vasia se las he leído yo, pues le resulta complicado por el idioma y dice que la mejor parte de la historia será cuanto aparezca ella.

El cielo se pinta de azul y el sol comienza a despuntar. El mar, reluciente bajo los primeros rayos, parece un inmenso zafiro. La ciudad comienza a despertar y el bullicio va aumentando a cada minuto que pasa.

Escucho ruidos que provienen de la cocina e intuyo que Vasia debe estar preparando el café y que en pocos minutos, ella o Andreu vendrán a buscarme para desayunar.

Las casualidades de la vida quisieron que despidieran a Vasia poco después del funeral de Nina, por lo que Andreu y yo decidimos pedirle que nos ayude en la casa, a cambio de una sueldo y una habitación que es donde ahora vive. Eso le permite reducir gastos y enviar más dinero a su familia, por lo que todos salimos ganando.

Camino hacia la cocina y me encuentro con Vasia mirando ceñuda a través de la ventana a Andreu, que está en el jardín construyendo una caseta para el perro que recién adoptamos. No es muy bueno con el martillo, ya tiene varios dedos hinchados por los golpes.

—¡Yo no querer perros, yo no limpiar! aviso —grita Vasia junto a la ventana para que Andreu la escuche.

—Yo me encargaré del perro, no te preocupes —contesta Andreu.

—Tu decir algo a él —me dice Vasia—. Ser tu novio, tu mandar.

Yo estallo en carcajadas, feliz, como cuando corría con mis padres por el jardín, sintiéndome que vuelvo a tener una familia.

Acerca del Autor

Marie J. Cisa, nació en octubre de 1979 en la ciudad de Puerto Montt, Chile.

Casada, madre y periodista de profesión, amante de los viajes y de descubrir nuevas culturas.

Tras la muerte de su padre decidió dar un giro a su vida y dedicarse a lo que siempre soñó: escribir novelas, y es por eso que rescató desde el fondo de su computadora un puñado de historias que aguardaban por ver la luz.

Si quieres conocer sus libros y nuevas historias puedes buscarlas en sus redes sociales y página web.